

LA SOMBRA DEL ALMA

Y TÚ QUÉ HAS HECHO PARA ILUMINAR



PEDRO SÚÑER G.

TABLE OF CONTENTS

[CAPITULO 1. Luz.](#)

[CAPITULO 2. Oscuridad.](#)

[CAPITULO 3. Esperanza.](#)

[CAPITULO 4. Oscuridad.](#)

[CAPITULO 5. Oscuridad.](#)

[CAPITULO 6. Oscuridad.](#)

[CAPITULO 7. Esperanza.](#)

[CAPITULO 8. Oscuridad.](#)

[CAPITULO 9. Luz.](#)

[CAPITULO 10. Esperanza.](#)

[CAPITULO 11. Oscuridad.](#)

[CAPITULO 12. Esperanza.](#)

[CAPITULO 13. Oscuridad.](#)

[CAPITULO 14. Oscuridad.](#)

[CAPITULO 15. Oscuridad.](#)

[CAPITULO 16. Luz.](#)

[CAPITULO 17. Oscuridad.](#)

[CAPITULO 18. Oscuridad.](#)

[CAPITULO 19. Oscuridad.](#)

[CAPITULO 20. Esperanza.](#)

[CAPITULO 21. Oscuridad.](#)

[CAPITULO 22. Oscuridad.](#)

[CAPITULO 23. Oscuridad.](#)

[CAPITULO 24. Luz.](#)

[CAPITULO 25. Oscuridad.](#)

[CAPITULO 26. Esperanza.](#)

[CAPITULO 27. Luz.](#)

[CAPITULO 28. Final](#)

[EPÍLOGO](#)

LA SOMBRA DEL ALMA

PEDRO SÚÑER GONZÁLEZ



Primera edición: diciembre 2016
© Derechos de edición reservados.
Edición: Editorial Círculo Rojo.
www.editorialcirculo rojo.com
info@editorialcirculo rojo.com
Colección: Novela
© Pedro Súnier González
En palabra viva:
<https://www.facebook.com/PedroSunyerG/>
Instagram: [pedrosunyer glz](https://www.instagram.com/pedrosunyer glz)
La sombra del alma
<https://www.facebook.com/Lasombradelalma/>
Twitter: La sombra del alma [@sombra_alma](https://twitter.com/sombra_alma)
Fotografía de cubierta: © Pedro Súnier González
Diseño de portada: © Pedro Súnier González
Maquetación: Almudena Salinas
ISBN: 978-84-9183-548-6

*Este libro está dedicado a mi familia,
especialmente a mis padres Pedro y Pilar, mi hermano Enrique, mi abuela
Juana, mi tía Antonia y mi prima Mar.
También a vosotros Lucky, Aly y Pilindrina, allá donde estéis que no haya
sombra en vuestra alma;
y a Maléfica porque debería de ir buscando una linterna.*

*“Sigue tus deseos aunque te lleven a la perdición,
porque el infierno está lleno de todos los sueños
que no te atreviste a cumplir”.*

P.S.G.

CAPITULO 1.

LUZ

Cuando consiguió por fin separar los párpados que tan duramente habían encadenado sus pestañas, sólo pudo ver una oscuridad inmensa, todo era completamente negro. Por la dureza del suelo, advirtió que estaba recostado en una roca y se notaba completamente empapado de un líquido caliente y viscoso que cubría sus piernas a la vez que sentía la ropa del torso acartonada.

Pese a la humedad palpable y la carne de gallina, se hallaba a una temperatura agradable en cierto modo. Cálida, como en un baño turco.

Aún tumbado, levantó el puño y se frotó los ojos, se incorporó despacio y con dificultad apoyándose en los codos, aún no podía saber porque no era capaz de ver nada, ¿Se había quedado ciego o solamente estaba oscuro? Desde luego no estaba nada seguro, volvió a cerrar los ojos una y otra vez, en cada ocasión más fuerte que la anterior, pero nada, seguía todo negro aunque no sentía ninguna molestia en los ojos. Iban pasando los segundos y de verse en la oscuridad sin recordar nada, se sentía confundido y aterrado, eso es lo que hace a las personas temer, la incertidumbre.

Trató de levantarse presa del pánico en un arrebato, pero comprendió al instante que su estado físico era deplorable, solamente notaba los músculos por el inmenso dolor que sentía en todos ellos. Lentamente, hizo un gran esfuerzo con sus brazos para que la mitad baja de su cuerpo saliese de aquel extraño líquido, arrastrando poco a poco sus piernas entumecidas, intentando completamente a ciegas, cobijarse de alguna forma, sentándose encogido mientras abrazaba sus rodillas y escondía la cabeza entre ellas. Su desconcierto era total, como después de un mal sueño.

Manteniendo la posición fetal, enseguida empezó a cavilar, a formularse preguntas, ¿Qué lugar era ese?, ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente y cómo había llegado hasta allí?, ¿Por qué no recordaba nada? Sentía como si

le hubiesen borrado la memoria.

La ansiedad le invadía al mismo tiempo que su corazón aceleraba los latidos. Con el pulso a mil, el aturdimiento cesa rápidamente y todos los sentidos se agudizan.

Ahora, su olfato receptivo, sirvió para comprobar el fétido hedor que irradiaba ese misterioso lugar, no lo había visto, no veía nada, pero su intuición a flor de piel era como un botón rojo parpadeando. El tufo a podredumbre en aquel sitio hermético era indescriptible, nauseabundo.

Justo antes de disponerse a chillar, un resquicio de luz apareció en lo más alto, una trampa se abría, sólo un poco, parecía atorada, un poco de luz entraba por ella.

Por un momento pensó que alguien podría ayudarlo, estar allí sólo podía ser un grave error, alguien respondería sus dudas, todo tenía que tener una explicación lógica, su vista comenzaba a funcionar con esa poca luz, entonces pudo distinguir y gritó.

— ¡Sangre! ¡Estaba flotando en sangre!

De pronto se oyeron unos golpes metálicos que provenían de arriba, a continuación, se escuchó un chirrido como de una trampa, Entonces un pequeño hueco apareció y aquel resquicio se convirtió de golpe en una luz brillante como el sol. Por unos instantes quedó cegado, sólo pudo oír como un bulto enorme y pesado caía frente a él, salpicando su rostro. Estaba tan confundido que no hizo ni ademán de frotarse la cara para limpiarse.

Otro bulto mucho más pequeño cayó después a pocos centímetros de donde se encontraba, se oyó un ruido sordo al golpear la roca y a continuación el sonido de una puerta de metal arrastrada otra vez.

La luz cegadora, volvió a dar paso a la oscuridad más profunda. Tenía que encontrar lo que fuese que cayó junto a él, nunca sabes qué puede ser. ¿Una llave?, ¿Una linterna?, ¿Un móvil?

Palpando por el suelo de forma frenética, buscando ese bulto, arrastrando sus manos sobre la roca rápidamente, la esperanza se acrecentaba en su corazón a medida que buscaba, ¿La solución al misterio?, ¿La explicación de lo que estaba pasando? Alentándose a buscar, olvidándose del dolor de su cuerpo, hasta que notó algo, era blando al tacto y estaba forrado como de tela, pero completamente húmedo, fue manoseándolo lentamente hasta que

distinguió carne, dedos...

<< ¡Oh Dios! Es un brazo amputado>>. —Pensó.

Lo dejó caer al suelo en el acto al tiempo que intentó gritar, pero solamente un amargo vómito salió de su garganta. Las arcadas no lo dejaban respirar, y el ambiente y la opresión en el pecho por la ansiedad, dificultaban más la salida de los fluidos de su estómago.

Al recobrar la respiración, un inefable deseo de escapar lo hizo ponerse en pie a pesar de sus agudos dolores. Trató de buscar una salida a tientas, algún agujero en la pared, una escalera, algo donde agarrarse, pero las paredes eran lisas del todo y no parecía existir forma alguna de salir por allí. Apunto estuvo varias veces de caer, el suelo resbaladizo y los nervios parecían zarandearlo como un tentetieso. Tenía que haber una salida, algo, cualquier cosa, pero no. Estaba atrapado apenas en tres metros cuadrados de roca, rodeado por una pared lisa y un mar de sangre.

Se dejó caer al suelo e intentar pensar, pero era inútil. Cada vez estaba más agobiado y no quería pensar que su única salida fuese nadar. Quizá debía simplemente esperar, podría ser un secuestro, ¿Quién sabe? Esas cosas ocurren a veces. No conocía a nadie que quisiera hacerle daño, o quizá sí, pero era improbable, además eso que estaba viviendo era demasiado para cualquiera. De todas formas, no era una persona que esperase a verlas venir.

Armándose con el valor que te da la desesperanza y poseído por la angustia, descendió por la pendiente donde antes reposaban sus piernas, introduciéndose en esa piscina roja, hundiéndose poco a poco, hasta que sus pies alcanzaron un llano y advirtió que la sangre le llegaba justo por encima de las caderas.

Comenzó a agitar los brazos completamente extendidos en horizontal mientras avanzaba, para no darse de bruces contra algo, como cuando alguien juega al escondite en una habitación que no conoce con los ojos vendados. Se movía lentamente, ya que la sangre es muy densa y la resistencia que ofrece al movimiento es mayor que si fuese agua.

Sus pies tropezaron con algo que le hizo perder el equilibrio y caer sumergiéndose de pleno. Rápidamente sacó la cabeza y la sacudió al tiempo que con las manos se limpiaba la cara con asco. Escupía una y otra vez

intentando deshacerse de ese sabor metálico que tiene la sangre. No era difícil imaginar con qué habría tropezado.

Más cautelosamente fue avanzando, y comprobaba que en el fondo seguía habiendo cuerpos y miembros amputados, así como flotando “a media agua”.

Estalló a chillar despavorido, preguntándose si acaso eso era el infierno, si bien estaba seguro de que sería algo parecido. Entonces escuchó un gemido, muy débil, casi un sollozo.

— ¿Hay alguien ahí? —gritó con todas sus fuerzas, aunque su voz salió temblorosa y entrecortada—. ¿Hay alguien ahí? —repitió—. Esto no tiene gracia, si no me contestas te voy a romper la cara —volvió a gritar, sacando el poco valor que aún le quedaba.

Paso a paso, iba avanzando muy lentamente, como si casi no se moviera del sitio, cada metro parecían kilómetros. Siguió gritando, berreando, maldiciendo, insultando. La risa empezó a florecer al mismo tiempo que lágrimas brotaban de sus ojos. —Un poco más —se decía—, un poco más, ya tienes que estar cerca. ¿Cerca de qué? —Preguntaba su lado pesimista.

Sentía como la piel se le ponía de gallina.

Cuando le pareció escuchar algo dentro del silencio roto que él creaba con su histeria, pensó que no era real, pero se mantuvo quieto durante un segundo.

Sí. Era algo, un sonido, como un murmullo, quizá un llanto, pensó que quizá había allí otra persona igual de asustada que él. Trató de ponerse diplomático mientras avanzaba de nuevo, con más cautela si cabe. Los sollozos continuaban, y él, no dejaba de repetir:

— ¡Eh! Por favor, contéstame, no voy a hacerte daño, lo siento, estoy asustado, solamente quiero salir de aquí. ¿Quién eres? —gritó—. ¿Dónde estamos? ¿Qué mierda es este sitio? ¿Por qué estoy aquí?

Incesantes preguntas que morían en la oscuridad sin respuesta, solamente gemidos, ni siquiera eco.

—Por favor, quiero irme a casa, ¡ayúdame! ¿Sabes algo de este lugar?

A medida que caminaba los gemidos se escuchaban más cerca, se le estaba empezando a ir la razón.

— ¡Maldita sea! ¿Por qué coño no me contestas? —gritó.

Nadie contestaba, hasta que se paró. La calma lo había abandonado totalmente y entonces chilló tan fuerte que se hizo daño en la garganta y la voz desafinaba.

— ¿Quién coño eres? —escupió. Tan fuerte que quizá se oiría en la luna.

Retomó el camino a ningún lugar. Conforme notaba más cerca ese llanto iba acelerando el paso, hasta que ya, sólo estaba a un par de metros. Trató de correr hacia él, estaba ya furioso y tropezó. La profundidad era menor y volvía a salir del lago de sangre, pero cayó de bruces contra el suelo. Al apoyarse instintivamente para no darse en la cara, se hirió la muñeca, pero poco importaba ya eso ahora. Sin pararse, seguía avanzando a gatas, podía sentir a esa persona justo delante suya, pero la oscuridad era completa y descargó con todas sus fuerzas el brazo que no se había herido, de tal forma que perdió el equilibrio y volvió a caer de costado, pero entonces soltó un grito de dolor, se había abrasado el brazo, pero, ¿Con qué? No había fuego, no había nada.

Se levantó de un salto enrabiado soltando puñetazos al aire, con la esperanza de acertar al que ahora era su peor enemigo, pero cada vez que lanzaba sus puños, gritaba de dolor, sentía como si le abrasaran los brazos, como si los metiese de lleno en una hoguera, tanto dolor, no hacía sino enfurecerlo aún más.

Soltaba toda su rabia y desesperación a golpes, golpes al aire, presa del miedo, el miedo a lo desconocido. Tantas emociones no le dejaban oír el llanto que tenía delante de él, pero por más que intentaba pegarle, sólo sentía que los brazos le ardían.

— ¿Por qué no me hablas? ¿Por qué? —gritaba—, ¡Joder! Dime algo y deja de llorar. ¡Habla! —chillaba mientras las venas de sus sienes parecían a punto de explotar.

Entonces el llanto cesó, y notó que una mano lo sujetaba de la muñeca, pero era una mano pequeña, como de un niño. Automáticamente quedó inmóvil y callado, mezcla del miedo y la incredulidad. Se hizo el silencio.

De pronto, notó que aquella mano diminuta tiraba de él. Lo traía hacia sí. Parecía que su propósito era guiarlo y él se dejó. Mientras, se dejaba arrastrar

por aquel misterioso brazo en completa oscuridad, con el miedo que da estar a ciegas en un lugar extraño. Podía notar como sus brazos olían a vello quemado.

El niño seguía tirando de él, lo llevaba por un pasadizo que había en la roca, hacia abajo siempre, cuesta abajo, entonces escuchó una voz.

— ¿Qué has dicho? —preguntó.

El niño no respondía y él desistió moviendo con brusquedad la cabeza en signo de negación. —Si no hablaba antes, no lo hará ahora —se dijo para sí mismo.

Entonces volvió a escuchar la voz otra vez, ahora más clara. Le resultaba inquietantemente familiar.

<< ¿Quieres luz? ¿Por qué no te arrodillas? Estás donde debes estar. ¡Arrodíllate!>>

La voz era grave, pero agradable y enérgica al mismo tiempo.

No entendía nada, pero entonces, aquella mano a la que iba sujeto, le dio un fuerte tirón y comprendió que tenía que agacharse. Tan pronto lo hizo, vio un tenue resplandor bajo los fríos muros de roca, un estrecho túnel dónde se vislumbraba una luz, éste era suficiente para ser atravesado por un adulto. Rápidamente comenzó a deslizarse a gatas por aquella grieta en la roca, ni siquiera se detuvo a pensar por que el suelo estaba cubierto de pequeños cristales, tan diminutos que parecían casi polvo. No se dio cuenta ni si quiera, que fueran ellos los que reflejaban la luz que venía de lejos y los que le cortaban las manos con pequeñas heridas conforme gateaba.

El camino se iba haciendo curvo y la luz tenue brillaba un poco más, el camino se le hacía eterno e intentaba ir más rápido, pero al acelerar tendía a alzar las caderas y se daba en la espalda contra la roca, por lo que se forzaba a aminorar la marcha, sentía que los músculos le dolían a horrores, pero gritar, carecía de importancia, en un lugar dónde incluso al eco se le olvidó ir. Solamente se escuchaban sus pantalones al restregar con el suelo, y el sonido espumoso de los cristales compactándose bajo sus manos. Tenía tanta prisa por salir de allí, que no titubeó ni un momento con lo agobiante de la situación, en cualquier otra ocasión, en medio de ninguna parte, en un estado penoso, sin saber dónde ir, más aún, la claustrofobia que sentiría atravesando

ese diminuto túnel, sin poder moverse, dar la vuelta o despegar las rodillas del suelo, lo hubieran hecho temblar, pero no esta vez, el afán de supervivencia le movía.

Comenzó a cegarse por la luz, había llegado al final, no se molestó en asomar la cabeza por la desembocadura del túnel, salió a trompicones directamente con la poca fuerza que le quedaba, lo que le costó una caída de al menos, medio metro de altura.

— ¡Maldita sea! —dijo al golpear su hombro contra el suelo.

Se puso en pie como pudo, la espalda le crujía al enderezarse, los ojos, semicerrados aún, no se habían acostumbrado a la luz. Poco a poco fue distinguiendo entre sombras, todo tan confuso, no recordaba nada, y eso es lo que más le asustaba.

Ya erguido, el miedo volvió a hacer acto de presencia, flojeándole las piernas que cayeron de rodillas otra vez al suelo. Hizo amago de levantarse, pero su cuerpo pesaba más de lo que sus huesos podían sujetar, además de los terribles dolores que iban haciéndole mella de nuevo.

Antes de cerciorarse dónde estaba, vio la silueta del niño enfrente de él, no tendría mucho más de medio metro de estatura, el pelo largo y oscuro, recordaba un espectro que se acerca amenazante, justo antes de despertar empapado en los sudores fríos de quien ha tenido una pesadilla.

— ¿Cómo ha llegado hasta aquí? —Se preguntó a sí mismo. No había visto al niño desde que entré al túnel, juraría por lo más sagrado que no entró delante mía, y apostaría que tampoco detrás.

El niño permanecía parado unos cuantos metros enfrente suya, sin embargo, al comprobar que su vista iba recuperándose, la silueta del niño al fondo perdió importancia en su campo de visión, para darle más valor a la pregunta que en ese momento corroía la escasa zona de su cerebro que se conservaba aún cuerda:

— ¿Dónde demonios estoy?

La sala, tendría el tamaño de una cancha de baloncesto, prácticamente diáfana, a excepción de unos púlpitos colocados longitudinalmente a ambos lados de la estancia, cada uno estaba formado por una columna de roca esculpida, de tal forma recordaba una garra engarzando una palangana de

plata brillante e impoluta, situada en su punto más alto. Recordaba al agua santificada que suele haber en la entrada de las iglesias para santiguarse, pero éstas tenían un aspecto más bien demoniaco.

Las paredes y el techo eran también de roca, como la gruta que daba acceso a esa sala, aunque en absoluto daba un aspecto de cueva. El suelo era de adoquines negros que dibujaban semicírculos recordando el agua que emana de una fuente, éstos se perdían en la pared frontal, cortándose de cuajo cómo si la roca hubiera cerrado el camino que seguían con una guillotina.

No había puertas o ventanas, ni tampoco algún tipo de hueco o respiradero por ningún sitio, solamente el agujero por dónde había salido a cambio de un moratón en el hombro.

La luz que provenía del techo era muy tenue, aunque no era tranquilizadora en absoluto, pero al menos, no parecía la trampilla por dónde iban a tirar un cadáver descuartizado como hicieron en la otra sala.

Mirar hacia arriba era hipnótico, había cientos de frascos de cristal colgados, los cuales contenían montones de diminutas chispas de luz que se movían sin cesar, al son del agua que brotaba de una junta del techo cerca del final de la sala, ésta se perdía entre las rejillas de un hueco en el suelo, probablemente una alcantarilla.

Aquel baile de luces le era misteriosamente conocido, lo cual le mantenía aún más en vilo. Estaba convencido que no era la primera vez que veía algo así, pero dónde y cuándo, eran interrogantes sin solución.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, consiguió ponerse en pie de nuevo, arrastrando los pies lentamente hasta la cascada de agua, el suelo sonaba hueco, como si estuviese caminando sobre un forjado muy fino, se preguntaba si quizás no estaría dentro de una cloaca en la que alguna secta de maniacos se hubiera instalado para adorar a Satán; en cualquier caso, tenía que salir de allí, y para eso tenía que encontrar una salida.

—Ahora me ocuparé de ti —dijo en tono desafiante mientras avanzaba hacia la cortina de agua, justo delante de dónde se encontraba el niño.

Aquel líquido parecía estar muy limpio para ser de una cloaca, al principio vaciló en tocarla con las manos, pero se daba asco así mismo, sintiéndose pegajoso y con la ropa acartonada debido a la sangre coagulada que cubría su cuerpo. Tenía sed, pero no suficiente para tragar un agua que a priori podría ser incluso venenosa. No obstante, tenía que lavarse un poco para recuperar

algo de dignidad, aunque al acercarse notó un olor peculiar, no recordaba a qué, era fuerte pero no desagradable, pero todo aquello era tan extraño que lo de menos era no reconocer un olor.

— ¡Qué más da! —Dijo entre dientes. Mientras, con un movimiento rápido metió las manos y empezó a frotarse con fuerza para no seguir dudando.

En pocos segundos, soltó un grito que cubrió toda la sala de amargura. A continuación, levantó la cabeza con lágrimas en los ojos, los cortes de sus manos le recordaron el olor a alcohol que no supo distinguir previamente.

Lamentándose a la vez que agitaba las manos con fuerza, rodeó la cortina de alcohol acercándose al niño lentamente, mientras, sus facciones se iban distinguiendo entre la penumbra.

Cuando estuvo delante, contempló el rostro de aquel niño y las piernas le fallaron de la impresión, cayendo de rodillas boquiabierto, no era un niño, era una niña, su hija.

Acto seguido, la abrazó como si se abrazase a la vida, la apretó contra su pecho mientras las lágrimas le caían en procesión mejillas abajo. La emoción no le dejó recordar el dolor de sus manos, si lo hubiera hecho, se hubiera percatado de que sus heridas habían desaparecido.

— ¿Qué haces aquí mi amor? —Preguntó—. ¿Quién nos ha traído hasta aquí?

La niña no articulaba palabra, pero su gesto era agradecido.

—Bueno, es igual, ahora estás con papá, ya no tienes que tener miedo cariño, pero, ¿Por qué no me respondes? —dijo con extrañeza.

La pequeña miró al padre fijamente a los ojos, levantó la barbilla y abrió la boca de par en par. De pronto, su corazón se paró al ver que a su hija...

¡Le habían cortado la lengua!

CAPITULO 2.

OSCURIDAD

Por el pasillo de la oficina se escuchaba el resonar acompasado de unos nuevos zapatos de cuero beige, éstos que resonaban cada vez más rápido acelerando el paso, pertenecían a un hombre llamado Stephen, alto, de complexión delgada, pelo castaño, ojos azul claro, y piel más bien rosada cual pétalo de rosa que le daba un aspecto de niño, frágil e inocente.

Se dirigía rumbo a su despacho, la cara triste y las ojeras, delataban que había trasnochado, era tarde y lo sabía.

Desde hacía un par de años trabajaba con Bastian gestionando la contabilidad de una empresa de maquinaria industrial, su despacho estaba justo en la habitación contigua, pero nunca habían tenido más relación que las estrictamente habituales de la educación.

Hacía un tiempo horrible aquel día, no llovía, pero el frío seco y el viento helado, dictaban al termómetro marcar menos nueve grados en la ciudad de Londres. Pese a la candidez habitual en el rostro de Stephen tiempo atrás, esa mañana no era tan jovial como solía frecuentar, entró como una lagartija en su despacho y cerró la puerta con delicadeza, tratando de no hacer ruido; acto seguido se dejó caer sobre su sillón y levantando la cabeza resopló mientras ponía las manos sobre el escritorio y tamborileaba los dedos.

La butaca de Stephen hacía un ruido característico al sentarse, probablemente causado por los muelles desgastados, éste sonido se escuchó en toda la oficina que, de buena mañana, permanecía silenciosa como un mausoleo. El ruido del sillón delator por mucho que cerrase la puerta era del todo reconocible. Él lo sabía, apretó los ojos y dejó caer su frente sobre el escritorio, justo encima del teclado de su ordenador.

Exactamente quince minutos después, el señor Thomas se presentó en su despacho, justo delante del escritorio, abrió la puerta y se deslizó por el despacho con la sutileza de una anguila.

Stephen, que no se había percatado de la visita del director de la empresa, yacía con la frente pegada en el teclado del ordenador.

El señor Thomas tosió ligeramente para captar la atención de su empleado que levanto la cabeza despacio.

—Otra vez tarde Stephen —dijo lentamente mientras se cruzaba de brazos y clavaba una mirada seria a los ojos de su empleado—. No te voy a pedir ninguna excusa esta vez —siguió—, comprendo lo de tu familia, pero si pierdes éste trabajo tus problemas se agravarán más. No puedo consentirte tus impuntualidades con esta asiduidad, es decisión tuya, no mía, pero mi consejo es que priorices tus responsabilidades, no me gustaría tener que despedirte y sabes que lo haré.

Stephen asintió con una mueca en los labios tratando de evitar los ojos de su jefe, el sentimiento de culpa era tan palpable, que incluso consiguió remover a Thomas un poco.

—Cambiando de tema —dijo en un tono más agradable—, ¿Tienes terminado el presupuesto que te pedí ayer?

— Aquí está señor Thomas —dijo mientras alargaba la mano con unos papeles.

— Eres bueno Stephen —afirmó mientras recogía los documentos—, no metas la pata más, por favor.

Dio media vuelta y salió del despacho cerrando la puerta sin ruido alguno. El señor Thomas Becker era un hombre ya entrado en años, cerca de jubilarse. Las canas ya le habían dejado el pelo totalmente nevado, quería pasar la última etapa de su vida en algún lugar del Caribe, junto con su mujer de ascendencia cubana. Ésta le había enseñado bien castellano en los más de treinta años que llevaban casados, aunque cada vez que hacían un viaje a tierras de habla hispana, su acento inglés podía detectarse a kilómetros.

—El clima de Inglaterra no es el adecuado para los huesos de un viejo cómo yo —solía bromear a menudo—. Hace cuarenta años teníais que haberme visto jugando al rugby, cuando corría era como un rinoceronte embistiendo, nadie podía pararme. Que divino tesoro es la juventud dice mí mujer, y razón no le falta. Pero bueno, al menos gastaré unos años bebiendo mojitos y achicharrándome hasta parecer una gamba —decía siempre. Se le notaban ya las ganas de acabar con toda una vida de ajetreos en la oficina. Desde luego,

Thomas Becker trabajaba como pocos.

Unas horas más tarde, Sophie pasó por el despacho de Stephen.

— ¿Vienes a comer Ste? —preguntó con una flamante sonrisa.

—Ya mismo salgo, estaba acabando un papeleo, ¿De qué te ríes listilla?

—Trabajando duro por lo que veo.

—Pues sí, en ello estaba. ¿Es una afirmación seria o sarcasmo? —Contestó guiñándole un ojo.

—Es una afirmación falsa —contestó Sophie—, a menos que hayas aprendido a escribir con la frente —dijo mientras señalaba su cara y se doblaba de risa.

— ¿A qué te refieres? —Se tocó la frente con los dedos de la mano derecha y notó unos graciosos surcos cuadrículados del teclado, tatuados en su frente.

—Mierda —exclamó—. Anda vámonos, que tanto hacer el idiota esta mañana me ha dado hambre.

Ambos se dirigieron a la siguiente manzana para comer en un local llamado “The dizzy bull”, al principio era un pequeño negocio regentado por inmigrantes españoles en el que comenzaron sirviendo vinos y tapas, franquiciándose con el tiempo. Una historia curiosa ya que los dueños eran un enfermero y un delineante hartos de sus trabajos.

A Sophie, Stephen y a toda la gente de la oficina, les hacían precio especial por ser clientes habituales, aunque realmente a Sophie le encantaba el sándwich vegetal que servían allí, y probablemente seguiría pidiéndolo para almorzar, aunque fuese el más caro de todo el Reino Unido.

Aunque le dio mil vueltas, todavía no había conseguido averiguar cuál era la misteriosa salsa con la que le daban ese sabor dulzón a la lechuga.

Les preguntó a los camareros mil veces, pero la receta es secreta le decían. A veces llegó a pensar en acostarse con alguno para sacársela, desde luego así la conseguiría seguro, no lo tenía aún descartado.

Stephen y Sophie se sentaron uno enfrente del otro esperando que les sirvieran, los sillones eran realmente cómodos.

Se miraban a los ojos sin decir una sola palabra, cuando por fin, Sophie rompió el silencio.

—Tómalo con calma —dijo esbozando una sonrisa.

— ¿El qué? —preguntó Stephen.

—Venga, que no me puedes engañar, todos conocemos al señor Thomas, volviste a llegar tarde y apostaría mi nuevo conjunto de lencería fina a que tardó exactamente quince minutos en ir a tu despacho.

— ¿Cómo lo sabes? —Preguntó levantando una ceja y con la cara del que ha visto un ovni.

—No puedo creerme que aún no te hayas enterado trabajando aquí mucho más tiempo que yo Stephen, lo hace precisamente por eso.

— ¿El qué? —respondió incrédulo.

— ¿Cómo que el qué? ¿Pues qué va a ser? El sermón... El señor Thomas nunca te echa el sermón nada más llegar porque no quiere que nadie sospeche lo que va a hacer. Así, deja un poco de tiempo para no parecer un zorro que acaba de escuchar un conejo moverse entre las matas. Lo hace así para aparentar ser más... Amable, pero no se le escapa una, te lo aseguro.

—En realidad es un buen hombre —replicó Stephen mientras se frotaba la cara.

—Sí que lo es —corroboró Sophie—, pero no es tonto, y sabes que habla en serio, no te va a consentir estos retrasos.

A continuación, levantó su mano y señaló a los ojos de su amigo:

— ¿No has visto las ojeras que tienes? Tienes que dormir más, en serio ¿no te has visto esas dos berenjenas que tienes sobre la nariz?

— ¡Claro que las he visto! —Contestó indignado mientras volvía a frotarse los ojos—. Es obvio que tengo que dejar el trabajo en el bar; me está matando y lo que gano me lo acabo gastando en café. —Sonrió con ironía.

—Bueno cuéntame qué es lo que pasa, que yo sepa tienes un sueldo bastante decente como para tener que echar horas en un pub; el dinero no puede ser tu problema.

— ¿Acaso tienes doble vida? ¿No serás un señorito de compañía verdad? —preguntó bromeando.

—Sí, lo que me faltaba —respondió Stephen con pesar—, sí me hace falta dinero, mucho dinero, tengo que alimentar a mi hija.

—Ya, bueno, no te cachondees, te sobra pasta para eso, ¿Cuál es el problema?

— ¡El problema es su madre! —Gritó con los ojos centelleantes de ira.

—Psss, baja la voz hombre, nos está mirando todo el mundo.

—Lo siento, es que no me puedo quitar de la cabeza a esa víbora. Ella es la culpable de todo, me está despellejando, la pensión de la niña y todo, todo lo que se llevó con el divorcio, voy viviendo al día, maldita la hora que compré esa casa, lo tiene todo ella, estoy trabajando como un burro para mantenerla. Encima ni siquiera cuida lo más mínimo a nuestra hija, vive como una reina y le saca el dinero a todos los idiotas que encuentra...

—Idiotas como tú, quieres decir...

—Muy graciosa, sí, idiotas como yo, de hecho, creo que fui el más idiota de todos ellos.

—Al menos eres un buen padre, ya encontrará a otro que robarle y te dejará en paz.

—Eso si no me he tirado primero al Támesis del puente de la torre con piedras en los bolsillos...

—Venga anda, un poco de optimismo, dejemos el tema, pero busca alternativas, porque así no se puede estar.

—Desde luego que no se puede, ya me inventaré algo para conseguir dinero.

—Exactamente —contestó—. ¡Mira! Por fin está aquí la comida, estoy muerta de hambre.

— ¿Y sólo te pides un sándwich?

—Sí, tengo que guardar la línea. Hay que ser estrictos.

—Sophie, por Dios, ¿tú has visto el cuerpo que tienes? Habría modelos que venderían su alma por tener una silueta así.

La chica sonrió, no se ruborizaba fácilmente, era muy consciente de la atracción que producía en el sexo opuesto.

—Anda Romeo, vamos a comer.

Sophie llevaba trabajando en la empresa menos de tres meses, pero su

carácter abierto y seamos honestos, su físico explosivo, la habían hecho ganarse a la gente muy rápido.

Era una muchacha realmente hermosa, tenía los veintisiete años recién cumplidos y cuidaba al máximo su figura, hacía Deporte, vigilaba mucho sus hábitos alimentarios y era especialmente delicada con su imagen. Siempre a la moda, perfectamente maquillada y desprendiendo aroma a caros perfumes. Cada vez que alguien de la oficina trataba de cortejarla, ella se hacía la inocente alegando que una persona que se dedique a las relaciones públicas de una empresa ha de causar buena impresión. Y ella desde luego era tenaz en su trabajo.

Físicamente, Sophie era alta; esbelta; de piel marrón suave como la arena de la playa y una larga y lisa cabellera morena que estaba en armonía con el color miel de sus ojos. También lucía unos labios carnosos siempre pintados con un rosa muy pálido.

Era una autentica mujer de bandera, además de trabajadora, independiente y sociable, si bien tenía un defecto que contrastaba con una personalidad tan marcada como la suya, era terriblemente caprichosa.

Desde luego, por eso estaba soltera, no le faltaban pretendientes, pero ella cambiaba de dirección según soplase el viento. Sin lugar a dudas, le gustaba que la cortejasen a base de bien. Pero nunca, nunca, la había conquistado nadie, Sophie siempre era la que elegía primero.

Había hecho muy buena amistad con Stephen desde que comenzó a trabajar en esa oficina, era una de estas personas que les gusta seguir el juego y eso la hacía sentir cómoda, aunque supiese que la desnudaba con la mirada en todo momento. Pero eso era algo a lo que ya estaba más que acostumbrada. ¡Y además le encantaba!

Sophie sabía a ciencia cierta que era totalmente inofensivo, intuía un auténtico calzonazos en potencia. Lo que explicaría lo que había pasado con su mujer, mejor dicho, su ex mujer o mejor dicho aún, la zorra manipuladora, falsa y sin corazón que le había dado una hija y lo había sumido en la ruina y desesperación.

A veces se planteó si podía ser homosexual por la forma tan melosa que tenía de actuar, pero era absurdo, ya que había estado casado y era padre, esto ya lo haría discutible, no como el hecho de que la desease ya que eso no significaba nada, no sería la primera mujer que sacaría del armario ni el primer hombre al que metería.

La puerta del bar se abrió, entrando empapado un hombre cercano a los cuarenta, de estatura media, luciendo un sombrero que, al descubrirse, mostraba su pelo rubio pajizo, alborotado, como si lo hubieran lavado con lejía. Su piel era blanca, pero sin llegar a ser lechosa, una barba castaña recortada a la micra cubría su cara y ésta, a su vez, estaba marcada con una cicatriz, que lejos de estropear el rostro, le daba un cierto sex-appeal.

Con andar recto, pero sin sacar pecho, se fue acercando al paragüero para dejar allí el suyo. Era amarillo chillón, que descompasaba con cualquier cosa, —bastante gris es el cielo para entristecernos aún más con colores oscuros, —decía cuando alguien tenía un comentario al respecto—. Metió su gabardina impermeable bajo su brazo y pasó por delante de Sophie y Stephen saludando en silencio, con una sonrisa y un movimiento de cabeza.

Todo el mundo en la oficina sabía quién era este hombre, Aunque no se conocía mucho respecto a su vida privada, estaba casado y tenía una hija pequeña, poco más. Era puntual, amable y tranquilo, nadie tuvo ningún problema con él. Un hombre tan normal como cualquier otro.

Sophie solamente lo conocía de haberlo visto por la oficina, pero eso le bastaba para entablar rápidamente una conversación.

— ¿Cómo se llama ese tío Stephen?

— ¿De quién me hablas?

—Pues el que nos acaba de saludar, el que trabaja en el despacho de tu lado.

— ¡Ah! Vale. Se llama Bastian ¿Por qué lo dices?

— ¡Bastian! —alzó la voz la muchacha para llamarlo.

— ¿Qué haces? —replicó avergonzado.

—Quiero que se siente con nosotros, un poco de vida social no te vendrá mal Stephen, incluso un amigo ya sería ideal ¿no te parece? —Le comentó esbozando una pícaro sonrisa.

— ¿Qué te traerás entre manos? —Masculló mientras se levantaba.

Bastian miraba alertado por el grito de la muchacha llamándolo, y entonces vio a Stephen haciendo un gesto con la mano para que se acercase, en realidad ambos apenas se conocían.

El rubio pajizo se tocó el pelo y se dirigió hacia la pareja, nunca había

hablado con Stephen salvo alguna que otra conversación referente al tiempo frente a la máquina de café de la oficina, aunque llevaban más de cuatro años trabajando en estancias contiguas.

<< ¿Quién era esa chica deslumbrante que había gritado su nombre?>> Le resultaba familiar, una mujer como Sophie no se olvida fácilmente. Se acercó a la mesa con un gesto de extrañeza, aunque en realidad parecía serio, Stephen había comenzado a arrepentirse de haberle avisado.

En cuanto estuvo frente a ellos, una dentadura perfecta se iluminó gracias a una enorme sonrisa, al tiempo que alargaba la mano hacia Stephen para estrecharla. Acto seguido hizo lo mismo con Sophie mirándose a los ojos. A Stephen le recorrió la columna un escalofrío, sentía que la mirada de su compañera refulgía en chispas al encontrarse con los ojos grises y profundos de Bastian.

—Diría buenos días, pero cualquiera lo haría con éste tiempo ¿verdad?

— ¿Ha empezado a llover? —Preguntó Stephen.

—Justo cuando he salido de la oficina, ha empezado a caer un diluvio. De hecho, había un hombre dando gritos y subido en un barco justo ahí enfrente, decía llamarse Noé.

Stephen y Sophie le miraron y todos comenzaron a reír.

El hielo había quedado roto y los tres compañeros de trabajo disfrutaron haciéndose compañía. Era inusual la rapidez con la que fue emergiendo la amistad entre ellos, dado que hasta apenas unos meses, todos eran desconocidos.

Cuando quisieron darse cuenta, la hora se les había echado encima y apenas habían probado la comida, Sophie envolvió su sándwich en una servilleta y lo metió dentro de su bolso.

Por su lado Bastian dejó prácticamente el plato intacto y Stephen apuró el café de un trago dejando el bizcocho en el plato.

Ya en la puerta de la oficina, casualmente se encontraba el señor Thomas, que le lanzó una mirada frugal a Stephen, se le había hecho tarde de nuevo, pero en cuanto vio seguidamente a Bastian y a Sophie con ambas sonrisas culpables, arqueó una ceja suspirando irónicamente, volvió la mirada y no le dio mayor importancia al asunto.

La jornada transcurrió sin más acontecimientos hasta llegar a su fin, fue pues

cuando todos los personajes prosiguieron con sus quehaceres de la vida diaria, rutina. Tediosa y bendita al mismo tiempo.

Stephen entró en su coche, realmente era el de su ex mujer, pues solamente podía utilizarlo para recoger a su hija de las clases, cosa que hizo nada más arrancar. Se dirigió al colegio y recogió a Adeline, al menos los horarios en este aspecto eran bien compatibles. Juntos, fueron a casa y le preparó la cena mientras dejaba a la niña ver los dibujos para más tarde acostarla.

Sophie fue directamente a casa, apenas tenía hambre al salir del trabajo, pero al llegar, se obligó a terminarse el sándwich que guardaba en el bolso, ya un poco rancio. Tomó una copa de vino rosado y se hizo con unas revistas de moda a las que estaba suscrita, no mucho más tarde, se enfundó su pijama de seda y se durmió.

Bastian en cambio, se reunió en casa con Adelayde y Sarah, su hija y su mujer. Sarah trabajaba en una empresa farmacéutica, era química y se dedicaba a la investigación de nuevos fármacos para su aplicación en medicina.

Todos juntos fueron a Priory Hospital, al sur de Londres para visitar al padre de Bastian. Había un buen trecho desde casa, pero no había demasiado tráfico a esa hora, especialmente por la circunvalación, que rodea la ciudad.

En la puerta principal, Bastian se dirigió a la recepcionista, una chica joven y sana, por su aspecto diría que extranjera. Era la primera vez que la veía.

—Hola, buenas tardes, venimos a visitar a mi padre, el señor Francis Castle, está aquí ingresado.

—Muy bien —contestó—, déjeme comprobar. Ah sí, aquí está. Un momento que llame por teléfono, —dijo mientras lo descolgaba—, ¿Molly? Aquí está la familia de Francis Castle, que han venido de visita.

Miró a Bastian y a Sarah, pero no se percató de la niña porque su estatura no le permitía llegar al mostrador. —Dice que esperen aquí un instante, la enfermera viene para acá y les guiará a la habitación.

—En realidad no nos hace falta la indicación, sé por dónde es perfectamente. —añadió Bastian con una sonrisa—. Es la habitación 28.

La recepcionista no advirtió el tono agradable y le contestó escuetamente; ya estaba cansada de tratar con gente impertinente y a cualquier reproche

reaccionaba así.

—Tienen que esperar aquí, son las normas.

—No pensaba ir a ninguna parte, —contestó Bastian molesto, pero sin perder la sonrisa—. Esperaremos a Molly.

Molly era una enfermera de mediana edad, rechoncha y Alegre, tenía el pelo recogido en un moño y teñido de color azul eléctrico, llevaba unas gafas de pasta negras. Tiempo atrás le hicieron quitarse los piercings de la nariz y el labio para formar parte de la plantilla del hospital.

La enfermera se encargaba ya desde hace años de la atención entre otros, de Francis, el padre de Bastian. Era un hombre que le caía bien, siempre contaba aventuras de cuando era joven y se le veía una persona agradable y agradecida, a pesar de los problemas que atravesaba.

Molly llegó alegre para saludar a la familia, aunque no pudo disimular la cara de asco cuando advirtió la presencia de Sarah. Torció el gesto y se agachó hacia Adelayde dándole un pellizco en el moflete a la niña, que rió.

— ¿Cómo está la princesa hoy?

—Bien —contestó la niña tímidamente.

— ¿Cómo está mi padre? —preguntó Bastian.

—Pues, sin mucha novedad, sigue quejándose de la comida, luego dice que está muy rica, cuenta sus batallitas, pero se le ve con vitalidad, con mucha vitalidad.

Francis estaba ingresado hace años en el hospital. Fue el primer paciente del que tuvo que encargarse Molly a su llegada al trabajo. Lo ingresaron por la incapacidad, y por qué no decirlo, las pocas ganas de cuidar a un hombre con principios de Alzheimer y psicosis.

La enfermera abrió la puerta de la habitación y allí estaba su padre, sentado. Vestido con un pantalón de pana y un jersey de cuello vuelto gris perla. Éste, se quedó mirando hacia la puerta intentando recordar quién era esa gente que entraba.

Molly dejó la puerta abierta y se fue, la habitación quedó en silencio y Bastian lo rompió.

—Hola Papá ¿Cómo estás?

—Eh ¿sí? Hola Bastian ¿a quién me traes?

Automáticamente cambio de tema, hizo un gesto de asco y comentó: —la comida es una basura y estas enfermeras no paran de drogarme. ¿Cuándo vas a llevarme de nuevo a casa con tu madre? ¿Ya has visto a tu hermana?, seguro que sigues peleándote con ella por esos videojuegos absurdos, tienes que llevarte bien, sino ¿quién va a cuidaros cuando tu madre y yo faltemos?

—Si papá, descuida, Alice está bien, no tenemos ya problemas con los juguetes desde hace tiempo.

—Eso está mejor —dijo rascándose la cabeza—. Y este pijama ¿Cómo es tan feo?

—No es un pijama papá, es tu ropa.

— ¿Seguro? Me estás engañando jovencito.

—No te engaño papá —dijo con paciencia.

—Y ¿quiénes son estas dos chicas que has traído eh? ¿son amiguitas?

—No papá, son tu nuera y tu nieta.

— ¿Cómo? —Dijo asustado—, ¿te has casado? No me habías dicho nada.

—Si te lo dije a papá, estuviste en la boda.

—Ah sí, es verdad, lo recuerdo, ¿y lo sabe tu madre? Espero que se lo hayas dicho a tu madre, sino, se entristecerá y se pondrá de mal humor.

—Si lo sabe papa, lo sabe perfectamente, —le respondió mientras apretaba el puño.

—Ah, es verdad, la recuerdo, mi Zdenka. Estaba tan guapa en tu boda con esa melena rubia dorada, ese vestido blanco bordado con detalles de flores y esa cola que llegaba hasta la alfombra.

Sarah susurró al oído de Bastian: —pero si tu madre no estuvo en...

Éste le hizo un gesto a su mujer, llevándose el dedo índice a la boca para que guardase silencio.

—Claro que lo estaba papá —asintió resignado.

—Y ¿cuál de estas dos chicas es tu mujer?

—Soy yo —contestó Sarah rápidamente—, la niña es tu nieta.

— ¿Qué niña? —preguntó Francis extrañado—. ¿Quién es esa otra mujer?

Bastian se dio la vuelta, pensando que quizá Molly había vuelto, pero no, solamente estaban los cuatro.

—No hay ninguna mujer, papá, sólo una niña, tu nieta.

— ¿Cómo que mi nieta? ¿Tengo una nieta?

—Si la tienes papá, se llama Adelayde.

— ¿Adelayde? ¿Quién es Adelayde?

—Tu nieta, papá.

— ¿Por qué no me habías dicho que tenía una nieta Bastian?

—Te lo he dicho mil veces papá.

— ¿Cómo dices que se llama mi nieta?

— ¡Adelayde! Papá, por Dios.

—Sí, si es cierto, lo sabía, ahora te tomaba el pelo.

—Ya...

—Ade, anda corre y dale un beso a tu abuelo —interrumpió Sarah.

Francis abrió los brazos de par en par con una sonrisa especial, la niña corrió hacia él y lo abrazó con todas sus fuerzas. Adelayde apenas conocía a su abuelo ya que, durante la mayor parte de su vida consciente, él estuvo ingresado en el hospital, pero los vagos recuerdos que tenía y las escasas veces que iba a visitarlo, le transmitía paz y tranquilidad, confianza, en definitiva, amor.

CAPITULO 3.

ESPERANZA

El timbre de la pequeña iglesia sonó con fuerza esa mañana, todo para comprometer la vida del padre Lucca Tachinardi con una noticia de tanto especial agrado como recelo suscitaba en él. Ni más ni menos que había sido seleccionado para un gran viaje, la conferencia episcopal, le había concedido un acompañamiento para el Santo padre junto con un séquito de otros curas, obispos y algunos de los más altos cargos del Vaticano. El motivo era una visita papal a la ciudad de Londres.

No sin cierta duda, había presentado meses antes una solicitud, en realidad sin mucha esperanza de ser seleccionado, más por un sueño frustrado de viajar a Inglaterra que por ver al Papa, pues no sería ni de lejos la primera vez en verlo para un cura que no vivía demasiado lejos del Vaticano.

Lucca siempre había estado interesado en la arquitectura de las catedrales y los castillos del medievo. Aunque con desconocimiento técnico, pero con una sobrada admiración en su belleza, siempre deseó poder contemplarlos en persona.

La catedral de San Paul sería su primera visita, soñaba. Desgraciadamente sabía que todo eso era simplemente un sueño, nada más. El motivo de que algo tan trivial como un simple viaje de Italia a Gran Bretaña fuese una odisea que superar, no se debía a la pobreza que ostentaba un cura de un pequeño pueblo, sino que se asentaba en el miedo. El miedo al miedo, la ansiedad. Ataques de pánico que sufría desde que había abandonado la adolescencia; algo que lo hizo aferrarse a la religión, a la fe. La imposibilidad total de tomar un avión, de dormir fuera de su pequeño pueblo; una noche no más. Lo justo para viajar por Italia, una noche en la que el sueño siempre brillaba por su ausencia. Le aterrorizaba sólo pensar en abandonar su pequeña iglesia, en la que tantos años había pasado. La ansiedad es una pseudoenfermedad; actúa como una enfermedad, pero en realidad se está completamente sano. Es psicológico al cien por cien, el mayor problema que

tiene esta afección, es que te come y se va agravando hasta el infinito. Hay muchos médicos que recetan pastillas relajantes, ansiolíticos o antidepresivos, pero todo eso no cura nada, sólo es un paliativo, una forma de evitar hacer frente al mal en sí. Por otro lado, el único y verdadero camino de acabar con ese mal, es hacer frente a tus miedos; desgraciadamente Lucca, no estaba por la labor. Era totalmente reacio a tomar cualquier tipo de medicamento salvo que fuese totalmente imprescindible, y además necesitaba ver sus efectos de forma inmediata. Sobra decir también, que por supuesto, carecía del valor necesario para afrontar sus miedos... Hasta ahora.

—Buon giorno —dijo el cartero—, tengo una carta certificada para el padre Lucca Tachinardi.

—Lo tiene delante de usted joven —dijo el cura mientras una sonrisa se le dibujaba en el rostro y se acariciaba su pelo corto y castaño.

— ¿Puede firmarme aquí, por favor?

—Si claro.

Tomó el bolígrafo azul y con su mano izquierda firmó.

El cartero cogió el boli y lo metió en el bolsillo de su camisa mientras se daba la vuelta, no dijo una palabra y casi parecía correr de lo rápido que se alejó. — ¡Ciao! —gritó desde el coche.

A Lucca le brillaban los ojos, era una carta certificada de la conferencia episcopal, era una respuesta. Observó por unos segundos la carta mientras la sujetaba con sus dedos índice y pulgar; se dio unos golpecitos con ella en la nariz y seguidamente se la escondió tras la espalda. Mientras se santiguaba con la otra mano, entraba de nuevo a la iglesia, aquí comenzaron sus dudas.

Sentado sobre su cama, miraba la carta sin abrir en la mesita del dormitorio, había pasado un rato considerable, y aún no se había decidido a abrirla. Por un lado, no quería saber la contestación, pero por otro, tenía la intuición de que la respuesta era afirmativa, y con ello, había sido elegido. Dudaba de que, de no ser así, se hubieran molestado en contestarle. Precisamente la intuición de que sabía ya el contenido del sobre, era lo que hacía que no lo abriese. No estaba dispuesto realmente a enfundarse en ese viaje, aunque ardiese de deseos por realizarlo, su miedo, siempre había sido más fuerte. Durante muchos años, prácticamente no había salido del pueblo, y todo le venía

demasiado grande; mantener ese sobre cerrado era la única forma de no confirmar la verdad. Aunque supiese todo lo que ahí venía, no sería verdad hasta que él lo leyera.

Volvió a tocarse el pelo con nerviosismo, y se dijo: —Voy a comer y después la abriré, de todas formas, no pienso ir a ese viaje de ninguna manera.

Primero de todo, fue a por unas migas de pan para dejarlas por fuera de la ventana de su habitación. Las palomas, siempre venían por la mañana al alba a despertarlo y él a cambio las alimentaba, acto seguido se preparó un plato de pasta con verduras con un aspecto realmente exquisito; si algo se podía decir de Lucca, es que era un “manitas”, y la cocina, una de sus mejores mañas.

Sentándose en la silla, vertió en una copa el cáliz de Cristo que tanto le gustaba, y al lado, su plato de pasta al dente; en silencio bendijo la mesa, tomó la cuchara y la introdujo dentro de los espaguetis, pinchó con el tenedor la cuchara y empezó a girarlo, una vez tenía ya un buen bocado se lo metió en la boca y empezó a masticar, en esto, sus ojos empezaron a lagrimar y se puso de color azul, la ansiedad había hecho de las suyas enredando su estómago y haciéndole un nudo; tuvo que escupir en el plato el bocado y se bebió la copa de vino de un solo trago.

Mientras secaba sus ojos llorosos con la manga de la sotana, Lucca dejó la copa en la mesa de un golpe y salió corriendo hacia su habitación; con las dos manos cogió el sobre con decisión y lo rasgó entero para abrirlo, sacó la carta y la leyó deprisa, sus ojos azules parecían bailar.

“Estimado padre Lucca Tachinardi, tras un tiempo deliberante y con la ayuda de Jesucristo, hemos procedido al sorteo entre todos los interesados, para acompañar a nuestro santo padre en su visita por los pueblos del señor, dando la buena nueva a lo largo y ancho de nuestro mundo. Ha sido harto difícil porque sabemos la ilusión que despierta en todos los siervos del señor el respaldo hacia nuestro pontífice en sus generosas aportaciones de fe cristiana. No obstante, nos congratula y satisface el privilegio de daros la noticia de que su PERSONA HA SIDO SELECCIONADA PARA DICHA SAGRADA MISIÓN, en la que deberá permanecer junto al séquito, con padres de su misma posición durante quince días en la capital de las tierras británicas.”

En caso de no asistencia por motivos de importancia, debe comunicárnoslo de inmediato, así mismo, también deberá ponerse en contacto con nosotros para la información pertinente sobre el viaje.

Mi más sincera enhorabuena, firmado el escribiente del pontífice.

Cierto es que al empezar a leer las palabras “nos congratula y satisface”, una llamarada le brotó desde lo más profundo de sus entrañas, recorriendo todo su cuerpo hasta escupirlo en forma de sudor frío a través de su frente. Él mismo, no sabía discernir si se trataba de una noticia buena o mala, tuvo que leer el mensaje al menos diez veces para comprender la índole de lo que se le venía encima, sólo calmado por las palabras de: En caso de no asistencia...

Lo había prometido antes de comer, bueno, de intentar comer, fuera cual fuese el contenido del mensaje, de ningún modo abandonaría su iglesia. Teniendo en mente esta premisa, sólo un pensamiento pasaba por su cabeza: Espaguetis.

Pasó la tarde en la homilía y dando su misa diaria, a la que cada vez iban menos feligreses, ya de por sí en el pueblo la población era escasa, y en esos tiempos la fe no abundaba, especialmente cuando se escuchan tantas cosas “raras” de la iglesia.

Él mismo, de hecho, no era un cura corriente ni mucho menos, en realidad desconfiaba de todo lo relacionado con la política de la iglesia; su fe era muy diferente del resto de los creyentes, nadie nace cura y él se había hecho a sí mismo con su propia versión de la fe, la iglesia solo la utilizaba para ayudar a gente, es más, su familia prácticamente aborrecía la iglesia. Solamente su hermana, comprendió como el más pequeño de los hijos tomaba los hábitos, pero eso es otra historia.

Antes de acostarse subió por las antiguas escaleras que llegaban a un pequeño campanario para hacerlas doblar por última vez ese día. La noche era apacible y estrellada, lo que le hizo mantenerse unos instantes mirando al cielo, luego bajó hacia su habitación, hizo sus oraciones y se acostó; pensaba en que quizá le costaría dormir, el día había sido bastante movido ya que en ningún momento se quitó de la cabeza la noticia que había recibido en la mañana. Abrió el cajón y allí se encontraban las pastillas ansiolíticas que su médico le había recetado, ya casi estaban caducadas y la caja aún seguía sin destapar, el tenerlas junto a él, le producía un efecto placebo que impedía que las necesitara en algún momento; pero ese día, ese día había sido en verdad

duro, no hay peor enemigo para la mente de un ansioso que el pensar, y vaya si había pensado durante todo el día el pobre padre.

Por una vez se decidió a destaparlas y colocar una de ellas bajo su lengua, casi había olvidado el sabor; un amargo repugnante. Por suerte no tardó en hacer efecto, y junto a su cansancio, se durmió profundamente, casi de inmediato. Mientras, intentaba pensar en refuerzos positivos; su madre, sus amigos, su fe y la ayuda de Dios. Aunque de esto último dudaba siempre bastante.

Su sueño era profundo y allí se encontró con Marius, su gran amigo ya fallecido, todo fue muy extraño, era tan real. Se encontraban en la Piazza Ghiberti sentados en un banco, hacía unos años que su amigo murió, pero parecía que estaba a su lado, igual que cuando lo conoció en aquel hospital.

— ¿Qué te pasa Lucca? —Preguntó Marius.

Lucca se quedó quieto y pasmado durante un instante, tenía tantas cosas que decirle, que las palabras se amontonaban en su cabeza y se atascaban en su boca. Se acarició el pelo, y como suspirando dijo: — La enfermedad, amigo.

—No hay ninguna enfermedad Lucca, ya lo sabes, todo está en tu cabeza. — Decía mientras le acercaba el dedo índice a su sien.

—Ya lo sé —contestó—, pero no puedo controlarla, no puedo hacer ese viaje, es imposible.

— ¿Qué viaje?

—Vaya, el de Londres, a ver al Papa.

— ¿En serio? Por fin vas a ver las catedrales y los castillos, me alegro mucho por ti amigo.

—No, no voy a ir, Marius.

— ¿Por qué no? ¿Realmente quieres ver al Papa? —preguntó con una sonrisa.

Lucca agachó la cabeza y se miró las manos. —No. —dijo con la boca pequeña.

—Ya lo sé tonto, quieres ir a ver tus castillos y catedrales, como siempre quisiste.

—No es tan fácil Marius, sabes que no lo es.

—Mira Lucca, cuando te conocí, eras poco más de un adolescente, asustado como un pajarito en una jaula al acecho de un gato que se afila las uñas. Te dije que tuvieras fe, que creyeses en ti; yo pasé por lo mismo que tú antes, ¿No lo recuerdas?

—Claro que me acuerdo, perfectamente.

—Tú conseguiste que tomase los hábitos, mi vida era una locura, estaba totalmente vacío y tú me salvaste de alguna forma.

A Marius se le escapó una carcajada. —Yo no te salvé, te salvaste tú sólo.

—Ya, pero estar contigo para mí era un relajante, sabes que me transmitías paz.

—Claro, pero la paz no te la daba yo, te dije que hallarías paz si dejabas de preocuparte por ti mismo y centrabas tu vida en los demás; al principio te costó mucho, pero dio resultado y siempre estuve orgulloso de ti. Tu vida iba encaminada al exceso y quién sabe qué locura más, pero yo vi a una buena persona, coaccionada por su condición.

Durante años has hecho lo correcto, has hecho lo que yo te enseñé, has dudado de todo y has sido pragmático y consecuente en tus actos, pero también te dije que tienes que recordar que tu vida es tuya, el señor te la dio para que la disfrutases, sino, no lo hubiese hecho nunca. A veces, tienes que perseguir tus metas, es la naturaleza humana, fuimos creados así.

—Pero yo no puedo Marius, quiero ir con todas mis ganas —dijo mirándolo a los ojos—, pero esto me supera y no sé cómo hacerlo.

—Lucca, lo que hagas, siempre estará bien hecho a mis ojos, pero recuerda lo que siempre te decía antes de que te decidieses a ser cura.

—No sé a qué te refieres Marius, no me acuerdo.

Marius se levantó del banco, y sin mirar atrás se perdió entre la gente; Lucca se apresuró en levantarse, pero justo entonces despertó, miró a su ventana y vio las palomas como cada mañana comiendo tras el cristal. Apoyó las palmas de las manos en el colchón y se incorporó lentamente, casi sin querer de sus labios brotaron las palabras:

“Sólo se vive una vez, así que es mejor que mueras disfrutando tu vida a que mueras soñando vivir”.

De alguna forma se levantó animado, se acercó a la ventana y observó las palomas, éstas le miraron, pellizcaron una molleja de pan con el pico, y escaparon volando. La noche había sido especial, desde luego.

Mientras desayunaba pensaba si el sueño que había tenido era a causa de la pastilla a la que no estaba acostumbrado o si bien era una señal. En cualquier caso, dio gracias a Dios porque se había encontrado con su amigo del alma, Lucca se había decidido, iba a afrontar sus retos, aunque significase tener que abusar de las pastillas e ir drogado durante todo el viaje.

Llamó al teléfono de contacto y confirmó su asistencia, le dieron datos de fechas, protocolos y demás. Al colgar le asaltaron las dudas y el miedo le abrazó con sus fuertes brazos, pero no quiso dejarse llevar y acto seguido volvió a descolgar el teléfono, por un momento estuvo a punto de volver a llamar y cancelarlo todo, pero se obligó a marcar otro número.

— ¿Cecilia?

—Hola Lucca. ¿Qué tal te encuentras?

—Muy bien hermana, sólo llamaba para preguntar por vosotros, ¿cómo están todos?

—Muy bien, mamá estuvo bastante acatarrada pero ya se encuentra mejor, te echamos de menos.

—Yo también os echo a todos de menos, mi ángel, ¿sabes? Me han elegido para acompañar al Papa.

— ¿En serio? Supongo que es una buena noticia. ¿Cuándo partes para Roma?

—No Cecilia, esta vez no, me voy a Londres. <<Se hizo un silencio>>

— ¿Cecilia? ¿Estás ahí?

—Sí, sí, lo siento es que me he quedado extrañada. ¿Hablas en serio?

—Sí, esta vez sí.

—Es fantástico, me alegro mucho, veo que por fin estás preparado.

—La verdad es que en realidad no lo estoy, sólo espero que Dios me ayude, porque me muero de miedo.

—Pero entonces, ¿por qué te vas?

—Podría decir... digamos que un amigo me hizo ver las cosas de otra manera, supongo que es hora de empezar a vivir un poco. ¿No?

Al otro lado del teléfono, Cecilia dejaba caer lágrimas de alegría en silencio, emocionada; sabía por todo lo que su hermano había pasado y lo que significaba este viaje para él. Junto con su madre, fue la única persona que aprobó el que tomase los hábitos, y se sentía muy arraigada a Lucca.

— ¿Quieres que te ayude? Si me necesitas, puedo ir contigo.

—No cariño, pero te lo agradezco, esto es algo que tenemos que resolver Dios y yo, además no te dejarían venir.

—Tengo que colgarte, he de prepararme para la misa.

—Me ha encantado saber de ti hermano, ten mucha suerte en tu viaje y cuídate mucho, mucho, mantenme informada.

—Lo haré Cecilia, un abrazo muy fuerte, ciao.

Al colgar el teléfono, Lucca se sentía lleno de energía, se sentía fuerte, tal vez no preparado, pero si suficientemente fuerte como para afrontar el reto. La cuenta atrás había comenzado.

Fueron pasando los días mientras la fecha se acercaba, Lucca intentaba pensar en ello lo menos posible, pero ya tenía todo preparado, había hecho todo su equipaje con mucha antelación, lo quería tener todo apunto, su cámara de fotos, la cartera con su documentación, los hábitos y por supuesto, las pastillas, había comprado un montón de pastillas, y las había metido en todos los bolsillos de la ropa del equipaje, quería estar completamente seguro de que en ningún momento padecería el mal estar de no poder sedarse, de esa forma se sentiría más seguro y todo resultaría menos difícil.

El gran día llegó, previamente había hablado con párrocos de otras iglesias cercanas para que se ocuparan de la suya en su ausencia, las maletas preparadas, el rosario colgado del cuello, un paraguas, estaba todo listo. A las seis de la mañana un taxi pagado por el Vaticano lo recogió en la puerta de su Iglesia, antes de subirse le dedicó una última mirada a su ventana, dónde pacían las palomas como cada mañana, les había dejado pan de sobra y no habían faltado a su cita.

— ¿Quién sabe? Quizá sea la última vez que las vea.

Dando un suspiro se metió en el asiento de atrás del coche, y éste lo llevó al aeropuerto de Milán, el trayecto se le hizo interminable, pero ahí estaban, todos los curas y obispos que serían sus compañeros de viaje, el Papa viajaría desde otro sitio en un avión particular.

—Un avión —pensó—, nunca he montado en un avión, nunca entendí como algo tan grande puede volar, empezó a temblar, pero de pronto, escuchó una voz.

—Hola padre, ¿Es su primer vuelo? —preguntó un hombre con sotana que iba acompañado de otro que vestía del mismo modo.

—Sí, si lo es, y estoy aterrado, la verdad.

—No se preocupe usted, nosotros le cuidaremos —dijo con una voz amable y una sonrisa en la boca—. Somos el Padre Pietro de Padua y un servidor Carlo, párroco de Torino.

El viaje fue un mero trámite, porque sus nuevos amigos eran bastante habladores y no dejaron a Lucca tiempo de pensar, tiempo de pasar miedo; estuvo tan entretenido que el viaje le resultó incluso placentero y extremadamente corto.

Llegaron al aeropuerto de Gatwick y un típico autobús rojo de dos plantas les esperaba a todos en la puerta de la terminal para llevarlos al hotel, muy cerca de la estación Victoria. Lucca no dudó en montarse en la planta alta con sus dos nuevos amigos y mientras hablaban, él no podía quitar la vista del paisaje, ni la cámara de fotos de su mano, todo era un mundo nuevo y estaba maravillado.

Una vez llegaron al hotel, les dieron a todos unos boletines informativos con los horarios del santo padre que tenían que cumplir y, acto seguido los botones les acompañaron a su habitación, —la trescientos dieciséis— y les dejaron dentro las maletas. En cuanto se cerró la puerta salió corriendo rápidamente hacia la cama y se tiró de un salto, no podía creerlo, y lo mejor de todo es que se sentía bien.

Con una mueca de felicidad se puso en pie de nuevo y observó por la ventana, el día era gris y hacía bastante frío, no decepcionó el clima de la ciudad. Sonriendo de nuevo se dijo: Inglaterra, Aquí estoy por fin.

CAPITULO 4.

OSCURIDAD

Tiempo atrás, durante la infancia de Bastian, su familia solía hacer excursiones en vacaciones, fines de semana y festivos siempre que había alguna oportunidad; les gustaban los sitios tranquilos, en el campo, ríos, lagos y a lo largo de la costa, especialmente cuando llegaba la primavera y el verano, ya que era normalmente cuando el tiempo daba una tregua para poder ver el sol y la humedad y el viento no eran tan helados.

Francis siempre estaba muy atento durante toda la semana al parte meteorológico, comparaba los resultados de los periódicos, la televisión y eso que había salido nuevo en los ordenadores, llamado internet.

En cuanto veía que el fin de semana tendría un clima más o menos agradable, se ponía manos a la obra y lo organizaba absolutamente todo con una maestría y organización como solamente él tenía, así como con la ilusión de un niño que va a jugar con sus amigos, eso eran para él sus hijos.

Todo estaba dispuesto, la tienda de campaña, los sacos de dormir, mantas, almohadas inflables, esterillas, linternas, toallas, una mesa y sillas de plástico plegables, una pequeña cocina de gas, una nevera de playa, todo acomodado, encajado y compactado perfectamente dentro de un gastado todo terreno.

Les preparaba concienzudamente las mochilas a los niños, siempre con ellos ayudándoles para que así aprendieran; ropa, repelente de insectos, prismáticos, cámara de fotos, un balón, una cometa, impermeables, etc. No faltaba nada, el equipo estaba al completo siempre y lo tenía absolutamente todo controlado y planificado hasta el más mínimo detalle.

A toda la familia le encantaban esas excursiones, Francis, Bastian, Alice, a todos menos a Zdenka, su madre. Era de ascendencia polaca y no era muy dada a dormir al raso, por lo que en la mayoría de excursiones intentaba quedarse en casa, esa era una mala costumbre que a su marido le irritaba bastante, aunque ya había aprendido a aceptarlo y Francis sería incapaz de obligar a su mujer a la que tanto amaba, a hacer algo que la hiciese sentir

incómoda, era el tipo de persona que no puede caerle mal a nadie, siempre con buenas maneras y una sonrisa en la boca para regalarle a cualquiera.

Como decía a menudo, “Regala siempre una sonrisa a todo el mundo, harás feliz a quien te quiera y enfadarás a quien te odie”.

Zdenka por su parte, era una persona más introvertida, aunque cariñosa a su manera y sin lugar a dudas, amante de su marido y sus hijos, si bien todo hay que decirlo, tenía una cierta predilección por Alice, su hija primogénita, el terroncito de azúcar cómo solía llamarla. Era una pequeña muñeca, tenía el pelo castaño y la carita de porcelana, extraordinariamente encantadora con su madre, la hija que todas querían tener. Alice se lleva bien con todo el mundo, sin embargo, con su hermano Bastian, quien tenía algo menos de edad, siempre se estaba peleando por los juguetes, cosas de niños, nada extraño. En el fondo se llevaban bien y se querían, aunque nadie lo hubiera dicho con la asiduidad de sus peleas.

Uno de esos fines de semana llegó. Era verano y, además, tenía pinta de ser uno de esos pocos fines de semana en los que realmente hace calor suficiente en el Reino Unido para bañarse. Los niños tenían ganas, Francis tenía ganas, pero por supuesto, Zdenka tenía que añadir la nota negativa, diciendo que tenía muchas cosas que hacer en casa y no podía perder el tiempo andando por la playa. Además, ella estaba acostumbrada a la montaña, no le gustaba el agua, ni la playa; ni los lagos; ni los ríos en general, especialmente cuando el propósito era bañarse, ya que ella no sabía nadar, en realidad a ninguno de la familia se le daba bien nadar, solamente a Francis, puesto que los hijos aún eran demasiado pequeños.

Zdenka no estaba nada convencida y desde luego no tenía ninguna intención de ir, tanto incluso que llegó a tener una pequeña discusión con Francis, intentando convencerle para que se quedaran en casa e hiciesen algún otro plan que no incluyera ese tipo de aventuras.

Zdenka consideraba que era peligroso ese tipo de excursiones para dos niños pequeños, pese a que sabía que Francis era muy responsable respecto a sus hijos, aun así, siempre le quedaba esa espinita clavada que te trae la incertidumbre.

Todavía no habían cargado las cosas en el coche y Bastian y Alice ya estaban peleándose por una pequeña pelota de plástico, de esas que botan más que la distancia desde donde caen. Zdenka a última hora estuvo a punto de embarcarse también en el viaje, pero los niños peleándose la hicieron cambiar

de parecer, así que se despidió de ellos y de Francis, que salieron lentamente del garaje para tomar la carretera hacia la costa.

La madre, sintió un tremendo alivio cuando los vio marchar y por consiguiente había logrado evadir una vez más una excursión de agua.

Así pues, tres cuartas partes de la familia marcharon en coche hacia la costa, a un lugar cercano a Ipswich, y tras unas horas de viaje en la que los niños no pararon ni un solo momento de pelearse, por todas y cada una de las cosas que traían en el equipaje; aun así, consiguieron llegar a su destino. Por suerte para todos, Francis poseía una paciencia digna de un auténtico santo y gracias a ello apenas levantó la voz durante todo el viaje, algo que, de haber ido con su mujer, probablemente hubiera ocurrido con frecuencia.

Ya en el destino, metieron el coche campo a través sorteando todo tipo de obstáculos para llegar a una cierta localización en la que no hubiese nadie cerca, y por tanto tranquilidad. Todo esto, también con el conocimiento que la acampada en el lugar donde iban a realizarla probablemente estaría prohibida, por ello el afán de alejarse del mundo civilizado.

La ubicación elegida estaba pegada a unos árboles que, si llegase el momento en que a la lluvia le daba por aparecer de improviso, les sería muy útil para resguardarse. El coche a su vez, lo dejaron en una posición idónea para que, en un caso de emergencia, no tuviesen que maniobrar, sino que pudieran salir directamente a la máxima velocidad que el terreno les permitiera. En estas tesituras, Francis era muy precavido.

Los niños le ayudaron en la medida de lo posible a montar la tienda de campaña, y a su vez a sacar el equipaje de las mochilas, algo que hicieron sin rechistar lo más mínimo, puesto que, a fin de cuentas, ambos niños disfrutaban ayudando a su padre en este tipo de faenas.

El paisaje era en verdad bello, los campos verdes que se acababan difuminando en una marisma de arena fina conectada con el mar del norte, separado por un diminuto espigón de pequeñas rocas que estaba tras una pantalla de árboles que lo ocultaban de la vista, y a su vez, indicaban dónde se separaba el campo de la playa.

Bastian y Alice jugaban a la pelota mientras Francis investigaba un poco la zona en la que se habían instalado; parecía bastante segura, no era un sitio donde pudiese haber una riada o subir la marea, la profundidad era bastante

escasa como para no tener que preocuparse de sus habilidades desenvolviéndose en el agua, y el tiempo era cálido y agradable como habían planeado puesto que el sol también lucía brillante. Todo salía a pedir de boca.

Cuando había ya terminado de preparar las cosas, se había hecho ya bastante más tarde de la hora del almuerzo; como esto era bastante habitual, aunque siempre salían a una hora prudentemente temprana, ya tenían preparados los bocadillos de casa para ahorrar tiempo en la llegada y puesta a punto del campamento.

Una vez comidos y reposados, Francis les ayudó a ponerse el bañador y en cuanto su padre les dio permiso, salieron corriendo a darse el primer chapuzón del verano, el agua, no obstante, estaba helada como es habitual en esa zona, aunque a los niños no parecía importarles lo más mínimo. El calor ya no era el que hace a mediodía cuando el sol está en lo más alto, pero entraron en el agua sin dilación alguna. Francis fue a la tienda y en unos instantes apareció y lanzó el balón hacia el agua para que sus hijos siguiesen jugando. A continuación, el entró en el agua también, aunque ni mucho menos con la misma soltura que habían entrado los niños; se fue remojando poco a poco todo el cuerpo, lanzándose agua con las manos y encogiéndose del frío. No estaba del todo convencido aún, pero Alice riendo comenzó a tirarle un poco de agua y Bastian se incorporó, ambos acabaron mojándolo sin compasión y su padre no tuvo más remedio que sumergirse entero entre gritos para acabar pronto con la tortura. Los tres empezaron a pasarse la pelota el uno al otro, aunque Bastian se había tomado muy en serio acertarle a su hermana en la cabeza, siempre tenían que estar chinchándose, aunque Francis sabía que en realidad lo hacían con cariño.

Estaba muy convencido de que sus hijos se llevaban bien y, de hecho, estaba muy en lo cierto.

Comenzó a oscurecer y los niños ya secos, se acercaron con su padre al campamento de nuevo, este les preparó una cena rápida y enseguida los llevó dentro de la tienda dónde contarían historias de miedo, como habitualmente hacían. Esa noche tocó la de la rana y la culebra, aunque la buena historia la reservaba para la siguiente noche.

Cuando los niños se estaban quedando dormidos, se apresuró a salir de la tienda y sentarse en un pequeño sillón hinchable con el libro que había empezado a leer unos días atrás. Se llamaba la sombra del alma y estaba

leyendo un capítulo en el que cura de dudosa Fe adoptaba a una niña huérfana que vivía a base de hacerle recados a unos rateros, que menudeaban con drogas y afanando carteras. Leyendo se le pasaron las horas y se hizo muy tarde, así que se metió en la tienda despacio tratando de no hacer el más mínimo ruido. Antes de acostarse recordó que no había llamado a su mujer, cogió el móvil y encontró que tenía 6 llamadas perdidas, así que como ya era muy tarde le mandó un mensaje y le devolvió el volumen al sonido del teléfono.

Por su parte, Zdenka había estado muy alarmada, pero no era la primera vez que le pasaba, así que se mantuvo a la espera hasta llegar el mensaje, con el cual pudo conciliar el sueño.

Al día siguiente, Francis dejó a sus niños dibujando en el campamento, era un hombre de muchas inquietudes, le gustaba aprender, descubrir y entretenerse; tenía un millón de hobbies, a cuál más variopinto y estrafalario; de entre ellos, quizás el que más le gustaba era la entomología, la ciencia que estudia los insectos, era un auténtico experto, conocía a cientos especies y sus familias; conocía sus hábitats; sus costumbres; su forma de reproducirse; de alimentarse y un sinfín de curiosidades de las que podría estar hablando durante horas y horas, sin embargo, siempre se había negado a hacerle daño a ninguno de ellos, pensaba que todos los seres vivos tienen el mismo derecho a la vida independientemente del tamaño, y que no era justo el matarlos simplemente por nuestra aprensión hacia algunos de ellos, o nuestro criterio según los considerásemos más o menos repugnantes. Francis tenía su kit con un montón de artilugios que le permitían capturarlos e investigarlos, trampas caseras, lupas de diferentes aumentos, cazamariposas, todo tipo de herramientas y por supuesto, diferentes botes de cristal donde los guardaba para luego poder examinarlos. Cuando había terminado con ellos, simplemente abría el bote y se alejaba para darle tiempo y espacio al insecto hasta que escapara.

Sólo usaba los alfileres, agujas de disección, bisturíes y demás, cuando se encontraba los insectos ya muertos por causas naturales. Toda la colección de su casa era obtenida de esta forma. La afición que tenía por observar los insectos se debía a otro de sus hobbies; la ciencia ficción, pues los insectos observados objetivamente tras una lupa o en un microscopio, tienen la apariencia de pequeños monstruitos, que, con un poco de imaginación, si su

tamaño aumentara hasta el punto de otros animales más conocidos, podrían ser los protagonistas de una auténtica película de terror.

Francis era un amante de la naturaleza y era algo en lo que le gustaba hacer hincapié por el bien de la educación de sus hijos. No quería que éstos cuando crecieran fuesen de las personas que toleran los maltratos animales, o peor aún, el tipo de persona que los infringe, las matanzas que se hacían para el uso textil, o como había escuchado hacía pocos días, los 85 toros asesinados durante los Sanfermines. También había oído hablar de lo que les hacían algunos cazadores a los galgos en España, asesinando por tortura a sus propios perros, era por eso que consideraba a los españoles unos auténticos bárbaros. Todo esto estaba por supuesto, relacionado con una cultura basada en tradiciones y arraigadas a la Iglesia, lo que siempre ha derivado en un retraso social, algo que no estaba dispuesto a ver en sus hijos, al menos en la medida que él pudiera evitarlo.

Francis, aprovechando que los niños se dedicaban a corretear por el campo, fue recogiendo a lo largo del día un montón de luciérnagas que iba guardando en un frasco, uno más grande de los que habitualmente utilizaba; éste lo había tapado con una bolsa negra y cinta adhesiva, de forma que no podía verse lo que había en su interior. En la tapa había practicado una serie de pequeños agujeros que hacían de respiradero, mientras, esperaba a la noche para darles una sorpresa a los niños.

Encontrar luciérnagas durante el día no es nada sencillo, ya que hay numerosas especies de insectos y durante las horas de sol, no suelen emitir luz y pueden pasar desapercibidas como una especie de gusano cualquiera, afortunadamente en la época inicial del verano es cuando tienden a reproducirse. Y con las reacciones químicas de sus fluidos corporales, obtienen esa bioluminiscencia tan característica. Aun así, Francis sé las ingenió para reunir un buen puñado de ellas, gracias obviamente a los conocimientos que tenía al respecto de entre otras especies, de los coleópteros.

Francis se metió dentro de la tienda de campaña y colgó el bote en la parte alta. La bolsa negra era suficientemente opaca para no revelar el contenido del bote de cristal; al caer la noche vendría la mejor parte.

Como todas las veces que iban de acampada, cuando los niños ya estaban dentro de la tienda antes de dormir, se quedaban totalmente a oscuras e

iluminados únicamente por una linterna; Francis comenzó con la historia.

El bosque encantado.

Érase una vez dos hermanitos, un niño y una niña que habían ido con sus padres a visitar a unos amigos de éstos a su casa de la montaña. Los niños se aburrían con las cosas de mayores y preguntaron si podían ir a jugar fuera, los padres le dijeron que no, porque más allá de las lindes, la casa se hallaba en un bosque que lo rodeaba todo, y en él, habitaban animales salvajes y peligrosos. Además, les habían dicho que había unos duendes que te secuestraban y no te dejaban volver a casa nunca jamás.

Los niños se creyeron valientes e insistieron a sus padres que los dejaran jugar fuera, dijeron que se portarían bien y no se alejarían; así que sus padres cedieron y los dejaron salir, solamente tenían que cumplir una condición muy importante: tenían totalmente prohibido salir del camino asfaltado que llegaba hasta la entrada de la casa. No podían abandonar ese camino puesto que a sus lados se encontraba el bosque, y si se perdían, correrían mucho peligro.

Los niños se pusieron muy contentos y salieron corriendo fuera de la casa, mientras tanto, el atardecer se iba haciendo cada vez más oscuro, ellos se divertían, no se daban cuenta de lo tarde que empezaba a ser, y sus padres dentro de casa tampoco.

De pronto un conejo cruzó de lado a lado el camino perseguido por un zorro, el conejo se escondió tras unos matorrales, pero estaba atrapado. El niño le dijo a su hermana de ayudar al conejo, ella al principio se negó, pero los matorrales estaban cerca, así que tomó a su hermano de la mano y juntos caminaron por fuera del camino asfaltado introduciéndose en el bosque al lugar dónde estaba el zorro acechando. Cuando éste advirtió la presencia de los niños, huyó rápidamente. Entonces el conejo se asomó y solamente vio a los niños. Les miró moviendo el hocico y salió dando saltitos de un lado para el otro, los niños miraban hacia ambos lados para seguirlo con la vista, hasta que el conejo desapareció.

Cuando se fueron a dar la vuelta, los árboles se habían hecho más oscuros y el camino asfaltado ya no era visible. Los hermanos volvieron a cogerse de la mano y despacio, comenzaron a andar buscando el camino de vuelta, pero para su mala suerte, todo se había puesto de color negro, y apenas se distinguía la forma de los árboles cuyas ramas en la noche formaban siluetas

que recordaban a monstruos alargando sus brazos enrevesados para atraparles.

El viento empezó a soplar y se oía un gemido que a los niños les resultaba estremecedor, tenían la carne de gallina. Rápidamente aceleraron el paso, pero con los nervios se habían equivocado y andaban hacia el corazón del bosque, qué se hacía más lúgubre y frío cada momento.

Los niños se pusieron a temblar cuando escucharon el aullido de un lobo, que retumbó atronador entre los árboles. Entonces corrieron todo lo rápido que podían, pero no llegaban a ningún sitio, todo era igual, árboles y más árboles oscuros que parecían cerrarles el paso. En ese momento, la niña se enredó el pie con una raíz y cayó al suelo, su hermano se paró y la ayudó a levantarse, y de pronto lo oyeron, era una respiración pesada, no sabía, de dónde venía, pero se estaba acercando, los niños se abrazaron y permanecieron quietos en silencio, por momentos parecía que el jadeo se había esfumado; hubo unos segundos de silencio y enseguida comenzó a escucharse de nuevo, sólo que esta vez se oía desde varios sitios al mismo tiempo. Un rugido quebró el viento de la noche y los jadeos se escuchaban cada vez más y más cerca.

Aunque los hermanos permanecían abrazados en silencio, las lágrimas de terror brotaban de sus ojos enrojecidos; notaban que el cerco se estrechaba.

Cuando levantaron la vista y miraron a su alrededor, los resquicios de luz de luna que atravesaban la maleza, iluminaban poco a poco un montón de pares de ojos tenebrosos que brillaban en diferentes colores, amarillo ámbar, rojo sangre y verde lima, aunque los que más miedo daban eran de color azul grisáceo, mortecinos, carecían de vida y de compasión, eran fríos como el hielo, pero refulgían como un relámpago. Ya no podían escapar, estaban totalmente rodeados, así que los dos se sentaron y empezaron a llorar, un gruñido sonó y el sonido de unas pisadas quebrando las hojas y ramas del suelo se escuchaba lentamente acercándose, los niños miraron aterrados a la bestia peluda, con enormes dientes engarfiados que chorreaban saliva, se acercaba hacia ellos con la mirada blanca de una muñeca de porcelana clavada en sus ojos; se plantó frente a ellos y con su hocico chato y rosado les olfateo lentamente, notaron en su piel del aliento fétido, cálido y húmedo de sus fauces, a continuación pegó un terrible rugido que a los niños les heló aún más la sangre. El resto de aquellos monstruos

comenzaron a resoplar, gruñir y a dar alaridos. La bestia retrocedió unos pasos, pero no era para huir, sino que parecía tomar impulso para lanzarse y atacar, junto con los otros monstruos peludos hacia los niños.

Justo entonces, una mariposa salió de la nada y se puso en el hombro de la niña.

—No os preocupéis —dijo—, hemos venido a salvaros, el conejo al que le ayudasteis para no ser devorado por el zorro, nos contó que estabais en apuros.

El niño que estaba terriblemente asustado acercó el dedo al hombro de su hermana. La mariposa se subió en él. —Una mariposa que habla —pensó el niño—, mientras se la acercaba a la cara para verla mejor. Ahí fue cuando se dio cuenta de que no era una mariposa normal, tenía la forma de una chica, tenía alas y era minúscula.

—Somos hadas —le dijo la criatura—, y venimos a ayudaros.

Los monstruos rugieron hambrientos y enfadados abalanzándose sobre los niños, cuando de pronto, cientos de esas hadas aparecieron y comenzaron a revolotear en la cara de las bestias, que gemían y aullaban inquietos; las hadas cada vez se ponían más pesadas y de nuevo se multiplicaban, venían más y más hasta que los monstruos peludos lentamente retrocedieron, acabando por huir despacio y en silencio.

El hada que tenía el niño en la mano, le dijo que la siguieran que los guiarían hacia su casa, unas cuantas de ellas los acompañaron hasta que encontraron el camino. Ahí estaba la carretera asfaltada que llegaba hasta la casa, al fondo vieron a sus padres que estaban buscándoles preocupados, rápidamente estos se acercaron corriendo a sus hijos, en ese momento, los niños les dieron las gracias a las hadas y éstas les pidieron a ellos que nunca dijeran a sus padres ni a nadie lo que había pasado. Fue entonces cuando sus diminutas amigas se transformaron en mariposas y empezaron a brillar en la oscuridad con una luz verde preciosa que iluminaba todo el bosque a su paso hasta que poco a poco se alejaron. Los niños guardaron el secreto y abrazaron a sus padres con los que volvieron a casa, Fin.

Justo en ese momento Francis miró a sus hijos y apagó la linterna dejándolos a oscuras, acto seguido comenzó a retirar la bolsa que cubría el bote con los insectos, y de repente, la tienda se iluminó de color verde esmeralda con el

brillar de montones de luciérnagas las cuales bailaban dentro del bote de cristal. Un sonido de asombro se escuchó mientras Bastian y Alice se quedaban boquiabiertos.

—Os he traído a estas hadas para que os protejan mientras estáis durmiendo —dijo Francis.

El Resplandor que emanaba de las luciérnagas era hipnótico, los pequeños hermanos estaban embobados mirando esas luces de neón que se movían de arriba y abajo y de un lado para otro.

Francis los dejó embelesados y salió fuera a leer su libro, cuando de repente el bote salió volando hacia fuera de la tienda estrellándose contra un árbol, haciéndolo romperse en mil pedazos, todos los cristales quedaron esparcidos por el suelo del campo, que permanecía iluminado solamente por la luna; al mismo tiempo, las luciérnagas que había dentro volaron enloquecidas hacia todas direcciones hasta desaparecer en la noche.

Francis entró rápidamente en la tienda con un gesto de manifiesto enfado en la cara; quería saber cuál era el motivo que les había llevado a lanzar el frasco por los aires y destrozarlo todo.

La tienda estaba completamente a oscuras, así que encendió una gran lámpara a pilas que tenía para los exteriores e iluminó la cara de los niños.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó Francis.

—Es que no podíamos abrir el bote —contestó Alice.

— ¿Y para qué queríais abrirlo?

—Pues porque las hadas estaban nerviosas y no paraban de moverse de un lado a otro, teníamos que liberarlas o llamarían a los monstruos de ojos brillantes.

— ¿Y a quién se le ha ocurrido romperlo?

—A mí, —dijo Bastian con la cabeza gacha.

— ¿Y no podíais habérmelo dicho? Ahora todo el suelo está lleno de cristales y es peligroso, podemos cortarnos e incluso se podría producir un incendio mañana con el sol, así que ya podéis ir recogiendo los cristales, lo vais a hacer vosotros, pero no ahora porque está oscuro y es más difícil, pero mañana por la mañana, después de desayunar, va a ser lo primero que haréis.

La mañana siguiente se despertó calurosa, aunque soplaba un viento bastante fuerte, tras el desayuno como había acordado el padre, los niños comenzaron a buscar y recoger los cristales, con mucho cuidado para no cortarse como les había advertido su padre; aunque esto no fue suficiente porque Alice, que siempre se dejaba las uñas muy largas, se hizo un pequeño corte en un dedo, no le dolía mucho, pero si salía un poco de sangre. Francis, tras examinar la herida le dijo a la niña que se enjuagase en el mar, que la sal la desinfectaría. Alice, además se estaba orinando, por lo que se metió tras los árboles que estaban junto al agua, en la zona con pequeñas rocas.

Mientras tanto, Bastian terminaba de recoger los cristales y su padre Francis estaba desmontando el campamento para volver a casa.

Un rato después, cuando ya estaba todo recogido, le preguntó a Bastian que estaba jugando con el balón, dónde estaba su hermana. Él le dijo que no había vuelto aún.

A Francis un sudor frío le recorrió la espalda y miró hacia todos lados, no había mucho sitio donde esconderse así que tendría que estar tras los árboles de la orilla de la playa, salió corriendo hacia ellos y llamando a la niña a gritos, Bastian le siguió buscando también a su hermana.

Al llegar detrás de los árboles, donde estaban las rocas la encontraron, Francis se quedó blanco como el papel y los nervios le impedían reaccionar, mientras tanto Bastian no asimiló lo que ocurría.

Alice se encontraba enganchada a una roca y se mecía entre los débiles rizos del mar mientras yacía boca abajo en el agua, tenía el pantalón medio bajado y le faltaba una zapatilla que estaba fuera sobre una roca cubierta de musgo verdozo y resbaladizo.

Francis reaccionó y se lanzó sobre ella tan rápido como pudo para sacarla del agua, la giró y sacó su cabeza del mar, los nervios no le dejaban pensar, y se resbalaba cuando intentaba sacar el cuerpo entre las rocas, por eso le pidió ayuda a Bastian, que estaba asustado pero se portó como buenamente pudo, la tomó de los brazos y se le escurrieron, el brazo de la niña salió como un látigo y le hizo con la uña un profundo corte a Bastian en la mejilla, éste volvió a cogerla y entre los dos consiguieron dejarla en tierra firme, Francis la colocó boca arriba, Alice no respiraba, no se movía, estaba completamente inerte. Intentó reanimarla, aunque no sabía muy bien cómo, pero trato de hacerlo como había visto en algunas películas; poco a poco se estaba

desmoronando, le gritó a Bastian que fuese corriendo a por el teléfono y llamara a una ambulancia, el niño no sabía llamar, pero fue hacia el campamento que ya estaba desmontado y como un rayo a cogió el teléfono.

Alice tenía la cara totalmente azul y los labios morados, le apartó el pelo y comprobó con su mano manchada de sangre que llevaba una herida importante en la cabeza, Bastian le entregó el teléfono a su padre que rápidamente llamó pidiendo ayuda. El niño no paraba de preguntar qué le pasaba su hermanita y si se iba a poner bien, pero Francis no contestaba, solamente lloraba y la traía en sus brazos hacia dónde tenían el coche. El niño comprendió todo y dejó de hacer preguntas, se quedó completamente callado y no volvió a abrir la boca en casi dos días.

Francis tumbó la niña en el suelo y recostó su cabeza sobre sus rodillas mientras le acariciaba el pelo y lloraba, esperando que llegase la ambulancia. Bastian estaba tan impresionado de la escena que ni siquiera se había dado cuenta, de lo que le estaba sangrando la herida de la cara.

Los servicios médicos llegaron, pero lo único que pudieron hacer fue certificar la muerte de la niña. Francis y Bastian fueron con la ambulancia hacia el hospital, la grúa tuvo que venir a recoger el todoterreno y llevarlo a casa, puesto que en las condiciones en las que se encontraba su propietario, estaba totalmente imposibilitado de conducir.

A partir de este momento todo cambió en la familia Castle. Cuando Zdenka llegó al hospital y encontró a su marido y a su hijo llorando desconsoladamente, ya se temía lo peor. Francis se dirigió a abrazarla, puesto que era lo que más necesitaba en el mundo en ese momento, pero Zdenka se lo quitó de encima y le dio un guantazo.

—Todo esto es por tu culpa —le gritó.

Inmediatamente entró en un ataque de cólera nerviosa y se lanzó de nuevo a pegar a su marido.

—Te odio, te odio, te odio, te odio maldito —repetía una y otra vez.

Entonces giró la cabeza y miró Bastian, qué lloraba sentado en un banco sin perderse detalle.

—Y a ti también —le gritó, ¡Tenías que haber sido tú! Sois unos desgraciados, os odio y os maldigo a los dos.

Los enfermeros tuvieron que sedarla por la fuerza, mientras ella se obcecaba en que quería ver a su hija, nadie vino al velatorio, nadie de la familia, no los avisaron, tampoco fue nadie al entierro, ni siquiera el padre y el hermano de la niña. Zdenka no quiso que fueran, y Francis no sabía qué hacer para compensar todo lo que estaba pasando, así que accedió a no asistir al funeral de su propia hija, al que solamente fue su madre.

Zdenka no durmió en casa ninguna de esas noches, y solamente apareció una mañana trayendo consigo los papeles del divorcio, se mudaba, se iba del país, los abandonaba, no quería volver a saber nada de ellos. Estaba dolida, furiosa, enajenada de amargura, sólo quería irse y abandonarlo todo, desaparecer. Y eso es lo que hizo, esa fue la última vez que Francis vio a su mujer.

De la misma forma miró a Bastian, tenía odio y fuego en la mirada, pero tras sus ojos, podía reconocer el dolor en su madre, así como la inseguridad de que tampoco estaba siendo justa con ellos.

El resto de la infancia de Bastian se había borrado, su comportamiento y su carácter cambiaron totalmente, se volvió un niño traicionero, revoltoso y en general, malo. Pero solamente con el resto de las personas, no con su padre, al que respetaba y apoyaba al máximo. Bastian era el único que sabía y que compartía la tristeza de su interior. Los dos se sentían responsables de lo que había pasado, los dos sufrían por su pérdida y los dos fueron abandonados de la misma forma. Aunque Bastian siempre pensó que volvería a ver a su madre, tendría que encontrarla algún día, él la quería y pensaba que era normal que estuviera enfadada. Así que cuando le preguntaba a Francis si su madre los había abandonado, él le respondía que no lo había hecho, que simplemente necesitaba un tiempo para que se le pasase la tristeza igual que ellos.

Bastian siempre la quiso y la echó de menos durante toda su ausencia, prometiéndose que sí ella no volvía, algún día trataría de encontrarla para volver a estar todos juntos.

Entre tanto, Francis que pasó por una oscura y dolorosa depresión, tuvo además que lidiar con su hijo tratando de enderezarlo. Bastian había pasado de golpe a ser lo único que había en su vida, la única razón de vivir, el único propósito que le quedaba por realizar; así que tuvo mucho trabajo, puesto que enderezarlo fue una labor realmente difícil, de no haber sido por él,

probablemente hubiese acabado en la cárcel. Pero Francis tenía una mentalidad positiva, y siempre tuvo fe en que su hijo sería todo lo que debía ser y al final lo consiguió. Bastian se volvió de repente una buena persona, agradable, generoso, positivo, cariñoso, educado y atento. Y por encima de todo un buen hijo, el mejor hijo que podía haber tenido.

CAPITULO 5.

OSCURIDAD

Sarah era una mujer que rondaba las cuatro décadas, rubia de pelo claro, tez pálida adornada con pecas y ojos luminosos, era alta, de cuerpo espigado y busto generoso, se podría decir que era la típica mujer británica.

Aunque era risueña, tenía un carácter muy fuerte, no se amilanaba fácilmente ante nada ni ante nadie; hacía lo que ella considerase justo, aunque tuviese que asumir las consecuencias.

Sara había pertenecido desde siempre a la clase acomodada, no obstante, su profunda tozudez y orgullo le impedían no ganarse las cosas por sí misma, de hecho, era una mujer tenaz e inteligente. Estaba casada con Bastian desde hacía más de diez años, se habían conocido en la universidad y su relación se afianzó casualmente en un viaje de fin de carrera que fue compartido con otra facultad.

Desde que su hija Adelayde nació, pasó una buena temporada sin poder desarrollar su trabajo, algo que en una persona tan vivaracha no había sentido bien en su estado anímico; no obstante, esta situación consiguió tornar su carácter indómito en uno más apacible y relajado, aunque como bien es sabido, el hecho de que el volcán ya no despidiera humo, no significa que no pudiese volver a erupcionar.

Tiempo después de que su hija empezase el colegio, Sarah volvió a dedicarse a la investigación química, trabajaba en un enorme edificio de oficinas situado en pleno corazón de Londres; sus pisos más altos se utilizaban como laboratorios, mientras que los de abajo tenían una función administrativa en la que se realizaban labores directivas y comerciales.

Las nuevas fórmulas salidas de la investigación en dichos laboratorios, se patentaban y se vendían. Quedaban descartadas o bien se llevaban cerca Newcastle, donde se ubica parte de la industria química inglesa, para fabricar los productos antes de su distribución.

Fuera de las actividades asignadas a los diferentes grupos de investigadores, en algunas ocasiones se daba la oportunidad de trabajar libremente, dando rienda suelta a la creatividad.

La mujer de Bastian se dedicaba precisamente al aprovechamiento de una de esas coyunturas, concretamente en esos momentos, intentaba desarrollar con mucho ímpetu, pero desgraciadamente también sin mucho éxito, un nuevo veneno para insectos, que fuese inodoro y no perjudicial para humanos.

Las formulas se le dibujaban en la mente y se le atragantaban en las manos, cuando conseguía una base que no desprendiese un olor desagradable, el veneno no era suficientemente fuerte para actuar, y cuando conseguía la potencia necesaria para que fuese efectivo, las emanaciones eran demasiado fuertes para utilizarlo con un uso doméstico. Los ensayos eran constantes e incansables, pero prácticamente estériles a efectos prácticos.

Cuando entonces una famosa frase de Albert Einstein se le vino a la cabeza “Si buscas resultados diferentes, no hagas siempre lo mismo”. Abordó su investigación de una perspectiva totalmente distinta, invirtiendo las tornas, en vez de una base inodora, lo hizo en sentido contrario, utilizando una base venenosa, que fuese realmente efectiva y dañina, para más tarde paliar el vapor resultante, tanto el olor como las emanaciones mortales. Experimentó con algunos de los venenos más poderosos conocidos, la toxina botulínica, utilizada para el tratamiento con bótox, cianuro, mercurio, atropina, estricnina, fluoroacetato de sodio, e incluso estuvo a punto de experimentar con GB, más conocido como sarín, aunque no quiso saltarse las leyes, ya que estaba clasificada en la Lista 1 de sustancias controladas.

Tras muchas combinaciones, acabó por sintetizar un veneno a base de cicuta y talio, era completamente inodoro e insípido, no generaba gases, era líquido, aunque también podría convertirse fácilmente en gas, pero lo verdaderamente chocante era que, tenía un efecto completamente inocuo para los insectos, mientras que, para otros organismos más complejos, era absolutamente mortal. De hecho, en la autopsia de las cobayas, no había forma de detectarlo, parecían haber muerto de forma natural. Todas las pruebas habían acabado en muerte, no importaba la dosis ni la concentración, desde la más grande administrada hasta la más pequeña, resultaban tener el mismo efecto devastador.

Por error, y buscando un resultado completamente diferente, había creado un

veneno tan tóxico e indetectable, que podría utilizarse como un arma química de una potencia sobrecogedora, especialmente en caso de evaporarlo convirtiéndolo en gas. Durante unos segundos quedó totalmente paralizada, contemplando a los roedores muertos con la mirada perdida, empezaba a tomar conciencia de lo peligroso que sería si alguien descubriese el macabro hallazgo que surgió de la casualidad, ya que sin ningún afán ni voluntad para ello, podría convertirse en la responsable de muchas muertes, tan pronto como lo descubriese alguno de sus superiores y lo llegase a comercializar, quizá con algún contratista de defensa o quizá con cualquier gobierno de dudosa ética, daba igual. No podía, y no quería asumir ese riesgo; un arma de este calibre podría ser muy cotizada, implicando una suma muy cuantiosa para la empresa, lo que la haría más susceptible de entrar en el mercado, pudiera ser incluso en el negro, ya que las grandes empresas, desde luego, no se han hecho millonarias a base de escrúpulos.

Aunque se había puesto bastante nerviosa pensando, sabía bien lo que debía hacer. La posibilidad de borrar o intentar deshacerse de las evidencias estaba descartada, por el hecho de que todas las investigaciones tenían que estar controladas y por tanto registradas por motivos de seguridad, no obstante, si camuflaba los resultados calificándolos de fracaso, clasificando el veneno como inofensivo, no levantaría ninguna sospecha o al menos no debería, puesto que, al no tener aplicación alguna, nadie se vería interesado.

En esto, procedió a la redacción de su ensayo y del listado de los compuestos empleados. Todo quedó registrado como Ensayo "T6P" (threefold six poison).

El título detallaba simplemente los 3 caracteres iniciales, ya que el auténtico nombre (veneno tres veces seis) del que provenían, se lo había inventado en el mismo momento para distinguirlo solamente ella. La "P" era de veneno, y T6 venía del número del diablo, tres veces seis, o lo que es lo mismo, "666". Pero esto es algo que nadie sabría bajo ningún concepto. Así, después de un más que probable inventario, nadie comprobaría sus efectos una vez leído el informe tras la supervisión.

Con seguridad, el archivo del ensayo sería una de esas investigaciones descartadas que se destruirían y se perdían en el olvido por su carencia de interés.

En la cabeza de Sarah rondaba la idea de que su invento pudiera ser

utilizado por alguien para hacer daño a otros, esto no era lo que ella buscaba ni mucho menos, tan sólo quería dar con el hallazgo de una fórmula que pudiese vender y recobrar así la seguridad en sí misma por medio de su desarrollo profesional; en vez de eso, se había encontrado con un monstruo que verdaderamente la ponía enferma, por lo que no se arrepintió de jugarse el trabajo falseando los resultados de su descubrimiento.

Sarah era una mujer dura, pero sabía que sus remordimientos podrían matarla y no sería capaz con tan pesada carga colgada de sus hombros.

Rápidamente recogió todas las muestras y las almacenó en los cajones herméticos habilitados para guardar los experimentos, en ellos se depositaban todas las probetas, tubos de ensayo y muestras, con su correspondiente etiquetado para su posterior inventario, eliminación, o bien continuación del ensayo. El resto de material fue lavado escrupulosamente y la parte desechable fue eliminada. Por último, subió al horno crematorio con todos los restos biológicos de cobayas e insectos manipulados torturados y asesinados, con esa doble moral y falta de escrúpulos que caracteriza a la experimentación con animales. Allí se les incineró reduciéndolos a ceniza y convirtiéndolos en basura. El ciclo de la vida, tantas veces modificado por el ser humano, racionalizando lo que es del todo irracional.

Sarah nunca se había preocupado por los seres que utilizaba en sus experimentos, tanto ella como el resto de compañeros, así como no lo hacían otros laboratorios, empresas y fábricas.

Una cosa eran las personas y otra eran los roedores, insectos, plantas y demás organismos vivos, ¿Cuáles tenían alma y cuáles no? Son seres vivos igual que los humanos, por qué unos pueden ser sometidos por otros solamente porque unos hayan “evolucionado” y tengan los métodos para hacerlo. Nadie se plantea esto al exterminar una plaga de cucarachas o provocarle un cáncer a un roedor. Simplemente se da por supuesto que un ser vivo con poder, tiene más valor que uno menos capaz, sólo por el hecho de que uno puede someter y el otro sólo ser sometido. Pero esto es un criterio humano, no divino, no existen unas normas en la naturaleza. La naturaleza es el libre albedrío y los humanos nos estamos adueñando de ella ciñéndonos a ese principio. El más poderoso puede hacer lo que le venga en gana con el débil; si éste principio básico tan tristemente humano se utiliza entre nuestra misma especie. ¿Cómo va a plantearse si quiera la cortesía hacia especies que

nosotros mismos hemos catalogado de inferiores? Pero ¿quiénes somos nosotros para juzgar?

A su fin, salió hacia las duchas de seguridad, dónde se desnudó y colocó toda la ropa en un cubo para su lavado especial, mientras, ella se sometía a la ducha de desinfección para más tarde entrar en el vestuario donde se duchaba de la forma habitual y se aseaba y vestía con ropa de calle para salir del trabajo.

En cuanto salió por la puerta y le vino la primera ráfaga de aire en la calle comenzó a estornudar, le picaba la nariz y le salía agüilla, también los ojos se le hincharon. Era la maldita alergia, le pasaba de vez en cuando, estaba acostumbrada. Sarah echó mano de una pulsera dorada que portaba siempre en su muñeca izquierda. La pulsera contenía cuatro minúsculos frascos con rosca, éstos se utilizaban para guardar las pastillas que utilizaba con los antihistamínicos. Abrió uno de los frascos y estaba vacío, lo cerró y abrió el siguiente. Sacó una pequeña pastilla roja, se la metió en la boca y se la tragó de golpe. Se puso en camino, y al rato, los síntomas habían desaparecido.

Como tantas otras veces había hecho en el pasado, tomó la línea metropolitana de metro en la estación de Aldgate hacia Baker Street donde hacía un transbordo para tomar la línea hacia Bond Street y recoger a su hija Adelayde de Queen's College, el lugar donde estudiaba y que estaba a menos de quinientos metros en línea recta del metro. Sarah llegaba siempre con el tiempo justo, pero la niña era lo bastante valiente como para esperar sola si alguna vez se le hacía tarde. Por eso, solían quedar en un banco en los jardines de Cavendish; cuando se encontraban, ya juntas, volvían hacia la parada para continuar por la línea de metro Jubilee y bajarse en St John's Wood, donde emprendían a pie el tramo final hasta casa.

Ya era tarde y en la oficina quedaba poca gente, al menos la casa de Bastian sólo estaba a veinte minutos en coche, siempre y cuando no hubiese atascos, algo bastante habitual en el área metropolitana más grande de Europa. Pese a que, tanto su mujer como él, tenían un buen sueldo, era la familia de ésta y su ayuda económica incondicional lo que le permitían a su familia vivir en Wellington Road, una zona estupenda de la ciudad a la par que cara; apenas a un par de manzanas de una de las casas de Paul McCartney, con la única contrariedad de que odiaba el Cricket y prácticamente vivían contiguos a Lord's Cricket Ground, con el jaleo que eso suponía los días de partido. A

más de eso, no le importaba, ya que era el sitio dónde Bastian y su mujer deseaban vivir, tan cerca como fuera posible del lago que hay en Regent's park. En aquel lugar, Sarah y Bastian se prometieron en matrimonio, como en las películas, era una tarde de agosto, cuando el sol mostraba ya sus últimos rayos y dibujaba en el agua verdosa diminutos arco iris a los que jugaban a romper con los remos del bote en el que se relajaban. Mientras cruzaban la pequeña laguna y respiraban un aire casi tan puro como el de alta montaña, la temperatura era ideal y habían colado bajo la chaqueta de Sarah una botella de vino rosado sin que el guardia que alquila los botes se hubiese dado cuenta. Bastian sacó de su bolsillo un sacacorchos y se dispuso a destapar la botella de vino, el muchacho se hacía el torpe mientras Sarah sujetaba la botella, cuando quedó la última muesca antes de que el tapón de corcho cediese, se giró al tiempo que la botella quedaba abierta, aprovechando para lanzar un pequeño gemido al aire, rápidamente arrancó el tapón del sacacorchos con la boca mientras que con la otra mano puso un anillo dorado con el engarce de un pequeño rubí, enganchado al hierro retorcido del sacacorchos.

Cuando Sarah un poco asustada le preguntó a Bastian si estaba bien, ya que permanecía de espaldas a ella. El respondió:

—Si claro, no te preocupes, tan solo ¿puedes ayudarme a sacar el tapón del sacacorchos?

Sarah le miró extrañada. ¿Para qué quería que le ayudase a quitar el tapón de corcho?

Entonces, miró fijamente al sacacorchos que Bastian le mostraba sostenido en su mano y vio el anillo. Durante un segundo no entendía el significado, pero acto seguido Bastian hincó una rodilla en la madera del bote, mientras éste, con el movimiento se zarandaba un poco entre las aguas tranquilas.

— ¿Quieres casarte conmigo? —preguntó Bastian con seguridad, pero sin poder apartar la mirada de la boca de Sarah.

Los ojos de Sarah se abrieron como las aguas de Moisés. Apenas su respiración entrecortada le permitió balbucear las palabras.

—Ssss, sí, quiero, si quiero, quiero, claro que quiero, —le dijo mientras se deshacía en un mar de lágrimas de alegría.

Rápido le abrazó sin ni siquiera hacerle caso al anillo, del que los dos se

habían olvidado por completo; acto seguido se miraron a los ojos y se besaron con pasión. Unos minutos después, Bastian retiró sus labios y sacó el anillo del sacacorchos mientras Sarah extendía su mano temblorosa, tratando de separar sus dedos mientras intentaba sin éxito de mantener quieta la mano.

Así fue como Bastian y Sarah se prometieron, y ese fue el motivo que les empujó a buscar una casa lo más cerca posible de ese lago mágico. Por su puesto la botella de vino terminó flotando a la deriva, los botones de la camisa de él y el lazo de la falda de ella rotos; la bronca del guardia; la noche se hizo día. Pero eso ya, es otra historia.

CAPITULO 6.

OSCURIDAD

Todo un santo, nada malo podía decirse de aquel hombre, todo el que lo conocía acababa encariñándose con él. Divertido, optimista, educado, tranquilo y amable. Un buen trabajo, una esposa de clase alta, padre de familia, un gran padre de hecho.

Atrás quedó aquel mocoso de pelo rubio pajizo de infancia difícil, privado de madre y con una herida incurable de hermana fallecida. La vida sonreía a Bastian, el reservado hombre de la oficina, puntual, trabajador y discreto.

Cerrado a cal y canto hasta que se le conoce y es capaz de dar luz a los grises días londinenses. Ayuda incondicional a quien sea que lo necesite, siempre pensando en los demás.

Molly, la enfermera que se hacía cargo de su padre, estaba encantada con él. La dulzura que desprendía cuando iba de visita era tan habitual como lo opuesto de familiares de otros internos. Le llamaba la atención y le hacía irresistible, no podía negar que realmente le tenía unos celos terribles a Sarah, su mujer. A veces sentía ganas de matarla, ella también merecía un marido así, pero no, claro, Molly no era el tipo de mujer de la que un hombre así se enamoraría, es más, era el tipo de mujer por la que casi ningún hombre se sentiría atraído. Era muy consciente de su cara poco agraciada, la densidad del maquillaje que utilizaba para tapar los agujeros de los piercings que tenía prohibidos en el trabajo, y su excéntrico pelo azul desadornado con excesivo sobrepeso, algo que, a su pesar, no se reflejaba en el pecho, el cual era pequeño y flácido. Al menos las muchachas regordetas como ella, solían utilizar de arma unos escotes colosales; Molly estaba totalmente desprovista de esa posibilidad.

No obstante, y pese todo, aquel hombre de pelo rubio dorado y ojos azules, aunque lejos de tratar seducirla, siempre le ponía un gesto agradable, no la miraba con desprecio o con incomodidad; se mostraba natural, le sonreía; la trataba bien; hacía que se sintiera una auténtica mujer y obviase por un

momento sus mermas físicas. Desde luego, ella haría cualquier cosa por Bastian si se lo pidiera.

— ¿No quedan más hombres en el mundo como tú?

— Jajaja, seguro que habrá más de uno, y mejor, no lo dudes; las apariencias engañan.

—No me importan las apariencias.

—Yo no soy tan bueno, soy muy consciente de eso, estoy seguro de que hay muchos hombres mejores que yo.

—Yo nunca he encontrado a ninguno.

—Alguno aparecerá, puedes estar segura.

—Lo dudo mucho Bastian.

—Cariño, hay muchas cosas en esta vida que no se saben y deben permanecer ocultas; la gente siempre tiene sombras que esconder, un pasado, un vicio, siempre hay algo malo; no todo es siempre luz. Nadie es perfecto.

—Pues a mí me gustaría encontrar a alguien tan imperfecto como tú —sonrió.

—No tanto, créeme, te mereces algo mejor.

— ¿Y cuándo lo tendré?

—Nunca se sabe, en esta vida o en la otra.

—Eso es de la película de Gladiator, jajaja.

—Cierto, bueno en la película hablan de encontrar venganza, no amor.

—Sí, es verdad.

—En realidad es intrigante, las veces que el amor y la venganza van juntas de la mano.

—Vaya que filosófico te has puesto de pronto —rió.

—Sí, pero mira estás sonriendo y eso es algo bueno.

—Sí, seguro que lo es.

—Bueno Molly, tengo que ir a casa; hay un pequeño monstruito que tengo que cuidar.

— ¿Hablas de tu mujer o de tu hija?

—Muy gracioso enfermera.

—Suerte que tienen algunas.

—No tanta como puedas pensar... En fin, me retiro y muchas gracias por cuidar tan bien de mi padre.

—Lo hago encantada, es un gran hombre.

—Sí que lo es. Hasta pronto.

—Adiós Bastian.

Francis, el padre de Bastian tenía un carácter bastante difícil debido a su enfermedad, a veces recordaba parte de su vida, otras, lo recordaba todo y entraba en depresión. Se ponía a gritar, a llorar, le hacía la vida imposible a los que cuidaban de él. No era su culpa, siempre fue una persona excelente, pero con una vida llena de tristezas y amarguras, la cual, siempre intentó borrar de la mente refugiándose en sus buenos momentos.

Uno de esos días en los que estaba lúcido, se le ocurrió algo que nunca antes había hecho. Intentó fugarse, por las malas. No lo dejaban salir del centro, así que empezó a chillar y chillar, forcejeó con los enfermeros, tuvieron que sedarle. Molly intentaba calmarlo, pero todo en vano, se puso muy nerviosa por el cariño que le tenía, pensó que sería capaz de intentar alguna imprudencia.

Aunque esta situación en aquel lugar estaba a la orden del día, la enfermera no era capaz de acostumbrarse; normalmente ni siquiera solían llamar a la familia, era algo con lo que debían lidiar, parte del trabajo.

Cuando Francis yacía ya en su habitación durmiendo, apareció su hijo en el jardín que da acceso a la puerta principal del centro. Allí se encontraba Molly con un cigarrillo en la mano y un té en la otra, estaba sentada en un banco y temblaba de forma violenta, tenía un aspecto muy nervioso, la cara casi descompuesta y el pelo como si hubiera peleado con un tigre.

Él se percató del asunto y antes de que ella lo viese, dio media vuelta y se acercó a un pequeño puesto de flores que había en frente del hospital. Compró una rosa envuelta en un papel transparente con un lazo de celofán.

Se fue acercando a Molly con la rosa escondida tras su espalda, hasta que ella le vio.

—Hola Bastian —dijo con voz entrecortada.

—Buenas Molly, ¿Qué te pasa? Te noto muy nerviosa.

—Verás Bastian, tu padre...

A Bastian le cambió la cara. — ¿Qué ha pasado?

—Ah no, tranquilo, no te preocupes, él está bien, solo ha sido que ha sufrido un ataque de nervios, se quería ir del centro y le han tenido que sedar, pero no ha pasado nada, está durmiendo...

—Uf, me has asustado.

—Sí, lo siento no era mi intención, estoy muy nerviosa, de veras lo siento, he pasado un rato muy malo, de verdad, no sabía qué hacer.

—Tranquilízate, ya se pasó, —dijo mientras le ponía la rosa delante.

— ¿Para mí? —preguntó sonrojada.

—Para ti, por supuesto que sí.

La enfermera rompió a llorar y se le cayó la taza de té; se abalanzó sobre Bastian para abrazarlo.

—No te preocupes Molly —decía mientras le acariciaba el pelo azul—. Ha sido un mal trago, eso es todo, pronto estarás bien.

—Eres muy bueno conmigo Bastian, no sé qué decir la verdad.

—No tienes que decir nada, soy yo el que tiene que estar agradecido por cuidar tan bien de mi padre.

—No será hoy precisamente —agachó la mirada avergonzada.

—No es culpa tuya Molly, en serio. Él está enfermo y las reacciones que le dan nada tienen que ver con vosotros. Eso tienes que tenerlo claro.

—Sí, si yo lo tengo claro —decía entre sollozos—, pero no me acostumbro de ver una persona tan dulce de pronto dando gritos y peleándose con todo el mundo. Me afecta más de lo que debería, pero bien, es parte del trabajo. Sobreviviré.

—De eso estoy seguro Molly, claro que sobrevivirás. Bueno, supongo que tengo que irme; porque si mi padre está dormido, no tiene sentido que entre a verlo. Me pasaré mañana. Cuídate corazón, te veo mañana por la tarde.

—Hasta pronto Bastian y, muchas gracias, de verdad que eres un sol.

CAPITULO 7.

ESPERANZA

La historia de Giulia comenzó de forma trágica, sus abuelos la acogieron en casa al quedar huérfana de padres en un accidente de coche. Ésta fue la mentira con la que tuvo que crecer durante su niñez, hasta comenzada la adolescencia. Una mentira exagerada para salvaguardar la inocencia de una pobre niña que nunca podía llegar a imaginar en sus peores sueños una realidad tan atroz, insoportable de convivir en paz con los sentimientos puros de un ser querido.

Los años fueron pasando hasta que los muros que tan fuerte sustentaron la falacia se derrumbaron y la oscuridad dio paso a una luz amarga.

Las preguntas incesantes sobre cómo murieron sus padres, los rumores indomables a espaldas de la pequeña en el colegio y allá donde iba. Todo se amontonaba junto al pesar y remordimiento de sus abuelos que terminaron por revelarles la verdad. Sus padres fueron asesinados, el pequeño corazón de Giulia no pudo soportarlo, así como haberse visto engañada por sus propios abuelos.

Todo acabó mal. La niña escapó de casa y no tardó en unirse a malas compañías, Perdida en los suburbios, renegó de sus apellidos y mal vivió durante un tiempo trapicheando con drogas, haciendo de mula y aprovechando su minoría de edad para eludir la justicia. Se convirtió pronto en un juguete para sus nuevos tutores, una pandilla de vándalos de mala cuna.

Aunque estuvo cerca varias veces, nunca llegó a tener problemas con la policía ni antecedentes. Una niña que despertaba esa ternura era la coartada perfecta.

Aunque eso era una cuestión de tiempo, todo ello no llegó a suceder.

Sus propios dueños se esmeraron en que Giulia desarrollara habilidades de carterista, pese a que la niña no era hábil en estos menesteres, la insistencia de John Hornet (el avispon), uno de sus adoptantes, junto con Harry Penny y Fist Nolan.

Empezaron a aflorar las primeras asperezas en la convivencia, especialmente con Nolan, que era el cabecilla; con el resto, poco a poco se acabaron las buenas maneras y la buena acogida inicial, pero dentro de un orden no eran del todo malos chicos. A veces, hasta parecían amigos; algo que no podía decir de Fist, el cual a veces la asustaba con sus reacciones y sus comentarios impertinentes y maleducados.

Fue John el primero en encontrar a la niña y presentarla en sociedad al resto del grupo.

Era una noche de otoño y servían sopa en uno de los comedores sociales de Londres; ambos coincidieron en la cola para recoger la comida y así fue donde John le echó el ojo.

— ¿Qué edad tienes pequeña? —dijo con una sonrisa.

La niña levantó la cabeza y miró, viendo a un joven larguirucho y de pelo castaño con tez blanca. El muchacho era delgado, pero desde luego no tenía nada que ver con los espíritus corpóreos que frecuentaban aquel comedor. Parecía bien alimentado y bastante sano. La niña estaba confusa, era asidua a ese comedor desde unos meses, no recordaba haberlo visto, y eso que se había vuelto bastante observadora.

—No te importa mi nombre —contestó en un tono déspota y frunciendo el ceño.

Realmente le encantó la actitud estúpida de la niña, era justo lo que estaba buscando.

—La verdad es que no me importa cómo te llamas, pero si la edad que tienes.

Craso error. Giulia agarró rápidamente la bandeja con todo lo que pudo coger en un segundo y salió disparada sin decir una palabra. Se sentó sola en una de las mesas ubicada en un rincón apartado mientras se daba prisa en borrar la comida.

John terminó tranquilamente de llenar su bandeja y se acercó de nuevo a la niña, observaba sin perder un detalle a medida que ésta iba incrementando su velocidad de masticar. El muchacho se sentó frente a ella.

— ¡Espera! —Le gritó a la niña.

Giulia ya había agarrado la hogaza de pan dispuesta a huir a toda prisa, pero

aguantó sentada; algunos de los indigentes que se encontraban en el comedor giraron la cabeza sin mucho ánimo.

John no parecía el tipo de persona que se dedicaba a esquivar habitualmente como si fueran demonios.

Entre los voluntarios del comedor, al principio de sus apariciones por allí, la primera vez que le preguntaron su nombre dudó, pues se avergonzaba de éste y del peso que sus padres le dejaron, además era muy probable que la estuviesen buscando.

Incluso una anciana se había interesado por ella en la puerta de un centro comercial, al encontrarla mendigando. Todo empezaba siempre igual: ¿Cómo te llamas? ¿Qué edad tienes? ¿Dónde están tus padres? Luego llamaban a la policía o trataban de ayudarla. Al ser menor de edad, si la pillaban la llevarían con sus abuelos de nuevo, o en el peor de los casos a un orfanato. De esta forma, en cuanto había el más mínimo riesgo de que pudiesen privarle la libertad, Giulia huía.

Era su mecanismo de defensa, la huida. Si no la pillaban seguiría campando a sus anchas, al menos hasta cumplir la edad adulta y no tener que dar cuentas a nadie.

Ya había tenido suficientes trifulcas puesto que la niña lucía un buen aspecto realmente, eso llamaba y mucho la atención; parecía una niña que se había escapado de casa (que era realmente lo que sucedía) perdida o fugada de un orfanato, lugar que le horrorizaba y siempre tenía presente en sus peores pesadillas. Eso lo veía como cárcel para ella, así es como lo imaginaba, no quería contacto con otros niños, se avergonzaba de quién era; por su triste verdad que la empujó al exilio y a escapar de la tutoría de sus abuelos. Por otro lado, era fácil que la identificasen y les diesen la localización a sus parientes cercanos para recogerla y hacerse con su manutención. En este caso los mencionados abuelos, arrepentidos e inconsolables, que habían removido cielo y tierra para encontrar a su nieta, absolutamente en vano.

Su abuelo escondía bajo una placa de mármol de la mesilla de noche un buen dinero en efectivo “para emergencias”. Giulia lo cogió todo, cosa que permitió desplazarse desde Brighton a Londres, gastó parte del dinero en comida y algo de ropa pero quiso guardar el resto, pues no sabía que pasaría y podría perderlo, o simplemente se lo podían robar; no quería llevarlo encima mientras vagabundeaba por la ciudad, así que lo primero era buscar

un campamento, un refugio, en algún sitio tenía que vivir, tenía que huir del centro de la ciudad, no podía estar vagabundeando por las calles o sería cuestión de tiempo que acabara encontrándola.

Acabó encontrando cobijo en un parque que le resultaba muy familiar, el Regent's park. Por allí estuvo dando vueltas, buscando algún hueco cerca del zoo y del lago de los botes, pero no encontró nada más que una caseta ubicada entre unos setos y pinos justo detrás de la fuente de Tritón. Esta caseta oculta entre la pequeña arboleda parecía abandonada, seguramente era donde se guardaba el material de mantenimiento para los enormes jardines de la Reina Mary; estaba cerrada con un candado, pero el deterioro de sus paredes indicaba que no era un sitio que se utilizara mucho.

Rascando un poco se dio cuenta de que algunos ladrillos podían moverse, los fue desmontando uno por uno hasta lograr hueco suficiente para entrar. Aquel sitio olía a humedad, estaba oscuro y necesitaría traer algún tipo de iluminación, pero le resultaría útil para resguardarse de la lluvia y de la nieve; además, era un escondite perfecto, nadie la buscaría allí; sólo tenía que colarse en el parque por la noche, bien saltando la verja o haciendo un agujero por debajo en algún lado.

Estuvo allí durmiendo algunos días hasta que, en una ocasión, John volvió a encontrarla en el comedor. Aunque Giulia estaba bastante escamada con el muchacho, enseguida advirtió de que no se trataba de nadie que quisiera meterla en un orfanato.

El chico le comentó cómo se ganaban la vida, y convenció a la niña de que tenía que ganar dinero de alguna forma, pues no podía estar siempre viviendo de los comedores. Tarde o temprano necesitaría ropa, zapatos, otro tipo de comida mejor que la porquería del comedor...

Giulia aceptó a irse con John, pero nunca dijo dónde tenía el escondite, nunca se fió del todo de nadie.

John vivía de ocupa junto con Harry y Fist en un piso de dos habitaciones, en el barrio de Candem. La casa prácticamente no tenía muebles, sólo varios colchones tirados por el suelo, en cambio, sí había electricidad y agua.

John, el tipo larguirucho se notaba que no era exactamente un líder, cuando le presentó a Harry y a Fist, se notaba que lo hacía con cierto resquemor. Harry, un chico contra hecho, pecosos y con el pelo al cazo, los dientes torcidos y los ojos achinados de fumar hierba se veía bastante relajado y

bonachón, pero en cambio Fist, era todo lo contrario, cabeza afeitada, cara de pocos amigos y cuerpo musculado con varios tatuajes.

— ¡Hola chicos! Ésta es Giulia —dijo con alegría—, la he convencido para que se una a nosotros y poder utilizarla para ganar pasta.

Harry sonrió, pero no era capaz de abrir la boca con la fumada que llevaba en ese momento.

— ¡Hola Giulia! —dijo Fist de mala gana—. Estaba tirado en un colchón, contando billetes, tenía a su alrededor pequeñas bolsitas con polvo blanco.

—Espero —prosiguió—, que no nos vayas a engañar ni hablar con la policía, si hablas con ellos, no nos conoces, si te interrogan no nos conoces. Tú no nos conoces, espero que esto no haya que repetírtelo. ¿Está claro? —alzó la voz.

—Sssi, si —contestó Giulia.

—Eso espero, porque de otra forma te vas a arrepentir niña.

—Está bien Fist, no la asustes, que acaba de llegar —replicó John.

—Me importa una mierda que acabe de llegar, este es nuestro negocio y una niñata pija no nos lo va a estropear, ¿ha quedado claro?

—Muy claro, tío.

—Pues venga, empieza a enseñarle cosas porque nosotros no estamos para mantener a nadie, que se vaya buscando las habichuelas.

Giulia se mantenía en silencio mirando a Fist a los ojos.

— ¡Vamos niña! —dijo John—, te enseñaré donde vas a dormir y lo que tendrás que hacer, verás que es algo muy sencillo. Mañana Harry te enseñará más cosas que te servirán, pero esta noche descansa aquí.

A Giulia no le costó dormir pese a que estaba en un colchón al raso tapada por su propia chaqueta, pero tantos días dando tumbos habían pasado factura.

A la mañana siguiente, Harry que estaba bastante más despierto, la saludó y empezó a entrenarla en el “arte” del carterismo. Extrañamente Harry era bastante bueno en eso, se veía una persona maja en realidad, tenía cara de chiste, sus dientes a puñados y sus pecas no lo hacían tomarlo en serio, no obstante, sabía explicar lo que había que hacer.

Con el tiempo le fue tomando un cierto cariño a él y a John; eran sus padres

en cierto modo.

Fist en cambio, era el tipo duro, tenía bastante mal genio, estaba obsesionado con el dinero y miraba a Giulia de una forma rara, muy rara. No sabía que tramaba, pero le causaba bastante recelo.

El trabajo de Giulia era muy simple, le daban un objeto como un huevo, una cajita, un muñeco de plástico, etc. y tenía que llevarlo a tal persona. Una con un gorro rojo, una que fumaba en pipa, otra con unas botas de agua amarillas, una bufanda naranja, unas gafas purpura, etc. Y éstos le daban un sobre, que Giulia guardaba en el bolsillo y salía corriendo de allí. Era algo muy sencillo, también cuando había mucha gente por la calle, Harry la enseñó a robar carteras, era simple, te fijas dónde puede llevarla, te haces la despistada, te tropiezas con esa persona y antes de que se dé cuenta, ya has salido corriendo con la cartera. Si se da cuenta antes o después da igual, ya estaría corriendo y una niña pequeña se escabulle con mucha más facilidad entre las calles.

Los días pasaban y la niña cada vez estaba más entrenada, sacaba más dinero de más cantidad de carteras, meter la mano en bolsos, móviles, etc. Pero Fist nunca estaba satisfecho, siempre quería más y se ponía de mal humor.

Giulia había visto cosas, cosas feas. Ese muchacho era el tipo al que nadie debe nada. No tenía miramientos, si tenía que pegarle a alguien o enseñarle un pincho, lo hacía. Giulia se llevaba relativamente bien con los otros dos chicos, pero con Fist... Fist le daba miedo, especialmente cuando la miraba de esa forma tan extraña y cada vez más habitual.

Cuando llegaba la noche y se reunían los cuatro en el comedor, sentados sobre sillones viejos recogidos del contenedor de basura, juntaban todo el dinero y se lo entregaban a Fist. Él lo contaba y luego lo repartía, pero en absoluto proporcionalmente; esto es algo con lo que ninguno estaba de acuerdo, pero no se atrevían si quiera a objetar de alguna forma.

Giulia no era tonta, y no estaba dispuesta a quedarse sin el dinero de su esfuerzo para regalarlo a Fist; cada día antes de volver a casa, pasaba por la fuente de Tritón en el parque y retiraba los ladrillos de la caseta, guardando parte del dinero en metálico en una pequeña caja cuya llave siempre llevaba al cuello. El resto de la suma y los objetos los llevaba a casa, y la parte que a ella le tocaba, lo guardaba bajo su colchón.

Una tarde Giulia volvió la primera a casa, estaba sola. De repente, se abrió la

puerta y allí estaba Fist. Olía un poco a ginebra y tabaco.

— ¿Qué has conseguido hoy pequeña zorrilla?

La chica vació el bolso dejando unos cuantos trastos de poco valor, salvo un teléfono y unos pocos billetes.

— ¿Ésta es la mierda que traes? ¿Qué voy a hacer con eso? ¿No te da vergüenza?

—Lo siento, no he podido traer más. El día ha sido malo.

—Que el día ha sido malo —dijo en tono de burla—, ¿Te crees que soy imbécil? Te guardas parte del dinero. Yo lo sé.

A Giulia el corazón le dio un vuelvo, ¿cómo podía saber eso? Era imposible.

—Yo no he cogido nada, eso es mentira.

— ¿Me estás llamando mentiroso? —contestó irritado—. Mira putita, eso es poco dinero, así que vas a tener que compensarme con otra cosa... —dijo echándose mano al paquete.

La chica se estremeció y se pegó contra una de las esquinas del salón, lo más alejado que pudo.

—Puedes intentar huir, pero te voy a encontrar, no dudes que si te escapas voy a ir a buscarte, y no te vas a librar, no te vas a librar de comerte esto —dijo señalándose la bragueta de nuevo.

La puerta sonó, era John.

—Ya sabes puta, la boca callada, será nuestro pequeño secreto. No te atrevas a decírselo a nadie.

La niña estaba tan asustada que sólo pudo describir un “no” girando el cuello despacio a ambos lados. Fist salió de casa chocándose y dando un empujón fortuito a John, que lo miró de reojo con cierto asco.

Más tarde llegó Harry y Giulia habló con ambos, éstos escucharon lo que a la chica le había pasado con Fist.

John ya se olía algo, pues la forma que tenía de mirar a la pequeña era muy perversa, aunque ni siquiera él pensaba que Fist llegaría a ser alguien tan mezquino de encararse sexualmente con una niña pequeña.

Harry estaba asustado, pues sabía que contra aquel imbécil no había nada que hacer, así que sugirió a Giulia que se marchara sin decir dónde, a nadie.

John asintió con la cabeza.

—Mejor que te marches mañana Giulia, o esto puede acabar mal —dijo John.

La niña les dio un abrazo a ambos que sabía a despedida. No volvió a abrir la boca, se acostó en su habitación y recogió las pocas cosas que tenía allí para irse al día siguiente.

Fist volvió a casa y cerró dando un portazo para que supieran que había llegado.

Todos dormían, pero él antes de acostarse, se asomó a la ventana para fumarse un canuto de hierba y pensar.

A la mañana siguiente, Giulia tomó sus cosas y salió la primera de casa. Todos dormían, aunque no era temprano.

Lo primero que hizo fue ir directamente a la fuente de Tritón a esconder sus pertenencias y guardar el poco dinero que tenía en casa, cuando entró dentro con una pequeña linterna, buscó el cofre donde guardaba el dinero.

¡No podía ser! El cofre no estaba. ¿Quién lo podría haber robado? No era normal, Giulia buscó por todos lados. En aquella pequeña caseta había desaparecido su pequeño tesoro.

Se sentó a oscuras en el suelo llorando, hacía mucho que no lloraba así.

De pronto, la puerta de la caseta se abrió de par en par de un golpe, allí estaba Fist con la mirada descompuesta sujetando un cofre.

— ¿Buscas esto? —preguntó con una sonrisa malvada.

La niña estaba aterrorizada, no podía moverse.

—Te dije que si intentabas irte te encontraría, que si se lo decías a alguien te encontraría...

El muchacho sostenía el cofre en una mano y un cuchillo en la otra con el que señalaba a Giulia

—No se lo he dicho a nadie —replicó la niña.

— ¡Falso! —gritó Fist—, anoche os escuché desde la puerta, se lo contaste a esos dos imbéciles y te dijeron que huyeras, y te has venido aquí, sólo tuve que seguirte. Y mira, me vas a hacer un favor, puesto que me voy a llevar este dinero y además este es un sitio más íntimo para que pruebes esto que te traigo —dijo señalando su entrepierna con la punta de su dedo índice.

— ¿Ves? —dijo mientras mostraba el cuchillo—. Está manchado de sangre. ¿A que no sabes de quién es esa sangre?

¡De mí no se ríe nadie! —gritó enfurecido.

La niña estuvo a punto de orinarse encima, pero sacó fuerzas de flaqueza y saliendo por la pared tiró todos los ladrillos con el hombro, salió corriendo por entre medio de los setos y Fist corrió tras ella.

La niña para llamar la atención se tiró dentro de la fuente de Tritón, que en ese momento estaba llena de turistas que lanzaban monedas, la gente gritó divertida, mientras Fist la miraba con odio.

—No te escaparás repetía, te cogeré.

Alguien llamó a los guardas del parque y la niña les explicó que tenía ropa seca en la caseta, querían llamar a la policía, pero ella amenazó con irse mojada de allí corriendo, así que los guardas la acompañaron a recoger sus cosas de la caseta, que estaban todas excepto el cofre con el dinero.

Giulia tomó todas sus cosas y huyó de allí, desde luego jamás volvería a ese lugar ni al barrio de Candem, tenía que alejarse lo más posible de Fist, estaba convencida de que no volvería a tener la misma suerte si la encontrase de nuevo.

Volvió a vagabundear y encontró un nuevo escondite en Hyde park. No era tan seguro como el otro sitio, pero al menos podría quedarse unos días, ahora tendría que hacer lo que mejor sabía para sobrevivir. Robar.

Aquel día había mucha gente en la calle, más de la habitual; se encontraba cerca de la catedral de San Paul, las carreteras estaban cortadas y la calle abarrotada de gente. Giulia con su tamaño, no podía ver qué pasaba, a lo que trepó por una farola y pudo asomarse. Se escuchaba una misa por unos grandes altavoces instalados sobre una plataforma en la puerta, era como un concierto, o eso pensaba, pues sólo los había visto por la tele.

Su estómago rugió y esa era la prueba inequívoca de que necesitaba ya alimentarse, pero para eso hacía falta dinero, el que Fist le había robado. Ella debía hacer lo propio.

No sería muy difícil entre tanta multitud entretenida.

Localizó a su víctima y aceleró el paso para tener un encontronazo con ella; un hombre de estatura media con melena rizada y abrigo de tres cuartos negro.

Ambos chocaron y el hombre se asustó.

— ¿Te has hecho daño niña? Lo siento, no te he visto.

—No pasa nada señor, disculpe —dijo haciéndose la despistada.

Giulia comenzó a andar despacio entre la gente; el hombre quedó pensativo y estiró el brazo para peinarse los rizos.

¡Su chaquetón pesaba menos! Se tocó los bolsillos y advirtió de que no llevaba la cartera, en un instante lo entendió todo. Buscó a la niña con la mirada y salió corriendo detrás de ella.

Giulia vio que el hombre la seguía y aceleró el paso, el hombre también.

La niña empezó a correr, se deslizaba entre la multitud con mucha más soltura, el hombre en cambio, con cara de pocos amigos iba tropezándose y empujando a todo el mundo. Pero poco a poco Giulia le ganaba terreno hasta que lo perdió de vista entre la gente. Entonces llegó hasta la esquina de la calle Goldliman Street, dónde había dos policías que estaban vigilando, y sabía que si la veían sola entre tanta gente le dirían algo. De modo que giró entre la multitud, y tomó la salida hasta la plaza de enfrente de la catedral para llegar al río y tener vía libre para correr a su antojo.

Al pasar por el lado del monumento nacional a los bomberos, alguien la sujetó del brazo. La niña miró hacia arriba y vio a aquel hombre de pelo rizado.

—Hola niña —dijo con una sonrisa.

CAPITULO 8.

OSCURIDAD

En la oficina todo era normalidad conforme los días fueron pasando, la tónica del almuerzo siempre era la misma; Stephen hacía grandes esfuerzos por respetar la puntualidad desde el segundo día en que conoció a Bastian. El grupo que formaban los tres se fue afianzando en confianza. No querían y tampoco le convenía a ninguno tener líos con sus superiores, especialmente con Thomas, que estaba ojo avizor. Los toques de atención recibidos en el pasado ya eran alarmantes, No obstante, Stephen no estaba nada bien y necesitaba ayuda. Ayuda urgente, su ritmo no podía ser llevado durante mucho tiempo.

Las ojeras de Stephen hacían un flaco favor a su ya de por sí escaso atractivo; y a medida que se desarrollaban las charlas, su atracción hacia Sophie, se iba incrementando. Lamentablemente, esta eventualidad no era mutua ni de lejos; Sophie no era la clase de chica que se siente atraída por alguien con quien tiene afinidad, sino más bien todo lo contrario, era más del tipo de chicas que les gusta lo prohibido, jugar con ventaja, tener lo que nadie más puede tener, caprichosa como la que más, esa era Sophie, desde luego no una chica fácil, salvo para el morbo. La clase de mujer con la que todos sueñan pero que realmente ningún hombre quiere tener.

Era uno de esos días grises en los que cuesta levantar el ánimo, tan típicos por otro lado en ese punto de la geografía. La conversación tomó un cariz peliagudo en cuando a su contenido, que solía ser bastante jovial en la mayoría de ocasiones. Stephen no pudo contener más su tristeza, estaba trabajando en un bar de noche, prácticamente dormía menos de cinco horas al día, todo para conseguir mantener a su hija, y ser sollado por una víbora sedienta de dinero a la que un juez de dudosa honra, le había conseguido un trato más que beneficioso a costa del lomo de su ex marido.

La situación cada vez era más insostenible y el café a granel que engullía a

diario, estaban empezando a alterarlo de forma trágica, pese que a su carácter bonachón no le hacía mella alguna en su comportamiento habitual. Los ojos de una persona reflejan su alma si los miras fijamente, el sufrimiento, la alegría, la tristeza, la gratitud, la ira, el desasosiego y la mentira se dibujan tras las pupilas; El alma de una persona tiene siempre contacto con el mundo exterior y esta concatenación se une a través de los ojos.

Stephen era una muestra palpable de ésta afirmación, los contornos negros de sus ojeras, y el brillo de la sangre en las venas de sus ojos, denotaban la extenuación, la tristeza y a pesar de ello, la ilusión cada vez que Sophie se reflejaba en ellos.

Aquella mañana, todo era más áspero; la garganta de Stephen emitía silbidos de ultratumba. Cuando sus compañeros en la mesa le preguntaron a qué se debía tal aspecto desolado, no pudo más que resoplar.

—Ya no puedo más, —dijo colocando suavemente las manos sobre la mesa con una torpe delicadeza—, necesito dormir, necesito descansar, tengo hasta pinchazos en el pecho.

Bastian no parecía darle demasiada importancia y estaba más concentrado en su taza de café, sin embargo, Sophie, lo miró directamente a los ojos.

Stephen continuó, —Estoy destrozado, pero si abandono me quedo en la calle, no sé lo que hacer.

— ¿Podemos ayudarte? —preguntó Sophie con gratitud en la cara.

Para Stephen significaba mucho que la chica a la que idolatraba se interesase por él, pero no estaba dispuesto a recibir ayuda, su orgullo siempre estaba por encima de todo. Al menos, casi siempre.

—No, creo que no podéis —dijo con tristeza.

Sophie acariciándose la nariz le dijo, —Puedo dejarte dinero.

—No, por Dios, además no sé si podría devolvértelo, y de todos modos no pienso pedirte nada para que se lo gaste quien ya sabes.

—Pero piensa en tu hija, ella también se beneficiaría de eso.

A Stephen le cambió la cara en una mueca y los ojos se le aguaron.

—Ya lo sé, pero es abusar de tu confianza, no puedo; además, un poco de dinero sólo me solucionará las cosas a corto plazo, pero no me servirá en

adelante, sólo para endeudarme más.

Bastian, que estaba en su mundo, no le había dado mayor importancia al asunto, hasta que oyó lo de la niña pequeña que tenía al cargo. Enseguida le recordó a Adelayde, su hija, lo que amaba más en el mundo. Por un momento se puso en su situación, no podía consentirlo, pero no sabía a qué se debía tanto endeudamiento, el sueldo de Stephen no era malo y desde luego con el plus que cobraba en el bar, debería ir bastante desahogado, una niña pequeña es una responsabilidad muy grande y cara de mantener, pero no tan cara desde luego.

Se dirigió hacia Stephen y le preguntó directamente, no tenía ni idea de los problemas de su nuevo amigo, pero la similitud entre padres de niñas de edad similar le había hecho empatizar.

—Exactamente, ¿por qué necesitas tanto dinero para mantener a tu hija? Perdona que te pregunte así, tan crudamente, pero no me gusta andarme con tapujos.

—Por la zorra, —contestó sin disimular la irritación.

—Estoy un poco perdido, por zorra te refieres a tu ex mujer, supongo.

—Efectivamente, te agradezco que hables sin pudor, a mí también me gustan las cosas transparentes.

—Bueno, yo transparente no soy, estoy hecho de carne, y desde luego, la carne, no es nada transparente.

Una pequeña sonrisa se dibujó en la boca de Stephen.

—Pues verás, te hablaré de mis problemas, tal cuales son. Mi problema tiene nombre y apellidos, se llama Halina, Halina Burton.

Sophie y Bastian permanecieron callados mirando a su amigo. Desde luego era una situación muy desagradable, realmente se tenían cariño por el apego que habían ido ganando durante los descansos en la hora del almuerzo, los amigos siempre se cotizan al alza cuando la ciudad es grande, parece que cuanto más gente hay, más solos nos encontramos; de modo que un amigo era preceptivo de cuidar, aun así, quizá no estaban preparados para oír problemas graves, esto es algo que solamente se le cuenta a los auténticos amigos, los de toda la vida, algo que realmente distaba de ellos, puesto que se conocían desde hacía bien poco. Esto no podía ser si no, un indicio de que la confianza

entre los tres se hacía más grande con el tiempo.

—Se trata de mi ex mujer, nos conocimos de vacaciones hace unos cuantos años, mis amigos y yo estábamos haciendo un recorrido por Europa en una caravana alquilada, veníamos de Alemania y fuimos luego a Praga, el destino hizo que tuviésemos una avería cuando habíamos puesto rumbo a Varsovia, nada más cruzar la frontera para entrar en Polonia. Allí tuvimos bastantes problemas para solucionar el embrollo y dimos a parar en una pequeña ciudad que ya no me acuerdo ni de cómo se llama. Allí la conocí, parecíamos el uno hecho para el otro, era una autentica princesa, nos queríamos, o eso al menos pensé yo, fueron cuatro días en esa ciudad, cuando tuvimos apunto nuestro transporte, Halina se vino con nosotros, pasamos tres semanas más de ensueño, visitamos entre otras ciudades más pequeñas, Varsovia, Cracovia, Viena, Bratislava, Budapest, Belgrado y acabamos en Atenas. Allí decidimos dejar la caravana y volvimos a Londres en avión. Halina se quiso venir y la traje conmigo a casa, todo era maravilloso, a los pocos meses ya estaba embarazada de nuestra hija, nos casamos y todo era alegría, hasta que la niña nació, no me malinterpretes, mi hija es lo mejor que me ha pasado en la vida, sólo digo que su madre cambió radicalmente una vez la tuvimos. Sé que me fue infiel más veces de las que quisiera admitir, pasaba de mí, y pasaba de nuestra hija, hasta que me pidió el divorcio. Oficialmente, ella tiene la custodia de nuestra hija, pero vive conmigo porque no se puede hacer cargo, pero en cambio, un juez, el del divorcio, contra todo pronóstico, dictó unas condiciones favorables hacia a ella, de modo que tengo que pasarle una pensión enorme, además tengo que hacerme cargo de la niña, ella está totalmente desentendida, al final, me he dado cuenta de que me usó totalmente, quería papeles, quería dinero, y consiguió ambos de un estúpido como yo.

—Pero, —cortó Bastian— ¿La has...?

— ¿Denunciado? Claro, varias veces, pero no hay nada que hacer, no sé cómo lo hizo, no sé qué alegó, pero estoy vendido. O ella renuncia, o se muere, o tengo que esperar a que mi hija sea mayor de edad; pero para eso aún falta mucho tiempo y desde luego, no creo que yo dure tanto a este ritmo.

—Pues la verdad que sí es un asunto frustrante —comentó Sophie—, que ya sabía parte de la historia.

Vista la situación, dejarle dinero no sería una opción, porque de primero sería a fondo perdido y de segundo, el orgullo de Stephen podría entenderlo como una ofensa, además, no era ese su auténtico problema, a más dinero que reuniese, más le reclamaría su ex mujer.

Era una situación bastante incómoda, más por no saber cómo ayudar a su amigo, que por la tensión que se respiraba en la mesa de aquel bar, por lo poco que había comentado, Halina Lisek, ese era su nombre de soltera, parecía una mujer que lo conseguía todo y no tenía ningún tipo de escrúpulos, solamente pensaba en libras y no veía más allá. Tal y como estaba actuando hasta la fecha, por seguro, era un mal bicho.

El silencio frío flotaba en la atmósfera del pub, fruto de la desesperación de un hombre que se ha visto privado de su dignidad, a lo que Sophie quitó hierro acariciando la melena de Stephen, o Ste, como le había dado por llamarlo últimamente.

— ¿Cómo se llama tu hija? —preguntó Bastian para quitar hierro al asunto.

—Se llama Ade —sonrió Stephen.

— ¿Ade? ¿En serio? —replicó Bastian sorprendido—

—Sí, desde luego que sí.

—Que coincidencia, mi hija también se llama Ade, bueno Adelayde, pero la llamo Ade.

—La mía no, quiero decir, también la llamo Ade, pero es de Adeline. Ya sabes, el nombre de su madre era Halina, Adeline sonaba parecido en cierto modo.

Durante días, la situación en la empresa mejoró. El señor Thomas estaba contento con el bien hacer de sus empleados, ya casi no recordaba que día fue cuando tuvo las palabras con Stephen, lo cual es un acontecimiento en consideración con la memoria de la que el viejo gruñón solía hacer gala regularmente. Pese a todo lo presionaba y vigilaba con lupa, algo que era del todo molesto, pero en realidad necesario para evitar la bajada en el rendimiento de su empleado.

Para el negocio, esta presión ejercida era estupenda, no obstante, las deudas y la salud de Stephen, no habían sino empeorado; tan sólo había conseguido hacer frente a base de fuerza y coraje, eso sí, ayudado de pastillas de cafeína.

Incluso de haber sido más barato, por seguro hubiera consumido cocaína también. Si con ello pudiese mantenerse despierto como un búho en su pluriempleo; pero esto no podría seguir así mucho tiempo.

<<Estoy en el filo de la navaja —pensaba—, tengo un límite y, tarde o temprano esto me pasará factura>>.

Nunca hubiese podido adivinar que su propio jefe, ese que lo tenía aprisionado contra sus propios límites, iba a ser Indirectamente el que le daría la solución a sus problemas.

Había finalizado un contrato con los proveedores, lo que provocaría una renegociación a todos los niveles, una oportunidad dorada si se sabe cómo actuar al respecto. De este acontecimiento, Bastian sería el primero en enterarse.

Todo comenzó de buena mañana, la llovizna cubría las calles del centro de Londres a la vez que salpicaba los cristales de la oficina de Bastian con un gorgoteo constante. Bastian tomaba un tazón de leche con café muy cargado, sin nada de azúcar, le gustaba bien amargo. Mientras, revisaba las cuentas en el ordenador, sobre los envíos recientes que había facturado durante la semana anterior. Su oído se agudizó como el de un gato al oír pasos en el pasillo acercándose, e instintivamente sus dedos comenzaron a acariciar su perilla de arriba hacia abajo dibujando con las yemas de los dedos su recorrido, una costumbre que tenía de mucho tiempo atrás.

El pomo de la puerta sonó y ésta se abrió seguidamente. Ahí se le plantó el señor Thomas con una carpeta roja en la que se leía claramente en letras grandes y negras: “Proveedores”.

— ¿Qué es esto señor? —preguntó con una expresión de sorpresa en la cara.

— Verás Bastian —comenzó a explicar—, resulta que el contrato que teníamos con nuestros proveedores expira durante esta semana, por tanto, tenemos dos opciones, renovar el contrato en las condiciones que nos están pidiendo, lo cual, a mi entender es un abuso, por mucho que me justifiquen que los precios han sufrido un incremento, o bien, buscar nuevos proveedores con los que asociarnos. Y tú te preguntarás que tiene que ver todo esto contigo. Pues verás, obviamente necesitamos encontrar soluciones y para ello hay que tomar una decisión, y ya que tu llevas las cuentas y te encargas del control de calidad de los suministros, he pensado en ti para que te hagas

cargo de este trabajo, ya que por el momento eres un trabajador modélico, lo cual me inspira confianza, y además nunca hemos tenido ningún contratiempo referente con tu persona o con tu trabajo.

—Gracias señor —dijo Bastian—, a punto de ruborizarse.

—Lógicamente no estarás sólo —prosiguió Thomas—, puedes disponer de alguien más que te ayude a encontrar los proveedores y contratar sus servicios.

Tendréis que ir sitio por sitio, normalmente deberían ser ellos los que se ofrecieran a que nosotros comprásemos su producto, pero no estoy dispuesto a tener en la puerta un montón de mercachifles tratando de embaucarnos; esto es una empresa seria.

—Lo puedo entender señor Thomas.

—Stephen también tiene un trabajo similar al tuyo, pero me fío más de ti, ya que últimamente ha estado muy raro, será mejor que sea el quien te ayude a ti y no tu a él. Además, pienso que le vendrá bien salir de la oficina, relacionarse con gente y que le dé un poco el aire, es tu deber informarle de todo. Si tienes alguna pregunta, ya sabes dónde estoy; espero un informe en mi mesa esta semana, es algo que urge bastante, estos días he estado muy ocupado y no sé cómo pude pasarlo por alto. Será la edad supongo. Bien, con esto me retiro a mi despacho que la artrosis me está matando las rodillas esta mañana, buena suerte y no me falléis.

El señor Thomas abandonó despacio el despacho, y el ruido de sus pasos se perdió en la lejanía.

Bastian se quedó mirando la carpeta que yacía sobre su escritorio y la carpeta devolvía su mirada, no parecían contentos de tener que verse las caras, y así ocurrió durante unos pocos minutos en los que su mente estaba tan blanca como las paredes que lindaban su pequeño despacho.

Cuando por fin se resignó a tomar la carpeta y abrirla, había unos veinte listados de empresas suministradoras, todas con precios muy competitivos, había que investigar y hacer un buen puñado de visitas, claro que primero tenía que informar a su compañero.

La mañana siguiente como ya era habitual, Stephen apareció con la cara mustia, ojeras que le sumaban diez años a su rosada cara de niño, el pelo

largo bastante desarreglado, un auténtico esperpento que se acercó a la mesa dónde Sophie y Bastian reían con complicidad, por un momento se puso celoso, pero tenía una pesadez mental demasiado grande como para que pudiesen entrar más ideas negativas en su cerebro. Bastian era un cielo, sólo había oído hablar bien de él y además le caía genial. Era absurdo, e incluso descortés que pensara así. Estaba casado, no iba a ser él quien le quitase a Sophie, ni mucho menos.

—Hola, ¿Cómo estáis? —dijo bostezando.

—Mejor que tú, desde luego, —contestó Sophie con una sonrisa y dándole un golpe en la pierna—, parece ser que vas a pasar menos tiempo en la oficina, por lo visto.

— ¿Cómo dices?

—Bastian tiene algo que contarte, os dejo solos que tengo asuntos pendientes.

La chica se levantó y se fue moviendo las caderas de una forma que resultaba imposible no mirarla.

— ¿A qué se refería Bastian?

—Sí, bueno te lo iba a decir en la oficina, pero ya que Estás aquí, aprovecharé. El señor Thomas me dijo que se terminó el contrato con los proveedores que teníamos y me manda a que haga nuevos tratos con otros proveedores, y tú vas a ayudarme.

— ¡Genial!... Más trabajo.

—Qué va, en realidad esto es mejor, porque no estarás sólo en la oficina, te relacionarás con gente y te dará el aire, se te hará más ameno, te vendrá bien. No es más trabajo, solamente algo diferente.

—Lo que necesito es más dinero, no que me dé ningún aire —dijo molesto.

— ¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar por ese dinero? —dijo Bastian cambiando el gesto y con la voz más apagada.

—Estoy dispuesto a llegar muy lejos.

—Perfecto, sólo tienes que matar a tu ex mujer.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco? Tienes que estar de

broma...

—Sí, tranquilo, era una broma, perdona. No tienes que matar a nadie, pero he estado pensando una cosa. No sé si te va a gustar...

—Si es algo ilegal, ¡olvídalo!

—Vamos a ver, mira yo te lo digo, no voy a sacar nada de todo esto, sólo que dado tus problemas económicos y verte así, hecho un desastre, perdona que te lo diga, sé que lo estás pasando mal.

Esto es simple, consiste en que tú les ofreces un trato a los proveedores, y les dices que te hagan una factura mayor que el importe a cobrar, la empresa lo paga siempre en efectivo cuando son importes relativamente pequeños, tú mismo serás quien haga la entrega del dinero. Es dinero negro, no tienes que darle la proporcionalidad a tu ex mujer, ya que ese dinero oficialmente... No existe.

—Pero vamos a ver, ¿me estás diciendo que yo pague menos importe de lo que indican las facturas y me lo quede yo?

—Sí, exactamente, pero sólo durante un tiempo y sin abusar.

—Pero ¿Qué empresa va a querer darme una factura mayor que el dinero que yo le pagué? Ellos tendrían que justificar una facturación más alta con hacienda, lo que les supondría pagar más por un dinero que se supone que tienen, pero nunca cobraron.

—Cierto, pero ahí es donde entran los tratos, porque, aunque ellos paguen más al fisco, habrán ganado más dinero si han hecho un contrato con nosotros para vendernos sus productos, que si no han vendido nada.

—Bueno, eso tiene su lógica; pero para ello habría que conseguir unos acuerdos mucho mejores que con los proveedores que teníamos antes.

—Efectivamente, veo que me sigues.

—Sí, pero no me acaba de convencer. Eso no va a ser nada fácil.

—En realidad sí lo es. He estado mirando las condiciones de los antiguos proveedores y éstas son por decirlo de una manera suave, una autentica porquería. Esto es algo que el resto de posibles vendedores de los productos que necesitamos, no lo sabe. Por tanto, cerrar mejores tratos no será nada complicado.

—Vale, eso sí, pero... ¿y las cuentas?

—Las cuentas soy yo quien las maneja, y mientras no hagas ningún disparate, no tendría que dar ningún parte a Thomas. Simplemente hazlo durante un tiempo, ahorra un poco, prueba y descansa, podrás dejar el trabajo ese que tienes en el bar. Todo irá mejor.

—No sé, no sé, tengo que pensármelo.

—Ya te he dicho que yo no me llevo nada a cambio, no se va a enterar nadie si haces las cosas con cabeza. Te lo digo porque es una oportunidad que no va a volver a darse, simplemente actúa con precaución, no seas avaricioso, es muy importante que el dinero fácil no te haga perder el norte y que actúes con responsabilidad. Yo puedo tapar las cuentas si no están demasiado adulteradas, y no levantarán ninguna sospecha, pero no puedes pasarte de listo, recuérdalo.

—Ok, vale, lo pensaré con detenimiento, es algo que no me hace ninguna gracia, pero en la medida de desesperación que llevo, es un caramelo muy dulce.

—Pues Stephen, ya te he dicho lo que hay, será como tú quieras, yo no te obligo absolutamente a nada, es sola y exclusivamente decisión tuya y nada más que tuya.

—Lo tendré en cuenta Bastian y... gracias por preocuparte.

—Ah, otra cosa, sé que tienes mucha confianza con Sophie, pero esto no puede salir de aquí, tanto si decides hacerlo como si no, pase lo que pase es un asunto tuyo y mío, ella tampoco debe saber nada, nadie puede. Actúa con delicadeza y con discreción porque, en esto vas a estar sólo. Recuérdalo bien.

Stephen no pudo dejar de pensar durante el resto de la jornada en la conversación con Bastian, no paraba de sacar los pros y los contras, él era una persona honrada, siempre lo había sido, pero la situación lo desbordaba. Lo sabía, así como también que era una oportunidad de oro. Cuando se marchó a casa, seguía en los mismos pensamientos, al igual que cuando recogió a su hija, cuando le hizo la cena y cuando la acostó, cuando la duchaba y cuando se preparaba para irse al bar, a ejercer su segundo trabajo. De camino lo pensaba y entonces comenzó la jornada nocturna, aquella noche había fiesta y menuda fiesta, el bar se puso hasta los topes. No podían

abarcar con todo el trabajo de esa noche, era realmente terrible. Los pies le dolían en cantidad, las manos las tenía entumecidas del lavavajillas y al terminar, esta vez mucho más tarde aún de lo habitual, se encontraba exhausto. Al dirigirse de camino a casa para apurar las tres horas de sueño que iba a poder descansar. Cogió el móvil para revisarlo y se encontró con catorce llamadas perdidas, de Adeline, su hija, y de otros números que desconocía, rápidamente la llamó, el teléfono se descolgó, pero era una mujer la que contestaba.

—Hola, ¿Con quién hablo?

— ¿Cómo que con quién habla? Este es el móvil de mi hija.

—Sí, hemos estado intentando localizarle, soy la enfermera Mary, le llamo del Charing Cross Hospital. Su hija está aquí ingresada.

Un subidón de adrenalina le recorrió todo el cuerpo a Stephen, se puso muy nervioso y no sabía que decir, quedándose totalmente en blanco.

— ¿Oiga? ¿Hay alguien ahí?

—Sss, sí, sí estoy, ¿Qué le ha pasado? ¿Está grave?

—No se preocupe, está fuera de peligro, parece ser que sufrió un corte de digestión, la niña empezó a vomitar y le dio un ligero ataque de asma, al estar sola se puso nerviosa y parece que no consiguió localizar a alguien conocido, directamente llamó a urgencias. No se preocupe, ahora mismo está fuera de todo peligro después de tratarla, los ansiolíticos la han dejado dormida. En cuanto pueda, venga al hospital para llevársela, aunque creo que los doctores la quieren tener en observación durante esta noche.

—Muchas gracias, voy enseguida.

En el momento que colgó el teléfono todo el cansancio parecía haberse esfumado, se sentía como un auténtico inútil, no era capaz ni si quiera de cuidar de su hija, era en la única persona que podía confiar y le había defraudado. ¿Y si hubiese sido grave? ¿Cómo podría perdonarse a sí mismo? ¿Cómo podría mirarse otra vez en el espejo sin avergonzarse? Le había fallado, le había fallado y no podía dejar de repetírselo. El fracaso sonaba en su cabeza como una campana doblando por alguien que se va, tenía que cambiar, dar un giro a su vida, no podía seguir así.

Cuando llegó al hospital, fue directamente a buscarla sin hacer caso a la enfermera que corrió tras él. Ya en la habitación junto a su pequeña que dormía plácidamente, le informaron de todo. Pasaría la noche en el hospital y el día siguiente debería de guardar reposo, nada de colegio. Una dieta blanda, mucho líquido y poco más.

Stephen durmió esa noche en la habitación junto a su hija y ésta se despertó primero, pero no quiso despertar a su padre, sabía que no dormía mucho y le daba pena; así que cuando apareció la enfermera se hizo la dormida, aunque ésta si despertó a Stephen. Su padre entre bostezos ayudó a la niña a vestirse, antes de salir del hospital pidió un justificante para el trabajo, del cual, lo llamaron un par de horas después para preguntar por su falta.

Padre e hija fueron a casa y Stephen prácticamente pasó todo el día durmiendo.

Ya por la noche, llamó al bar donde trabajaba contando lo que pasaba y dijo que no podría ir.

La mañana siguiente estaba totalmente despejado, el día de descanso le había venido estupendamente, aunque se despreciaba por la causa que había tenido que descansar del trabajo. La cara rosada tenía un aspecto más juvenil, el pelo le brillaba. Le entregó al señor Thomas los papeles del doctor y éste le preguntó qué tal estaba su hija. Todo formalidad, no hubo ningún problema.

Ya en el almuerzo, Bastian, Stephen y Sophie se reunieron en la misma mesa como habitualmente. Estaba encantado de verla de nuevo, sus ojos color miel que lo miraban con ternura y sus labios gruesos y jugosos como fruta, le hacían más fuerte.

Aunque se percataba cada vez más de que su forma de mirar era diferente con Bastian, cuando lo miraba a él, era como si intentase desnudar su alma, como si su atención se incrementase. Pero no, no era posible, ella con Bastian, su nuevo amigo era un pedazo de pan, no sería capaz de matar una mosca.

—Hola Stephen, ¿cómo estás? ¿Y la niña?

—Bien, estamos bien los dos, gracias a Dios

—Me alegro de oír eso, nos enteramos ayer y estábamos preocupados.

—Ya está todo solucionado —dijo mirando a Sophie.

En ese momento vio que estaba embelesada mirando hacia Bastian.

— ¿Sophie? —pronunció para llamar su atención.

— ¿Sí? Perdona, lo siento Ste, estaba distraída.

—Ya, ya veo.

Sophie se levantó y dijo que iba a pedir que le pusieran la comida para llevar, ya que ahora no le apetecía comer.

En cuanto Bastian y Stephen se quedaron solos. Stephen le miró a los ojos y dijo:

“Lo he estado pensando ya casi dos días enteros y creo que voy a arriesgarme, no puedo permitir que me vuelva a pasar algo como lo de la otra noche, ya he llamado para despedirme del bar, tengo que pasarme para formalizar los papeles la semana que viene, de hecho, creo que deberíamos ir los tres a tomar algo para celebrarlo”.

CAPITULO 9.

LUZ

— ¿Quién te ha hecho esto? —gritó el padre.

La niña lo miraba fijamente a la cara sin inmutarse, con sus ojos verdes, apagados, carentes totalmente de vida.

—No sé qué es lo que está pasando, pero sea quien sea que esté jugando con nosotros, lo va a pagar.

Aquel hombre se fundió otra vez en un cálido abrazo con su hija, a punto estuvieron las lágrimas de escapar de sus ojos, pero era fuerte, era muy fuerte y era frío.

Soltó despacio a la niña y dijo:

—Bueno cariño, tenemos que encontrar una salida, debe de haber un modo de salir de aquí, ayúdame a encontrar alguna puerta u otro agujero, algún pasadizo, lo que sea.

Aquel lugar era húmedo, frío, aunque la luz no era del todo escasa, si inquietante. No parecía una cueva puesto que el suelo era adoquinado. Quizá tenía más pinta de alcantarilla. Algún tramo del enrevesado alcantarillado de la ciudad. Pero los púlpitos, esos púlpitos ¿Qué demonios significaban?

Miró hacia atrás, ya no caía alcohol. La cascada había cesado de repente. Sólo quedaba una pequeña trampilla, arriba en el techo, pero demasiado alto para llegar de todas formas.

Tenía que haber otra forma de salir de allí, y esos frascos de cristal con esos puntos de luz del techo que se movían, ¿qué eran?

Todo era surrealista y paranoico.

— ¡Venga cariño! ¡Ayúdame! Vamos a buscar.

La sala no era especialmente grande, casi podía verse completa con una mirada, pero tenían que explorar.

Se acercó a los púlpitos, pero no tenían ningún botón, palanca, ni nada por el estilo, sólo servían para perturbar aún más el ambiente.

Fue escudriñando las paredes palmo a palmo, con cuidado. La niña lo seguía despacio. Conforme no hallaba respuestas, los nervios le comían por dentro, esa inquietud, agobio, claustrofobia, miedo.

No podía flojear, no podía dar señales de tener descontrolada la situación, su hija dependía de él. No había ninguna forma de salir salvo el lugar por donde entraron y la trampilla por la que antes caía el alcohol.

— ¡Que extraño! —dijo para sí—, no tengo heridas en las manos, no me escuece ya nada. Es imposible, ¿cómo puedo curarme tan rápido? No tiene sentido. ¡Qué demonios! Nada aquí tiene sentido. Tiene que ser una pesadilla demasiado real. Eso es, un mal sueño, pero estoy tardando demasiado en despertarme.

Se paró en el lugar donde se cortaba el dibujo de los adoquines del suelo con la pared, y lo examinó con más detenimiento aun que el resto de las paredes. Tenía que estar la salida ahí. O haberlo estado al menos, pero no, no había nada, no veía nada, no encontraba. Era frustrante, se notaba el corazón cada vez latiendo más rápido. Solo quedaba una salida. Deshacer el camino.

—Tenemos que volver, no hay ninguna salida por aquí. Vamos poco a poco, ¿vale? Ya sabemos lo que hay en el otro lado, pero quizá con los nervios, haya algo que se nos pasó. ¡Movámonos!

La niña se puso delante y fue la que comenzó a trepar para subir. El hombre la ayudó a que entrara por el agujero de nuevo.

—No me gusta que vayas tú primero, pero está claro que, por alguna razón, conoces esto mejor que yo. No sé qué está Pasando, sólo espero que tengamos más suerte ahora, o que alguien nos esté buscando. Tu madre quizás.

De pronto sintió una punzada en el estómago que le cortó la respiración unos instantes.

— ¡Joder!

Se repuso y comenzó a entrar en el agujero de nuevo, la niña ya había avanzado, pero él seguía en la entrada, apenas había metido el cuerpo en el hueco del pasadizo.

¡Qué extraño! Ya no había rastro de cristales.

Se escuchó un golpe y luego algo parecido a unas cadenas arrastrándose por el suelo, unos gemidos. No se distinguía Bien, podía ser el viento que se colara por algún hueco, o podía ser cualquier cosa, pero entonces lo oyó. Era como un susurro, ¿Una voz? ¿Había alguien allí? ¿Era de nuevo esa voz familiar de su cabeza?

Se volvieron a escuchar gemidos. Un grito, un silencio, escuchaba voces de un hombre y una mujer, pero no podía distinguir que decían. Volvieron a sonar las cadenas y se escucharon sollozos. La paranoia cada vez era mayor, el miedo y la ira, iban de la mano.

— ¡Espera un momento cariño! Me ha parecido escuchar a alguien.

La niña no paró, siguió avanzando despacio; el hombre salió del pasadizo otra vez a la sala, buscando de dónde procedía el sonido. Parecía que provenía de arriba, entonces miró al techo y vio de nuevo esos miles de puntos de luz que se movían despacio en los frascos de cristal dando esa luz tan inquietante a la sala.

No se escuchaba ya nada, así que dio la vuelta para volver con su hija. Avanzando, paso a paso, despacio e intentando no hacer el más mínimo ruido para ver si volvía a escuchar aquello.

<< ¡Párate!, deberías parar, ¿sabes dónde estás? Quizás, sólo quizás. Nunca lo hiciste, ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué es lo que hiciste? Te toca. Hola, Está oscuro. Duele mucho. ¿Qué tal? ¿Te paras? No es buena idea. Es una idea. Mira y comprueba. ¿Hijo? ¿Padre? ¿Qué has hecho? ¿Cuándo fue? >>

Era de nuevo esa voz de su cabeza. ¿Qué sentido tenían esas palabras?

<< ¿Hubo un cuándo? Un cuando es un quizás que no se repite. ¡Párate! ¡Mira atrás! Y delante. Duele. ¡Párate! ¡Párate! ¡Párate! ¡Párate! ¡Párate! ¡PÁRATE! >>

De repente sonó un ruido muy fuerte, seco. Provenía de las paredes, del techo, del suelo. ¡Se movía!

Corrió hacia su hija << ¡PÁRATE! >> Se quedó clavado, no le dio tiempo. El techo comenzó a desplomarse en la parte en que se situaba el agujero de la pared. Cayeron grandes escombros, los recipientes de cristal del techo tintineaban y los puntos de luz parecían volverse locos. Toda la pared estaba

anegada, justo tapando la entrada al pasadizo donde entró la niña.

— ¡Noooo! —gritó con rabia y cubierto de polvo.

Era imposible, ¿Acababa de perder a su hija? ¿Así? ¿De esa forma tan cruel? Inesperada, estúpida, ¿Por qué no estaba con ella? ¿Por qué la dejó ir sola? ¿Estaba muerta? ¿Le había caído todo eso encima o había conseguido escapar? ¿Cómo podía saberlo? El corazón se le salía del pecho, no sabía qué hacer, estaba en shock. Simplemente no podía ser verdad.

— ¿Estás ahí? —gritó con fuerza— ¿Puedes oírme? ¡Cariño! ¿Estás bien? Dime algo por favor.

<< ¡Imbécil! ¿Qué va a decirte? Si no puede hablar>>.

Se apresuró en intentar desbloquear la salida, pero era imposible con las manos desnudas. Gritaba.

—Por favor, ¡Haz algún sonido! Algo, lo que sea, para saber que estás bien. ¿Qué mierda está pasando? ¡Ade! ¡Por Favor!

En unas circunstancias tan terribles, ¿cómo puede ser la desesperación de un padre que no sabe si acaba de perder a su hija? ¿Se puede medir el dolor?

De repente volvieron a oírse cadenas arrastrando, sonó un quejido y se hizo el silencio.

De repente un pequeño chasquido se escuchó tras la zona derrumbada, era como una piedra lanzada contra otra piedra.

— ¿Ade? ¿Eres tú? —sonó un chasquido en la piedra más fuerte—. Mi amor, ¿Estás bien? —gritó.

Sonó un chasquido tras otro insistentemente, cada vez más fuerte que el anterior. Era como si intentara comunicarse.

—Ade mira, vamos a hacer una cosa, si eres tú, golpea las piedras dos veces seguidas, ¿Me oyes?

Clack, clack.

No podía creerlo, ¿Estaba viva?

—Hazlo otra vez por favor, tengo que asegurarme.

Clack, clack.

—Sí, sí, sí. Estaba viva. Unas lágrimas de alegría le brotaron de los ojos.

Vale, vamos a hacer una cosa, te hago una pregunta y si es que no, golpeas una vez, y si es que sí dos veces. ¿Ok?

Clack, clack.

— ¿Estás herida?

Clack.

— ¿Tienes idea de dónde estamos?

Clack, clack.

— ¿En serio? —dijo— ¿Sabes salir de aquí?

Clack.

—Bueno, siéntate y espera un poco que tengo que pensar, necesito pensar. No te muevas de allí vale. No te vayas. ¿Me oyes?

Clack, clack.

Se sentó en el suelo y acabó tumbándose boca arriba, estaba tan confuso. Tenía una sensación de irrealidad, miraba al techo y veía esas diminutas y casi infinitas luces moviéndose descontroladas, era hipnótico. Cerró los ojos y sintió mareos, escalofríos.

Pretendía recuperarse un poco, pero era aún peor. No lo conseguía. Incorporándose, se volvió a quedar sentado y vio algo extraño a través de un agujero que llevaba en la manga de la camisa. Lucía una enorme cicatriz que le rodeaba todo el brazo a la altura del bíceps, como si fuera un remiendo, una junta, pero él no tenía ni la más mínima idea de cómo se había hecho eso, ni cuándo.

El tiempo era un concepto absurdo en ese momento, no tenía ninguna noción de la hora, si era de día o de noche, cuanto llevaban allí. ¿Cuánto les quedaría hasta conseguir escapar?

¡Escapar! De pronto un mal presentimiento le cruzó la cabeza.

— ¿Ade?

Clack.

— ¿Estás ahí?

Clack, clack, clack.

— ¿Te encuentras bien?

Clack.

— ¿No? —se asustó—, ¿Estás herida?

Clack.

— ¿Ade te pasa algo?

Clack, clack, clack.

—Eran dos un sí y una un no, ¿recuerdas?

Clack, clack.

— ¿Te encuentras bien?

Clack.

—Ade, ¿Estás sola?

Clack.

—Ade, Ade, ¿Eres tú?

Clack.

CAPITULO 10.

ESPERANZA

Lucca no había dormido bien la noche anterior, un vacío por dentro le estaba machacando la cabeza todo el tiempo y las vueltas en la cama del hotel habían sido innumerables. Era el momento de procurarse el desayuno. <<Una pena que no pueda tomar cafeína, me vendría muy bien>>, pensaba.

El día era otro de tantos en Londres, nubes que a instantes se apartaban para que unos tímidos rayos de sol se estrellasen en las calles. Ajeteo fuera del hotel, ruido, tráfico. Una gran ciudad. En parte lo echaba de menos.

Tras llenar el estómago en la cafetería del hotel, salió de éste y tomó el metro hasta la estación de San Paul. Ese día era el gran día, la visita del papa a la catedral, para eso había ido hasta Inglaterra, claro, en teoría.

La realidad era que quería ver la catedral, quería ver las mazmorras de Londres, la torre, el puente, el Big Ben, los palacios... Sólo era una excusa para viajar después de tanto tiempo.

Ya lo iba notando en el metro, estaba abarrotado hasta la bandera, y conforme iba haciendo paradas, se llenaba aún más de personas con ese hedor de la gente hacinada tan característico que indicaba la aglomeración a la que se iba a ver expuesto.

Había tenido bastante suerte al sentarse en un sitio cercano a la puerta, a su lado había un policía, estaba todo plagado de ellos. Era normal, estos actos siempre los acompaña un despliegue de seguridad importante. Se había saltado el protocolo, llevaba puesto el hábito, pero no se le veía con el chaquetón de tres cuartos negro.

En realidad, no pensaba asistir al evento, pero quería ver la catedral, y ya que tenía que ir, prefería hacerlo sólo y a su ritmo, así que dejó a los curas y obispos por su lado, no creía que lo echaran de menos.

Merodeando temprano por los alrededores entre San Paul y el Támesis, disfrutaba lo que una vez fue la libertad, su libertad. Cuando todo era bello,

cuando no tenía miedo de soñar, de viajar, de actuar. Otros tiempos, mucho atrás, muy diferentes, mejores. ¿Qué había sido de ese Lucca? ¿Qué hubiera pasado si aquel día no hubiera cogido la moto? Daba igual, nunca lo sabría, nada sería ya como antes. A veces la vida cambia en tan solo un instante.

El acto había comenzado, se escuchaba latín en la calle proveniente de la megafonía.

Quería verlo, aunque fuese un poco, quizá de lejos, pero no importaba, quería poder decir que había estado allí. Lucca se fue abriendo paso como pudo entre la multitud, estaba bastante despistado, algo nada recomendable en las aglomeraciones.

De repente notó que había atropellado a alguien. Miró hacia abajo y había una niña rubia de ojos verdes con cara de asustada, (la misma que él) pena y ternura.

— ¿Te has hecho daño niña? Lo siento, no te he visto.

—No pasa nada señor, disculpe —dijo haciéndose la despistada.

La niña comenzó a andar entre la gente. Lucca levantó el brazo y se atusó la melena rizada, al estirar el brazo notó que el chaquetón pesaba menos. Instintivamente comprobó los bolsillos si llevaba todo. El móvil, la llave del hotel, el mapa, la cartera. ¿La cartera? No estaba la cartera, miró hacia delante y lo entendió todo, ¡Le habían robado! Salió corriendo como pudo a trompicones entre la gente, pero la niña le iba ganando terreno. Se desplazaba mucho más rápido que él. Conforme pasaban los segundos iba entendiendo que se había quedado sin cartera, hasta que finalmente la niña se perdió entre la muchedumbre y la dio definitivamente por perdida.

Menudo desastre, toda la documentación perdida. Dinero no llevaba mucho, pero sabía que perder toda la documentación, dinero y tarjetas estando de viaje sería un problema. Enfadado decidió que no quería saber nada más del papa ni de catedrales ni de nadie. Así que, con la cabeza mirando hacia los pies se dio la vuelta en la calle Carter para girar dirección al río por la calle Sermón, — ¡Estúpido! Si es que soy estúpido —se repetía—. Toda la vida igual de despistado, no aprendo.

Veremos que excusa voy a tener que inventarme ahora, se enterarán de que no asistí a la misa. Y ahora, dónde renuevo los papeles, ¿Qué hago? ¿Voy a la policía primero? ¿Se lo digo a mis compañeros? No me puedo creer que

me esté pasando esto.

Conforme iba hablando consigo mismo se iba enervando, se le aceleraba el pulso y empezaba a sentir una opresión en el pecho que no le dejaba respirar, algo tan tristemente familiar para él; casi se da de bruces con el monumento a los bomberos, y cuando levantó la cabeza, allí estaba. La niña de espaldas, justo delante de él. No le había visto, era imposible, estaba absolutamente desprevenida. En un instante todo su malestar había desaparecido. La sujetó del brazo y ella se dio la vuelta.

— Hola niña —dijo con una sonrisa.

CAPITULO 11.

OSCURIDAD

Los primeros trapicheos de Stephen a costa de la empresa ya habían comenzado a dar sus frutos; sus problemas económicos se desvanecían poco a poco ante la desinteresada vista gorda de su amigo Bastian, que velaba en secreto por la seguridad de Stephen para que no se excediera en el manejo de sus nuevos y fraudulentos privilegios, controlando que el dinero pagado de más, se mantuviera en unos límites razonables.

Bastian, sabía que la avaricia siempre hace acto de presencia, y aunque estuviese convencido de que Stephen era una Buena persona, no estaba demás el ser precavido, y tener el poder de pararlo a tiempo antes de que se le pudiera ir de las manos. Él tenía la última palabra; todo para proteger a su amigo de sí mismo y a la hija de éste. Algo por lo que Bastian sentía una absoluta empatía.

La cara y el ánimo de Stephen habían cambiado, de hecho, todo en él había cambiado. Las ojeras habían desaparecido y se notaba un aspecto más cuidado, el pelo bien peinado rebosante de gomina, un afeitado más apurado que le hacía parecer más niño de lo que su aspecto lucía normalmente con su cara sonrosada; ya no andaba tan encorvado e incluso vestía mejor. No obstante, el cambio más pronunciado no estaba en su físico sino en su personalidad. Era difícil verlo sin una sonrisa, mucho más hablador y con una palpable mayor seguridad en sí mismo; estaba convencido de que había tomado la mejor decisión de su vida.

En cuanto abandonó el trabajo en el pub y pudo descansar durante unos días seguidos, su salud empezó a mejorar, especialmente cuando disminuyó su consumo de cafeína, mucho más perjudicial de lo que piensa la mayoría de la gente, especialmente por incrementar el estrés, lo que a Stephen le convenía bastante poco.

Ahora podía dormir mejor, descansar. Tenía la piel más brillante y había ganado peso.

Stephen era una persona que difícilmente podía llevarse mal con alguien, cuando firmó el finiquito del Pub, lo hizo por las buenas y no se quejó de que le hubieran escatimado un buen puñado de libras, se llevaba bien con todos sus compañeros y pretendía volver en alguna otra ocasión.

El nuevo Stephen llegaba a unos niveles exultantes de optimismo, ni siquiera se enfadó cuando la madre de su hija vino a “secuestrarla” por unos días, algo que le molestaba mucho, pues consideraba que su ex mujer utilizaba a la niña más como un negocio que como a una hija, y aunque no podía hacer nada al respecto, no dejaba de ser frustrante y encolerizarlo; pero esta vez, como ahora ya era tan habitual, encontró el lado positivo de aquella inconveniencia. Le sería útil, llevaba mucho tiempo sin salir y esta podría ser una gran oportunidad, al fin y al cabo, se lo merecía, y pedir favores a su ex no era algo que contemplase si podía llegar a evitarlo de cualquier modo.

Ahora se había hecho con algo de tiempo libre e iba a aprovecharlo, no pudo esperar al almuerzo para decírselo a Sophie, en cuanto la vio por la oficina le dijo que tenían plan para ese fin de semana y que no podía fallar. En realidad, él estaba buscando algo así como una cita encubierta, ella no fue capaz de negarse al ver el gesto alegre de su compañero tras tanto tiempo de amargura; pero la muchacha sin saberlo clavó un puñal en el corazón de su amigo cuando preguntó si ya se lo había dicho a Bastian.

Stephen mintió, dijo que aún no le había visto, pero que lo haría en el almuerzo; ni por todo el oro del mundo quería que nadie se entrometiese o estorbase en su cita con Sophie, pero, a fin de cuentas, después de lo que Bastian había hecho por él, era de recibo invitarle a venir.

Sophie fue la primera en llegar al pub con un vestido negro ideal para pasar frío, pese a la chaqueta de cuero beige, no esperó ni un segundo en pedir su primera cerveza, Bastian y Stephen se encontraron en la puerta poco después. Aunque ya había oscurecido, no era muy tarde, esa noche había fútbol de la Liga de Campeones y hacía un rato que el partido acabó.

—Hace frío esta noche ¿verdad? Tienes la cara más rosita que nunca.

—Muy gracioso Bastian, la verdad es que se pela hasta el alma esta noche, me alegro de que hayas venido —dijo—, pensando totalmente lo contrario.

—No podía faltar a tu invitación.

— ¿Crees que habrá llegado ya?

—Seguro que sí, es bastante puntual.

Lo primero que encontraron nada más abrir la puerta, fue a Sophie rodeada de dos hombres sonrientes vestidos con la camiseta del Chelsea y con los brazos totalmente tatuados sosteniendo sendas pintas de cerveza, ambos eran bastante corpulentos, uno tenía la cabeza totalmente afeitada y el otro el pelo castaño muy corto con una trenza que colgaba de su nuca atada con un pequeño lazo azul del mismo color que la camiseta. Fue chocante al principio, pero en cuanto Sophie se percató de que sus amigos habían llegado, se deslizó entre Bob y Derrick «Así se llamaban esos hombres» como una lagartija, al tiempo que enseñaba la más falsa de sus sonrisas para huir.

—Menos mal que habéis venido chicos, ya no lo aguantaba más.

— ¿Quiénes son esos amigos tuyos Sophie? —dijo Bastian sonriendo.

—Pues dos tíos que me han visto pedir una cerveza y se han acercado a invitarme, creo que estaban celebrando una victoria contra el Real Madrid en la Copa de no sé qué.

—No sé qué les das Sophie —rió tocándole el pelo—, voy a por una cerveza, traigo otras para vosotros ¿vale?

—Claro —contestaron Stephen y Sophie al unísono.

—Y bien Sophie, ¿Cuál te ha gustado más de tus dos pretendientes? —preguntó Stephen con guasa.

—Bueno, el grandote de la cabeza afeitada no está mal, en realidad los dos tienen su punto, —contestó Sophie seriamente—, me ponen los tíos tan asalvajados.

La cara sonrosada de Stephen se volvió blanca, nunca esperó una respuesta así cuando formuló su pregunta, y realmente le molestó tanta sinceridad.

— ¡Vaya! pensaba que estabas deseando escapar.

—Y lo estaba, tíos así los puedo tener cuando quiera, pero ahora mismo estoy con vosotros —sonrió mientras hacía una mueca y alargaba su mano para pellizcarle el moflete.

Bastian apareció en ese momento sujetando tres pintas con maestría.

— ¡Mirad allí! Hay una mesa libre, vamos a sentarnos.

Los amigos comenzaron a charlar, a medida que pasaban los minutos la gente se iba agolpando en la puerta, había un ambiente bastante agitado, aunque sí es cierto que de vez en cuando, alguno de los camareros se acercaba a hablar con Stephen, su ex compañero, todos fueron bastante agradables. Él calor aumentaba a medida que entraba gente y el alcohol de las cervezas iba pasando factura a todo el mundo.

De repente Stephen sintió a alguien a su lado, éste le dirigió la mirada y se encontró con una enorme camiseta de color azul, que tenía casi pegada a su nariz. Alzó la vista y reconoció a uno de los dos orangutanes que estaban cortejando a Sophie cuando habían entrado al bar, concretamente era el hombre de la trenza.

— ¡Hola! ¿Quién eres? —preguntó Stephen con educación.

—Me llamo Derrick y vengo a buscar a vuestra amiga que aún no se ha tomado la cerveza con nosotros.

—Bueno Derrick, ella no ha venido aquí sola.

—Eso es algo que me trae sin cuidado —le replicó con cara de pocos amigos—, mi hermano Bob está esperando a la señorita.

«Bob, miraba la escena desde el otro lado de la barra del bar».

—Oye mira —contesto Stephen que no podía disimular sus nervios—. Ésta señorita se va a quedar aquí.

—Eso lo dudo bastante nenita.

— ¿A quién demonios estás llamando ne...

— ¡Hey! Derrick, tranquilo —interrumpió Sophie—. Hacemos una cosa, me termino esta cerveza y enseguida voy con vosotros.

—De acuerdo, pero no tardes —musitó mientras le echaba una mirada de perdonavidas a Stephen—. Hasta luego nenita —le dijo.

Las aletillas de la nariz de Stephen se inflaban de rabia, pero prefirió estar callado y no comenzar ninguna pelea.

— ¿De verdad vas a ir con esos dos Sophie? —comentó Bastian que miraba curioso.

—Que va, no me voy a acercar ni en broma, con un poco de suerte dentro de un rato, estarán tan borrachos que ni se acuerdan de que me estaban

esperando.

—Yo no estaría tan seguro, fíjate en el de la cabeza afeitada, te está echando unas miradas de salido que si pudieras meterte en sus pensamientos te saldrían los colores.

—Pobre iluso, quizá fuese él quien se asustase si supiese lo que puedo hacer yo —rió.

— ¡Vaya! Sophie, parece que eres una loba.

Ésta le guiñó un ojo a Bastian con una mirada felina y levantando la cabeza en dirección al techo aulló: ¡Auuuuu!

—Muy gracioso, en serio me meo de la risa, así que voy al cuarto de baño un momento.

—Ok Bastian, aquí te esperamos.

—Con que eres una loba, ¿no? —le comentó Stephen tratando de ocultar su molestia.

—Claro, ¿quieres que te lo demuestre? —dijo entre risas.

La rosada piel de Stephen enseguida se volvió colorada como un tomate y pronto notó un fuerte manotazo en la espalda.

— ¿Qué tal estás nenita? Presiento que esta noche nos lo vamos a pasar muy bien tú y yo.

—Venga Bob, no queremos líos —reaccionó Sophie.

— ¡Tu cállate puta! que contigo no estoy hablando, luego te daremos lo tuyo.

Derrick se acercó lentamente con una botella en la mano, su cara de asco, descompuesta, sudorosa y brillante de las luminarias, junto con los andares torpes que lo hacían desplazarse a trompicones, delataban un estado de embriaguez fehaciente.

A Stephen le temblaban tanto las piernas que casi no pudo ni levantarse sin tirar la silla al suelo, pero miraba a Sophie que estaba asustada y no podía pensar en otra cosa más que en hacerse el héroe. Pero este héroe no tenía superpoderes, y no tardó en escupir sangre al primer guantazo que vino en un obús tatuado hasta la axila.

El personal del local enseguida llamo a la policía, pero por rápido que

viniese, no iban a poder impedir la tangana que estaba a punto de florecer entre las paredes del local.

Stephen, ya espabilado se levantó rápidamente y le dio tiempo a esquivar el botellazo que iba a propinarle Derrick, que era considerablemente el más borracho de los dos.

La chica estaba totalmente aterrorizada y confusa, mirando en todas direcciones buscando una cara amable que les ayudase, pero por más que buscaba, no encontraba a nadie, la gente se agolpaba alrededor, meramente como espectadores, pasivos, en cierto modo era como si disfrutasen con eso.

Stephen como pudo, le propinó un puñetazo en la boca del estómago a Bob con todas las fuerzas que pudo sacar de sus entrañas, aunque éste pareció no enterarse por la anestesia del alcohol que inundaba su cuerpo. El morlaco, aprovechando la cercanía de su oponente, le propinó un cabezazo que le rompió la nariz, mientras tanto, su hermano Derrick se reía. Sophie comenzó a gritar.

Stephen empezó a moverse como un tentetieso mientras le llovían golpes por todo el cuerpo, algunos los esquivaba con más fortuna que otros. La ayuda parecía que no iba a venir hasta que llegase la policía, los segundos se hacían eternos, y la chica no creía que su amigo fuese a aguantar mucho tiempo antes de caerse muerto.

Nadie se atrevía a meterse en la pelea, puesto que aquellos dos gorilas borrachos y enfurecidos, daban auténtico respeto.

Cuando Bastian salió del baño se encontró un tumulto de gente alrededor y se abrió paso entre ellos, cuál fue su sorpresa al encontrarse a Sophie de rodillas, gritando de pánico mientras que su amigo yacía sangrando sobre el piso, retorciéndose al son de las patadas que lo zarandeaban por el suelo, propinadas por los dos mamelucos maleducados y borrachos de antes.

<< ¡Joder! Mi camisa nueva>>, pensó Bastian.

Por unos segundos vaciló en meterse a ayudar a sus amigos, pero no por el miedo a recibir una paliza, sino por el de estropear su camisa favorita, la cual trataba con mimo desde que la compró en una carísima tienda del centro.

De pronto, la trenza que llevaba Derrick sufrió un fuerte tirón que lo empujó hacia atrás; y cuando tenía la cara mirando hacia el techo, un violento codazo le hundió la nariz, estampándolo en el suelo boca arriba. Antes siquiera de

que su hermano Bob se diese cuenta de qué había entrado en juego otro luchador, una silla se estrelló en su cara con una explosión de astillas de madera que cubrieron a los clientes mirones cual llovizna de noviembre. El golpe desequilibró a Bob, pero sin llegar a tirarlo al suelo, no obstante, antes de que pudiese reaccionar, ya tenía una patada en la espinilla y un puñetazo en la cara por el lado opuesto a dónde le había flojeado la pierna con el golpe de bota.

El bar parecía haberse quedado en silencio, y Sophie aprovechó para ayudar a Stephen a arrastrarse hacia un lugar seguro. La gente parecía encantada con el espectáculo, la típica bronca de Hooligans en un bar inglés, de repente una voz entre la multitud gritó:

— ¡Cuidado!

Derrick hecho una furia y tambaleándose aturdido del golpe; con la cara totalmente ensangrentada manchando la flamante camiseta de su equipo favorito, se acercó por la espalda de Bastian y lo agarró del cuello sujetándolo con la fuerza de un oso pardo. Esto lo aprovechó Bob para acercarse a él, y directamente trabajarle el estómago a base de medicina de puño. Pronto Bastian que ya no podía respirar, en vez de intentar zafarse del bloqueo que le había hecho Derrick por el cuello, fue palpando sigilosamente por todo su antebrazo hasta llegar a encontrar la mano que lo apresaba; lentamente, deslizó sus dedos entre los de su oponente encontrando el dedo meñique, el cual agarró con su mano aplicando toda la fuerza que pudo. Poco a poco lo retorció hasta partirle el hueso en cuatro pedazos, dejándoselo como una rebaba de la pata de un pulpo. Derrick enseguida soltó a su presa y se deshizo en gritos de dolor, los cuales eran callados a puñetazo limpio por Bastian.

Bob, tomó un cuello de botella partido por la mitad y se dispuso a clavárselo a Bastian, que se dio la vuelta dándole la espalda a propósito. Algo que incluso Bob, borracho y aturdido como estaba, comprendió que era una estupidez; se lo poniendo tan fácil que sonrió mientras alzaba la mano con el cristal. Justo en ese momento, una botella de Martin Miller, se incrustó en el cráneo de Bob, dejándolo totalmente inconsciente. Cuando aquel armario cayó al suelo, se vio a Sophie justo detrás, sosteniendo aún el cuello de la botella de ginebra.

— ¡Cuidado! Detrás de tuya —le gritó a Bastian.

Él se giró viendo que Derrick intentaba cogerlo con esas manos como pianos que agitaba hacia él; moviendo todos los dedos excepto uno que le colgaba muerto. Bastian le dio una patada en la cara que lo dejó en el suelo prácticamente inconsciente. La gente del bar parecía extasiada y comenzó a aplaudir de forma espontánea. Sophie se sentía extrañamente excitada por el subidón de adrenalina.

Uno de los camareros amigo de Stephen les dijo que la policía estaba de camino, que era mejor que se fueran a llevar a su amigo al hospital antes de que aparecieran, así se ahorrarían un buen interrogatorio.

— ¡Ve a buscar tu coche Sophie! Yo mientras cargaré con él —dijo mientras dirigía la mirada hacia su amigo, que intentaba incorporarse ayudado por dos clientes.

—He venido en metro, no llevo coche —respondió la chica.

—Está bien, toma las llaves y coge el mío. Está en el parking de aquí al lado.

—Vale, espérame aquí, vengo volando a la puerta, tú tráete a Sti.

—Eso haré, ¡Vamos! Rápido.

Bastian se quedó mirando el trozo de botella en el suelo. «Qué lástima de ginebra»

Ayudado por dos camareros, trajo a Stephen a la puerta, dónde ya estaba Sophie con el coche abierto.

«Sí que se ha dado prisa». —Ayudadme a meterlo dentro.

Las sirenas de la policía se oían acercarse rápidamente, no tenían tiempo que perder.

— Muchas gracias —les dijo a los camareros mientras echaba mano a su cartera—, tomad cien libras por la botella y las molestias.

— No te preocupes, no será necesario, espero que Stephen se recupere pronto; respecto a los desperfectos, los gastos van a correr de la cuenta de esos dos orangutanes del suelo, que ya se pueden dar por denunciados. Venga, daros prisa que la policía ya está llegando.

— Muy bien, como queráis. Muchas gracias de nuevo.

Bastian entró al coche y Sophie aceleró como alma que lleva el diablo.

«No me extraña que haya llegado tan pronto», pensó.

—Pon el gps a ver cuál es el hospital más cercano para llevar Stephen —dijo Bastian.

La mano de Sophie se puso en el muslo de Bastian y lo acarició lentamente. Estaba muy excitada y se le notaba.

Conducía muy deprisa pegando frenazos y acelerones en cada curva, hasta que tomó la autopista donde cada vez aceleraba más. La sensación de velocidad y la adrenalina que se había liberado hacía un momento, la estaban sacudiendo como si fuera un saco de hormonas en ebullición.

Apretó el muslo de Bastian y fue subiendo hasta la ingle.

—Aminora un poco, que nos vamos a matar —le susurró—, mientras le acariciaba de la nuca.

— Yo todo lo hago deprisa —sonrió—, con esa picardía que volvía locos a los hombres.

En ese momento, un sonido balbuceante apareció en el asiento trasero. Stephen ya se había recuperado un poco, pero tenía la boca tan hinchada que no se le entendía al hablar.

— ¿Qué tal te encuentras Stephen? —preguntó Sophie.

No se molestó en hablar, sino que levantó el pulgar en signo de ok. Aunque en verdad, la cara hinchada y ensangrentada con la camisa totalmente destruida y manchada de sangre seca, no le daba precisamente un aspecto de estar demasiado bien.

Al llegar al hospital lo atendieron directamente, desde hacía poco tenía un buen seguro médico y no tardaron en darle una habitación tan pronto como terminaron de hacer unas pruebas, radiografías y administrarle calmantes y analgésicos.

Aunque su amigo estaba bastante despejado para el aspecto que tenía, antes de irse, decidieron hacerle compañía hasta que se quedase dormido, lo que les llevó un rato.

Bastian sacó su móvil y llamó a Sarah, su mujer.

—Hola cariño.

— Hola, ¿Qué pasa? ¿Por qué llamas tan tarde?

—Un amigo ha tenido un pequeño accidente en el bar y lo hemos traído al hospital.

— ¿Qué?, ¿Pero tú estás bien?

—Sí, no te preocupes, a mí no me ha pasado nada; es que el muchacho está solo y no tenemos a nadie a quien avisar para que se quede con él. Así que no sé a qué hora voy a volver.

— ¿Pero seguro que estás bien? —insistió.

—Sí, puedes estar tranquila, que no me pasa nada, de verdad.

Sophie estaba escuchando la conversación al lado de Bastian mientras se mordía el labio inferior. Ya sabía que su compañero estaba casado, pero el oírlo hablar con su mujer lo convertía en más prohibido aún, y eso a Sophie le volvía loca de envidia; siempre deseaba lo que no podía tener.

—Entonces, ¿No sabes a la hora que vas a volver?

—No, la verdad es que no tengo ni idea, así que no me esperes despierta, porque quizá pase la noche en el hospital y vuelva por la mañana.

—Vale cariño, pues ten cuidado y mañana me cuentas, un beso.

—Buenas noches Sarah, un besito —colgó.

Mientras, notaba una mano que le agarraba del trasero y se frotaba hacia abajo deslizándose entre sus piernas, cuando escuchó el susurro de Sophie en el oído, tan cálido que su aliento le quemaba el tímpano.

— ¿Así que no vas a dormir en casa?

—Supongo que tenemos que quedarnos un rato a cuidar de Stephen y luego te tendré que llevar a tu piso.

—Y yo tendré que invitarte a entrar y tomar algo por las molestias.

Bastian la rodeó con su brazo por la cintura.

—Y ¿qué tienes para beber en casa?

— ¿Te gusta el vino? Tengo uno rosado muy, muy dulce —le susurró—, acercándose a la cara y terminando de pronunciar la palabra dulce, con una caricia de la lengua en su oreja.

Stephen estaba en la habitación y lo vio todo, pero se encontraba tan

aturdido que no sabía si estaba soñando o si era la realidad y la estaba confundiendo. Poco a poco se fue quedando totalmente dormido, y a la mañana siguiente se encontró con una nota junto a su cama del hospital. Era de Bastian y Sophie, contándole lo que había pasado y dónde se encontraba.

Nada más llegar a casa de Sophie, ésta se quitó los tacones y sacó de una pequeña bodega la botella de vino rosado; mientras, Bastian se quitó la camisa ensangrentada y se metió en la ducha, Sophie a su vez se quitó la chaqueta beige y el vestido negro para ponerse un camisón semitransparente que cortaría la respiración a cualquier mortal.

Bastian salió envuelto en una toalla y Sophie lo esperaba sujetando la botella que entre los dos destaparon. El vino que bebieron era en verdad muy dulce, pero no utilizaron copas, solo la piel y la oscuridad que los ocultaba de lo prohibido.

CAPITULO 12.

ESPERANZA

Aquel día de verano en Italia era suave y mágico. El atardecer era rojizo y cálido, como la suave brisa que soplaba lentamente entre los trigales de la Toscana y mecía las pequeñas ramas de los árboles. El silencio predominante sólo se vulneraba por el cantar de los pájaros, que paseaban aleatoriamente entre los campos coloridos, y el viento arrullando el color y aroma de los olivos y viñedos. El azul y rojo del cielo se fundían con el amarillo y verde del trigo, haciendo vivir dentro de un mundo de acuarela que exaltaba el romanticismo.

—Me lo he pasado muy bien Lucca —dijo la chica de mejillas pecosas y sonrosadas mientras se estiraba tumbada en una gran esterilla que reposaba a los pies de un olivo centenario.

—Yo también Ángela —contestó el muchacho con una sonrisa.

— ¿Cómo que Ángela? —se extrañó mientras le miraba.

—Perdona, quería decir angelito, no sé porque me ha salido eso Giovanna.

— ¿Cómo que Giovanna? ¿Quién demonios es Giovanna?

—Digo... ¿Yoanna?

— ¿Yoanna? ¿Lo dices en serio? ¿No te sabes mi nombre?

—Pues claro que me lo sé —dijo el muchacho mientras se atusaba hacia atrás la melena castaña y rizada.

— ¿Cómo me llamo?

—Eh... pues... Do... ¡Dorotea!

— ¡Donatella!, me llamo Donatella. ¡Maldito porco!

— ¡Vaya! —dijo Lucca riéndose mientras se acercaba para darle un beso.

— ¡No te atrevas a acercarte a mí! —gruñó la chica enfurecida al tiempo

que le apartaba la cara—. Llévame a mi casa ahora mismo —gritó mientras se afanaba por abotonarse la blusa de nuevo.

La muchacha emprendió el camino tomando la senda que dividía los maizales en dirección a la carretera, donde habían aparcado la moto.

Lucca seguía sentado en la esterilla, con la sonrisa estúpida de quien ha vuelto a cometer el mismo error, pero que no le importa nada.

Se levantó de un salto y persiguió a la chica por el sendero.

—Estate quieta por favor, ¡párate un momento!

—No me da la gana. —respondió acelerando el paso—, llévame a mi casa ahora mismo.

—No te pongas así, perdóname Dorotea por favor.

— ¡Donatella! ¡Me llamo Donatella! —gritó encolerizada.

<< ¡Che seccatura! No me aclaro>>, pensó Lucca, <<en fin, no hay nada más que hacer aquí>>.

Ambos llegaron a la moto, se subieron y arrancó; durante todo el trayecto hacia Florencia la chica intentó evitar en la medida de lo posible tocar al joven, que pegaba acelerones a la moto a propósito para que ella tuviera que sujetarse y abrazarlo más fuerte.

Cuando llegaron a la puerta de la casa, la chica se quitó el casco, lo dejó caer contra el suelo, y bajó corriendo en dirección a su portal.

— ¿Me volverás a llamar otra vez verdad, Donatella? —gritó mientras aceleraba la moto haciendo rugir el motor. ¿Has visto? Donatella. Ya me lo he aprendido.

Lucca recogió el casco y la joven mientras, se dio la vuelta y con cara de pocos amigos le gritó una serie de maldiciones.

—Bueno, aún no es muy tarde —se dijo al tiempo que enganchaba el casco en la parte trasera de la moto.

El muchacho miró a la chica y le lanzó un beso con la mano. — ¡Pezzo di merda! —le gritó Donatella sacándole los cuernos con la mano, mientras se hacía pequeña al alejarse por la carretera.

Lucca se fue quemando ruedas a llamar a otra de sus amigas.

Al llegar a casa de la otra chica, aparcó en su puerta y llamó al portero, pero

este no funcionaba. Miró hacia el piso de arriba y vio a un señor en el balcón.

—Hola, disculpe.

— ¿Qué quieres muchacho? —preguntó el hombre que lucía una camiseta blanca de tirantes y un enorme bigote negro azabache.

—Para ver si puede bajar Donatella a dar una vuelta.

— ¿Quién?

—Ups, Rafaela, ¿Está Rafaela?

—Sí, ahora le digo que baje.

—Gracias señor —le contestó, pensando en lo cerca que estuvo de meter la pata otra vez.

Lucca Tachinardi, o “Il bello bambino” como era conocido en Florencia, el hijo varón de la familia. Joven, alto y guapo, de melena castaña larga y ondulada, piel bronceada y contrastados ojos verdes, nariz aguileña tan típica italiana, con una sonrisa entre labios carnosos y dientes con paletas separadas que aún acentuaban más su desvergonzada personalidad. Amable, noble, inteligente y vivo. Más pendiente siempre de aprender que de estudiar, lo que normalmente no suelen ser sinónimos.

Esto no fue nunca bien aceptado por sus padres, los Tachinardi, que eran una familia distinguida de la clase alta de la región de Toscana, las tierras que su padre poseía, plagadas de campos cultivables los hacían los mayores productores de oliva de toda Italia, lo cual es lo mismo que decir, uno de los mayores productores de oliva del mundo y aunque eran los mayores exportadores de aceite de oliva al Reino Unido, curiosamente este aceite provenía de España, pero era embotellado en Italia bajo marcas de este país y transportado a las Islas Británicas como aceite de oliva italiano.

Ese hecho incidía en que los padres de Lucca insistieran siempre en sus estudios y especialmente en que aprendiese inglés, algo que, si consiguieron, pero más que por su aplicación empresarial, su motivación residía en el uso que podía darle con las turistas extranjeras.

Era el pequeño en edad de la familia por debajo de su hermana mayor llamada Cecilia.

Lucca aprovechaba totalmente su tiempo, si tenemos en cuenta que no hay ninguna forma mejor de aprovechar el tiempo que disfrutándolo, y vaya si lo

hacía.

Gastaba los días paseando en un Ferrari Testarrosa de color rojo carmesí, que sólo dejaba para subirse en una Ducati 916, también llamada “Il suo mostro”. Playas, buenos hoteles, buenos restaurantes, buenas compañías (casi siempre femeninas), deporte, ocio y más mujeres, muchas mujeres, mayores y menores que él.

Sólo dos cosas tenían todas en común, que todas querían hacerlo pasar por la vicaría y que todas fracasaban al intentarlo.

La única preocupación que tenía en su vida era ocuparse de todos “sus juguetes” como solía llamarles, la moto, el bólido y su perla, el nombre que le había puesto a su velero de doce metros de eslora y tenía amarrado en Livorno. Respecto a sus problemas, si es que se le podían llamar problemas, estaría en el recordar el nombre de todas las chicas con las que se acostaba, algo que en realidad solía ser mucho más difícil de lo que en un principio puede aparentar.

Por descontado que si había una persona a la que se le pudiera atribuir el concepto de vivir “La dolce vita” era sin ninguna discusión, Lucca Tachinardi. El “Sciupafemmine”.

Cecilia, su hermana, bromeaba con él a menudo, diciéndole que estaba segura que era la mujer que más sobrinos tenía de toda Italia, porque al ritmo que su hermano flirteaba, debía tener toda la Toscana llena de pequeños Lucca.

—Deja que adivine, ¿te vas a ver a una de esas amiguitas tuyas?

—Sí, pero esta es especial.

—Vaya, vaya, así que especial. ¿Eh? ¿Por fin vas a asentar la cabeza un poco con alguna afortunada?

—Yo no he dicho eso.

— ¿No dices que esta es especial?

—Sí, lo es. Todas las chicas son especiales de una u otra forma, todas tienen algo que las caracteriza.

—Claro —sonrió—. Algunas tienen un buen culo o van mejor delante ¿no?

—No me refiero a eso, quiero decir que todas tienen algo que las define, no son solo una atracción, un cuerpo o una cara bonita. Las chicas son algo más

que nos atrae, su forma de mirar, sus ojos, su sonrisa, el cómo se comportan, como te tocan, la forma de besar. Todas son diferentes y todas son especiales, porque todas te hacen sentir distinto. Mejor.

—Vaya, no sabía esa faceta de romántico tuya, pero no puedes tratarlas así.

— ¿Tratarlas cómo? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no puedes hacerlas sentir especiales si no te centras en una concretamente.

—Ya, bueno, he dicho especiales, no únicas. Precisamente por eso no puedo decidirme, porque todas tienen algo, pero ninguna lo tiene todo.

—Ya veo, pero tarde o temprano tendrás que decidirme

— ¿Por qué?

—Porque si no las tratas como únicas, ellas no se sentirán especiales, por eso tienes que decidirme.

—Yo trato a las chicas como princesas —interrumpió.

—Princesa solo puede ser una, cariño.

—Sí, eso es verdad, pero para averiguar quién es la princesa, tendré que probar a muchas chicas para no equivocarme —dijo con una sonrisa pícaro y echándose una mano a la barriga para rascarse.

Cecilia soltó una carcajada y añadió: — ¿Es que no te gustaría darme algún sobrinito?

—Sobrinita —corrigió Lucca—. Me encantaría, sabes que lo que más deseo en este mundo, tener una princesita. «De pronto estaba mirando hacia arriba con los ojos fijos en el techo, imaginándose a una niña con un vestido blanco y una corona dorada de la que caían unos largos tirabuzones de pelo castaño mientras que le llamaba papá».

—Y si alguien la tratase como tratas tu a las chicas, ¿qué harías?

Al instante todo se volvió borroso y oscuro, nublando su pensamiento.

—Pues lo mataría seguro —respondió rápidamente y decidido.

—Entonces, ¿Comprendes por qué no puedes tratarlas así?

—Ya, si te entiendo, pero yo también soy especial.

—Sí —sonrió—, de eso no me cabe duda alguna, puedes estar seguro, entonces ¿a cuantas vas a probar?

Lucca se rascó la pelusilla de la barba y se puso la mano en la melena rizada.
—Pues a todas —contestó riendo.

—Anda y vete por ahí —contestó su hermana haciendo el amago de darle en sus partes una patadita cariñosa.

—Eso mismo voy a hacer, hasta luego hermanita.

—Ten cuidado por ahí.

— Lo tendré.

Salió de casa contento, caminando por los jardines mientras se dirigía al garaje para tomar el coche e irse a ver a su amiga, el aire le refrescaba el rostro y alborotaba la melena, entrelazando sus rizos, se sentía la persona más dichosa del mundo.

A lo largo del camino fue pensando en lo que le había dicho su hermana, en el fondo sabía que tenía razón, tenía toda la razón; pero él era joven, muy joven aún, tenía todo el tiempo del mundo y no era momento de preocuparse, era momento de disfrutar, y hasta los dioses saben que eso es lo que mejor sabía hacer Lucca.

Nadie tiene la culpa de en qué familia nace, y esto Lucca era algo que tenía muy presente, su estatus le había hecho conocer a gente poderosa, de un poder adquisitivo igual e incluso superior al de su familia, demostrándole que el dinero puede convertirte realmente en un perfecto idiota sin escrúpulos. Lucca, sin embargo, era una persona de gran corazón y no sólo aprovechaba todos y cada uno de los privilegios de los que disponía, sino que además era muy consciente de la suerte que había tenido en su vida.

No podía negarse que era totalmente feliz, él lo sabía y le gustaba pensarlo menudo, nada es eterno y al final, todo lo que queda son meramente recuerdos.

Había un texto de un escritor español del cual sólo se conocían sus iniciales (P.S.G.), que le gustaba recordar...

*Rompe mi alma con una maza
Seca mi sangre y déjame vacío*

*Rompe mis piernas y mis brazos
Corta mi lengua y saca mis ojos
Pero si quieres hacerme daño de verdad.
Roba mis recuerdos.*

Para él, la vida era solamente la suma de todos sus buenos momentos, era de la opinión de que si una persona tuviese borrados de su mente todos los buenos momentos que había disfrutado en su vida, eso sería la peor tortura que un ser humano pudiese llegar a experimentar. Morir sin recordar haber vivido.

Los días, las semanas, los meses y los años pasaron, y con ellos muchas aventuras, recuerdos y aún más faldas investigadas se escribieron en la vibrante vida de Lucca, que ya era todo un hombre. Y como tal, la responsabilidad acaeció sobre él. La noticia de que su padre iba a retirarse, sonó como un trueno a través de su oído, algo que por muy presente que hubiese tenido durante sus años de locura, no se atrevía siquiera a imaginar, pero el día había llegado y con él, todo el peso del Imperio Tachinardi recaía sobre sus hombros como un montón de sacos de cemento.

Pronto notó que le faltaba el oxígeno y decidió tomar su moto para dar un paseo, el aire en la cara le haría asimilar la responsabilidad que se le venía encima, tenía una sensación de ahogo y notaba que el pulso se le aceleraba.

Salir de la ciudad a toda prisa en dirección a los campos de su padre, la tarde era perfecta, la brisa, la temperatura, el aire limpio de la Toscana, pero él siguió agobiándose, le costaba respirar hasta el punto de que tuvo que quitarse casco y parar la moto. Notaba un mariposeo en el pecho y tenía la garganta completamente seca; se asustó y el sudor frío le recorrió desde la nuca hasta el final de la espalda, la piel de gallina y el corazón a punto de estallar.

<<Quizá estoy sufriendo un infarto>>, pensó.

Nunca antes había tenido una sensación parecida, estaba realmente asustado así que volvió a darle gas a la moto y se dirigió de regreso a la ciudad tan rápido como el golpe de puño le permitía.

Durante el camino estuvo un par de veces a punto de perder el equilibrio, si perdía el conocimiento se estrellaría y sería el fin.

Al llegar a la zona de urgencias del hospital más cercano, con la moto mal

aparcada, el casco en la mano y totalmente hiperventilado, se afanó en manifestar que lo que le pasaba era muy grave, los servicios de urgencia lo atendieron rápidamente mientras sus ojos se nublaban.

— ¿Qué te pasa?

—No lo sé, no puedo respirar, el corazón me late muy deprisa, me siento muy débil y estoy temblando —hizo el esfuerzo de hablar tan rápido como podía—.

— ¿Puedes ver bien?

—Sí, pero me mareo —titubeó.

—De acuerdo, tumbate en esa camilla que vamos hacerte unas pruebas.

—Claro.

—Desnúdate de cintura para arriba. ¿Has tomado alcohol o drogas?

—No, nada, cero.

— ¿Estás seguro?

—Sí, completamente seguro, no he tomado nada.

—Bien, de acuerdo, voy a auscultarte y tomarte la tensión, luego te haremos un electro.

— ¿Te duele aquí o aquí? —preguntó el médico presionando diferentes zonas del estómago y el pecho.

—No, no me duele nada.

De alguna manera se sentía perfectamente, pero aún estaba nervioso.

—Toma esta pastilla y pónela debajo de la lengua, está muy amarga así que intenta no chuparla, eso sí, no te la tragues, deja que se deshaga, es un ansiolítico.

Al poco tiempo aparecieron los padres de Lucca muy preocupados, avisados desde el hospital. En seguida los informaron de que a su hijo le había dado un ataque de ansiedad, no era nada peligroso, simplemente tenían que hacer algunas pruebas para descartar problemas de índole más grave, pero esa misma noche dormiría en su casa.

En cuanto llegó a su habitación se acostó, el ansiolítico y los relajantes

musculares que le inyectaron lo habían dejado totalmente aturdido.

La mañana siguiente cuando despertó, tenía agujetas en todos y cada uno de los músculos del cuerpo.

Esa es una de las consecuencias de los ataques de ansiedad, todos los músculos se tensan produciéndose un desgaste físico importante, pero nada más grave que un poco de cansancio.

Durante los días posteriores, todo parecía estar en orden, aquella escena del hospital se alejaba como un recuerdo vago, el auténtico problema vino después.

La causa de ese ataque de pánico seguía viva y latente, la responsabilidad, la dirección del imperio por parte de Lucca era inminente y el aún no lo había asimilado, más aún que ni siquiera estaba convencido, ni preparado, ni dispuesto para asumir dicha responsabilidad.

Luego de muchas vueltas a las posibilidades de no ejercer el cargo que le correspondía, llegó por sí mismo a la conclusión de que tenía que renunciar, pero como ya había previsto, cuando fue a hablar con sus padres para comunicárselo, la reacción de estos no fue nada buena. Aunque no eran una familia de peleas, aquel día sí hubo una discusión muy fuerte, como nunca antes se había visto en casa.

Lucca veía que no tendría muchas más opciones que comulgar con el destino que le estaba esperando, como un túnel que se acerca cuando vas en un tren y no puedes escapar. Tendría que hacerse cargo de la gesta que pretendía evitar, esto fue la semilla que lo condicionó todo y entonces pasó...

Aquella tarde había caído una débil llovizna, la humedad cubría con un fino velo el asfalto de la carretera que relucía con el brillo de las farolas, reflejándose en ella casi como un espejo.

El motorista viajaba considerablemente más rápido de lo que estaba permitido y fue cuando llegando a una curva, un coche en sentido contrario, conducido por unos turistas británicos, lo deslumbró por un instante, la velocidad y el poco agarre de las ruedas hizo el resto.

La moto derrapó sin control estrellándose contra un coche aparcado, mientras que su piloto quedaba atorado entre el amasijo de hierros de la puerta lateral del coche y el cardan de la moto. Los servicios de emergencias se presentaron rápidamente después de que la pareja de turistas, asustada, llamó de inmediato al ver que el accidentado estaba totalmente inconsciente.

Hubo un gran despliegue, puesto que incluso los bomberos tuvieron que ir a sacar el cuerpo del motorista, cortando con una radial la maraña de acero. El estado de Lucca era bastante grave, pero despertó tres días después totalmente inmovilizado.

Sus padres y sus hermanas estaban en la habitación en ese momento.

No sentía ninguna de las dos piernas que estaban totalmente escayoladas, al igual que su brazo izquierdo. Una cédula le inmovilizaba la clavícula y las costillas, las cuales eran más fáciles de ser contadas las sanas que las que había rotas.

De su único brazo aparentemente sano, el cual sólo tenía los dedos corazón y anular entablillados, colgaban dos bolsas de suero.

La señora Tachinardi dio un suspiro cuando vio abiertos los ojos de su hijo y los siguió de una breve oración. Todos respiraron aliviados y muchas lágrimas cayeron de la emoción, tras una angustiada espera de incertidumbre.

La habitación estaba plagada de ramos de flores y mensajes de ánimo y recuperación, enviados desde familiares y amigos, hasta compromisos de clientes que buscaban hacerse notar de cara a la galería.

El médico entró y les pidió por favor, que la familia abandonase la habitación para dejarle sólo con su paciente.

Lucca, apenas si podía balbucear, de tal forma con mucho esfuerzo y antes de que el doctor pudiese articular palabra, se habían quedado solos en el cuarto.

— ¿Porque no puedo mover las piernas? —preguntó trabándose.

—Verá, como bien sabe, tuvo un accidente bastante importante en la moto, en realidad es sorprendente que aún esté vivo, ha estado tres días en coma y honestamente cuando vimos su estado, albergábamos pocas esperanzas, ya que traía los huesos como un puzle.

Lucca tenía un nudo en la garganta que le imposibilitaba de abrir la boca, sólo podía escuchar, ni siquiera trató de asentir con la cabeza porque no sentía el cuello. Temía lo peor, lo que no quisiera oír por nada del mundo, lo que nadie quisiera oír nunca... que no iba a volver a andar.

El médico prosiguió; tiene traumatismos en varias zonas del cuerpo, se ha roto la clavícula izquierda, un codo, dos dedos de la otra mano y nueve costillas. También tiene rota la cadera, ambas tibias y sendos esguinces, además el cuello lo tiene inmovilizado por seguridad, no obstante, pese a que

su estado es deplorable y va a tener un par de cicatrices feas, me alegra decirle que no van a quedarle secuelas. Respondiendo a su pregunta de por qué no puede mover las piernas; las tiene totalmente inmovilizadas por la escayola y dormidas por los calmantes. Cuando se recupere, que eso sí, será una recuperación lenta y dolorosa, no le voy a engañar. Podrá tener una vida completamente normal e incluso correr como una gacela, pero espero que esta vez no sea con la moto —sonrió—. Aun así, no todo es bueno y si he de darle una mala noticia.

Lucca pensó que nada en el mundo podía molestarlo ya, después de lo que acababa de escuchar, iba a poder ser el mismo de antes, no estaría postrado en una silla de ruedas o en una cama para el resto de su vida.

—Me temo que esto no tiene nada que ver con el accidente, pero al haberse golpeado en la zona pélvica, la cual se inflamó un poco, decidimos añadir algunos análisis y lamento decirle que descubrimos casualmente que es estéril, aunque quizá fuese algo que ya sabía antes del accidente.

Ahora le dejo con su familia de nuevo y procure descansar lo máximo posible.

Sus padres y su hermana volvieron a entrar en la habitación, estaban felices, pero apenas pudieron decirle unas palabras, aún atontado por la medicación, Lucca volvió a dormirse rápidamente.

Cuando volvió a abrir los ojos, esta vez más sereno y despejado, pudo comprobar con certeza todo el dolor al que iba a tener que acostumbrarse. Al menos estaba contento, sabía que las palabras del doctor no habían sido un sueño de alivio por la morfina, con dificultad sonrió, se había salvado, se encontraba relativamente bien, vistas las circunstancias, y le habían dado la certeza de que volvería a ser el mismo de antes. Pero entonces recordó el final del discurso del doctor. No podría tener hijos, nunca. Eso era un auténtico golpe bajo, recordaba cuando le decía a su hermana Cecilia las ganas que tenía de ser padre de una princesita algún día. No era posible, no podía ser posible. Él era Lucca Tachinardi, el Romeo de la Toscana, el niño bello... y era completamente estéril. Parecía una broma de mal gusto.

La cabeza, ahí está la mayor fuerza del ser humano y a la vez su talón de Aquiles. Así como no pensar, es malo para el desarrollo personal, pensar demasiado es dañino para la salud del alma. El tiempo libre y los problemas son caldo de cultivo para los pensamientos compulsivos que se vuelven

monstruos y destruyen nuestra moral.

Así sufrió el pobre Lucca, una dura y larga recuperación, sin poder mover más que su cerebro, que le recordaba una y otra vez que nunca tendría lo que más quería, y que se volvería a enfrentar a la responsabilidad que estuvo eludiendo desde que era un niño. Afrontar los problemas de un negocio familiar y ayudarlo a prosperar, como durante tantos años hizo su padre.

Con el transcurso de las semanas, pasó de la cama del hospital a la cama de su casa, y de ahí a una silla de ruedas, para acabar con muletas y desde ese punto continuar con una tediosa rehabilitación. Aunque todo el mundo a su alrededor lucía más contento de verlo progresar, no era su caso propio, pues cuanto mejor se encontraba físicamente, más mermado se veía psicológicamente. Sentía como si se estuviera recuperando para entrar en las puertas del infierno en plena forma.

Tan pronto como puso por primera vez un pie en el suelo de nuevo, antes incluso de apoyar la muleta, su vieja conocida ansiedad volvió a visitarle y esta vez había venido para quedarse.

Los primeros ataques de pánico se habían dado mientras estaba en su casa, postrado en la cama, pero con los calmantes y los relajantes musculares no habían hecho mucha mella. En cambio, al terminar con la medicación y empezar la rehabilitación, los ataques se volvieron más fuertes y cada vez más continuos.

Cada vez que sufría un ataque haciendo cualquier cosa, no volvía a intentar hacerla jamás, por miedo a sufrir otro ataque, lo que le llevaba a cada vez hacer menos cosas y sufrir más ataques.

Si le pasaba haciendo la compra, dejaba de ir de compras, si le pasaba en el cine dejaba de ir al cine, si le pasaba conduciendo no volvía a coger el coche, así sucesivamente hasta desarrollar agorafobia. En cualquier sitio donde estuviera, no se sentía a salvo, se veía obligado a huir, pero huir... ¿A dónde? ¿Dónde puedes huir, cuando es de ti mismo de quien quieres escapar?

Llegó un momento en que sólo se sentía a salvo en su propia casa, lo que le imposibilitó completamente el poder viajar a otras ciudades. Estar en un lugar extraño le ponía nervioso y esto se acentuaba a la hora de dormir, puesto que los ataques más terribles siempre fueron de noche, en la cama, cuando el cuerpo se relaja y no se tiene nada que hacer, es entonces cuando el cerebro empieza a jugar en tu contra.

La nulidad casi completa ante la realización de cualquier tarea, te hace sentirte inútil, y con ello vino la depresión, un estado de ánimo triste, miedoso e insano.

Lucca, ya estaba recuperado totalmente del accidente de moto, sin embargo, los ataques de pánico, la agorafobia y su consecuente depresión, tenía ya en vilo a toda la familia, que no sabía cómo ayudarlo.

Ya había ido al médico docenas de veces, antidepresivos, calmantes, somníferos y ansiolíticos, siempre habían sido el remedio prescrito, aun así, esto solamente paliaba los síntomas, manteniéndolo en un estado somnoliento, haciéndole deambular vagando por la casa con la misma alegría de un trapo sucio. Obviamente, las pastillas no eran una auténtica solución.

El siempre achacó la culpa de su enfermedad a las futuras responsabilidades las cuales no quería asumir y de las que trató de librarse sin éxito.

Su padre ya le había dicho que no debía de preocuparse en ese aspecto, sería Cecilia, su hermana la que tomaría el control del imperio, Lucca estaría exento de cualquier decisión de importancia en la empresa, simplemente tendría que ayudar a su hermana en la medida que pudiese. El señor Tachinardi no estaba en absoluto contento por el cariz que había tomado el asunto, pero, si de verdad el infierno personal por el que estaba pasando su hijo, era debido a una trivialidad tan absurda como el ocupar un cargo, tenía claro que la salud de su hijo era mucho más importante que cualquier empresa.

El muchacho, aunque se había evadido de la responsabilidad que tanto le preocupaba para con la empresa de su padre, y ya se había hecho a la idea, aceptando que nunca tendría hijos. Sus problemas y temores, aunque con un cierto alivio, estaban lejos de desaparecer. Pronto comprendió que ya no era la responsabilidad empresarial a lo que temía, sino que había llegado un punto en el que simplemente le tenía miedo al miedo, y esto si era en verdad aterrador.

Durante mucho tiempo y en muchas ocasiones le rondaba la idea de suicidarse, él no quería morir, pero tampoco estaba dispuesto a vivir su vida de esa forma, esclavo de sus propios miedos. Aunque era incongruente el suicidarse por miedo a tener miedo. Era absurdo matarse por miedo a morir.

Había tenido la sensación de estar viviendo una vida que no era la suya, él era otra persona, una tercera persona, quizá su consciencia desprendida de su

cabeza, que observaba a su antiguo yo intentando vivir una vida sin saber cómo.

A veces cuando estás a punto de morir, cuando ya no tienes más fuerzas de pelear, un último coletazo, un grito al viento maldiciendo, consigue por un segundo se abran los cielos, y no, no estaba dispuesto a acabar así, tenía que agotar las posibilidades. Aunque ya había ido a algún psicólogo que le había explicado en qué consistía su enfermedad, le habían hablado de cierta terapia de grupo, la cual le recomendaron probar.

Lucca fue sin tener demasiadas esperanzas en que le fuese a ser de ayuda, pero se equivocó, allí conoció gente de todas las edades, de todas las condiciones sociales, desde una niña que le iba mal en el colegio, un muchacho que se acabó pasando de drogas, una ama de casa, un hombre mayor preocupado por su trabajo...

Fue una experiencia totalmente diferente y enriquecedora, había comprobado que no era la única persona en el mundo que sufría esos delirios y comeduras de cabeza. Aunque fue egoísta, tenía que admitir el hecho de que le reconfortaba haber visto personas que aún estaban peor que él para apreciar que quizá no estaba tan mal.

Allí conoció a Marius, un hombre que ya pasaba el medio siglo, alto y de pelo negro y ralo; tenía los ojos profundos de color marrón, la nariz rechoncha y una canosa barba bien cuidada que junto con su protuberante tripa le daba un aspecto bonachón y cercano. Él se encargaba de dirigir al grupo de terapia, hacía las veces de psicólogo, escuchaba los problemas, los progresos y las anécdotas de todos los que tenía a su cargo. Enseñaba trucos, técnicas de relajación e inducía pensamientos positivos, algo que consideraba totalmente esencial.

Lucca estaba muy interesado en curarse y entender la situación que vivía, así que esperó la finalización de uno de los encuentros, para preguntarle concretamente por su problema tratando de encontrarle un significado, pues las responsabilidades o el hecho de no poder ser padre se suponían que habían sido el factor desencadenante. Pero ahora que ya se había librado de tales inconveniencias, su problema persistía, algo que no podía comprender.

—Disculpe. ¿Puedo hablar con usted?

—Sí, claro, pero no tengo más ganas de estar encerrado aquí, vamos a dar un

paseo que hace una mañana preciosa, tengo ganas de ir a la plaza, allí conversaremos todo lo que quieras, además ya casi es la hora del Martini.

Lucca y Marius caminaron por las preciosas calles de Florencia hasta llegar a la “Piazza della Repubblica”, hablando un poco de la arquitectura de los edificios que tanto gustaba Lucca, el clima y la nueva decoración de las calles.

Al llegar a la plaza, Marius pidió dos martinis en la terraza donde se sentaron, y mirando a su acompañante a los ojos, empezó a hablar.

—Entiendo cómo te sientes —comentó Marius—, yo pasé por lo mismo.

—No sé si me puedes comprender —respondió—, pero me estoy volviendo loco, y yo a usted lo veo bastante cuerdo.

—Gracias —se rió.

— ¿Qué hace una persona como usted, dirigiendo este tipo de reuniones?

— ¿Alguien como yo? ¿Un cura te refieres?

—Eh, sí, a eso me refiero. No pretendía molestar...

—Jajaja, no te preocupes por eso, no me has molestado en absoluto. Sé que no es habitual encontrar a religiosos actuando de psicólogos, pero como ya te he dicho, viví una experiencia muy parecida a la tuya y sentía que esa era mi forma de hacer algo provechoso en este mundo, el ayudar a la gente con este tipo de problemas, ¿Quién mejor que alguien que hable con conocimiento de causa y desde su propia experiencia?

—En eso tiene usted razón, desde luego eso convence bastante —sonrió Lucca—, yo siempre me he imaginado a los curas como personas que se dedican todo el día a rezar, ir a la iglesia, dar misa y tener una vida lenta y relajada.

—Por supuesto, hay curas de muchos tipos, quizá eso te vendría bien.

— ¿Ser cura? Por nada del mundo, me gustan demasiado las mujeres, además, ni siquiera creo en Dios, sin ánimo de ofender claro.

—Me refería a lo de la vida lenta y relajada.

<<Lucca se sonrojó de la vergüenza>>.

—Es cierto que es algo que me vendría bien, pero el caso es que mi vida en

realidad es muy sencilla ahora, no tengo ninguna preocupación y, sin embargo, sigo con estos ataques de pánico y la ansiedad constante.

—Verás Lucca, la ansiedad es una mala hierba que va creciendo cada vez más fuerte, alimentada por tus miedos, sus raíces serán tan fuertes que no las podrás arrancar. La única forma de matar esa hierba es olvidar tus miedos, porque de este modo te darás cuenta de que esa hierba no existe y tan sólo eras tú luchando contra ti mismo.

—Tienes razón, pero es mucho más difícil hacerlo que decirlo, por ejemplo, si yo te digo que no pienses en un coche de color rojo, ¿en qué sería lo primero que pensarías?

—En un coche rojo, por supuesto.

—Entonces, verás que no es tan fácil dejar de pensar en algo, en lo que sabes que no debes pensar.

—Por supuesto, pero yo no trato de que dejes de pensar, sino que pienses las cosas adecuadas, que actúes como si no te importara, de esta forma te engañas a ti mismo de una forma positiva, hasta el punto de que un día, mirarás hacia tus problemas y te darás cuenta de que ya no te afectan. Entonces verás que nunca existieron.

—Intentaré seguir tus consejos, pero no creo que sea nada fácil.

—Debes pensar que esta enfermedad que crees tener, no es más que una invención tuya, porque en realidad no tienes ninguna enfermedad y es simplemente parte de tu imaginación y de tu miedo, tú mismo serás el que dicte e invente la dificultad en superarla.

—Bueno, a fin de cuentas, no me queda otra que intentarlo.

—O quizá, tu remedio sea más fácil que eso.

— ¿A qué se refiere?

—Pues, que quizá tu problema es que te preocupas demasiado por ti mismo, con esto no quiero decir que seas mala persona, es normal que uno esté pendiente más de sus asuntos que de los de otros.

— ¿Cómo de buena ha sido tu vida?

A Lucca se le escapó una sonora carcajada. —Creo que podría decir que he aprovechado más mi vida casi que cualquiera —comentó mientras una

infinidad piernas de mujer que había conocido, le cruzaban en sus pensamientos.

—Vale, ya veo por donde vas, entonces parece ser que voy a tener más razón de la que pensaba. Una vida de placer totalmente vacía, desde luego ibas a ser un buen cura...

Lucca arrugó la nariz y volvió a recordarle que le gustaban demasiado las mujeres y que no creía en Dios.

—Dios es un concepto muy amplio —comentó Marius—, y como te he dicho, hay curas de muchos tipos, están los que buscan una vida lenta y tranquila como tú dices, o vagos como llamaría yo, otros que sólo buscan hacer carrera en la iglesia, otros que han sido llamados por la Divina Providencia, hay curas pederastas, hay curas puteros, hay curas homosexuales reprimidos y hay curas misioneros que sacrifican su propia vida por ayudar a los demás. La Iglesia es un negocio, el más lucrativo y rentable del mundo, siempre lo fue y siempre lo será, pero también es una casa que nos une, y en ella nos reunimos todos, los buenos, los malos, y los regulares. Cada uno tiene que encontrar el rol que le corresponde para darle un significado a su vida, el mío es ayudarte a ti. ¿Cuál será el tuyo?

CAPITULO 13.

OSCURIDAD

— ¡Hola Molly! ¿Cómo estás hoy?

—Siempre mejor cuando vienes —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Así me gusta. Voy a ver al vejstorio esta tarde, a ver que cuenta.

—Claro Bastian, ¿Quieres que te acompañe?

—No es necesario cariño, luego te veo.

Anduvo por el pasillo del hospital curioseando las habitaciones a ambos lados del pasillo, blanco, immaculado, sin ningún tipo de decoración, daba un aspecto de limpieza total, pero era frío, triste. Daba incluso escalofríos de saber qué o quiénes estaban en esas habitaciones, algunas acolchadas, otras con camillas y correas. Habría cientos de historias que contar para que el vello se erizase. Era un lugar muy tranquilo, algún enfermero paseando con su carrito de pastillas, enfermos sentados en los sofás paseando fuera de la habitación, pero nada de ruido. Absoluto silencio, y eso helaba la sangre.

Cuando llegó a la puerta, estaba cerrada, aunque no tenía pestillo, primero llamó con fuerza. En un instante Francis abrió.

—Hola Bastian, pasa no te quedes en la puerta, siéntate.

—Hola papá —contestó mientras entraba y se sentaba en una butaca de cuero negro de imitación—. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Muy bien, ¿Y qué tal tus mujeres?

— ¿Mis mujeres? —dijo sorprendido. Por un momento pensó en Sophie y en Sarah, imaginándose una película bizarra.

—Sí, tus mujeres, Sarah y Adelayde.

—¡Ah! —Sonrió—, están muy bien. Ade está en el colegio y Sarah está en casa de sus padres cuidándolos.

—Igual que haces tú conmigo —arqueó una ceja.

—Papá, te he dicho mil veces que en casa no puedo cuidarte como necesitas, aquí te atienden bien, intento visitarte siempre que puedo.

—Lo sé, lo sé, no me estaba quejando.

—Pues lo parecía —dijo Bastian molesto.

—Tengo que aprovechar que hoy estoy espabilado para contarte algo importante.

— ¿El qué?

—Verás, no he querido decírtelo en todo este tiempo y desde que tengo la enfermedad endiablada ésta, me resulta más difícil aún conseguir hacerlo, pero creo que debes saberlo y es mi tarea informarte. Es sobre tu madre.

— ¿Sobre mi madre?

A Bastian se le hizo un nudo en la garganta.

—Nunca hemos hablado de ella en todos estos años. Nos abandonó a los dos, pero tenía una buena excusa para hacerlo.

—No creo que tuviese ninguna excusa —interrumpió molesto—, de hecho, creo que esa excusa a la que tú te refieres era un motivo más para haberse quedado.

—Sé que ella no hizo las cosas bien Bastian, pero no se lo echés en cara, ella te quería, nos quería.

— ¿Y? ¿Dónde estuvo todos estos años cuando era un niño?, nunca se interesó por nosotros ni por lo que nos pasaba, por eso nunca hablamos de ella. Nunca te pregunté, esperaba que tú me dijese algo, esperaba que volviese, pero no lo hizo.

—Bastian, no creo que me quede mucho en esta vida, ni siquiera sé si alguna vez podré volver a hablar contigo otra vez estando en mis cabales. Pero tengo que morirte sabiendo que has perdonado a tu madre y sabiendo que me quieres.

—Papá sabes que siempre te he querido, no te culpé nunca de lo que le pasó a...

...a Alice, quizá fue culpa mía, yo era un niño. Fue un accidente. Cada vez

que me miro en el espejo me acuerdo de ella, la cicatriz de mi cara la mantiene viva, —dijo acariciándose la cicatriz— es un recuerdo imborrable, en cierto modo me gusta esta cicatriz, fue una forma de estar siempre conmigo —dijo mientras se le humedecían los ojos.

Francis lo abrazó. —Te quiero hijo —susurró.

—Yo también te quiero padre, no tienes que volver a preguntármelo más, te quiero y siempre será así.

—Me alegra mucho oír eso, —le dijo mientras rozaba la cicatriz de la cara con la punta de sus dedos—. Ahora tienes que decirme que querías a tu madre, tienes que perdonarla.

—Mamá te hizo sufrir mucho, a ti y a mí, pero siempre la he querido. Debí pagar por lo que hizo, pero ya la he perdonado.

En ese momento pensó en la última ocasión en que vio a su madre y un escalofrío desgarró su cuerpo, algo que no había sentido nunca, ni siquiera en el momento que la vio por última vez. Quizá después de todo, ella no era tan monstruo como pensaba.

—Me alegra escuchar que has hecho las paces con ella, ahora ya puedo morirme tranquilo, pero tengo algo importante que decirte, que debes saber; tu madre murió hace años Bastian, no quise, no supe o no encontré el momento de decírtelo. Necesito que me perdones.

El gesto de Bastian se torció, él ya sabía desde hace mucho que estaba muerta, pero no esperaba que fuese su padre el que se lo dijera, solamente una duda tintineaba en su cabeza en ese momento, una duda que iba a despejar enseguida:

— ¿Cómo murió?

Su padre lo miró con ojos condescendientes y dijo: —Tuvo un infarto saliendo del trabajo, estaba viviendo en Polonia en ese momento, fue fulminante, no pudieron hacer nada, dijeron que prácticamente no se enteró ni sufrió nada; andaba por un parque volviendo a casa y de pronto cayó. Una pareja se la encontró y llamó a una ambulancia, pero ya era demasiado tarde.

Bastian quedó con la boca abierta, hasta en eso su padre tenía que cuidarlo, ni siquiera era capaz de decir la verdad en ese instante para ahorrarle el sufrimiento, pues Bastian, sabía de buena tinta que su madre no había muerto

así.

—Vaya papá, no me esperaba que me dieras una noticia así, es triste no habernos podido despedir de ella, pero al menos ahora sé que descansa en paz.

Tengo que irme, ya es tarde y tengo que recoger a tu nieta del colegio.

—Claro, date prisa, da recuerdos a tus niñas del abuelo.

—Dalo por hecho papá, y cuídate, me ha encantado verte, volveré pronto.

Bastian salió por la puerta del hospital con la cabeza alta y el corazón encogido. Tenía un nudo en la garganta del amor y el orgullo que sentía hacia su padre en ese momento. La enfermera Molly con su pelo azul, se despidió de él, se le notaba conmovido.

—Eres muy buena persona Bastian, tu padre puede estar orgulloso.

No dijo nada, solamente giró la cabeza y sonrió, alejándose lentamente.

CAPITULO 14.

OSCURIDAD

Porque le gustaba; lo prohibido le hacía sentir bien. Sophie era así. Los encuentros amorosos continuaban con cada vez más asiduidad. Sabían disimular muy bien para que nadie sospechase, a excepción de Stephen que más que sospechar, lo achacaba a su mala suerte mezclado con su negatividad. Siempre le quitaban a la chica y eso era un equipaje que llevaba a cuestas en todo momento.

Bastian no pasaba las noches fuera, le gustaba dormir con su mujer, Sarah. Pero al pasar tanto tiempo fuera de la oficina y Sophie dedicarse a las relaciones públicas, es fácil coincidir las tardes a final de jornada y el metro de Londres te lleva donde quieras en minutos, el apartamento de Sophie no quedaba lejos de la línea de metro de Bakerloo, la cual desemboca directamente en la estación de Regent's Park.

Un día el teléfono de Sarah sonó, era su madre; su padre había tenido una complicación en la artritis de sus rodillas y le costaba tenerse en pie, por lo que necesitaba bastante ayuda, la cual su mujer no podía ofrecer al completo.

Podían permitirse contratar a alguien para ayudar, pero el padre de Sarah era muy testarudo y rehusaba cualquier ayuda que no fuese de la familia. Esto requería que Sarah fuese a cuidarlo a menudo desde ese momento, no vivían lejos, pero si había unas cuantas millas de carretera; por tanto, Sarah solía quedarse a dormir e ir al trabajo directamente levantándose más temprano, incluso quedándose algún fin de semana.

Bastian se quedaría con la pequeña Adelayde en casa para llevarla al colegio e ir luego a su oficina.

No tiene ni que decirse que la libido de Sophie al enterarse de esto, subió como espuma de cerveza. El morbo era tan tentador; hacerlo en casa de su amante, con su mujer fuera, con su hija durmiendo al lado, destrozando todas las reglas, riéndose de lo prohibido. No iba a dejar de aprovechar esa oportunidad, desde luego que no.

Bastian no puso muchos impedimentos, él era más meticuloso y reservado para estos encuentros, pero Sophie podía ser muy, pero muy persuasiva.

En un principio Sophie comenzó a acompañar a Bastian a recoger a la niña, Sarah se llevaba su coche y él estaba relegado al metro. Era la excusa perfecta para hacerse con la niña, de esta forma su presencia en casa no sería tan extraña.

Recogían a Adelayde en el mismo parque que su madre, al lado de las cabinas de Russell Square; juntos se iban a casa, al principio Sophie no se quedaba, para ganarse la confianza de la niña necesitaba tiempo, y caerle bien, pero comprar a una niña pequeña con regalos es fácil. Unos lápices de colores, un colgante, unas golosinas...

Un día, fue Adelayde quien pidió a Sophie que se quedase a cenar, justo la tarde que le regaló una bolsa enorme de golosinas; Adelayde adoraba las chucherías.

—No se te ocurra comerte eso de una vez Ade, —advirtió Bastian.

Sophie sonrió y dijo: —Tienes que administrártelas, porque si no, ¿Sabes que te pasara?

— ¿Se me caerán los dientes? —contestó la niña con timidez.

—Sí, eso también

— ¿También? ¿Qué más? —preguntó sorprendida.

—Que te parecerás a una vaca, ¿No te has dado cuenta de que las vacas no tienen dientes?

—Las vacas si tienen dientes —replicó orgullosa.

—Pero solo tienen unos pocos y se les cae la comida —contestó Sophie con gesto gracioso.

— ¿Se les cae la comida? —interrumpió Bastian haciéndose el tonto.

—Claro papá, las vacas son rumiantes, y escupen la comida.

—Chica lista —sonrió Sophie.

—Muy lista —confirmó su padre mirando a Adelayde y guiñándole un ojo.

— ¿Te quedarás a cenar Sophie? quédate, quédate, quédate...

—Pues no sé, si tú me invitas y tu padre me deja...

— ¿Papá? ¿Se puede quedar Sophie a cenar?

—No sé, ¿debería quedarse? —Preguntó Bastian a su hija mientras echaba a Sophie una mirada cómplice.

—Seguro que no, respondió Sophie —mordiéndose el labio.

— ¡Que sí, papá! ¡Déjala quedarse!

—Está bien, pero que se vaya después de cenar, que tienes que ir a la cama pronto.

—Vale, pero luego se queda un ratito más.

—Estas pidiendo mucho, ya veremos...

Durante la cena rieron mucho, lo pasaron bien y al terminar, Sophie se puso a recoger la mesa.

— ¡Ayúdala Adelayde! La has invitado tú.

—Vale, pero si se queda un poco más.

—No puedo cielo, mañana tienes que madrugar y yo también, que tengo que venir a recogeros.

—Otro día quizá.

— ¿Y porque no te quedas a dormir? —preguntó Adelayde.

Bastian y Sophie se miraron, y la muchacha se apresuró a contestar: —Tu mamá no creo que deje quedarme aquí a dormir.

— ¿Por qué?

—Pues porque cada castillo tiene una sola princesa y en éste, ya estás tú. Así que mejor que no; ahora vete a la cama y nos vemos mañana ¿Vale?

A la mañana siguiente, Sophie estaba otra vez en casa de los Castle esperando mientras desayunaban, la muchacha era puntual y madrugadora; luego todos juntos dejaban a Adelayde en el colegio y se iban a la oficina a trabajar.

La misma historia se repetía dos o tres veces entre semana. Los fines de semana en cambio, por norma general, toda la familia iba a ver a los padres de Sarah y quedarse con ellos.

En una ocasión, Sarah en vez de irse directamente a trabajar, pasó primero

por casa donde se encontró a Sophie. Fue algo muy incómodo para ambas, aunque Sophie sabía improvisar muy bien como buenas relaciones públicas que era. Sarah en cambio, tenía el gesto torcido y cuando tuvo que agradecerle el favor que le estaba haciendo, de llevar a su hija y marido cuando ella se iba, se le notó disgustada. No se había imaginado ni por un momento que Sophie fuese así; tenía que reconocer que era una mujer físicamente espectacular, bastante más joven que ella y, además, hasta parecía agradable y eso era lo peor.

Se sintió muy incómoda y la hiel que le emanaba del estómago al hablar le quemaba en la garganta; aun así, fue muy amable con ella, aunque forzada. Sarah sabía muy bien como era su marido, no era ni mucho menos una buena persona, aunque desde luego ella no era tampoco una santa. Su marido era muy diferente de lo que la gente pensaba y solamente era perfecto con su hija. Eso es lo único que la animaba, pero infiel, Bastian no era infiel, eso sí que no lo consentiría ya.

Eso sería la gota que colmaba el vaso, ya sufría bastante de la relación enfermiza que tenían; no pasaría por una infidelidad, eso lo pagaría caro, aunque por lo que ella sabía, ahí no pasaba nada más que autosugestión. Todo por la inseguridad de tener que competir de alguna forma contra otra mujer más joven y guapa que ella mezclándose en su familia. ¿Inseguridad?, Sarah no era insegura, nunca lo había sido, ella siempre fue una guerrera fuerte, decidida, tenaz. Esta debilidad era completamente nueva para ella y no estaba dispuesta a dejarse vencer.

Hizo de tripas corazón y cuando estuvo con Bastian no sacó el tema en ningún momento, nunca. No pretendía dar muestras de debilidad, ella no era débil en absoluto. Ninguna mujer por guapa que fuera iba a arrebatarse a su marido, sabía que Bastian y ella se amaban, pese a sus peleas destructivas. Si se enteraba de algo, ya actuaría en consecuencia, pero por el momento las preocupaciones debían de estar con su padre.

La tarde se había convertido en noche cerrada, todo estaba previsto. Adelayde dormía plácida y profundamente como era habitual, Sarah no estaba en casa, cuidaba a su padre en casa de éstos, de donde no volvería hasta dentro de dos días. El vino blanco, las velas tenues y un ligero olor a incienso saliendo del dormitorio.

El silencio de la noche solamente roto por la música que susurraba al

mínimo volumen. Todo estaba preparado de nuevo, el crimen perfecto.

No podía llamar a la puerta, él lo sabía, el murmullo de un móvil en vibración cosquilleo a la vez el muslo y el estómago de Bastian como lo hacen las mariposas del primer amor; éste se dirigió a la puerta y la abrió con suavidad. Ahí estaba Sophie plantada, con sus labios carnosos pintados de rojo carmesí, su silueta estilizada que marcaba la forma del deseo y sus estilizadas y sinuosas piernas.

Lentamente, Bastian hizo de pies a cabeza un safari por el cuerpo hasta llegar a sus ojos que pestañeaban traviesos, como un juego de abanicos sevillanos.

No pudo esperar, la agarró de la cintura y se apresuró a probar la fruta golosa de sus labios. Cuando ambas bocas se habían soldado como el acero en una sola, sus manos se deslizaron hasta el trasero de aquella réplica de Afrodita, a la cual levantó en peso y llevó hacia su habitación, no prestaron atención a la música, no prestaron atención al vino, ni al aroma a incienso ni a la puerta que se había quedado entreabierta mientras la pareja de pecadores retozaba en celo dentro del dormitorio.

La noche es fría, la noche es oscura, la niebla espesa y el viento, el viento es gélido, gélido y traicionero; sopló, sopló entre las bisagras del edificio, en la entrada y subió por la escalera, llegó a casa y al principio la puerta se movió, primero despacio y más tarde tomó impulso hasta concluir la marcha cerrándose de un fuerte golpe.

Adelayde abrió los ojos

Los amantes no hacían ruido, no gritaban, no hablaban, no fingían, sólo jadeaban, gozaban y sentían.

La niña se levantó de la cama despacio, aun atontada; se dirigió al baño que estaba al final del pasillo, justo pasada la habitación de sus padres, fue caminando descalza, silenciosa, frotándose los ojos. El pasillo estaba apagado pero la luz del comedor brillaba al final del recorrido, justo después de la cocina que estaba pegada al baño.

Los amantes seguían absortos en sus quehaceres, la puerta de la habitación estaba abierta y la niña se acercaba despacio hacia allí, iba avanzando, inocente, sin idea de lo que podría ver si girase la vista hacia el dormitorio, cada vez estaba más cerca; mientras, Bastian y Sophie se encontraban más desnudos y sudorosos.

Caminaba despacio, sigilosa, y cuando estaba pasando exactamente por delante de la puerta un bostezo le cerró los ojos, siguió caminando y entró al baño, aflojó la vejiga y volvió deshaciendo el camino, su padre y aquella mujer desconocida intercambiaban fluidos mientras Adelayde paseaba por la casa ilusa y distraída, aun con la cabeza puesta en sus sueños. Se dirigía otra vez hacia la puerta, poco casi había llegado al marco que dejaba entrever donde su padre yacía, y en última instancia giró sobre sí misma y decidió ir a la cocina.

Aceleró el paso y abrió el frigorífico, tomó la botella de leche y la bebió a morro, olvidó que siempre le decían que no abriese el frigorífico descalza y que era sucio beber leche a morro, igual que su padre se estaba bebiendo en ese instante a Sophie. Cerró el frigorífico y salió de la cocina, avanzó más hacia el comedor que aún tenía la luz encendida y la apagó; la música se había terminado, las pistas llegaron a su fin; volvía de nuevo a su habitación completamente a oscuras, andaba más deprisa, pues la oscuridad y las sombras la asustaban, sólo un tenue resplandor salía de la puerta abierta de la habitación de sus padres debido a la única vela que aún seguía encendida.

La niña se acerca rápidamente mientras la pareja de amantes se contorsionan, Adelayde se acerca sin idea de lo que pasa, la niña gira la cabeza y se asoma a la puerta de la habitación, justo una décima de segundo después de que el último jadeo apagara la única vela que tenía prendida llama, dejando totalmente oscura la casa, nada estaba a la vista, los amantes seguían lentamente sin ninguna idea de lo que podría haber pasado, la niña siguió a su cuarto y se volvió a acostar teniendo un plácido sueño, completamente ajeno a lo que podría haber pasado aquella noche. Los amantes se abrazaban en una mezcla de piel saliva y sudor, ausentes, totalmente ignorantes de que una niña estuvo a punto de descubrirles.

Al rato, Bastian recordó que no había apagado la luz, se levantó corriendo, se asomó hacia el salón y una descarga de energía gélida le recorrió la espalda, a la cual siguió un sudor frío saliendo de su frente. ¡Estaba apagada!, ¿y si su hija los había visto? ¿Quién si no podría haber apagado la luz? Despacio, cubriéndose con una manta entró en la habitación de Adelayde y estaba tranquilamente dormida. Respiró tranquilo y volvió a la cama con la desnuda Sophie.

Aquella tarde Sarah quedó con sus amigas, Susan, Charlotte y Mary para

tomar algo en un café de Covent garden. Aunque solían estar bastante ocupadas, siempre procuraban quedar al menos una vez a la semana para ponerse al día. Susan y Charlotte trabajaban en un banco y como psicóloga respectivamente. Mary era contable, pero había dejado el trabajo hace años para convertirse en ama de casa y dedicarse a su familia, Algo que criticaron considerablemente sus amigas.

Charlotte era una chica muy dulce y tenía un sexto sentido con la gente, muy buena en su oficio; sabía detectar los cambios en el comportamiento con el más mínimo detalle. Mary era una chica bastante confiada y normal, la típica persona que siempre hace sentir bien a los demás mientras escucha sus problemas. Por el contrario, Susan era bastante violenta en su forma de actuar, no tenía pelos en la lengua ni se andaba con chiquitas, alguien que es mejor tener de tu lado.

— ¿Qué te pasa Sarah? —preguntó Charlotte.

—Nada, solo estoy pensando —respondió tímida.

—Algo parece no ir bien, —añadió Mary—

—No es nada, se trata de Bastian, es simplemente...

— ¿Te ha puesto los cuernos? —se adelantó Susan alzando la voz.

—No.

— ¿Seguro?

—Sí, seguro, baja la voz por favor.

—Bueno, ¿Entonces que le ocurre a Bastian? —añadió Charlotte.

—Nada, en realidad soy yo.

—A ver, explícate.

—Verás, sabéis que mi padre está mal de las rodillas y a menudo tengo que ir a ayudar en casa porque ese hombre es demasiado tozudo como para contratar a alguien para que lo haga y mi madre sola no puede. El caso es que yo me estoy llevando el coche y Bastian y Ade se van con Sophie.

— ¿Esa quién es? —pregunto Mary.

— Una compañera de trabajo de mi marido.

— ¿Estás celosa? —preguntó Charlotte.

— La pregunta no es esa —interrumpió Susan—, ¿es guapa esa zorra?

Sarah miró de refilón a Susan: —¡Esa perra es una maldita belleza! — contestó levantando la voz indignada.

— ¡Vaya! pues sí que estás celosa —añadió Charlotte—. ¿Has hablado de esto ya con tu marido?

— ¿De qué?

—Pues de que no estás cómoda con que ella se acerque tanto a tu familia.

—No, ni hablar, no quiero mostrarme débil, tiene que parecer que no me importa.

—Pero si te importa, —apuntó Mary.

—Díselo a ella directamente, que no se acerque más a tu familia, Bastian no tiene porqué enterarse. Si ella se acerca, le arrancas los pelos.

—Eso es muy tuyo Susan —comentó Charlotte riéndose.

—Sí, pero tengo razón, esas zorras van acercándose a su presa poco a poco y cuando menos te lo esperes, la tendrás a horcajadas encima de tu marido.

—Por favor Susan, estamos tratando de ayudarla —comentó Mary.

—Pues eso trato yo, despelleja a esa perra mientras estés a tiempo.

A Sarah se le escapó una sonrisa, en realidad nada le gustaría más que ver a Sophie demacrada y bajo sus pies, pero era excesivo porque en realidad, Sophie no había hecho más que ayudarla.

—Veamos, de la forma que yo valoro la situación —habló Charlotte—, si fuera algo puntual o bien temporal, simplemente lo dejaría pasar por alto, pero ya que parece que es algo que va a prolongarse en el tiempo indefinidamente, creo que lo más sensato es hablar directamente con tu marido y explicárselo. No sabes cuánto tiempo va a mantenerse esta situación y no puedes estar dándole vueltas al tema todo el tiempo, porque no es sano para ti. De todas formas, tampoco tienes indicios de que este pasando nada, ¿o sí?

Sarah cambió la expresión de la cara y dijo: —En realidad no he visto nada, pero me llamó la atención de que por la mañana cuando llegué a casa estaba allí... — ¿Qué? —Interrumpió Susan—, ¿Pero no te das cuenta? La cosa es

mucho más grave de lo que pensaba entonces, esa guarra va detrás de tu marido. ¡Arráncale los pelos cuanto antes!

—A ver, la encontré allí, y es cierto que no me hizo ninguna gracia, por eso le pregunté a Adelayde si esa chica durmió en casa y me dijo que no. Que la invitó, pero ella no quiso quedarse.

— ¿Qué tu marido la invitó?

—No, que mi hija la invitó.

—Sigo sin fiarme —dijo Susan mientras se cruzaba de brazos.

—Veamos, es normal —comenzó Mary—, que estés así, una chica guapa que no se separa de tu marido y tu hija, pero tienes que dar un poco de tiempo a ver qué pasa, creo que estamos sacando las cosas de quicio.

—Tiene razón —añadió Charlotte, deberías dar un poco de tiempo y tomarlo con calma, lo más seguro es que no pase absolutamente nada. No intentes tampoco ir de detective preguntándole a tu hija, porque si Bastian se entera, podría molestarse, te recomiendo que dejes pasar tiempo, que reflexiones.

— ¿Esos son tus consejos de psicóloga Charlotte? ¿Que reflexione? Vaya receta te ha dado, hazme caso Sarah, arráncale los pelos, ¡Arráncaselos!

<<Menos mal que no tienen ni idea de cómo es mi relación con Bastian en realidad, porque no tengo ni idea de lo que Susan me diría o sería capaz de hacer si se enterase>>, pensó Sarah.

Está bien, ya veremos qué hago, pero no me gustaría meter la pata. Gracias a las tres igualmente, me servís siempre de ayuda chicas.

CAPITULO 15.

OSCURIDAD

Stephen lo tenía muy claro, sus sospechas eran ciertas. La relación que tenía con Sophie, había ya traspasado el umbral de la amistad. La sombra de un amor no correspondido es muy grande, y cuando no intentas huir, te deja totalmente a oscuras.

Ésta era la situación, no podía creerlo, después de la decepción de su ex mujer, que lo tenía sumido en la ruina; la maldita hiena sin alma, enferma de codicia.

Ahora veía caer sus muros otra vez, con una chica que tenía el encanto tan dulce como venenoso podía ser su interior. Palabras inconexas salían de su alma mientras el corazón se le desgarraba en gritos al pensar en Sophie.

¿Qué tenía que hacer? ¿Quién sabe? Errar es de humanos, y desde luego ella lo era, pero Sophie en su cabeza siempre erguía idealizada. Era un canto de sirena en el oído de un aprendiz de marinero que se dejaba engatusar. Sus sospechas eran realmente notables, pues además de sus pensamientos negativos en los que la chica se iba con otro y la actitud crecientemente cariñosa que crecía entre Bastian y ella, a veces creía recordar que los vio besándose cuando estaba en el hospital la noche de la pelea en el bar. Los celos se acrecentaban hacia Bastian, el cual parecía haberse convertido en el centro de atención de su musa prohibida.

Era una aberración; un hombre casado, con una hija de igual edad que la suya propia, con una mujer guapa y fiel que le quería, ¿Podría un hombre arriesgar todo eso por el zalamero aroma de una mujer exponencialmente irresistible? Sus mismos pensamientos habían respondido por sí mismos. Ser irresistible es una cualidad demasiado poderosa en una mujer, los hombres no están hechos para pensar, en muchas formas son como los perros, olisqueando y se comen cualquier cosa que les resulte interesante por muy dóciles, leales y cariñosos que puedan ser. Maldita su suerte empujado por la obsesión, verse obligado a tener que traicionar al hombre que lo ha estado

sacando del abismo en el que otra mujer lo lanzó. Otra vez todo por una mujer —pensaba—, mientras se planteaba si acaso, que podría ser el más vil de la tierra, por querer arrebatarse a quien también le había ayudado, a quitarle lo que por su mismo instinto deseaba. Excusándose en sus pensamientos, con la premisa de que su ahora enemigo, tuvo que plantearse cuando la naturaleza de lo inevitable se metió interponiéndose en su camino.

Pero nada ni nadie le impediría llegar a su objetivo, especialmente un puñado de meros moralismos; la vida se había portado regular con él, imposible no recordar a la rata de su ex mujer sangrándolo y humillándolo, esto sólo conseguía incitar a empatizar su situación con la del matrimonio Castle. La persona que amas clavándote cuchillos por la espalda. No lo permitiría —se repitió. En su cabeza tenía que frenarlo, cuando de pronto apareció una curiosa cara asomándose al marco de la puerta de su despacho:

—Stephen, ¿te vienes? Es hora de comer

Las palabras de Sophie siempre sonaban a música celestial, más contando si tienes hambre y la agradable compañía te guiará para ir a saciar el apetito

—Una pena que sólo sea ese apetito —pensó Stephen de nuevo.

A medida que caminaban rumbo al “Dizzy Bull”, Sophie parecía hablar más rápido, chica lenguaraz sin duda, pero su acompañante no le hacía ningún caso, solamente atendía igual que se escucha a la música clásica, meciéndose entre sonidos y sensaciones, desarrollando la imaginación que te hace contemplar preciosos paisajes de primavera y arco iris infinitos, pese a tener el plomizo gris de la tristeza llorando lluvia como a menudo.

La diferencia es que, a Stephen no le hacía falta desarrollar la imagen de la hermosura, ya la veía sola en los labios de Sophie, en tanto emanaban esos sonidos llamados palabras, totalmente carentes de sentido en ese momento, hasta que entonces una de esas palabras, empapada de veneno, cubrió los maravillosos paisajes de primavera e infinitos arco iris de ponzoña:

¡Bastian!

— ¿Qué? —vomitó Stephen con asco.

—Que Bastian nos está esperando en el restaurante —dijo Sophie sorprendida.

—Tengo la sensación de que no me haces caso en nada de lo que te hablo, ¿Te encuentras bien?

—Sí, claro —contestó—, nunca me he encontrado mejor.

Luego sonrió pensando en Bastian y en toda la falsedad que escondía aquella sonrisa. —Mucho juegucito te gastas con este ¿no? —dijo.

— ¿Qué pasa? ¿Estás celoso? —Contesto Sophie con sarcasmo.

—Pues claro que estoy celoso, te amo.

—Es normal —dijo Sophie en tono burlón mientras intentaba contenerse la risa—. Eres un cachondo.

Stephen no dijo nada al respecto, se quedó pensando en la extraña y ridícula forma que había tenido para declararse, así como la que tuvo ella de no tomarlo en serio. << ¿Tan inofensivo me ve?>>, se dijo.

Habían llegado y se terminó la conversación conforme iban abriendo la puerta del restaurante. Alguien dijo una vez, que de broma y borracho es cuando se dicen verdades como puños. Desde luego no le faltaba razón.

—Hola Bastian, ¿Qué tal? —dijo Sophie con la pícara sonrisa que vuelve locos a los hombres.

En seguida Stephen se percató de la sonrisa y de cómo esas pequeñas pecas que adornaban la nariz pizpireta de Sophie, no bailaban en la cara de su amada por él, sino por el hombre que hacía explotar la caldera del odio, Bastian.

—Hola Stephen, deberíamos hablar, ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, nuestras cosas —dijo frunciendo el ceño y con una sonrisa forzada.

Sophie, miró a ambos lados apuntando su mirada a las caras de sus amigos, y exclamó:

— ¿Qué pasa pareja? ¿Desde cuándo estáis casados?

Los tres rieron falsamente, Sophie lo notó, aunque la chica no tenía ni la más mínima sospecha de a qué venía tanta falsedad.

—Nada Sophie —se apresuró Bastian a contestar—, sólo tonterías de trabajo.

—Ok, vale, entiendo, os dejo un rato chicos, no tengo ganas de eso ahora, sólo hambre, —dijo, y se echó el brazo a la cara tapándose los ojos mientras

retrocedió un paso— No quiero saber nada de trabajo, luego nos vemos.

Era consciente de la tensión que había en ese momento y no quería estar cerca.

Stephen se sentó frente a Bastian y éste no tardó en decirle: —Estás loco. ¿Has visto las cuentas? ¿De verdad crees que nadie se va a dar cuenta?

El cuello de Bastian se estiraba hacia él mientras que la vena que lo surcaba longitudinalmente se hinchaba y parecía mirar a Stephen. Éste agachó la cabeza como aguantando la reprimenda, fijándose en un filete que yacía sin acabar en su plato junto con un trozo que había dejado pinchado en el tenedor para soltar el discurso. Al lado, junto al plato, había un afilado cuchillo sobre la mesa.

Stephen en un segundo sujetó la cabellera de Bastian con un puño y, agarrando ese cuchillo con la otra mano, seccionó aquella vena del cuello que se hinchaba al tiempo que la sangre fluía a borbotones de la boca de su enemigo. La sangre empapaba toda la mesa y chorreaba por el suelo, la gente permanecía callada, impasible, contemplando aquella escena sin poder moverse, totalmente congelados. Los ojos de Bastian se clavaban en él, mientras escupía sangre por la boca y los últimos gorgoteos escapaban por el sajado en la garganta, justo antes de desplomarse hecho cadáver.

— ¡Stephen! ¿Me estás escuchando? —oyó.

Un escalofrío cruzó su columna vertebral y dejó de mirar el cuchillo mientras un sudor frío se apoderaba, en instantes, de todo su cuerpo. Volviendo otra vez en sí, reaccionó y contestó:

—Está todo controlado, las cuentas coinciden, ya lo he hablado con los proveedores y las facturas están selladas y garantizadas, además esto no va a durar para siempre.

—Desde luego que no —interrumpió Bastian entre dientes.

—En unos meses más —dijo Stephen—, ya tendré dinero suficiente para saldar todas las deudas importantes e iré reduciendo las facturas poco a poco, además, cuando acabe, el precio bajará de tal forma que lo mismo hasta nos ganamos un ascenso —bromeó mientras se le empezaba a soltar una risa tonta y nerviosa.

— ¿Tú eres idiota? —Dijo Bastian muy serio—. Lo que estás haciendo, no

sólo puede costarte el despido, sino una indemnización y una denuncia por malversación de fondos; tráfico de influencias; fraude y Dios sabe que más. Esto no es España, acabarías con los huesos en la cárcel antes de que puedas encontrar un abogado que ni siquiera vas a poder pagar, y yo no pienso mancharme las manos, no voy a compartir tu suerte, pienso negarlo todo y hacerme el sorprendido, no puedes demostrar nada contra mí.

Stephen sólo pensaba en romper la boca de Bastian de un puñetazo, incluso volvió a mirar aquel cuchillo con ganas, pero a pesar de ello, tenía muy presente de que todo lo que decía era una verdad irrefutable. Solamente no podía dejar de pensar en cómo había llegado a esta situación, cómo se dejó engatusar por esa arpía hasta verlo privado de toda dignidad. Totalmente solo, siendo tan joven, y endeudado hasta los ojos con una niña a la que apenas podía mantener; se había visto obligado a robar en su propio trabajo, a gente que confiaba en él, y para colmo de males enamorado hasta lo más profundo de una mujer venenosa, que a sabiendas de que no le correspondía, se arrancarían un ojo si se lo pidiera. Para rematar, estaba seguro de que su enemigo, el único que conocía todas sus deficiencias, estaba teniendo un romance con ella en su propia cara y él estaba imposibilitado de actuar.

Abandonando toda moral dijo: — ¡Sé lo que me hago! Y se levantó de la silla de un golpe. Por suerte Sophie no estaba mirando en ese momento, ya que otros pretendientes se le habían acercado y la entretenían, pobres almas que no sabían el tiempo que alargaban su conversación era totalmente en vano.

Stephen volvió a dirigirse a Bastian, esta vez en pie frente a él: —No se te ocurra delatarme, porque sabes que pasará.

No pretendía que sonase como una amenaza, pero es exactamente lo que le pareció a Bastian, que sin amilanarse lo miró directamente a los ojos y respondió: —Te denunciaré en tal que yo pueda correr el más mínimo riesgo, así que ándate con ojo y no te metas más la pata.

Desde luego Stephen no esperaba esa reacción y sus ojos empezaron a brillar como el fuego en la noche, no sabía si estaba más nervioso que asustado, o quizá más frustrado que furioso.

Iba a replicar, pero se mordió la lengua; las cosas ya estaban lo suficientemente tensas y no quería decir nada de lo que luego pudiera arrepentirse, sabía que Bastian parecía muy tranquilo, pero de la calma total

nacen las peores tormentas, además, la situación era muy delicada y en las condiciones en las que se encontraba y los hechos que le acontecían, un hombre cauto como él, sabía que los aliados escasean y los amigos brillan por su ausencia. Por otro lado, en una confrontación con Bastian, ¿De qué lado se pondría Sophie? Era más que evidente. Seguro no las tenía todas consigo, aunque la prudencia no le había traído muy buenos resultados a lo largo de su vida, es más, si existiese Algún tipo de romance entre ellos, y desde luego existía. En tal caso la habría perdido para siempre, curioso pensamiento, perder a alguien que nunca fue tuyo.

No obstante, todos estos eran condicionantes que no estaba dispuesto a tomar a la ligera, como nada en su vida en realidad. Tiempo atrás, al principio de todos sus problemas, apenas después de casarse, (lo hizo en gran parte por la presión de su mujer, que estaba embarazada) había sido así; instintivo, natural. Y aunque realmente estaba enamorado de Halina, las cosas no le fueron bien tomando decisiones precipitadas.

A poco de recuperarse del parto dónde nació su hija, ésta empezó a comportarse de forma diferente.

—Esta noche me voy con mis amigas —decía.

Apenas había trabajado nunca, no se podía decir que era una niña consentida puesto que su familia no era ni mucho menos adinerada, pero siempre se supo manejar para conseguir lo máximo esforzándose lo mínimo. Una invitación a cenar, por un lado, un me voy a vivir un tiempo contigo por otro.

No encuentro trabajo, siento que desperdicio mi vida en esa tienda, en ese bar, en esa cocina, en ese restaurante, en esa fábrica, en ese supermercado, cuidando esa anciana, limpiando esa casa... Todo eran excusas para no trabajar, las cuales daba al desfile de parejas que se le iban sucediendo una tras otra; se podría decir que tenía un don para eso, un don en la genética. Sabía que los hombres son fáciles de conquistar si tienes armas para ello y desde luego tenía dos armas, cada una de casi 300 gramos de silicona de la mejor calidad, pagadas por un insensato.

Sabía coquetear y sabía lucirse, dejar entrever que tienes más de lo que tienes, sabes más de lo que sabes, y qué eres más generosa de lo que estás dispuesta a dar, el cóctel perfecto para atraer las moscas a su miel. Todo era cuestión de tiempo, aunque se demoraba más de lo permitido. El físico, aunque ejemplar, ya no tan lozano, fruto de una vida caótica y desangelada en

las que hacían mella unas prioridades erróneas y unas aspiraciones desmesuradas. La historia moderna del cuento de la lechera aplicado a un amasijo de carne de mujer retorcida de mente e inmejorablemente injusto.

Este calvario de despropósitos halló una víctima perfecta en una fresca noche en el verano de Legnica en Polonia. Allí un joven licenciado en Económicas en la King's College de Londres, rondaba los bares como quien cuenta ovejas para dormir, Stephen siempre tuvo fijación del físico desde joven, y rápidamente estuvo seducido por la belleza de las mujeres checas y polacas. Se decidió por acostarse con una de éstas últimas teniendo una noche del porno más sucio, delirante y satisfactorio jamás conocido por el hombre. El joven inglés cayó rendido a los encantos de la sensual Halina. Puede que los astros o la diosa Venus, tuviera una macabra broma reservada para el cándido muchacho. La broma vería la luz mientras lloraba, en un hospital de Londres nueve meses después. El susto de Stephen, la satisfacción de haber hecho los deberes de Halina y un nuevo ser en el mundo, significaría, la ruina para un hombre, un tesoro para una mujer y una esperanza para ambos. Ahora que Halina había ya cumplido, podía seguir la búsqueda de su anhelada felicidad con más calma, todo gracias a un seguro económico llamado Adeline.

Tan pronto recobró la figura, volvió a la vida de arpía sin contemplaciones, y fuera de toda decencia y escrúpulos se convirtió en la nueva versión de una mujer que había salido al escenario de la vida, interpretando un papel adorable para un pobre diablo al que había hecho cavar su propia tumba con una sonrisa de oreja a oreja.

Ahora estaba otra vez entre las bambalinas y no tenía que preocuparse por nada más que lograr su objetivo, la avaricia.

Toda la riqueza del mundo no llena el hueco de un cuerpo sin alma y un corazón vacío. Así era Halina, ardiente como el sol por fuera, fría como el hielo por dentro. Dopada de cinismo, envidia de interpretación de la más oscarizada actriz, no es relevante la vida de esta mujer en ésta historia salvo que al final de su vida, para abandonar este personaje, se cuenta que vivió de forma opulenta, sin límite en excesos y que aún tuvo la suerte de conseguir dos hijos más. Un niño y una niña de otros dos Stephens que le brindaron una deliciosa y larga, pero vacía vida de caprichos, excentricidades y un final con poco glamour, aunque merecido. No se esperaba, tras tres meses de quimioterapia posterior a una intervención de urgencia, que había sido

llevada a cabo para limpiar las prótesis que tan rentables fueron en su momento. Tras una temporada en un hospital privado, durante la que ni siquiera uno de sus tres hijos pasó a compadecerse de ella. Sola y moribunda, rodeada con todos los cuidados que únicamente el mejor de los seguros médicos puede brindar.

Por fin, en su último día comprendió el auténtico significado de la vida, que el amor a los demás es lo que te da la fuerza que ahora le faltaba. Pensó en las personas que pasaron por su vida, sus hijos, incluso el pobre Stephen que había muerto unos pocos años atrás, y que sólo había notado porque había dejado de cobrar la pensión que le pasaba desde su separación. En ese instante falleció, dándose cuenta de que igual que hay gente que paga por sus actos durante su vida, quizá también hubiese gente que los pagase después. Sea como fuere, ella lo sabría en ese mismo instante, guardando la respuesta tras lo oscuro de sus párpados, ahora cerrados para siempre.

CAPITULO 16.

LUZ

— ¿Quién coño eres y qué le estás haciendo a mi hija? —gritó con rabia—. ¡Contesta! ¡No se te ocurra hacerle nada o te mataré! ¡Lo juro! ¡Te encontraré y te mataré hijo de puta!

La desesperación se empezaba a adueñar de su cabeza; No sabía qué hacer, miraba a la pared derrumbada, al techo; esas luces estremecedoras, los púlpitos.

Volvió a gritarle a la pared, pero ya nadie contestaba, hacía ya rato que sólo se oía el silencio.

Empezó a dar vueltas en círculo intentando que el corazón no se le escapase por la boca. Tratando en vano de contener el aliento, de mantener la respiración; pero no podía, quería matar, quería venganza, quería a su hija de vuelta; estaba frustrado, asustado, furioso.

Continuó dando vueltas por la estancia, tenía lágrimas en los ojos que borraban el polvo de su cara. Se acercó a uno de los púlpitos y le sorprendió que tuviera un poco de cierto líquido transparente, metió un dedo; parecía agua, se lo llevó a la boca, pero estaba salado. Escupió.

Miró el púlpito de al lado y tenía un líquido parecido; lo dejó estar, pero el siguiente no. El otro parecía tener algo como finas láminas de cuero. Tomó una y la examinó, no tenía ni idea de lo que estaba viendo en realidad, así que la dejó donde estaba; se dirigió al siguiente púlpito y lo que había sin duda eran unas gotas de sangre. ¿Pero de quién?

<< ¿Quién ha puesto eso ahí?>>. Estaba completamente seguro de que todos los recipientes estaban vacíos cuando llegó.

Soltó un grito mirando hacia el techo, vio de nuevo aquellas luces tintineantes que se movían en los cristales y no lo pensó.

Tomó una piedra y la lanzó con rabia hacia el techo. Uno de los frascos se rompió y de repente, un ruido estremecedor se abalanzó sobre él. Todos los

recipientes de cristal del techo cayeron abajo; se agachó tan rápido como pudo cubriéndose con los brazos, pero muchos le golpearon y se le rompieron encima; los otros, se destrozaron estrellados contra el suelo cubriéndolo de cristales, se hizo pequeños cortes en las manos, en la cabeza, en las piernas...

Todos esos puntos de luz que iluminaban la sala, estaban ahora volando en el aire por todos lados. Volaban aleatoriamente, de un sitio a otro; todo brillaba, los tenía por el cuerpo, por las paredes, en el suelo. Aquello era...

— ¡Son luciérnagas!

Era algo completamente inusual, y al mismo tiempo mágico, era verdaderamente hermoso, pero en seguida reaccionó.

Recordó a su hija y la situación; todo aquello dejó de parecerle bonito y se convirtió en grotesco.

Se levantó del suelo y miró a su alrededor, las luciérnagas parecían ir calmándose, se posaban en la ropa y en el suelo, ya casi no revoloteaban a su alrededor, sino que empezaban a formar un patrón, parecían alinearse. Estaban marcando una línea, un camino.

Lo recorrió con la mirada y señalaba al techo, justo por donde se había desmoronado antes la pared. Había una trampilla, era imposible haberla visto antes cubierta por los recipientes y con aquellos montones de luciérnagas tintineando.

Ahora solamente tendría que llegar hasta allí, pero podría escalar en los escombros de la pared derrumbada.

Dio el primer paso y se clavó un cristal en un pie. Gritó de dolor; se arrancó del zapato aquel trozo de cristal y fue avanzando con cuidado.

Subió por las rocas más grandes y poco a poco llegó al techo. La trampilla era de hierro, estaba oxidada pero no parecía tener ningún cerrojo.

Golpeó un poco y empezó a ceder, por un momento sintió alivio...

¿Qué hubiera hecho de no poder abrir?

Golpeó más, y más fuerte, la reja que cerraba la trampilla cada vez se movía unos milímetros más. Siguió dándole golpes, pero de repente paró de ceder, los golpes ya no la movían. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

De repente se escuchó un grito. ¡Era de una niña!

Sin tiempo que perder, cogió una buena piedra y empezó a pegarle con todas sus fuerzas.

—Vas - a - a - brir - te <<Clack, clack, clack, clack>>

¡Vas a abrirte de una maldita vez! <<Clack, clack, clack, clack>>
¡Ábrete puta! —Gritó desesperado— <<Clack, clack, clack, clack, golpeaba cada vez más rápido y más fuerte, clack, clack, clack, clack>>
¡Que te abraaaaaas!
— ¡Clanck!
— ¡Sí! ¡Sí! ¡Siiiiiiiiii!

Se había abierto por fin la trampilla, sacando fuerzas de dónde ya no había más que desolación, se agarró al borde y levantó a pulso su peso como pudo.

Mientras, volvían a oírse cadenas arrastrando.

Era un pasillo largo, bastante oscuro, pero al menos tenía un sitio dónde ir, así que avanzó. Gritaba el nombre de su hija, pero nada se oía; no había nada, el camino estaba muy oscuro, tenía que ir palpando las paredes para no tropezar.

Curiosamente estaba cuesta abajo, pero tenía la sensación de estar subiendo, todo era muy confuso y el camino parecía estrecharse, hasta que de pronto cayó.

Había un hueco en el suelo que no vio con tanta oscuridad, y se fue abajo; se había dado un golpe enorme y por un momento perdió el conocimiento.

Cuando se recuperó un poco, advirtió que se vislumbraba un poco de luz, más pasillo, pero se oía algo al final del túnel, algo familiar. ¡Era lluvia!

La calle estaba cerca, tenía que estarlo, se levantó como pudo, le dolían las costillas, el tobillo; estaba exhausto, pero tenía que seguir.

Llegó a un cruce de caminos, había varios pasadizos, y eligió uno al azar, el derecho. Siguió avanzando tan deprisa como podría esperarse de un hombre en sus condiciones, la lluvia cada vez se escuchaba más y más cerca, hasta que por fin dobló la esquina y vio árboles. Había una reja, se acercó; agarró los barrotes y gritó:

— ¡Socorro!

¡Socorro! ¿Me oye alguien?

Era inútil, estaba oscuro y llovía, no tenía ni idea de dónde estaba porque los arbustos tapaban toda la reja, no se veía más allá.

Aquella reja describía una puerta, pero era imposible de abrir a manos desnudas; llevaba una cadena con dos gruesos candados.

— ¡Mierda! —dijo en voz baja.

Se sentó en el suelo para tomar aliento.

—No pasa nada —se dijo—. Podía volver, había otros pasillos, y probablemente todos dieran a un bosque, a un parque o algún sitio que estuviese a la vista. Quizá pasase gente o le vieran, o simplemente estuviera abierta la puerta de reja, pero era de noche y llovía, se notaba, era difícil que alguien pasase por ahí en ese momento.

Se quedó un rato descansando, antes de volver a incorporarse y ponerse en marcha; estaba agotado, pero tenía que salir. De allí a toda costa, su hija... Seguro que estaba en peligro.

Las paredes del pasillo estaban bastante oscuras y conforme se adentraba, todavía la luz era más escasa; iba con su mano derecha arrastrándola por la pared para no perderse, la pared estaba desprovista de todo revestimiento, irregular, un conglomerado de arena que se desprendía con el roce de sus dedos.

Llegó dónde se terminaba la pared, de nuevo pasadizos para elegir. Tomó el contiguo, pensó que era mejor llevar un orden, de modo que avanzó hacia el siguiente pasadizo. Lentamente al principio y más de prisa conforme la luz era más fuerte hasta que comenzó a ver el final del túnel, había otra reja.

— ¡Maldita sea! —gritó—. No importa, tengo que seguir, quizá esté abierto o se pueda salir de alguna forma.

Ésta vez las rejas daban a un muro de ladrillo, estaban bien sólidas y ni siquiera había puerta. Era totalmente imposible salir por allí.

—No te preocupes —se repetía—, vas a conseguir salir de aquí, todo estará bien, todo...

<<Estás donde tienes que estar>> Otra vez esa voz de su cabeza.

— ¿Qué coño estás diciendo? ¿Me estoy volviendo loco?

Se paró un momento, respiró, intentó calmarse. No se oía nada, sólo un pequeño eco de la lluvia cayendo a lo lejos.

<<Estoy sólo. ¿De dónde demonios viene esa voz? ¿Me está hablando alguien o soy yo mismo? Me resulta terriblemente familiar>>.

¿Quién eres? —gritó descompuesto. Las lágrimas le empezaron a brotar de sus ojos, estaba desolado, se estaba volviendo loco dentro de esa pesadilla.

Cayó de rodillas y continuó llorando.

<<Estás donde tienes que estar>>.

— ¡Dios! ¿Pero qué dices?

<<No caigas. Fuera, salida, avanza. Hay que pagar, todo es así. Esto es el principio, esto es el fin. Nunca es poco tiempo>>

— ¿Pero de qué estás hablando? ¿Qué quieres decirme?

Joder, estoy hablando con las voces de mi cabeza, esto no puede ser, no me puede estar pasando, no estoy loco. Son reales.

<< Juega al miedo, nunca es pronto, siempre es algo, tú lo hiciste, tú repites, tú lo pagas. Un cuando es un quizás que no se repite. Aquí está tu nunca, aquí está tu siempre. Principio y final, todo es lo mismo >>

—No tiene ningún sentido lo que oigo, pero...

<< Tú levanta, tu repites, sigue, avanza, cerca tienes el nunca. Sigue, sigue, continúa, es tu vida, todas las vidas, todas las cosas, ayúdame, ayúdala >>.

Se incorporó y continuó avanzando, volvió donde se cruzaban los pasillos y eligió el siguiente. Otra vez, tocando la pared para no perderse, pensando qué pasaba, qué era esa voz. Lo más curioso, es que dentro del sin sentido, esa voz familiar, trataba de ayudarlo de alguna forma.

<< ¿Cuándo es para siempre? ¡Sigue! Sigue por siempre, muere por nunca, tu hija, te quiero, ¿Te quieres? Ella viene, ¡Vete de aquí! Agarra tu siempre, huye de nunca>>

—Ahí, ahí también hay una reja, pero se ve... se ven árboles.

Un momento, ¿Qué son esos bultos del suelo? Ahí hay algo.

¿Ade? ¿Estás ahí?

Avanzó corriendo hacia las rejas, había unos enormes bultos en el suelo envueltos en mantas. Olía a vino y tabaco.

— ¿Quién eres? ¿Quién coño eres? —gritó con fuerza mientras agarraba la manta.

— ¡Hey! Tío, calma, calma, ¡que estamos durmiendo!

— ¿Qué estáis durmiendo?

Directamente le lanzó un puñetazo a la cara partiéndole la nariz. De la rabia,

omitió el dolor de su brazo que comenzó a abrasarle en cuanto alzó el puño.

— ¿Quieres que te mate? —le gritó de nuevo—, ¿Qué has hecho con mi hija?

— ¡Basta! —Se oyó desde atrás. —¿Quién eres tú? ¿Por qué le has pegado?

— ¿Cómo que por qué le he pegado? ¿Qué habéis hecho con mi hija?

— ¿Qué hija? —respondió incrédula—, no hay nadie aquí. Solamente estamos durmiendo, hace frío.

Era una mujer de mediana edad que estaba enroscada en la manta, tenía el pelo cobrizo, sucio y despeinado; los ojos oscuros y la cara manchada. Apestaba a vino, igual que el hombre, el cual no tenía mejor aspecto. Pelo ralo, negro; grasiento; piel rojiza; de etnia india y con la cara totalmente ensangrentada del puñetazo. Tenían toda la apariencia de indigentes.

— ¿Qué has hecho tío? Me has roto la nariz.

—Mira, lo siento, han secuestrado a mi hija y me han... Bueno demasiado para explicarlo —dijo acercándose a la reja—. Estoy aterrorizado por mi hija, me duele todo el cuerpo y estoy exhausto, lamento lo de tu nariz, has pagado lo que no te correspondía.

—No te voy a devolver el puñetazo, porque sé que al final acabaría perdiendo yo más; pero no voy a perdonarte, eso es cosa de Dios.

— ¿Cosa de Dios? Más vale que rece el que me ha hecho esto para que no lo agarre —dijo comprobando las rejas. Oh, mierda. También está cerrado —exclamó—, mientras se agarraba a las barras

.

No había bisagras ni nada; la reja cruda, fría y firme. Ningún sitio para salir.

— ¿Por dónde habéis entrado vosotros? ¿Dónde está la salida?

—Pues ahí mismo, en la puerta.

La mujer se acercó a la reja.

—Pero si no hay ninguna puerta, sólo hay una reja.

Ella agarró un barrote y la reja se abrió, había bisagras, la reja tenía una

puerta. Era imposible, lo acababa de ver.

— ¿Cómo has hecho eso? —dijo Bastian.

— ¿Hacer el qué?

—No había bisagras en la reja y tú acabas de abrir.

—Sí había, no te habrás fijado —dijo agachando la mirada.

—No, nada de eso, era una reja, sin bisagras, sin... Mira es que me da ya igual, me voy, me largo de aquí. Voy a pedir ayuda.

Se acercó hasta la puerta y contempló la noche y la densa lluvia que cubría los árboles escudriñando el exterior.

—No deberías hacer eso Kate —dijo el indigente limpiándose la nariz—, podría sospechar.

— ¿Sospechar de qué? Está donde tiene que estar, no hay nada más.

Salió de la galería atravesando la puerta de reja y se encontró en un parque, todo aquello le resultaba familiar, estaba muy oscuro, y llovía como si cayera toda el agua del mar a la vez. Estaba completamente empapado, pero el olor a tierra mojada y a libertad, le hacía recuperarse de todo.

<< Duele más, sigue, corre, éste es tu quizás, es tu hasta luego, corre, no hay día, ya no hay día, tu hija, tu vida, su vida, te quiero, te quiere, nos quieres, corre, otra vez un nunca más, corre, ahora, siempre>>

Esos jardines, el lago. Se encontraba muy cerca de casa, lo sabía.

De repente: ¡Plock!

Notó un tremendo golpe en la cabeza y se desplomó de boca al césped, hubiera jurado ver a Adeline antes de saborear las briznas de hierba que se metieron en su boca cuando acabó sobre el suelo de bruces, instantes previos a perder el conocimiento.

CAPITULO 17.

OSCURIDAD

La primera vez que Bastian pegó a Sarah, fue una tarde de verano. El calor hiperactiva a la gente y la pone de mal humor. No era algo que llevase bien, aunque ni mucho menos el verano inglés era tan agobiante como en otros países más al sur de Europa. Aun así, alguien de origen germánico no lo lleva con la misma tranquilidad, de todos modos, estas no serían sino excusas baratas; solamente un pretexto para ocultar la violencia del cónyuge de Sarah. Fuera del sentido común, había veces que la forma de actuar de Sarah le recordaba de una forma vehemente a su controvertida madre, amada y odiada no sin razón, cierto. Tras sufrir su abandono al igual que lo sufrió su padre, después de la muerte de la pequeña Alice. Pero ninguna excusa es buena para pegar a una mujer, y aunque no fue algo que se repitiese con asiduidad en la pareja, muy lejos estuvo de detener el maltrato a lo largo del tiempo. Si bien es cierto que Sarah no era una mujer débil. Sabía defenderse, y desde luego tenía bastante fuerza para su género. De esta forma, en muchas ocasiones logro detenerlo, incluso llegó a agredirle a él casi de la misma forma. En cierta manera, llegaba a ser enfermizo el punto en que llegaban a hacerse daño en verdad; evitando, eso sí, lesiones complicadas.

El hecho de que la pequeña Ade nunca sospechase nada, pues cuidaban bien de que ésta no se enterase de sus acaloradas discusiones, y la realidad, es que la niña era valorada por encima de todo. La quería con locura, de eso no tenía duda, ambos la amaban, era su hija, su vida, su tesoro, lo era todo para ambos. Quizá Bastian podía ser el marido más repugnante del mundo en ocasiones. Pero en efecto, como padre era ejemplar. Quizá sintiese esa falta que tuvo de su madre, la cual le hacía desvivirse por su hija, como tratando de dar todo lo que a él le fuese privado tiempo atrás. Añadiendo a estas disposiciones la de que Sarah realmente estaba terriblemente enamorada de su marido, conseguían de alguna extraña manera, mantener un matrimonio que de otra forma se hubiese desmoronado completamente. Sarah lo hubiera

roto a las primeras de cambio, pues no era una mujer de andarse con bromas, aunque la realidad era que su amor por Bastian era grande, tan grande como irritada se sentía.

Existía una especie de equilibrio en el corazón de Sarah, una parte de él, le amaba tanto como el odio que la otra parte le profesaba. Todo estaba equilibrado para que, en cualquier cambio, la balanza se decantase en un lado u otro.

Era bien de mañana en la oficina, Bastian saludó mientras andaba hacia su despacho para encerrarse. Stephen y Sophie estaban tomando un café en la máquina que había en mitad del pasillo.

Esa sonrisita podría delatar a cualquiera, no hacía falta más que ver como la cara de Sophie se transformaba cada vez que Bastian estaba cerca. Stephen no era tonto y desde hacía un tiempo, había desarrollado una facilidad para embaucar considerable. Todo gracias a los trapicheos que se traía entre manos; no iba a preguntarle directamente porque sabía que ella lo negaría todo, así que actuó dando por sentado que ellos dos ya tenían la aventura. De esta forma los obligaría a confesar sin apenas darse cuenta.

Obviamente no iba a hablar con Bastian, puesto que la reacción de éste sería impredecible. Podría tomarlo a broma, quizá lo negase, o quizá se pusiera violento; era imposible de adivinar. De esta forma optó por la vía rápida y directamente le preguntó a Sophie, la cual era muy lista pero no dejaba de ser una chica de buen fondo, sensible, cariñosa y vulnerable, ¿O no?

—Sophie, ¿Crees que es correcto esto que estás haciendo? —preguntó con voz muy seria.

— ¿Qué es lo que estoy haciendo?

—Lo sabes muy bien.

Stephen parecía seguro, hablaba como si lo tuviese todo controlado, no era más que una sombra de la persona que fue no hacía demasiado tiempo. Tímido, inseguro, vencido...

—No tengo ni idea de a qué te refieres

Se echó mano al pelo y se acarició la cabeza despacio hacia atrás, resopló con fuerza y torciendo un poco la mirada, habló. Pues incluso a él le resultaba violento lo que iba a decir.

—Me refiero a tu lío con Bastian. <<No podía creerlo, lo había dicho>>.

Enseguida Sophie cambió la cara. Al principio titubeó un poco, pero mirando fijamente a Stephen, exclamó: — ¿De qué estás hablando? ¿Cómo te atreves? Estás de broma, ¿no?

—No, te aseguro que no lo estoy.

—Bastian y yo somos compañeros de trabajo y buenos amigos ¡nada más!
—contestó visiblemente molesta.

—Sabes de sobra que no me estás diciendo la verdad —respondió decepcionado.

—Pero ¿Cómo te atreves? —Repitió furiosa—, estoy diciendo la verdad y aunque fuese cierto no tendría por qué darte explicaciones.

—Eso es verdad, pero yo ya lo sé todo, sólo quiero comprobar si vas a seguir ocultándolo o vas a admitirlo.

— No puedo admitir una cosa que es falsa.

—Tú sabes que lo he visto con mis propios ojos y ya no puedes engañarme.

Por un momento Sophie dudó.

— ¿Qué es lo que has visto?

— ¿No te parece extraño que tantos días vayas a recoger a su hija mientras su madre no está? ¿Las miraditas que tenéis el uno como el otro? O esa sonrisilla que se te dibuja en la cara cada vez que está cerca.

—Te repito que somos muy buenos amigos, pero eso no tiene nada que ver. Sólo voy a su casa porque tengo que ayudarle a traer a su hija al colegio y llevarlo al trabajo, nada más.

Sophie estaba inquieta porque era evidente que Stephen sospechaba con vehemencia de ella, y no sabía hasta qué punto él sabía de lo que estaba hablando, ¿Podría ser real? ¿Podría estar al corriente de todo? ¿Cómo era eso posible?

—Sophie, no puedes negarlo, os vi mientras os besabais en el hospital cuándo me llevasteis, e incluso he visto tu coche en la puerta de su casa. (Esto último se lo había inventado descaradamente, pero podía valer).

—Mira Stephen, no sé qué te ha dado ahora, pero te repito que no hay nada.

—Puedes intentar ocultar lo que ya se con seguridad, Sophie. Pero no entiendo por qué. Sabes que yo no te traicionaría, simplemente quiero ver que tengo la suficiente confianza contigo como para que me cuentes esas cosas;

puedes confiar en mí.

En ese momento, hasta el mismo se sentía sucio de la mentira que estaba diciendo e interiormente, intentó en vano, cruzar los dedos; los brazos o incluso los dedos de los pies, pero no lo hizo pues se sentía al descubierto. Era casi como estar desnudo, sentía que podían verle mientras estaba contando esa enorme falacia, tratando de sonsacar a su amiga un secreto de la forma más rastrera.

— ¡Vale Stephen! De acuerdo, nos acostamos juntos. Es obviamente un secreto y te lo estoy contando porque confío en ti. Ahora me gustaría mantener esto con discreción, y eso incluye que no le comentes ni una sola palabra a Bastian, por la cuenta que nos trae a ambos.

—Claro, por eso no te preocupes, pero, ¿Por qué lo hiciste? Si puedes tener a cualquier hombre, ¿Por qué te vas con uno casado?

— ¡Pues precisamente por eso! Como puedo tener a cualquiera, quiero a este.

—Pero ¿eres consciente de que vas a romper una familia? ¿En qué te convierte eso?

Sophie arrugó sus bellos rasgos y con una incipiente cara de enojo, le alzó la voz: —Mira Stephen, no se te ocurra juzgarme, no te he contado esto para que me juzgues. No sé qué va a pasar con su familia, si es que pasa algo, simplemente hago lo que me da la gana y no te metas. No hagas que me arrepienta de haberte contado nada.

—No te estoy juzgando <<maldita zorra>>, pensó. No tienes por qué enfadarte, te prometo que es sólo curiosidad.

—Pues ya tienes resuelta tu curiosidad. Este tema está zanjado. Te repito, que espero que no me falles y tenga que arrepentirme de esto.

—Puedes estar tranquila, sabes lo que significas para mí, podría hacer cualquier cosa por ti, cualquier cosa que me pidieras.

El gesto de Sophie se enterneció. — ¡Oh! Stephen, es que eres muy mono, te mereces a una buena chica —le dijo mientras tiraba traviesa de la manga de su camisa.

—Y ¿por qué no puedes ser tú esa buena chica? —replicó.

— ¿Quién sabe? —dijo con su sonrisa pícar—, quizá algún día. Anda vámonos de aquí cariño, estoy cansada de la oficina, llévame a comer a algún sitio luego. Pagas tu ¿verdad?

—Claro, yo te invito. <<Bastian, date por jodido>>, pasó por su cabeza.

CAPITULO 18.

OSCURIDAD

Bastian ya había alcanzado la edad adulta hacía unos años, durante mucho tiempo su mayor deseo estuvo ligado a encontrar a su madre y recuperarla, algo que mantuvo en secreto desde siempre a ojos de su padre, el cual salió muy mal parado de ese abandono conyugal abrupto y de escabrosos motivos.

Francis había sufrido mucho y pese a ello, consiguió cuidar y enderezar a su hijo convirtiéndolo en un hombre de provecho y éxito, luego de haber tenido que batallar con su desdicha en el amor, la pena en el fallecimiento de su hija y la rebeldía de un niño, Bastian, que parecía disfrutar haciendo el mal allá dónde iba. No obstante, lo consiguió, no sin un alto precio pagado con tiempo, sufrimiento y salud; siendo tanto o más leal a sus principios que la mayoría de las personas.

Frente a todas estas adversidades, Francis se mantuvo íntegro y nunca le negó la sonrisa a la vida ni a los que le rodeaban.

Su hijo siempre tuvo mucho cuidado de que Francis no sospechase en la búsqueda que mantenía desde el anonimato para dar con el paradero de Zdenka, su madre. Se dedicó a la recolección de pistas, por medio de fotos de familia, documentación en la que aún aparecía ella, incluso cualquier comentario que Francis hacía respecto a su familia política.

Todo hubiera sido mucho más fácil si se hubiera atrevido a preguntarle a su padre; pues él estaba absolutamente convencido de que conocía la ubicación exacta de su madre exiliada, pero por respeto y vergüenza, nunca lo hizo, de modo que nunca llegó a levantar la más mínima sospecha. Incluso al propio Francis le resultaba chocante algunas veces que su hijo nunca hubiera mencionado el tema, suponía que el pequeño Bastian, había convertido todo el amor que profesaba a su madre en indiferencia o tal vez en odio, sea como fuere no estaba dispuesto tampoco a destapar el gran tabú que mantenían padre e hijo.

Zdenka, había huido de la capital británica hacía ya mucho tiempo, no podía soportar la idea de haber perdido a su hija favorita, actuó de forma descontrolada, vehemente, el estado al que te conduce el dolor. Era como si nada le importase más en el mundo que huir, alejarse, encontrar un aliviadero para su corazón.

Zdenka y Francis se conocieron en el recinto ferial de Leipzig. Ella era una inmigrante polaca, la cual se marchó hacia Alemania con sus dos hermanos, allí conoció a su futuro marido, que por motivos laborales hizo al matrimonio mudarse a Gran Bretaña, estableciéndose en Londres donde comenzaron su nueva vida.

A los pocos años nació Alice y dos veranos después, Bastian. Desde entonces fue una familia unida y feliz, hasta que desgraciadamente aconteció aquel triste día en el que la familia redujo un miembro para más tarde disolverse irremediadamente.

Conociendo la nacionalidad de su madre y a sabiendas del sitio donde residía la familia políaca que una vez tuvieron, era lógico pensar que su ubicación triangulaba en algún punto entre la región de Leipzig y la provincia de Baja Silesia, ya que su madre era originalmente nacida en Breslavia.

Tras muchas comprobaciones frustradas y un esfuerzo más que notable, la tenacidad de Bastian tuvo su recompensa, las redes sociales prestaron gran servicio en el cometido, y logró así, dar con el paradero exacto de su madre. El destino era la ciudad de Legnica.

Ahora no sólo sabía la ciudad en que vivía, sino también la casa donde se alojaba e incluso su lugar de trabajo.

Zdenka estaba viviendo en Legnica, una pequeña ciudad polaca, muy cerca de las fronteras con Alemania y la República Checa. No había vuelto a casarse, aunque parecía tener una pareja sentimental, al parecer e irónicamente, trabajaba como asistente social, curioso después de haber abandonado a su marido y su hijo pequeño en otro país, sin dar ninguna otra explicación que los papeles de divorcio.

Durante meses, Bastian aguardó con calma el momento oportuno de ir a visitarla. Estaba exultante pues parece ser que volvería a reencontrarse al fin con su madre, algo que todo hijo desearía.

Faltaban pocas semanas para terminar los estudios de dirección de empresa en la Universidad de Sheffield, y como todos los universitarios, se había

previsto un viaje de fin de carrera a la República Dominicana. Las dos semanas que duraba el viaje eran un valioso tiempo, en el que podía aprovechar para buscar a su madre, nadie se enteraría, era la coartada perfecta para ausentarse y cumplir así la promesa que se había hecho mucho tiempo atrás, solamente tenía que organizarlo todo, el dinero no sería ningún tipo de problema porque desde que comenzó sus estudios llevaba ahorrando dinero en secreto, trabajando los fines de semana, algo que su padre conocía, pero no hasta el punto de saber la cantidad de dinero exacto que acumulaba. Bastian no lo empleaba solamente para costearse la universidad y despilfarrar el resto de dinero en alcohol y drogas como el resto de amigos universitarios, todo lo guardaba desde siempre con una única intención, con un solo propósito, volver a encontrar a su madre y poder tenerla de nuevo en sus brazos. Esa siempre fue su prioridad desde el primer momento.

Pasó muchas horas pensando en cómo planificar su vuelo al Caribe, para que coincidiese con otro vuelo relámpago previo hacia Polonia. Solamente tenía un par de días para aprovechar su estancia, aunque un asunto le apremiaba, antes de nada. Tenía que finalizar la universidad para poder realizar cualquier viaje.

Las horas estudiando fueron incontables, pero el resultado óptimo. Bastian consiguió aprobar todas las asignaturas pendientes para finiquitar la universidad y tener un motivo de peso para realizar el viaje de fin de carrera, así como su incursión a Centroeuropa para volver a retomar el contacto con su madre.

Finalmente, tras la espera, el nuevo graduado tomó un tren desde la estación de Sheffield junto con el resto de sus compañeros hacia Londres, concretamente al aeropuerto de Heathrow dónde lo aguardaba su padre, para darle la enhorabuena a su hijo y despedirlo.

Fue un momento muy emotivo, ya que casi hacía un año desde la última vez que padre e hijo tuvieron contacto físico.

Casi en la puerta de la terminal estaba Francis, que en un mar de lágrimas se abalanzó para abrazar a su hijo.

—Estoy orgulloso de ti hijo mío —dijo con la voz temblorosa y entrecortada.

—Muchas gracias, yo también de ti papá.

—Bueno, creo que tienes que coger un avión, ¿verdad?

—Eso me temo padre.

—Estupendo Bastian, desde luego te lo has ganado, espero que lo disfrutes. Yo te esperaré en casa para cuando vuelvas, y así, podremos ponernos al día.

—No lo dudes papá, en dos semanas estaré aquí y no volveré a ser el mismo.

Francis cogió las maletas y se dispuso a ayudar a su hijo llevándole el equipaje hacia su terminal.

A Bastian un sudor frío le recorrió la espalda, tenía que tomar otro avión, él no iba a la República Dominicana con sus compañeros, iba a ver a su madre, a Polonia. Pero no podía abrir la boca al respecto, el plan podría arruinarse en el último momento.

—No te preocupes papá, no tienes que ayudarme —dijo blanco, como el papel.

—Ya, pero quiero hacerlo —insistió.

—Por favor vete, ninguno de mis compañeros tiene a sus familiares aquí para despedirse. Entiéndelo.

—Ah, vale, no me había dado cuenta, no te preocupes —contestó mientras dejaba el equipaje en el suelo.

—Muchas gracias papá, nos vemos pronto.

—Eso espero Bastian, ten buen viaje y pásatelo muy bien.

—Así lo haré —sonrió mientras se acariciaba el pelo pajizo.

Francis se dio la vuelta y desapareció entre el ajeteo del gigante aeropuerto. Bastian se dio prisa en recoger todo el equipaje e irse hacia otra terminal, su destino era el aeropuerto de [Wrocław](#) en Breslavia.

Durante el vuelo, Bastian se notó bastante inquieto, había estado mucho tiempo planeando ese día. Llevaba años enteros en secreto, imaginándose cómo sería volver a encontrarse con su madre tanto tiempo después, cómo habría envejecido, si sería capaz de reconocerla, incluso si ella sería capaz de reconocerlo a él. Dicen que las madres son capaces de reconocer a sus hijos, aunque solamente los hayan visto un segundo en toda su vida.

Todo esto le mantenía en vilo mientras surcaban los cielos de Europa,

pegado a su asiento, imaginándose una y otra vez lo que sentiría en el instante en que la tuviese delante. Algo ensayado mil veces y que, aun así, sabía que se vería obligado a improvisar sin lugar a dudas.

Menos de tres horas de vuelo después, el avión aterrizó en Breslavia, el tiempo era húmedo, llovía a mares y hacía bastante frío para estar comenzando el verano.

Sin perder tiempo, recogió su equipaje y tomó el primer autobús hacia la ciudad de su madre, separada de él, apenas sesenta kilómetros.

Se despachó en el hotel dónde iba a alojarse solamente por una noche, no deshizo las maletas pues en realidad, la única ropa de abrigo que llevaba era la puesta, debido a que el auténtico viaje programado era hacia un sitio muy diferente, en el lado opuesto del mapa, entre las cálidas dunas de Santo Domingo. De nada iban a servirle las camisetas de manga corta y los bañadores donde ahora se encontraba.

Tanto tiempo pasó decidiéndose y concienciándose y en cambio instantes antes de salir a encontrarse con su destino, se notó del todo inseguro y tuvo que correr hacia el cuarto de aseo con un nudo en estómago que le provocaba unas indómitas ganas de vomitar, la cara roja como un tomate y las venas azules hinchadas de las arcadas.

Abrió el grifo y se lavó la cara con el agua que salía gélida, se miró en el espejo y resopló, estaba preparado.

Fue callejeando en dirección al trabajo de su madre, no estaba lejos del hotel, todo había sido calculado, las calles memorizadas, las curvas, las plazas, los parques, ya había llegado, pero no quiso acercarse hasta la puerta, aguardó aún a distancia prudencial, para ver sin ser visto, esperando pacientemente a la persona que le vio nacer, esa a la que tantas ganas tenía de volver a encontrar.

Pensó en lo que opinaría su padre, si de verdad supiese lo que estaba haciendo en ese momento, pero no le dio mayor importancia.

Hacía frío, pero, aun así, había bastante gente en la calle, las puertas del edificio eran tintadas y no se veía lo que había en su interior, lo que obligaba a mantener la concentración visual, en cada movimiento que afectaba a la puerta al salir o entrar gente. Confundió varias veces a mujeres de la misma edad que tendría su madre, hasta que esta apareció. Iba sola y aunque tantos años habían pasado, la recordaba exactamente igual que la estaba viendo en

ese momento, una mujer alta, de cuerpo espigado y cabellos rubios y blanquecinos, ojos profundos y azules, mirada triste y perdida, no había pasado el tiempo desde entonces.

La mujer en ningún momento se percató de que era observada por su hijo abandonado y siguió su camino.

Bastian no se acercó aquella tarde, controló en su reloj la hora en que salía de trabajar y se marchó directamente hacia el hotel. Los nervios ocultaron el apetito, aunque no tuvo problemas para dormir.

El día siguiente lo ocupó paseando mientras que el tiempo escapaba, pensando si su madre aún le quería, si en algún momento pasaría por su cabeza su nombre o el del marido al que partió el alma.

La espera se hacía larga, muy larga, realmente tenía muchas ganas de saber qué es lo que su madre tenía que decir, conocer su reacción, salir de dudas, poderla mirar de nuevo la cara otra vez. Entonces la puerta de cristales tintados del edificio se abrió y con ella salió Zdenka, vestía con un largo abrigo oscuro y el pelo recogido. Bastian se apresuró en ponerse a su paso y con voz firme dijo:

—Hola.

Zdenka se dio la vuelta y respondió también: — ¡Hola! —Sin haber dado tiempo siquiera a mirar a la cara de quien estaba saludando.

— ¿Cómo estás? —Preguntó Bastian.

—Bien —respondió la mujer extrañada.

Era evidente que no había reconocido a su hijo.

Bastian se echó una mano a la cabeza quitándose el gorro de lana negro que llevaba, descubriendo una cabellera de pelo fino, largo y rubio casi blanco.

Zdenka miró a sus ojos azul profundo, a su pelo y la cicatriz de la cara, hacia donde alargó la mano.

Cuando la punta de sus dedos rozó la cicatriz de la cara de su hijo, la mujer se estremeció sin poder articular palabra.

Bastian la miró fijamente y descubrió en ella casi un espejo, tenía sus mismos ojos y la misma expresión tierna que recordaba de su infancia, solamente de cerca pudo ver que las arrugas que se habían dibujado en la cara de su madre, eran las mismas que a él se le dibujaron en el corazón tiempo atrás.

Notó el brazo de su madre deslizándose hacia su hombro al mismo tiempo que el otro brazo rodeaba su cintura, por fin tantos años después, madre e hijo volvían a abrazarse.

Zdenka seguía sin articular palabra, pero amargas lágrimas mojaban el hombro de Bastian, que tampoco pudo contener sus ojos durante mucho rato.

El tiempo pareció detenerse y el ajetreo de las calles que ya empezaban a vaciarse, se hizo completamente mudo.

—Pensé que nunca más volvería verte —dijo titubeante.

Bastian permaneció callado.

—He soñado con esto muchas veces, pero pensé que no eran más que sueños absurdos que nunca se cumplirían.

—Los sueños nunca se cumplirán si permaneces dormida —contestó.

—Creo que... Tengo... Te debo una disculpa, bueno, mucho más que una disculpa, no sé, no sé qué decirte...

—Será mejor que andemos un poco —dijo Bastian, haciendo poco caso.

—Sí, claro, aquí cerca hay un parque, me vendrá bien andar, porque estoy muy nerviosa.

Caminaron desacompañadamente hacia el parque, el muchacho caminaba lentamente mientras que su madre, las piernas parecían cobrarle vida propia.

—Ya eres todo un hombre, ¿qué estás estudiando?

—En realidad, ya he terminado de estudiar.

—Me alegra mucho oír eso. ¿Ya tienes novia?

—Más o menos, acabamos de conocernos, se llama Sarah.

—Estupendo, y... ¿Qué tal está tu padre? Comprendo que no haya venido, es lógico.

—En realidad, él no sabe que estoy aquí.

—Ah, comprendo, no puedo decir nada después de lo mal que me he portado, probablemente no me creas, pero siempre os he tenido muy

presentes a ti y a tu padre, cuando el accidente pasó yo estaba muy afectada, no pensé, solamente quería huir. No fui justa con vosotros.

—No, desde luego no fuiste —comentó Bastian seriamente.

—Yo... yo lo pasé muy mal, no podía parar de llorar, tuve crisis nerviosas, durante mucho tiempo tuve que tomar calmantes y ansiolíticos para poder dormir por las noches, durante el día tenía que atiborrarme de antidepresivos para poder levantarme de la cama, era prácticamente un trapo y... En fin —suspiró—, no me avergüenza, no me avergüenza decirlo, pero incluso llegué a consumir heroína, porque fui desarrollando tolerancia a los relajantes y me dejaron de hacer efecto, de no ser por la ayuda de mis familiares y de... de amigos, no sé cómo hubiese acabado.

—Lamento oír eso —respondió con voz pausada.

Seguían caminando por el enorme parque de Miejski, el viento había amainado y desde hacía un buen rato la lluvia sólo era un calabobos. La tarde se oscurecía y cada vez quedaba menos gente alrededor. Mientras, la conversación continuaba.

—No sabes lo duro que es perder a una hija Bastian, es muy difícil, realmente duro.

—Tienes razón en eso, no sé qué es perder a una hija, pero si se lo que es perder a una madre y a una hermana, y mi padre sabe lo que es perder a una hija y a su mujer.

Zdenka miro a su hijo: —tienes razón —sollozó—, pero te juro que estuve muchas veces a punto de volver, no puedes imaginarte cuántas veces pensé en llamaros.

— ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque me daba vergüenza, me avergonzaba de lo que había hecho y en lo que me había convertido, sé que no puedo pedirte perdón, no me lo merezco, pero desde luego no quiero volver a dejarte marchar, no quiero volver a perderte ni a ti ni a tu padre, aunque no volvamos a estar juntos. Supongo que él ya ha rehecho su vida igual que yo hice con la mía.

—Me temo que no lo hizo, nunca ha podido superarlo, lo pasó realmente

mal.

Zdenka se quedó blanca, se sintió sucia y egoísta por los últimos años gozando de alegría y agachó la cabeza.

Bastian continuó: —Ya no se puede volver al pasado, así que es absurdo seguir torturándose, ya está bien.

La noche era cerrada, no quedaba nadie en el parque y una ligera niebla surgía y se contrastaba con el vaho del aire exhalado y el tenue resplandor de las pocas farolas que iluminaban el camino de tierra húmeda.

Estaban junto un pequeño seto, Zdenka sonrió, casi había dado por perdidas todas las esperanzas de volver a ver a su hijo, y ahí estaba, justo a su lado en ese momento.

Bastian se metió las manos en los bolsillos y le susurró, —Tenía muchas ganas de verte mamá.

La mujer se estremeció, había cumplido muchos años sin oír como la llamaban mamá; ocultando su sonrisa, se giró dándole el costado y habló susurrante: —Nunca más te volveré a fallar hijo, nunca más.

—Ya lo sé mamá —contestó.

Bastian sacó del bolsillo una vieja hoja de afeitar y le degolló el cuello con la sutileza de un acorde de violín. Su madre se apretó el corte con las manos mientras que la sangre fluía a borbotones, la expresión de sorpresa en el rostro lánguido que se desmoronaba tras el cuerpo y caía poco a poco inerte sobre el seto, mantuvo la sonrisa hasta el final.

Bastian se dio la vuelta y limpió la navaja, que apenas se había manchado, con un pañuelo. Mientras, caminaba hacia el hotel. No hubo gesto de odio ni de rencor; ninguna palabra de despedida; ninguna reverencia; ninguna expresión ni mirada atrás. Una muerte fría y un hombre que se alejaba entre las sombras.

Al llegar al hotel, guardó la navaja entre sus enseres personales, recogió su equipaje y tomó un taxi hacia el aeropuerto de [Wrocław](#), para embarcarse en un vuelo escalando en Madrid, hacia la República Dominicana, donde aguardaban sus compañeros de facultad preparados para unas vacaciones

inolvidables en el Caribe.

CAPITULO 19.

OSCURIDAD

Trataba de lucir fachada, y con eso, Stephen pensaba que podría irle mejor de cara a sus pretensiones en el amor; en el amor por una persona, Sophie.

Comenzaba a gastar dinero sin pudor, a derrochar, unos zapatos de piel, trajes de seda italiana, reloj de oro...

Sabía que Sophie se fijaba mucho en el estilismo, pero este no lo es todo; a pesar de ello quería destacar en su forma de vestir, sin importarle que cada vez fuera más evidente que había un fraude en algún sitio. Aquello no era ni de cerca normal, de la noche a la mañana, aquel hombre cabizbajo, con cara de niño y corto de presupuesto; se había convertido en un saca barrigas sobrado de todo. Por supuesto, no pasó desapercibido para nadie y mucho menos para Thomas.

La finalidad de Stephen no era otra que conquistar a Sophie, y para ello tenía que perjudicar a su enemigo, Bastian. Romper su matrimonio sería un buen comienzo.

Recordó en una conversación que tuvo con él, que mencionó la empresa donde trabajaba su mujer, Sarah. Así que un día, se decidió ir a buscarla al trabajo.

Habló con la recepcionista para que la avisase, puesto que Stephen no la había visto nunca en persona.

— ¡Hola! —saludó la chica que se encontraba tras el despacho en la recepción.

—Buenos días, venía a ver a Sarah, Sarah Castle, trabaja aquí.

—Déjeme un instante que lo compruebe.

—Si, por supuesto, gracias.

—Efectivamente, trabaja aquí en el departamento de investigación, pero ahora mismo no puede venir, hay que cumplir un protocolo para salir de esa zona; así que salvo que sea muy urgente, no puede bajar. Si lo desea puede dejar un mensaje o podemos llamarla por teléfono.

—Eso sería fantástico, si solo pudiera hablar un momento con ella

—Déjeme un momento, en seguida le pongo

— ¿Sarah? ¿Sarah Castle?

—Sí, soy yo. ¿Quién es? —preguntó sorprendida.

—Verás, soy compañero de trabajo de tu marido. Bastian. Me gustaría hablarte de algo en privado cuando tengas un momento.

— ¿De qué se trata?

—No te lo puedo decir en este momento, pero es urgente. ¿Podemos hablar?

— ¿Mi marido está bien? ¿Ha pasado algo?

—Sí, está bien, no te preocupes, no ha pasado nada en absoluto, pero tengo que informarte de una cosa y él no puede enterarse.

— ¿De qué? —dijo con un tono molesto.

—No puedo decírtelo por aquí, si quieres podemos hablar más tarde, pero es importante que esto no se lo digas a Bastian.

— ¿Por qué no?

—Confía en mí Sarah, cuando lo sepas me entenderás.

—No te conozco de nada como para fiarme de ti, pero no le diré nada de momento. He quedado con unas amigas en Covent Garden a la salida, si quieres, pásate por allí y hablamos; pero no quiero que estemos solos.

—Me parece bien.

—Deja tu número de móvil a la chica de recepción y te indicaré sitio y hora.

—Estupendo, gracias.

—Luego hablaremos, voy a seguir con el trabajo.

—Muy bien, hasta luego.

Sarah se reunió con sus amigas como todas las semanas en un café de Covent Garden, se mostraba un poco ansiosa por lo que podrían contarle, aunque se auto convencía de que probablemente sería alguna tontería sin importancia. No podía ser nada grave, su marido no tenía precisamente el don de la efusividad, pero no había notado ningún cambio en su comportamiento.

Le mandó un mensaje a Stephen diciéndole dónde estaba y habló con sus amigas.

—Hola, ¿es que no ha venido Mary? —preguntó Sarah.

—No, me avisó hace un rato, dice que el niño se encontraba un poco raro y que se quedaba a cuidarlo —contestó Susan—. Siempre excusas, no me creo nada.

—No seas así —replicó Charlotte—, si tiene al niño malo es normal que no venga.

—Ya, pero siempre le pasa algo a ese crío. No me lo trago.

—Bueno, es igual —añadió Sarah—, ahora va a venir un compañero de trabajo de mi marido. Le he dicho que estábamos aquí.

—Y ¿Para qué viene? —Preguntó Susan mientras se miraba el maquillaje en un pequeño espejo de bolsillo.

—Ehm, pues... —Sarah titubeó un poco—. Creo que pretenden comprarle algún regalo por su cumpleaños y quieren pedirme consejo, pero no tengo ni idea de que decirle, la verdad. Yo soy la primera que nunca sé que comprarle; le diré que algo de ropa, le gustan mucho las camisas, no sé.

—Es fantástico —dijo Charlotte riendo—, por fin parece que tu marido tiene amigos.

—La verdad es que no suele relacionarse con mucha gente, sólo con esa maldita chica...

—Oh cierto. ¡La zorra! —añadió Susan.

—Por favor Susan, cuida tu vocabulario —increpó Charlotte.

Al rato, Stephen se presentó con su hija en la mesa donde estaban las tres

chicas.

— ¡Buenas tardes! —dijo sonriente—. ¿Alguna de vosotras es Sarah?

—Sí, soy yo —dijo la mujer rubia mientras se levantaba.

—Y ¿Quién es esta preciosidad de niña?

—Me llamo Ade —contestó la niña avergonzada.

— ¡Vaya! Como mi hija.

— ¿También se llama Adeline? —preguntó tímidamente la niña de pelo castaño.

— Ah, entonces no —contestó Stephen—, solamente es parecido. Ella se llama Adelayde, pero también le decimos Ade. Es de tu misma edad, incluso diría que os parecéis un poco.

—Verás Sarah —interrumpió Stephen—, me gustaría hablarte en privado si es posible.

—Si claro, ¿Nos disculpáis chicas?

— ¡Por supuesto! —dijo Charlotte—. Nosotras nos quedamos con este bombón de niña.

— ¡Qué follón de niños! —dijo Susan.

Stephen y Sarah se levantaron y se alejaron un poco hacia la esquina de la cafetería.

— ¿Y bien? —preguntó Sarah—, ¿de qué quieres hablarme?

—Pues verás, no sé muy bien cómo puede haber una manera fácil o amable de decir esto.

—Pues dilo sin miramientos —replicó Sarah nerviosa.

— ¿Confías en tu marido? —dijo lentamente.

— ¿Qué insinúas? Pues claro que confío. Por supuesto, ¿qué clase de pregunta es esa?

—Verás, es que lamento decirte que tu marido te está siendo infiel.

—No digas estupideces —replicó furiosa—, Bastian sería incapaz de hacer

algo así, pero ¿quién te has creído que eres para venir aquí a soltar semejante barbaridad? Tendría que mandarte a hacer puñetas ahora mismo.

—Vale, vale, no te alteres —dijo gesticulando calma con las manos. Si no estuviera totalmente seguro, no se me ocurriría venir a decirte esto; sería completamente absurdo.

—Y ¿cómo estás tan seguro? —dijo agitada—. Es más, aunque fuese verdad, qué ganas con esto, no somos amigos, no nos conocemos. ¿Por qué tienes que venir a decirme esto?

—Estoy tan seguro porque la chica me lo ha confesado todo.

— ¿Qué chica?

—Sophie, ¿la conoces?

—Perfectamente, pero esa chica lo único que hace es ayudar a mi familia llevando a mi hija al colegio y a mi marido al trabajo.

—Pues parece ser que hace algo más.

— ¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Te repito que me lo ha confesado ella todo, somos buenos amigos.

— ¿Y qué ganas tú diciéndome esto a mí? No puedo entenderlo.

—Es simple, yo... yo estoy enamorado de ella, solamente quiero que se deje de tonterías y poder conquistarla.

—Y ¿para eso quieres que yo le pare los pies o algo así? ¿Quieres que yo arruine mi matrimonio para que tú puedas ligarte a una chica? ¿Pero te das cuenta de lo ruin que es eso? Es patético.

—Estoy desesperado Sarah, te juro que la quiero.

— ¡Pues díselo! Pero a mí no me jodas, sigo sin creerte, no me creo nada. Es que simplemente no tiene ni pies ni cabeza. Mira, lárgate, no voy a decirle a Bastian nada de esto, porque no quiero que tengáis lío en el trabajo, ni malas caras, ni discusiones, pero por favor, lárgate de aquí y no vuelvas a intentar hablar conmigo nunca. ¡Nunca! ¿Me entiendes?

—De acuerdo, no te molestaré más, me voy, pero debes de saber que te estoy diciendo la verdad.

—No pienso creerte, y ahora déjame tranquila; y si tienes lo que hay que tener, dile a esa chica lo que sientes, y si te rechaza, te jodes como un hombre.

Stephen no dijo nada, agachó la cabeza y se dio la vuelta para recoger a Adeline.

Sarah estaba bastante alterada y le costó mucho disimularlo, pero lo consiguió de alguna forma.

— ¿Qué habéis sacado en claro? —preguntó Susan.

—Pues absolutamente nada. Creo que aún estamos más liados, demasiado liados diría yo —dijo mientras pensaba:

<< No podía ser verdad. Bastian era el peor marido del mundo, ¿pero infiel? Es lo último que se le pasaba por la cabeza; no era cierto; imposible. Estaba segura, segura. La cara de Sophie se le apareció en el pensamiento. No, no, no, maldita zorra. No lo has hecho, no te habrás atrevido. Infiel. No puedes ser infiel, no es verdad, no es verdad, no es verdad, no es.... ¿Y si fuera verdad? >>

Sarah cogió el teléfono y llamó a su marido.

—Hola cariño. Oye tengo que ir a casa de mis padres hoy también, me acaban de llamar. ¿Te puedes hacer cargo de Ade?

—Si claro. ¿No duermes en casa esta noche verdad?

—Que va, imposible. Salgo ya.

—Vale, ten cuidado por el camino y avísame cuando llegues, ¿ok?

—Sí claro, no te preocupes por nada. Un beso.

Colgó el móvil.

— ¿Tienes que ir hoy a casa de tus padres? —Preguntó Charlotte—

— No, no tengo que ir, solamente le quiero dar una sorpresa a Bastian esta noche.

— ¿Con el chulito de la cara rosa? —rió Susan.

—No, yo sola, ya me entendéis.

— ¡Quiere mambo esta noche Sarita!

—No puedes imaginarte cuanto Susan.

—Jajaja, ya nos contarás —dijo Charlotte—, con su mirada tan dulce de siempre.

—Sí, mañana quedamos otra vez que os cuente.

—Perfecto —exclamaron las dos casi al unísono.

Adelayde dormía profundamente esa noche, una de tantas en las que su madre no se encontraba en casa.

Sophie, había traído al piso a la niña y a su padre, quedándose otra vez a cenar, pero no solo se quedaría a cenar y se iría como hizo en otras noches. Esta vez también se quedó a dormir.

Aquella tarde Sarah estaba muy inquieta, alterada por lo que le había dicho el compañero de su marido. No quería creerle y había dejado bastante claro que no lo hacía. De cara al exterior, pues en realidad si estaba escamada por ese oscuro presentimiento, podía ser verdad, pero tenía que estar segura; completamente segura. Había aprendido a ser muy fría en esa relación; las peleas, las discusiones, los golpes, las mentiras a su hija. Amor, odio, todo era un vaso lleno al que le faltaba una sola gota para derramarse.

Después de despedirse de sus amigas, se fue con el coche a dar vueltas, olvidó cenar; Olvidó todo; sólo seguía dando vueltas, intentando averiguar cómo se sentía.

Aparcó y caminó a lo largo del Támesis durante un buen rato, haciendo tiempo para ir a casa. Nadie la esperaba, sería una sorpresa. Pero ¿una sorpresa para quién? ¿Para Bastian o para ella?

A medida que transcurría el tiempo, se iba inyectando en celos, recordaba las palabras que tuvo con Susan la otra vez. Que le arrancase los pelos a esa zorra, pero en realidad, Bastian era el único culpable, era o sería. Aún estaba todo por ver. Sin más dilación volvió al coche y se dirigió a casa dispuesta a montar un espectáculo épico. Era ya tarde y sabía perfectamente cuál era el coche de Sophie. Eso había venido exactamente a buscar.

Era de madrugada, y si a esa hora su coche aún estaba por ahí cerca, la arpía

aún estaría en su casa y sería el momento de intervenir. Si no lo veía, se quedaría a dormir en el coche o iría a casa de sus padres, cansada, pero con la tranquilidad de la fidelidad. No podía subir a casa directamente porque perdería el factor sorpresa para quizá, otra ocasión. Y porque Bastian vería su incursión como una prueba de debilidad.

Simplemente esa fría y oscura noche la envolvía en inseguridades. Llegó cerca del edificio y despacio comenzó a dar varias vueltas a la manzana, buscando un coche negro, deportivo; el coche de Sophie, el coche de la que quería arrebatarse a su familia. No obstante, varias vueltas estériles más tarde y con la sonrisa del éxito, desistió de buscar aquel coche. Pero cuando estuvo a punto de abandonar el lugar, un pensamiento le cruzó por la cabeza. ¿Y si estaba utilizando su garaje? ¿Serían tan descarados? Pero, ¿por qué no? ¿Quién iba a impedirselo? ¿Qué lugar mejor que ese sitio?

Aparcó su coche en doble fila y se dirigió a la puerta del garaje de la cual tenía una copia, era un parking comunitario, así que fue andando hasta su plaza. Cuando llegó ¡estaba ocupada!

No podía creerlo, aquel deportivo negro estaba ocupando su plaza de garaje, estaba con su marido, en su casa, con su hija, en su vida.

Estalló de rabia y a punto estuvo de destrozar el coche a puñetazos, pedradas, arañazos... pero no, se calmó, ya había averiguado lo que buscaba; volvió a su coche mal aparcado y se sentó. Las luces de emergencia reflejaban de forma intermitente sus ojos llorosos en color naranja mientras tocaba contra el volante su nariz. Se supone que tendría que estar arriba, en su casa, liándose a gritos y puñetazos con esa zorra y su traicionero marido, pero no tenía fuerzas, no tenía ganas. Estaba paralizada, aún no podía asimilarlo.

Tenía que ser algo más fría, recapacitar, pero Sarah no era de las mujeres que se paran a pensar, ella era fuerte, tenaz, espontánea, era un ciclón.

Sabía que no debía, ahora ella tenía la sartén por el mango, pero aun así quería subir, subir y pelear. Pasó largo rato sentada dentro del coche pensando qué hacer; mientras, miraba de vez en cuando a la ventana que daba al dormitorio de su casa. La luz estaba encendida. ¡Estaba encendida! Subiría o no subiría. Por un momento se recordó a Shakespeare diciendo, subir o no subir esa es la cuestión. Le saltó una carcajada amarga.

Simplemente no sabía qué hacer, quería morirse, quería matarlos, quería

llorar. La impotencia no dejaba que el aire le llegase a los pulmones, estaba demasiado ansiosa, dolida, decepcionada, triste y furiosa.

Tenía que pensar, tenía que pensar, pero no podía; su cerebro estaba bloqueado. Arrancó el coche, metió la primera marcha y frenó, volvió a apagarlo y luego a arrancar; le dio puñetazos al volante, se mordió el labio hasta sangrar. Finalmente huyó; lejos, sin destino; Atravesando la lluvia que ahora caía con fuerza.

Bastian y Sophie se encontraban desnudos en el dormitorio después de comprobar que la niña, ya se encontraba en el séptimo cielo.

La puerta estaba cerrada y la luz encendida, ya era bastante tarde y Bastian tenía a su amante desnuda, afanada y sudorosa mirando hacia la puerta, con las rodillas clavadas en el colchón y las manos separando su torso de la cama mientras se aguantaba los gemidos.

Bastian la poseía por detrás, ajeno al mundo, cuando de repente la puerta se abrió de par en par, de golpe. El corazón de ambos se paró por un instante, allí estaba clavada bajo el marco de la puerta mirándolos, sin decir una sola palabra, los ojos salían de las órbitas, pero sin reaccionar. El suelo se mojaba, la pareja se paró congelada.

Ahí estaba Adelayde, mirando fijamente aquel amasijo de carne desnuda que formaba su padre con aquella mujer. La niña se orinó en el suelo; durante unos instantes que parecieron horas, nadie se movía, Sophie estaba totalmente bloqueada, Bastian tenía el corazón en un puño, habían descubierto su juego, estaba enfadado, estaba asustado, mil pensamientos cruzaron su cerebro como un rayo mientras miraba a los ojos de su princesa que estaba simplemente petrificada. El silencio era estremecedor y solo un grito furioso lo rompió:

—¡¡¡SI CUENTAS ALGO TE CORTO LA LENGUA!!!

CAPITULO 20.

ESPERANZA

Las canas cubrían el pelo largo y ensortijado que la enfermera Giulia Tachinardi apartaba con cariño, para empapar de agua fresca la frente del enfermo religioso; quien fue durante su etapa de maduración su amigo, su mentor, su salvador y su padre.

Giulia fue rescatada de las calles de Londres cuando sólo era una niña perseguida por jóvenes delincuentes de poca monta. Era huérfana de padres y aunque tenía familia escapó de ella por sentirse engañada. Se metió en muchos líos, pero un día, su suerte cambió y lo hizo de una manera muy especial, conociendo a la que sería su siguiente familia, empezando una vida completamente distinta y nueva; un nuevo comienzo, en otra ciudad, en otro país.

Lucca se encontraba postrado en una cama, estaba ya bastante mayor y enfermo. Tenía un poco de fiebre y le dolía bastante la espalda y las piernas, su cuerpo vetusto no funcionaba ya como antaño y prácticamente no podía moverse sin la ayuda de una silla de ruedas. Seguía viviendo en la misma pequeña iglesia de antaño, al nordeste de Milán, en un pequeño pueblo cerca de los Alpes italianos. Ya no daba misas, otro cura que tuvo a su cargo de monaguillo se encargaba de eso.

Él ayudó a Giulia a escapar, la ayudó a empezar de nuevo, la adoptó y la crió como a su propia hija.

— ¿Cómo se encuentra padre? —dijo con una voz dulce y una sonrisa.

—Mucho mejor cariño —tosió—, no tengo fuerzas, pero al menos estoy bastante cómodo. Ya no me queda mucho que hacer por aquí, no creo que vaya a salir de ésta.

— ¡Ya está bien papá! —contestó molesta—, eres muy quejica, siempre te estás muriendo, sólo es un poco de fiebre, nada más. Te queda mucho por quejarte aún —sonrió.

—Alguna vez será la última vez, que no te quepa duda.

—Sí, eso está claro, pero no va a ser esta.

A Lucca se le escapó una sonrisa inducida por la cantidad de morfina que fluía por su organismo como una rambla desbocada que apenas paliaba el agudo dolor de espalda que le mantenía boca arriba en la cama.

—De todas formas, no importa Giulia, ya he hecho todo lo que debía, estoy en paz conmigo mismo; encontré una razón para vivir y he cumplido mi propósito. ¿Qué más podría pedir?

— ¿Ah sí? ¿Y cuál ha sido ese propósito? —preguntó con un poco de sarcasmo.

— Has sido tú, Giulia —contestó acercando la mano para acariciar su cara. Las cosas que pasan no las crea el destino, el destino solo crea las oportunidades y tú eliges lo que hacer con ellas, en eso consiste realmente el libre albedrío. Yo tuve esa oportunidad y la aproveché, y aquí estás tú, dedicando tu vida a ayudar a los demás y cuidando a este viejo medio inútil.

—Sí, y muy agradecida, además, y no eres inútil. Tu cuerpo no está para ir a las olimpiadas, pero tu cabeza sigue funcionando perfectamente y eso es lo importante.

A Lucca se le escapó una sonrisa de felicidad seguida de tos. — ¿Te acuerdas? —preguntó.

— ¿De qué?

—Del día que te conocí.

—Claro que me acuerdo papá —no pudo evitar que le brotasen unas lágrimas de los ojos.

Eras un renacuajo, intentaste robarme la cartera, a mí. No sabías tú quien era yo.

—Te robé la cartera, lo conseguí.

—Sí, pero te pillé.

—Bah, tuviste suerte, había mucha gente por allí, fue mera casualidad.

—Sí, la casualidad más bonita del mundo.

—Pensaba que llamarías a la policía o algo así, pero no, me pediste que te

devolviese la cartera y me invitaste a almorzar —recordó con ternura. Me acuerdo como si fuese ayer.

—Eras tan viva, y con esa cara de buena. No podía creer que semejante criatura con unos ojos tan dulces, pudiese robarle la cartera a un cura, como si fueras una pequeña comadreja.

—Sí, pero no sabía que eras cura, de todas formas, te la hubiera robado igual. Era muy buena haciéndolo la verdad, en cambio tú... no me diste ningún sermón de qué estaba haciendo con mi vida, que si tenía que estudiar, que si irme a casa, que estaba mal lo que hacía. Era básicamente lo que esperaba, pero estaba dispuesta a aguantarlo porque me moría de hambre. Y no, en vez de eso, te limitaste a mirarme, sonreír y sólo me preguntaste qué quería y cómo podías ayudarme.

— ¡Dinero! —Dijeron al unísono—, dinero, me contestaste —repitió Lucca solamente.

Giulia sonrió. —Sí, sólo quería dinero te dije. Y tú me contestaste: — << ¡Vale! ¿Cuánto quieres?>>. Me quedé mirándote a los ojos con cara de idiota. << ¿Estás hablando en serio?>>.

—Sí, por supuesto —dijiste. ¿Cuánto quieres? ¿Cien libras? ¿Quinientas? ¿Un millón? ¿Y qué harás cuando lo gastes?

<<—*Que no me encuentren.*

—*Que no te encuentre ¿quién?*

—*Fist, un idiota que me quiere hacer daño. Sé que algún día me va a encontrar.*

— *¿Y si yo hago que nunca te encuentre?*

— *¿Cómo? —preguntó extrañada.*

—*A ver, tú quieres estar huyendo toda la vida de aquí para allá robando carteras, ¿No preferirías tener una nueva vida en la que tener alguien que te quisiera y no tener que preocuparte más del dinero?*

—*Pues claro que sí, pero ¿Cómo?*

— *¿Qué estás dispuesta a hacer?*

— ¿A qué te refieres?

—Yo puedo ayudarte, pero tendrás que poner de tu parte, cumplir unas condiciones que te diré y trabajar.

— ¿Qué tipo de trabajo?

—Básicamente aprender italiano para que puedas estudiar

— ¿Para qué necesito aprender italiano para estudiar?

—Pues porque yo vivo en Italia, cerca de Milán>>.

—Me acuerdo —continuó Lucca— la cara que pusiste, eras como un gorrión cuando escucha los truenos en la tormenta. Te asustaste mucho, pero querías volar, deseabas ir tan lejos como fuese posible y me dijiste que sí, que vale. Vámonos.

Yo te comenté que no sería tan fácil, no podía simplemente aparecer en Italia contigo.

—Sí, ya imagino. Es algo que en ese momento no se me había ocurrido, estaba tan... tan perpleja, que era lo último en lo que pensar. Y luego me pusiste las cuatro condiciones para irme contigo. Que te hiciese caso, que fuese feliz, que me hiciese una mujer de bien y... la cuarta. La cuarta que algún día me pedirías algo y tendría que hacerlo, pero... Aún no me has dicho lo que era.

—Lo que es —añadió Lucca. Aún no se me ha olvidado.

—Y ¿Qué es?

—Pronto lo sabrás, no te preocupes —dijo y volvió a retomar el tema anterior. Tendrías que haber escuchado a Cecilia cuando la llamé de pronto desde Londres, para decirle que quería adoptar a una niña indigente y que me la llevaba a Italia conmigo. Pensaba que me diría que estaba loco y en cambio, actuó totalmente al contrario; se puso súper contenta. Parecía que tenía ella más ganas que yo.

—Cecilia era un encanto de mujer, la echo mucho de menos.

—Yo también la echo de menos, te quería mucho, muchísimo. Eras una hija para ella también. Estuve un buen rato hablando con Ceci, me dijo que

tendríamos que hacer unas cuantas cosas primero. Por suerte, éramos ricos y, con dinero todo es mucho más fácil. Me dijo que lo principal era que te trajese aquí, que ya inventaríamos como arreglar los papeles.

Pero el problema era precisamente ese, traerte. No tenías pasaporte ni documentos y era imposible meterte en un avión.

—Si —dijo Giulia—, salvo que fuese un avión privado lleno de curas y monjas. Estaba aterrorizada en aquel momento —rió.

—Yo también, pero hay que reconocer que fue divertido verte disfrazada de monja y con aquellos zapatos que nos improvisamos en Camden, que tenían aquellas plataformas enormes. Eras bastante alta y dabas completamente el pego.

—Ya, pero ¡que imaginación tienes! Lo de la mascarilla en la boca fue genial. Con los hábitos y esa mascarilla “porque me habían operado de la garganta” no tenía que hablar, nadie me preguntaba nada, no se me veía la cara y nadie quería darme conversación. Recuerdo que sólo se acercó una monja para preguntarme si estaba bien. Le respondí: “No puedo hablar”, con la voz más ronca que pude imitar y nadie volvió a hacerme caso en todo el viaje.

Ya en Italia, todo fue un poco más tranquilo. Cecilia nos recogió a los dos, al cura y a la monja, en el coche para llevarnos a su casa. Le encantaste desde el primer momento, te vio algo, lo mismo que yo supongo.

— ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo consiguió que me adoptaras?

—Pues está feo decirlo, pero con dinero, con mucho, mucho dinero. Pero tantas veces el dinero se utiliza para cosas malas, que por una vez podía comprar algo puro.

Lo único que tuvo que hacer fue sobornar en el registro civil. Crear un personaje falso, a ti: Giulia Tachinardi. Te inscribió como que eras mi hija de antes de ser cura y ya está.

Todo es fácil cuando tienes mucho dinero, esa es la triste realidad, eso fue lo que me estaba haciendo no disfrutar la vida, solamente pensaba en mí mismo, y al final, el destino me dio la oportunidad. El viaje a Gran Bretaña con el Papa fue esa oportunidad. Contigo distinguí que ser religioso no significa ser bueno y no ser creyente tampoco significa ser malo.

—Gracias papá —dijo Giulia agarrándose al antebrazo del viejo. Yo soy

quien te lo debe todo.

—Nada de eso Giulia, todo lo contrario. Yo tengo que agradecerte a ti, tú eres mi creación y has sido mi propósito en la vida; lo único por lo que realmente ha merecido la pena vivir.

Tosió y notó como si lanzas atravesaran su espalda. —Sé que no me va a quedar mucho, el día que menos te lo esperes te daré el gran susto y ya no volveremos a vernos más.

— ¡Que no digas eso más! No vas a morirte esta vez, aún te faltan muchos años, y que no, que no te dejo yo morirte demonios.

— ¿Crees en el demonio Giulia?

—Nunca he creído en nada, tú me enseñaste eso. A dudar de todo y de todos. Así que no, no creo en el demonio, ni en el cielo ni el infierno.

—Sé que no he sido un cura corriente, nunca he creído en la iglesia ni en la fe católica ni nada parecido; yo sólo creí en la gente, en ayudar a los demás. Y estar aquí, donde he estado, me lo ha permitido. Mis padres no sé si estarían orgullosos, pero seguro que Cecilia sí.

—Sinceramente me pareció una barbaridad lo que hiciste, podríamos ser ricos y en cambio...

—Siempre he sido rico, antes porque tenía muchísimo dinero, y después he sido rico porque te he tenido a ti y porque he podido ayudar a mucha gente. Todo ese dinero no me hacía ya ninguna falta.

—Lo regalaste todo, absolutamente todo, era una bestialidad de dinero.

—Jajaja, lo era —tosió—, pero ¿de qué me hubiera servido? Cecilia se encargó de todo el negocio familiar, me permitió adoptarte. Cuando mis padres fallecieron, toda la herencia fue a parar a nosotros dos, yo no quería ese dinero ni esos problemas, mi hermana fue feliz, vivió como una reina toda su vida que para mí era lo más importante. Cuando murió, toda esa fortuna fue para mí. Ojalá y hubiese sido para sus hijos, pero murió sola. Quizá por eso te quería tanto, también eras su hija.

El caso es que toda esa fortuna no le servía para nada a un pobre viejo encerrado en una iglesia de pueblo, está mucho mejor invertida en esos hospitales que construyeron y donde tú ahora trabajas por supuesto. Nunca hubiera permitido que el banco se quedase ni un solo euro, el hecho de que el

dinero permita que exista gente pobre, sólo significa que éste es basura.

Estoy muy orgulloso de lo que he hecho, no me arrepiento. Y si tuviera que volver a vivir, haría todo exactamente igual de cómo lo hice. De eso no me cabe la menor duda y me alegro mucho de poder decir esto.

—Yo siempre he sido rica gracias a ti —dijo Giulia. Así que no me hacía falta tampoco ese dinero, me diste una familia, una educación y una meta cuando estaba tirada en la calle, así que no puedo quejarme. Desde luego irás al cielo papá, de eso estoy absolutamente convencida.

— ¿Tú crees en el cielo y el infierno Giulia? Yo desde luego no.

—Pero algo tiene que haber —replicó la chica—. Tú eres el cura, deberías saberlo.

Lucca rió. —Claro, los curas sabemos los misterios del universo. Es más fácil que una sogá entre por el ojo de una aguja...

...que un rico entré en el reino de Dios. —Continuó la chica.

—Bueno, yo iba a decir que esa cabecita comprenda todos los misterios del universo. Hay mucha maldad y mucha locura, más de la que nos podemos imaginar. Me niego a pensar que todo es injusto, una persona que ha hecho daño y ha cometido crímenes y demás disparates, no puede acabar en el mismo sitio que otra que se dedicó a ayudar a los demás.

—Yo no sé si lo harán o no, pero desde luego quiero pensar que no es así, que hay un cielo y un infierno. Algo, ya sabes. Que se paguen los pecados de alguna forma —contestó Giulia.

—Sí, claro, pero ¿Un infierno? ¿Vas a ir toda la eternidad a un infierno por un pecado o por dos o quizá tres? ¿Cómo se puede medir la cantidad de maldad de alguien? Sólo si consigues medir la maldad de lo que ha hecho, puedes imponer un castigo justo.

—Te refieres algo así como... Si matas a una persona, porque supongo que eso es el peor pecado que se puede cometer. ¿No vas toda la eternidad al infierno? ¿Cómo funciona? ¿Cómo sería según tú?

—La respuesta según yo, no es la mejor respuesta que puedes conseguir, sólo es la mejor respuesta que yo te puedo dar. Sólo mi opinión —dijo y seguidamente tosió con violencia—, conjeturas, divagaciones...

Lucca intentó incorporarse.

— ¡Quédate tumbado! —recomendó Giulia con ímpetu. No hagas esfuerzos, que bastante tienes con la tos.

—De acuerdo, pero no te enfades, también me canso de estar tumbado tanto tiempo.

—Perdona, no quería interrumpirte, sabes que me encanta tener este tipo de conversaciones contigo. Son muy enriquecedoras, continúa por favor.

—Veamos. Quizá una persona que mata a otra, a la que le quedan x años por vivir, debería estar esos mismos x años en el infierno. ¿Pero qué es el infierno? Un tal Huxley insinuó que la tierra podría ser el infierno de otro planeta. En realidad, es tan válida como cualquier otra hipótesis. ¿Quién sabe si no acabamos en otro planeta? Pero yo al menos, no opino esto. Según la religión el infierno puede ser un lugar donde se destruye el alma, otras dicen que es un estado de sufrimiento eterno, o un lugar donde te torturan para siempre.

En fin, que para cada uno puede significar cualquier cosa, no hay una verdad absoluta, pero lo que sí está claro, es que el momento de pagarlo será a partir de la muerte. Entonces, sea lo que sea y pase lo que deba pasar, pasará.

—Vale, pero volvemos a lo mismo, ¿Cómo vas a pagar el castigo que te toque? Ya no tienes tu cuerpo, ni pertenencias, ¡Sería lo que faltaba! que te pudieras librar del infierno con dinero encima.

—No, desde luego eso sí que no va a servir allí —sonrió Lucca con debilidad. Al morir, todos somos iguales, el rico, el pobre, el guapo, el feo, el hombre, la mujer, el tonto, el listo, el malo y el bueno. Y todos pagarán con la misma moneda.

— ¿Qué moneda?

—Piensa un poco, ¿con qué te pueden castigar? Si has muerto, ya no tienes cuerpo, ni tienes dinero, ni tienes familia, no tienes nada. No te pueden quitar tiempo porque tienes todo el del mundo, ya estás en la eternidad. Así que tu castigo, quizá dure un segundo o mil milenios, es el mismo tiempo, precisamente porque el tiempo, ya no existirá.

— ¿Entonces? —preguntó Giulia con fascinación. ¿Qué es lo que tienes cuando no tienes nada y no eres nada? ¿Cómo pagas?

—Pues con dolor. El dolor, el sufrimiento. Eso es lo único con lo que se puede hacer justicia.

— ¿Hablas de un ojo por ojo?

—No exactamente. Si te doy un puñetazo, mereces un puñetazo, pero si lo que he hecho ha sido, por ejemplo, romperte a propósito tu camisa favorita. ¿Merezco un puñetazo? ¿Un bofetón? ¿Dos? ¿Un milenio de tortura? Tiene que existir la forma en la que eso se compense, lógicamente es algo que se escapa de mi conocimiento. Yo no podría administrar esa justicia porque no sé a qué equivale cada cosa, pero seguro que hay una manera.

—Y por esa regla de tres. ¿Las obras buenas cuentan? —preguntó Giulia medio en broma.

—Pues yo me atrevería a decir que sí, pero de la misma manera no podría decirte cuánto restan a lo malo, pero seguro que cuentan.

De todas maneras, recuerda, el bien y el mal no existen como tal. El bien lo interpretamos como hacer cosas buenas, pero no es necesario hacer cosas buenas si no se hacen malas; me explico: El bien en sí, lo interpretamos como el orden lógico de las cosas, por tanto, el mal, sería la alteración del orden de esas cosas.

Si tiras un papel al suelo, estás haciendo el mal. Y si lo recoges, estás haciendo el bien. Pero no tendrías que hacer el bien si primero no hubieras hecho el mal. ¿Ves por dónde voy?

—Más o menos creo que entiendo un poco la idea —contestó Giulia mirándole le frente.

—La naturaleza —continuó Lucca— tiene un proceso, los ecosistemas, los animales, el mar, la montaña, la luna... Todo está conectado, todo funciona, todo va bien. Si lo alteras estás haciendo el mal, pero los únicos que alteramos eso somos los humanos, y lo hacemos de forma consciente, por tanto, nosotros somos el mal. Nuestra alma es corrupta, somos los únicos capaces de alterar la naturaleza, el orden lógico de las cosas, otra cosa es quién lo hace y quién no. Esa oscuridad es la sombra del alma, la que tenemos que iluminar para poder fluir en el universo.

CAPITULO 21.

OSCURIDAD

Adelayde cerró la puerta de la habitación despacio y volvió a su cuarto donde se acostó. Estaba todavía en shock, aún no era consciente de lo que había visto, por suerte para ella, era una niña de sueño fácil y no le costó quedarse dormida de nuevo.

La mañana siguiente fue dura, Bastian y Sophie se levantaron. Fue una noche de tensión, ninguno de los dos había pegado ojo, la pillada de la niña había sido un jarro de agua helada y no sabían cómo actuar al respecto. A ratos, permanecieron callados dando vueltas en la cama intentando dormir, otros, se miraban e intentaban buscar una forma de actuar, algo que decirle a la niña, que no se preocupase, que no dijera nada, convencerla de que fue un mal sueño. Sophie incluso pensó en marcharse en mitad de la noche, pero ya no tenía sentido. El mal ya estaba hecho y había que hacerle frente. No podía dejar de pensar en la irresponsabilidad, el enorme fallo que habían tenido.

Bastian simplemente intentó actuar como si no hubiese pasado nada. Fue a despertar a su hija para ir al colegio y preparó café y leche con galletas, Sophie se incorporó después y llevaron a Adelayde a clase en el coche.

—Adiós cariño, pórtate bien en el cole.

—Sí papá, seré buena.

—Luego te traeré una sorpresa.

— ¿Qué sorpresa?

—Si te la digo ya no lo sería.

La niña sonrió. —Es verdad, no me lo digas entonces.

Adelayde la dio un beso a su padre y se fue hacia la puerta, Sophie arrancó el coche, llevaba toda la mañana sin abrir la boca prácticamente para nada, parecía estar en otro mundo.

El camino hacia la oficina fue tranquilo, solamente la radio sonando baja en

el coche rompía el silencio. La chica paró en la puerta.

— ¿No vas a aparcar Sophie? —preguntó Bastian extrañado.

—No, me voy a casa, no me encuentro bien.

—Oye, no te preocupes más por lo que ha pasado, no creo que la sangre llegue al río.

— ¿Cómo que no me preocupe? ¿Qué pensará de mí esa niña? No voy a ser ni capaz de mirarme al espejo después de esto.

—No es para tanto, relájate. Ella no parece afectada y tú le caes muy bien, te has portado siempre estupendamente con ella y te tiene aprecio.

—Eso no importa, ¿y si dice algo? ¿Y si le cuenta algo a tu mujer? Entonces ¿qué pasará?

Por un momento Bastian se imaginó la reacción de Sarah si se llegara a enterar de eso, sería capaz de cualquier cosa que se pudiera ocurrir. Sabía que su mujer tenía un carácter muy fuerte y eso iba a tener consecuencias muy negativas.

—No te preocupes, no pasará nada, yo hablaré con la niña. No creo que sea tan difícil.

—Mide bien las palabras que le dices, no la amenaces.

— ¿Amenazar?

—Eres una persona muy buena Bastian, pero a veces, cuando sacas tu lado violento, das un poco de miedo. De todas formas, yo no soy nadie para decirte qué tienes que hacer con tu hija, solamente espero que tengas tacto y que lo pienses muy bien. Hablaremos pronto, ahora debo irme, necesito descansar.

— ¿Quieres que le diga algo a Thomas?

—No, no le digas nada, no digas que te he traído. Le llamaré yo cuando llegue a casa. Cuídate.

—De acuerdo, nos vemos pronto.

Sophie salió con el coche quemando ruedas, como siempre hacía, le gustaba

correr demasiado con el coche, aunque es cierto que conducía muy bien.

Al llegar a casa, lo primero que hizo fue llamar a Thomas para decirle que se encontraba muy mal.

— ¿Señor Thomas?

—Sí, dígame señorita Sophie, ¿qué ocurre?

—Verá, le llamo para decirle que hoy voy a faltar al trabajo, me encuentro indispuesta y no estoy en condiciones.

— ¿Está enferma? ¿Se encuentra bien?

— Sí, sí, —contestó mientras alcanzaba de una estantería, un vaso corto de whisky. Es que he tenido una serie de problemas familiares y estoy bastante afectada.

Llenó el vaso con prisa y se lo bebió sin pestañear.

— ¡Vaya! Lo lamento mucho, espero que no sea grave.

—Gracias, yo también lo deseo, le tendré informado.

—Tómese los días que necesite, ya arreglaremos las cosas cuando se encuentre en situación, ahora descanse y mejórese.

—Muchas gracias, de verdad señor Thomas.

—De nada. Hasta pronto.

En cuanto hubo colgado el teléfono, repitió la jugada dos veces más y luego llenó otro con más cantidad que se lo llevó al dormitorio.

Fue dándole sorbos y en uno de ellos lo aprovechó para tragarse un ansiolítico. Estaba confusa, cansada y triste, necesitaba hablar de eso con alguien, pero no sería en ese momento. Ahora tenía que descansar de alguna forma.

Stephen paseaba por la oficina fardando de reloj nuevo, a todo el mundo le encantaba, pero se veía muy caro para él. Los compañeros no preguntaban, solamente hacían alabanzas a su buen gusto y a su buen aspecto, pero si cuchicheaban entre ellos. Se decían cosas, cosas malas, ilegales. Quizá estaba traficando con drogas, o estaba robando de algún sitio, pero los compañeros sospechaban, aquello no se veía normal después de los momentos de agobio que pasaba hacía poco tiempo.

Pasó por el despacho de Bastian para saludarlo, en realidad solamente quería preguntar por Sophie, no la había visto aquella mañana.

—Hola Bastian, tienes mala cara. Apuesto a que no has pasado buena noche —afirmó Stephen mientras se reía.

—Ni que lo digas, no he pegado ojo, estoy deseando irme a casa.

— ¿Te peleaste con tu mujer o qué? —dijo con sorna.

—No, no fue eso. Sarah se fue ayer a casa de sus padres, es simplemente que estaba intranquilo y no podía dormir.

—Vaya, no te preocupes. Mañana estarás como nuevo, ya verás. Por cierto ¿Has visto mi nuevo reloj?

—No, la verdad que está genial, es precioso Stephen, pero eres consciente de que estás metiendo la pata ¿No? Esto llama mucho la atención y te van a pillar.

—No me van a pillar, no le digo a nadie lo que me ha costado realmente el reloj, jajaja. Es mucho más caro aún.

—No es el reloj solamente Stephen, es la ropa, la forma de tratar a la gente, ahora vas invitando a todo el mundo como si fueras rico cuando hace nada de tiempo, no dabas ni los buenos días. No estás llevando esto bien y lo vas a estropear, ya sabes que a mí me trae sin cuidado, lo digo por ti. Yo no he hecho nada ilegal, tu sí.

—Bah, estoy tranquilo, no se puede enterar nadie.

— ¿Tú crees?

— ¡Por supuesto!

—Como veas, yo ya te he advertido, y no es la primera vez, tengo la conciencia tranquila, así que, allá tú con tu suerte.

—Bueno déjate de dramatismos, ¿Has visto a Sophie esta mañana?

—No, la verdad que no sé nada de ella desde ayer, quizá está por ahí fuera en alguna reunión diciéndole a alguna otra empresa que somos los mejores.

—Probablemente. Me voy, cuídate esas ojeras que estás horrible.

Bastian se quedó mirando muy serio como su “amigo” cerró la puerta y se fue. Ahora iba riéndose de la vida cuando hace nada era un completo fracaso. <<Que cochino es el dinero>>, pensó.

Stephen fue a recoger a su hija de la escuela, Adeline era un encanto de niña; era bastante madura para su edad, había sufrido mucho con el divorcio de sus padres y era bastante consciente de que su madre no le tenía aprecio en absoluto. Eso era con algo con lo que tenía que convivir. Al menos, su padre se preocupaba por ella y la trataba lo mejor que podía, de hecho, ahora con sus nuevos ingresos, era muy bien.

Tras el colegio fueron a una hamburguesería a cenar, Stephen estaba contento con su nueva vida. Por otro lado, Adeline era una niña bastante autosuficiente, no le había quedado más remedio. Pero a su padre no le gustaba dejarla sola, sino había una buena excusa.

El teléfono móvil sonó, contestó sin mirar el nombre

—Hola, ¿Quién es?

—Ste... Stephen, soy yo, Sophie.

— ¡Vaya! Sophie, ¿qué tal? No te vi hoy en la oficina.

—Lo sé, es que no he ido —dijo sollozando.

— ¿Estás llorando? ¿Te encuentras bien?

—No, no me encuentro demasiado bien, he bebido un poco. Necesito contarle algo a alguien

— ¿Qué ha pasado? Me estás asustando Sophie

—No puedo decírtelo, es que no quiero contártelo por teléfono, si pudieras venir...

No podía creerlo, Sophie le estaba invitando a su casa, se sentía mal y era la primera persona en quien se le ocurrió confiar. Lo veía cada vez más claro, tarde o temprano Sophie sería suya.

—Si estás muy ocupado no importa, podemos hablar otro día.

—No, no lo estoy —dijo mirando a su hija—, solamente mándame la ubicación e iré tan pronto como pueda.

—De acuerdo, enseguida te la mando.

—Pues voy en cuanto pueda.

Tan pronto colgó el teléfono, le dijo a su hija que tenían que irse, se llevaron la cena a casa y en cuanto llegaron, Stephen se fue y dejó a su hija sola.

Cuando llegó a casa de Sophie, se sorprendió; era la primera vez que la veía sin maquillaje, tenía el pelo revuelto, ojeras y llevaba un pijama de ositos.

—Hola, ¿Cómo te encuentras?

—Estoy fatal, todo me da vueltas. Yo, yo... No sé qué hacer, estoy confundida.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó asustado.

—Mira sé que no tendría que contarte esto, pero eres el único que sabe lo mío con Bastian.

Stephen arrugó la expresión.

—Anoche estuve con él y...

— ¿Qué ha pasado? —interrumpió.

—Pues que... Cuando estábamos haciéndolo, su hija pequeña entró a la habitación y nos pilló completamente desnudos, ya sabes, en faena.

— ¡Dios mío! Vaya situación más desagradable, y ¿qué pasó entonces?

—Nada, cerró la puerta y se fue a dormir; al día siguiente es como si no hubiese pasado nada, pero yo no pude pegar ojo, por eso no fui a trabajar, por eso estoy así.

Se abalanzó a darle un abrazo mientras rompía a llorar.

—No te preocupes, todo tiene solución. ¿Has bebido? <<Era evidente, apestaba a alcohol>>

—Sí, me tomé unas copas para poder dormir, pero ya voy bien, sólo tengo dolor de cabeza.

—No te preocupes —repitió—, sabías que esto era una mala idea.

—Sí, lo sabía. Pero no sé, no pensaba acabar así, estoy pensando en dejar de verlo.

A Stephen se le erizó el vello de los brazos al escucharlo.

—Desde luego es lo mejor que puedes hacer, ya has tenido tu aventura, ahora vuelve al mundo real. Eres un encanto de chica, lo sabes. No te mereces compartir a nadie.

—Gracias por ayudarme Ste, te portas muy bien conmigo —sonrió entre las lágrimas.

—Pero no debes de beber más ¿De acuerdo?

—Tampoco he bebido tanto...

—No me vas a engañar cariño, hueles a alcohol y a esa botella de la mesa le falta bastante

—Pero... pero eso no es de hoy, bueno quizá sí. Es igual, lo necesitaba.

—Mira ¿Sabes qué? Ni le des más vueltas, coge la botella y vamos a mi casa. Te irá bien, no quiero que estés sola esta noche y seguro que con Adeline te distraes un poco.

— ¿Qué dices? ¿Cómo me voy a ir a tu casa así? ¡No puedo conducir en este estado!

—No te preocupes por eso, conduciré yo tu coche y ya está. Mañana te encontrarás bien para volver.

— No estoy segura que sea buena idea Ste...

— ¿Qué dices? Es lo mejor que puedes hacer, ya me lo agradecerás mañana. Venga anda, coge algo de ropa y vámonos.

—Venga como quieras, pero... ¿Me llevo el Whisky?

—Sí claro, llévatelo, no sé si tengo en casa, además ese tuyo es de buena marca.

—Venga de acuerdo, vámonos.

Ambos pasaron primero por un puesto de comida china, porque Stephen insistió que era necesario que comiese algo, y más tarde llegaron a casa. Para su sorpresa, Adeline ya estaba durmiendo, de modo que con mucho sigilo su padre abrió la puerta y entró para darle un beso mientras que Sophie la miraba. Cerró y acto seguido fueron ambos al comedor.

El sofá era grande, pero Stephen se sentó pegado a Sophie, casualmente tenía una botella de vino que destapó sin preguntar y sirvió.

—Stephen, ya he bebido mucho, ¿Crees que debería?

—Claro que sí, no has bebido tanto y ya se te habrá pasado un poco.

—Quizá un poco sí, puede ser, ¡qué demonios! Dame esa copa.

Sophie estaba un poco borracha y Stephen cada vez más cariñoso, el alcohol y el deseo se le estaban subiendo a la cabeza y cada vez tenía menos conciencia de lo que hacía y decía.

Habían cenado un poco y Stephen le sirvió una copa de su whisky.

—Para beberlo lo hemos traído —decía.

—Vamos a acabar muy perjudicados Ste, —dijo Sophie con voz ronca.

—No puedes ni imaginártelo. Es un privilegio estar aquí contigo.

—Venga ya, no te pongas zalamero Ste, que somos buenos amigos. Y los buenos amigos, no hacen nada.

—Quizá no somos tan buenos amigos ¿no? —Rió en tono sarcástico mientras se acercaba peligrosamente a su cuello.

Sophie le apartó con la mano —Que no me tienes Ste, que eres mi amigo y yo voy un poco borracha. ¿Qué modales de señor son esos?

—Venga anda, no te hagas la remolona, si yo sé que quieres

—Jajaja, ¿Qué yo quiero qué?

—Pues estar conmigo... Estás aquí en mi sofá, estamos juntos, te estoy acariciando el pelo, hemos bebido, somos libres...

—Stephen, que no quiero acostarme contigo —le dijo con toda la sobriedad que pudo sacar—

Stephen no hizo caso y se abalanzó contra sus labios que casi se rozaron. Sophie se levantó del sofá de la mejor forma que pudo con bastante dificultad.

—Ste, creo que me voy a mi casa, no es una buena idea estar aquí

—Pero ¿qué estás diciendo? Es lo mejor que puedes hacer; que podemos hacer, ven aquí —dijo mientras la cogía del brazo.

—Que no Stephen, que me voy a mi casa.

—Si no puedes conducir, ¡estás borracha!

—Que va, no estoy tan mal, me voy, en serio. Lo siento.

— ¡Que no te vas! —gritó agarrándola de la cintura.

—Stephen por favor, ¡Suéltame!

—Venga vamos, yo sé que te gusta —la cogió del pelo y la besó en la boca.

Sophie forcejeó un poco, Stephen empezó a restregarse como podía por todo su cuerpo, mientras la chica hacía por liberarse.

—Suéltame Stephen, por favor, déjame. ¡Déjame!

—Si sabes que yo te quiero Sophie, nadie te trata como yo.

—Stephen yo te quiero, pero no, no, esto no es así, déjame en paz.

—No voy a dejarte en paz, hace mucho que sueño con estar contigo así, con tocarte, necesito tocarte —decía mientras se restregaba los pantalones con las piernas de la chica y la mano apretando su trasero.

Sophie, consiguió liberar una mano y lo abofeteó con todas las fuerzas que pudo reunir. Por un momento Stephen quedó en silencio; lo había bajado al suelo de golpe.

—Me parece mentira que acabes de hacer lo que has intentado, ¿Qué quieres violarme? ¿Eso ibas a hacer? ¿Qué clase de amigo eres tú? Debería darte vergüenza, veremos si no te denuncio, hijo de puta.

—Sophie... Yo... Lo siento, no sé qué me ha pasado, de verdad —titubeaba mientras le caían las lágrimas— yo no soy así, de verdad, me gustas tanto, yo sólo quería, vaya, yo te quiero, a ti y sólo a ti.

—Que me dejes en paz, me voy a mi casa.

—No, por favor no te vayas, no te tocaré un pelo, lo juro, en serio, estoy borracho, no sé qué me ha pasado. No te enfades.

—Ni siquiera estoy enfadada, estoy decepcionada. Ahora ¿Cómo voy a mirarte a la cara? ¿Cómo has caído tan bajo?

—Yo te quería, sólo quiero tenerte como sea, te necesito.

—Yo no soy de nadie, y mucho menos voy a ser tuya. Me voy y no se te ocurra llamarme, no se te ocurra. Me largo de aquí.

La chica cogió sus cosas y salió de casa como un torbellino, las lágrimas cubrían sus ojos y apenas la dejaban ver. En el momento que llegó al coche, tiró todas sus cosas en el asiento del copiloto y salió como una flecha. Los nervios, sus ojos húmedos, la tristeza y el alcohol, no casan bien con la carretera y la velocidad. Murió.

CAPITULO 22.

OSCURIDAD

La música clásica de una orquesta improvisada por artistas callejeros, se colaba a través de los rincones de las galerías de Covent Garden mezclándose con el rumor de la lluvia en el exterior. Todas reunidas de nuevo como cada semana. Susan, Charlotte, Mary y Sarah.

—Creo que tengo algo que contaros —dijo esta última con un tono serio y triste.

Las tres se le quedaron mirando expectantes. Charlotte la cogió de la mano derecha y preguntó: — ¿Qué te ha pasado cariño?

—Veréis, es sobre mi marido. Creo... creo que me es infiel.

Las amigas de Sarah se quedaron petrificadas por un momento, no sabían qué decir.

Mary habló: — ¿Estás segura de eso?

—Completamente segura, veréis el otro día cuando vino ese tipo a hablar conmigo.

— ¿Qué tipo? —Interrumpió Mary.

—Un compañero del trabajo de mi marido, vino a decirme que me estaba engañando.

— ¿Qué compañero de Bastian? —Preguntó Mary extrañada— ¿Qué es lo que me he perdido?

—El otro día que no viniste, estuvo aquí un amigo de Bastian hablando con Sarah, —Explicó Susan— pero pensábamos que era otra cosa, Sarah no nos dijo que había venido a eso. Bueno y ¿con quién te dijo que te engañaba?

— ¡Adivínalo!

— ¡Esa zorra! —dijo Susan.

— Sí, esa zorra. Yo no le creí, de hecho, no quería creerle, pero empecé a

dudar y le tendí una trampa, le dije que me iba a casa de mis padres, pero no me fui, me quedé haciendo tiempo y luego por la noche, tarde, me acerqué a casa.

El coche de ella estaba aparcado en mi plaza de garaje, me asomé a la ventana de mi dormitorio y la luz estaba encendida, era de madrugada.

— ¡No puedo creérmelo! —dijo Charlotte.

— ¡Lo sabía! —dijo Susan alzando la voz. Sabía que esa zorra iba a lo que iba, estaba claro, tanta amabilidad, se mete en tu casa. Te dije que no te fiaras.

—A ver, tranquilicémonos —dijo Charlotte—, está claro de que tiene que haber una explicación, estáis sacando las cosas de quicio. Quizá Bastian simplemente no podía dormir y tenía la luz encendida, o estaba leyendo —o se estaba follando a esa puta —interrumpió Susan.

— ¡Basta Susan! No eches más leña al fuego, que no sabemos nada. Podría ser cualquier cosa Sarah, quizá estaba solo en la habitación y la chica dormía en el salón.

— ¿En serio Charlotte? ¿Eso son tus consejos de psicóloga? ¿Negar lo evidente? —replicó Susan de forma inquisitoria.

— ¡No es tan evidente joder! —gritó Charlotte. Vaya, lo siento, no quería gritar. Me refiero a que no estás segura al cien por ciento.

—Prácticamente sí —continuó Sarah disimulando tranquilidad—, porque le pregunté a Bastian al día siguiente y, me dijo que Sophie había venido por la mañana temprano, no me dijo nada de que ella durmió allí. Él nunca me ha mentado en nada. No lo conocéis, si no me engañase, no habría tenido problema en decir que se quedó. No es de andarse por las ramas, es... Somos muy independientes en ese aspecto, si queremos hacer algo, lo hacemos y lo decimos, aunque al otro le pueda molestar, de lo único que estoy segura es de que, en ese aspecto, cumple siempre con lo que dice. Por eso estoy totalmente convencida.

—Deberías hablar con él a ver que te dice —dijo Charlotte.

—No, no quiero pasar por eso, no pienso hacerlo —Contestó Sarah.

— ¡No quiero imaginarme por lo que estarás pasando! —le dijo Mary mientras la abrazaba—, esto es muy duro, tienes que ser muy valiente.

Mary siempre la enternecía, y al verla tan preocupada, a ella misma se le escaparon las lágrimas. Sarah se derrumbó en ese momento.

— ¿Qué vas a hacer con esa guarra Sarah? —dijo Susan con asco—, tendrás que hacer algo con ella. Le arrancarás los pelos o le partirás la cara supongo.

—No creo que ella sea la culpable realmente, desde luego se merece alguna cosa, no sé el qué, pero algo. Ahora bien, si hay un auténtico culpable de todo esto, es mi marido y sí, tiene que pagarlo. Desde luego que esto no va a quedar así, no pienso consentirlo de ninguna manera.

—Es cierto —dijo Susan—, que el único culpable es tu marido, porque, al fin y al cabo, esa perra no le tiene que dar explicaciones a nadie, pero, de todas formas, yo le daría un buen escarmiento.

— ¿Tu qué harías Charlotte?

—A ver, desde luego tu marido se tenía que enterar, divorcio lo mínimo, sacarle hasta los ojos, no sé. Luego también está el tema de tu hija, ¿Qué pasaría con ella? Por eso tendrías que pensarlo muy bien, tienes que meditarlo. Ahora tienes que ser fría.

— ¿Cómo puedo ser fría? —contestó Sarah con los ojos llorosos—. Imagínate cuando amas a alguien más de lo que se puede imaginar y averiguas que te ha traicionado, que te estaba engañando, que te ha mentado. Imagínatelo, todo mentira, tanto tiempo engañada, viviendo por y para otra persona. Imagínatelo con otra mujer. Abrazándola, besándola, poseyéndola en tu propia cama, en el mismo sitio donde tú te quedabas dormida en sus brazos mientras susurraba en tu oído que te amaba.

¿Sabes lo que siento? Las mariposas que tenías en el estómago cuando te quería, cuando tú te sentías querida, ahora tratando de huir espantadas de odio y tristeza, de desconsuelo, subiendo por tu vientre y saliendo desde tu pecho que te arde.

¿Te lo imaginas besando su cara? —Sarah, no te hagas esto —interrumpió Mary.

—¿Te lo imaginas luego besando sus labios? —continuó Sarah— ¿Te lo imaginas después acariciándola del pelo? ¿Te lo imaginas abrazándole mientras su piel quema? ¿Te lo imaginas encima de ella? Desnuda, caliente,

su lengua recorriendo su cuerpo...

— ¡Basta ya! —gritó Charlotte.

Varias personas que estaban alrededor en la cafetería se dieron la vuelta mirándolas.

—Y tú Susan, ¿Qué harías con él? —preguntó Sarah con los ojos tristes—, sabiendo que todo en lo que creías era una mentira, sabiendo que ya nunca nada volverá a ser lo mismo.

—Yo...yo creo que lo mataría...

Los ojos tristes de Sarah empezaron a encenderse en odio, la balanza de su relación ya se inclinaba hacia un lado, y no era del bueno.

— Yo creo que también —murmuró Sarah en voz baja.

CAPITULO 23.

OSCURIDAD

Stephen caminaba bajo la llovizna típica de las mañanas londinenses, pensando en cuanto tardaría en ver a Sophie por la oficina después del desastre ocurrido la noche anterior en su casa. Aún no se había resignado a perderla, pero desde luego sabía que las cosas se habían puesto mucho más cuesta arriba y no tenía ni idea de cómo podría remontar. Era una locura lo mucho que le gustaba esa chica, simplemente la quería conseguir de cualquier forma, estaba obsesionado con ella.

Continuaba andando cabizbajo, dolido y furioso. ¿Por qué no? ¿Por qué conmigo no? Se imaginaba a Bastian con ella y se moría de envidia, de celos. Quería matarlo, quería vengarse de él. No era justo —pensaba— que estuviese renegado a ser simplemente un abejorro merodeando sin poder probar la flor. Solamente era eso, un mirón; un tonto; un amigo.

Se acercaba por el pasillo despacio, hoy no alardeaba de nada, ni si quiera se fijó en que todo el mundo le estaba mirando con cara seria; paseaba por encima de la moqueta como si fuese un fantasma húmedo e invisible. Entró en su despacho y se encontró un sobre encima de la mesa con una pegatina azul; se sentó y se dispuso a destaparlo, justo en ese momento entró el señor Thomas al despacho.

—No te molestes en abrirlo hijo. —dijo con el rostro condescendiente y serio a partes iguales. Ese sobre es la segunda peor cosa que te podría pasar.

— ¿De qué va todo esto? —preguntó Stephen con cara de pocos amigos.

—Lo sabes perfectamente.

—No, no lo sé. No estoy esta mañana para acertijos.

—Pues bien, no te molestes en descubrirlo; es tu carta de despido.

La cara de Stephen se desencajó. — ¡Debe ser una broma! No tienes ningún motivo para despedirme, estoy haciendo mi trabajo perfectamente, lo sabes.

La empresa va bien, los proveedores están contentos, los clientes están contentos... ¿Qué coño pasa?

— ¿Qué pasa? Mira, como te he dicho, ésta es la segunda peor cosa que te podía pasar, tu despido. Pero la primera está esperando a que yo salga de la habitación.

Por un momento pensó que Sophie le había denunciado por intentar abusar de ella. — ¿De qué se trata? ¿Es cosa de Sophie? —preguntó intentando calmarse.

— ¿De qué estás hablando? Esto no tiene nada que ver con nadie, sólo contigo. Te hemos descubierto, sabíamos desde hace un tiempo tus trapicheos y estás en un serio problema. Lo que hay tras la puerta son dos agentes de policía que te van a llevar ahora mismo detenido.

El gesto de Stephen se arrugó y su piel rosada se enrojeció de furia. — ¿De qué me estás hablando? ¡No tienes pruebas de nada! —gritó.

—Tenemos todas las pruebas del mundo, desde luego has sido una autentica decepción para todos, pero ahora lo vas a pagar caro. No quería que leyese esa carta porque veo mucho más justo ser yo el que te lo diga personalmente, dando la cara, como hacen los hombres. Estás despedido y estás denunciado y detenido.

—No puedes hacerme esto Thomas, no puedes. Mi hija...

—Ese no es mi problema, haber pensado en tu hija antes de robar. Siento que esto acabe así, créeme que lo siento.

—Me han delatado, ha sido Bastian, estoy convencido —empezó a alzar la voz cada vez más. ¿Dónde estás hijo de puta? ¡Has sido tú! Lo sé. ¡Esto no se va a quedar así! ¿Lo sabes no? Te encontraré, te encontraré y te mataré. Mira lo que hago con tu mierda de carta —gritó mientras hacía añicos la carta en la cara de su ex jefe—, a la mierda tú y tu carta, a la mierda Bastian, a la mierda todos.

— ¡Stephen! Esto no son formas.

— ¡Me importan una mierda tus formas y tú! —le contestó mientras le lanzaba a la cabeza el flexo que tenía en el escritorio—.

Estaba completamente ido de sí mismo.

El señor Thomas apenas pudo esquivar el flexo que le golpeó en una pierna y salió como pudo del despacho.

Fuera, toda la oficina estaba expectante escuchando los gritos y tratando de averiguar qué es lo que estaba pasando. Ya sabían cuando entro la policía de que algo inusual ocurriría aquella mañana, y desde luego, estaba pasando.

Los dos agentes entraron al despacho. Mientras, Thomas se dirigía nervioso hacia sus empleados.

—Debo daros una explicación de lo que está pasando hoy aquí... —dijo en voz alta.

Dentro del despacho, la policía le comunicó a Stephen que tenía que acompañarlos, estaba detenido provisionalmente a la espera de juicio.

—No pienso irme con vosotros. ¡Bastian! —Gritó. ¡Todo esto es tu maldita culpa, cabrón!

—Señor, tiene que acompañarnos —dijo el policía tranquilamente.

— ¿Por qué?

—Está usted acusado de estafa, malversación de fondos, tráfico de influencias, ocultar dinero al fisco... ¿Quiere que siga?, Venga, acompáñenos y acabemos con esto pronto.

— ¡No me da la gana de irme! Tengo que ir a casa, tengo que cuidar de mi hija.

— ¿No hay otro familiar que pueda hacerse cargo de la niña? —preguntó el otro agente.

—Su madre, o sus abuelos, su madre pasa de ella. Es una zorra, pero no, iré yo. Yo cuidaré de mi hija, me voy a mi casa.

—Usted se viene con nosotros —dijo seriamente el policía—, probablemente pase la noche en el calabozo, pero no será mucho tiempo hasta que sea puesto en libertad a la espera de juicio.

— ¡Que no me importa! ¡No me voy a ir con vosotros!

—Si se resiste va a ser peor. Ya tiene suficientes problemas, evítese más cargos como obstrucción a la justicia o resistencia a la autoridad, eso no le va

a beneficiar.

— ¡A la mierda con todo!

—Mire, sabemos que está nervioso y no le vamos a tener esto en cuenta, pero acompáñenos por favor.

— ¡Que os den! —dijo sacando el dedo.

El policía intentó agarrarlo del brazo y Stephen se resistió, hubo un forcejeo hasta que le dio un puñetazo en la cara al policía con todas sus fuerzas. Automáticamente el otro agente fue a ayudarlo, y Stephen empezó a gritar y a repartir puñetazos y patadas por doquier hasta que los agentes lo redujeron a golpe de porra; lo esposaron y lo sacaron del despacho. Tras esto, salió de la oficina esposado, con la camisa rota, la cara ensangrentada, y la vergüenza en sus ojos al mirar a todos sus ex compañeros de trabajo, que observaban la trágica escena con cara de circunstancia sin decir una palabra, mudos. Con el señor Thomas al frente, girando el cuello en señal de desaprobación.

Mientras se dirigía al coche patrulla en el que lo llevarían detenido, pensaba en su hija y en Sophie. Ahora sí que las habría perdido para siempre, la vida que le esperaba se iba a volver considerablemente dura a partir de ese momento.

Le quitarían a su niña, su trabajo, sin dinero, no volvería a ver a la chica que amaba, al menos, Sophie no estaba para ver el bochornoso espectáculo de la oficina.

Ni tampoco Bastian. — ¡Joder! Bastian no estaba, quizá él sabía algo de esto y no me avisó, no me dijo nada. Cuando lo pille, se va a enterar ese hijo de puta. Se enfureció, pero no podía moverse, tenía puestas las esposas y ya estaba sentado en la parte de atrás del coche de policía. Tenía la cabeza apoyada contra el cristal de la ventanilla, quizá Sophie y Bastian estaban juntos en ese mismo momento. Una lágrima se le escapó de sus amoratados ojos.

Bastian llegó tarde al trabajo, pues Sophie no estaba para llevarlo, de modo que tuvo que coger el autobús. Era totalmente ajeno a todo lo que había ocurrido minutos antes. Entró a la oficina y notó el ambiente enrarecido. Se respiraba mucha tensión, pero él no era una persona de cotilleos y no solía relacionarse con el resto de compañeros, así que fue directamente hacia su

despacho.

Mientras caminaba por el pasillo, se fijó en que la puerta del despacho de Stephen, que era contigua a la suya, estaba abierta. Había un flexo en el suelo, justo debajo del marco.

Se asomó y el despacho estaba vacío. Todo estaba revuelto, parecía que había pasado un tornado por allí, había papeles en el suelo por todas partes, la mesa estaba movida, la silla volcada.

Todo aquello era muy extraño. Abrió la puerta de su despacho y se encontró a Thomas sentado en su sillón.

— ¡Hola, señor Thomas!

— ¡Buenos días, Bastian! Si es que tienen algo de buenos. Se te ha hecho un poco tarde hoy.

—Sí, el autobús llevaba retraso, no pude llegar antes. Normalmente suelo venir con Sophie, pero hoy no estaba.

—Lo sé, llamó ayer para decir que tenía problemas familiares.

— ¿Problemas familiares? —Repitió Bastian pensativo. La llamaré dentro de un rato.

—Muy bien, hazlo y dale recuerdos.

— ¿Puedo ayudarlo en algo señor Thomas? —Preguntó acariciándose la cicatriz de la cara.

—Mira Bastian, seré sincero. Te he investigado. Sé que Stephen y tú estabais muy unidos, y después de todo lo que hemos averiguado sobre él, me extrañaba bastante que tú no supieras nada.

— ¿Qué ha pasado con él? He visto ahora su despacho, está destruido.

—Sí, está destruido como él y ya no es su despacho. Mira Bastian, no estoy convencido de que estés limpio, pero es cierto que después de las investigaciones, no hay nada que te inculpe de ninguna forma. Simplemente tengo que saber, y te prometo que esto no va a salir de aquí. Esto es de hombre a hombre, entre tú y yo. ¿De verdad no sabías lo que estaba haciendo tu amigo?

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando Thomas.

—En serio Bastian, no estoy para tonterías esta mañana, no te va a pasar

nada. A Stephen se lo han llevado hace un rato detenido; hace tiempo que lo venimos investigando y le hemos encontrado de todo. Tú siempre vas con él y además lo propusiste para el trabajo con el que ha hecho todas sus irregularidades. Es imposible que no supieras nada.

— ¿Se lo han llevado detenido?

—Sí, esta mañana. Ha sido un espectáculo bastante bochornoso.

—No me extraña, es que es un poco idiota. Se lo advertí en varias ocasiones, pero no me hizo caso. Yo sabía lo que estaba haciendo, mentiría sino. Pero te digo esto porque no tenéis nada contra mí por un motivo muy simple. Yo no he hecho nada.

Sabía lo que estaba haciendo perfectamente, pero también sabía bien de su situación, y pensé que si ahorraba un poco no le vendría mal. Cuando empezó a hacer sus “irregularidades” como las llamas, yo me callé, es cierto. Pero tampoco tengo que delatar a un compañero, que además tenía problemas económicos serios. Lo que no pude suponer es que haría el idiota de esa forma. Se supone que iba a ahorrar, y lo que hizo fue derrochar, no te imaginas las peleas que he tenido con él. Le dije que este día llegaría y nunca me hizo caso. Bien, pues ahora, ¿Qué puedo decir? Lo siento por él, pero ya era mayorcito.

—Te entiendo Bastian. Supongo que yo habría actuado de la misma forma que tú, en esa situación.

Bastian se acarició los pelos de la pequeña barba rubia. —Es una pena — dijo. Y ahora ¿Qué pasará con su hija?

—Pues no tengo ni idea. Se supone que se irá con su madre en cuanto la localicen.

—Seguro, pero pobrecilla, por lo que sé de su madre, no le espera un buen futuro a la pequeña. Espero que acabe con sus abuelos. Por su bien.

—Bien Bastian, me voy. Espero que tengas mejor mañana que yo.

—Gracias, eso es seguro. —rió.

El señor Thomas abandonó el despacho con una cierta cojera y Bastian tomó su asiento; lo primero que hizo fue llamar a Sophie. El teléfono daba tono,

pero no contestaba. Volvió a llamar al rato, pero seguía sin contestar, hasta que directamente aparecía como desconectado.

Al día siguiente, Bastian volvió a llamarla, pero el teléfono seguía desconectado, así que fue a hablar con Thomas para ver si sabía algo de ella.

—Hola Thomas, ¿Sabes algo de Sophie? La he llamado varias veces entre ayer y hoy pero el teléfono me sale como que está apagado.

—Solamente sé lo que ella me dijo: que se encontraba indispuesta y que tenía problemas familiares.

Yo le dije que se tomase los días libres que le hicieran falta, pero no he vuelto a saber nada más de ella.

—Qué extraño. Bien. Seguiré probando a ver si lo coge.

—De acuerdo, si te enteras de algo, dímelo.

—Como guste. Hasta luego.

La mañana siguiente lucía el sol como era poco habitual en esa ciudad, la gente radiaba de jovialidad, siempre que está despejado todo el mundo hace por salir a la calle y recargar la energía. Pocos días son los que te dejan esa sensación en Londres.

A Thomas le encantaban los días así, estaba deseando jubilarse para irse al caribe por fin. Era muy complicado estropearle un día así, muy difícil, pero no imposible.

Su teléfono sonó y descolgó.

—Buenos días señor Thomas, le paso una llamada de la comisaría de policía.

—De acuerdo, pásamela.

—Hola, aquí Thomas, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días. ¿Trabaja allí una chica llamada Sophie? ¿Sophie Wright?

—Sí, ¿Hay algún problema?

—Verá, me temo que tenemos muy malas noticias...

CAPITULO 24.

LUZ

De repente le despertó un cosquilleo que le corría por todo el cuerpo, tenía la sensación de que algo se movía por encima de él. Eran bichos, insectos. No sabía con exactitud de que tipo, estaba a oscuras y tenía un fuerte dolor en la cabeza. Intentó moverse, pero se encontraba atrapado, prácticamente apenas podía mover los brazos, parecía estar dentro de una caja de madera, había un olor muy fuerte a humedad.

— ¡Sacadme de aquí! —Gritó con todas sus ganas.

Nadie contestó.

Dio golpes en la tapa con todas las fuerzas que podía conseguir por el espacio reducido en el que se encontraba. Los insectos que tenía pululando alrededor de todo su cuerpo se metían por dentro de la ropa, por el cuello, los tenía dentro de los pantalones, se le subían a la cara.

Empezó a zarandearse como pudo, intentando sacudírselos sin éxito y se dio cuenta de algo extraño, parecía que aquella caja no estaba exactamente en el suelo, se estaba moviendo.

Trató de mantener un segundo la calma, de escuchar, intentar averiguar cosas.

Obvió como pudo la sensación asquerosa de aquellos bichos paseando por su cuerpo, mantuvo el silencio. Se oía el crujir del viento contra ramas de árboles y se oía algo parecido a un arroyo. Ahora entendía ese movimiento oscilante cuando intentaba moverse. ¡Estaba flotando!

La humedad, el aire frío que se metía por unas minúsculas rendijas que no podía ver a sus pies. ¿Estaba en un ataúd flotando?

Pero ¿quién era el psicópata retorcido que estaba torturándolo así? No era más fácil pegarle un tiro y acabar de una vez. ¿Por qué se cebaban con él de esa manera?

Volvió a hacer fuerza con todas sus energías sobre la tapa de madera, tenía

que salir de ahí, empezaba a notar el agua en su espalda que se iba filtrando por dentro.

Volvió a gritar, esta vez sin parar.

— ¡Que alguien me ayude!

— ¡Sacadme de aquí! ¡Por Dios!

— ¡Ayuda!

— ¡Abridme hijos de puta! ¡Quiero salir de aquí!

Una cucaracha se le metió en la boca al gritar y se atragantó. Consiguió girarse un poco y de la arcada pudo escupirla, el insecto salió corriendo de su boca.

Vomitó y se dio cuenta de que el agua cada vez inundaba más la caja.

Si seguía entrando agua de esa forma, pronto se hundiría, no sabía que profundidad tenía el sitio donde estaba, ¡ni si quiera sabía dónde estaba!

Los nervios lo estaban destruyendo por momentos, los bichos que le hacían compañía le trepaban el cuerpo en la misma dirección huyendo del agua.

No podía quitárselos de encima, cuando les daba un golpe se volvían a subir. A algunos los mataba aplastándolos con sus propias manos, pero había demasiados, era como si se multiplicasen.

El agua ya le estaba cubriendo hasta los oídos, los bichos de su cuerpo ya no eran el problema, había matado montones, parecía que ya no eran tan molestos, pero la realidad es que se iba a ahogar en poco tiempo.

Cuanto más hacía por escapar, más agua entraba.

<<Yo te quiero, tú no puedes, ¿Te duele? Sigue ahí. Un poco más, siempre un poco más, el principio y el final, estás donde debes estar. Yo te ayudo, ¿Tú me ayudas? Nada es el principio, todo es el final>>.

— ¿Otra vez tú? ¡Sal de mi maldito cerebro!

El agua se estaba moviendo más en el extremo donde tenía la cabeza, si no lo remediaba, cuando la caja se hundiera lo iba a arrastrar boca abajo. No podía consentirlo, en caso de haber poca profundidad, si se hundiese por los pies, quizá podría tener la cabeza fuera del agua, pero si se hundía cabeza abajo, se ahogaría, aunque la profundidad fueran dos palmos.

Con todas sus ganas, arrastró hacia sus pies todo el peso que pudo, haciendo fuerza con la pelvis y empujando hacia abajo con las piernas. El agua se fue

hacia sus pies, y parecía incorporar la caja.

La oscuridad, los bichos, la estrechez, había olvidado a su hija, estaba secuestrada por la misma persona que le estaba haciendo eso a él. Gritó de rabia. Dio golpes con los pies en la caja, el agua empezó a entrar mucho más rápido, comenzó a erguirse hasta quedar flotando totalmente vertical.

Cada vez subía más, le llegaba hasta la cintura, mientras, la respiración se le aceleraba a mil y los puñetazos contra la tapa ya le habían desollado las manos.

Ahora llegaba hasta el pecho. Intentaba dar patadas, pero no se abría. El agua iba ascendiendo.

<<Te espero quizás, nunca tuviste daño, el viento es tu amigo, cuando veas tu alma, su alma, padre, saldrás, golpea, huye, Agua y madre, aire y padre, ella no quería, niña asustada, demonio ahogado>>.

Lo había notado, ya se había hundido y la caja caía lentamente al fondo de donde quisiera que estuviese. No podía hacer mucho más, el agua le llegaba por el cuello y notaba caer un goteo constante de las filtraciones de la caja que caían.

Ya no había insectos, se habían ahogado o habían muerto aplastados a golpes.

La caída llegó a su fin, estaba de pie dentro de una caja sumergida apoyada en el fondo, y ésta, pronto se llenaría completamente de agua y si no, se le acabaría el oxígeno en poco tiempo. En cualquier caso, estaba muerto.

<<A veces orgullo, a veces odio, a veces los muertos son los que mejor viven, te espero fuera, sal de tu pensamiento>>.

Se agarraba a las paredes de la caja para flotar, tenía los labios y la nariz pegados a su extremo raspándose con las astillas de la madera. Hacía fuerza con las piernas para abrir la caja, pero era imposible, ni si quiera se movía, todo había acabado.

<<Túmbate, descansa, todo está hecho, nada ha acabado, todo sigue, tú lo quisiste, estás donde debes estar, túmbate, túmbate>>

No quedaba ya aire, respiró por última vez y aguantó tanto como pudo. Al final, no tuvo más remedio que exhalar y comenzó a tragar agua.

Ya no hubo nada más, las fuerzas le abandonaron y cayó en la oscuridad. La caja de madera tumbó y se abrió sola, su cuerpo inerte quedó a media agua y

un brazo lo agarró de la camisa y lo sacó fuera.

Todo estaba borroso, consiguió despertar, pero estaba aturdido, helado. Solo recordó unos labios que le besaban y una melena de color azul.

Se incorporó del suelo, había césped y la luz de las farolas, miró hacia el agua, era un lago. Había un pedazo de caja de madera flotando, sería donde estuvo encerrado. Vio el reflejo de algo brillar dentro y se arrodilló para cogerlo con cuidado. Era un anillo, el anillo de su boda.

Se dejó caer al suelo sentado y entonces lo reconoció. Era el lago de Regent's park, allí donde pidió matrimonio a Sarah.

Era de noche, hacía frío, pero no lo sentía.

<<El final es el principio, estás donde debes estar, padre, hijo, mujer y esposo. Todo vale, pero todo se paga>>.

La inquietante y familiar voz empezaba a tener sentido dentro de sus divagaciones, trataba de ayudarlo de alguna forma. Aunque no llegase a entenderla bien, sabía que pretendía ayudarlo.

<<Hijo, padre, hija, madre. Todo fin tiene su principio, el principio es sólo el fin de un quizás>>.

Tenía que espabilar, se encontraba aturdido, pero no se podía permitir el lujo de perder el tiempo, su hija estaba en algún lugar en aquel parque, y tenía que encontrarla.

Se puso de pie y empezó a correr a través de los setos, sabía dónde se dirigía, se acordaba, la pared de ladrillo y esa apariencia de bosque estaba en ese parque, al lado del pequeño puente de York, cerca de las pistas de tenis. Cuando salió por la puerta de barrotes estaba ahí al lado, cuando esa mujer le abrió la puerta. —Un momento —pensó—, ellos son los que me golpearon y me metieron en ese ataúd en el lago. ¿Y si vuelven a intentar hacerme daño? No importa, voy a localizarlos y luego llamaré a la policía.

Tomó el carril bici y corrió tanto como pudo, no pasaba nadie, lloviznaba y era noche cerrada. No tenía ni siquiera idea de cuánto tiempo había pasado desde que salió de allí, pero daba igual, tenía que llegar.

Por fin alcanzó el puente y se lanzó arrastrando por en medio de los árboles por un pequeño terraplén.

Ahí estaba la entrada, la puerta de rejas. Había una cadena con candado sellándola y era imposible que consiguiese abrirla.

Se acercó y agarró los barrotes. —Adelayde —gritó—.

Nadie contestaba, ni siquiera el eco, solamente un túnel que ganaba oscuridad conforme avanzaba hasta sus entrañas.

—No me queda otra, necesito entrar ahí, tengo que llamar a la policía, tengo que avisar de todo esto.

El viento comenzó a soplar, aún estaba mojado y con la ropa hecha harapos, sentía frío, miedo. Al menos estaba libre, había escapado al fin.

Corrió hasta su casa, tenía que avisar a Sarah, tenía que contarle qué estaba pasando, a ella y a la policía. Había que entrar allí, había que rescatar a su hija, había que acabar con los culpables.

Salió corriendo del parque y llegó hasta el cruce dónde estaba la iglesia de St John's Wood, al cruzar por mitad de la carretera, juraría que la figura de bronce de San Jorge atravesando un dragón con su lanza, giró el cuello para mirarle. Tomó Wellington Road hasta llegar a su bloque de viviendas.

Nadie le contestó al llamar por el comunicador de la puerta, no funcionaba, parecía no haber electricidad. Llamó a los vecinos, nadie contestaba ¿Cómo podría entrar en su propia casa? No tenía llaves, ni teléfono, nadie le podía abrir.

Tendría que romper la puerta de cristal, en ese momento en que ya estaba decidido, la puerta se abrió y un hombre salió hacia fuera con bolsas de basura.

— ¿Estás bien Bastian? —preguntó con una voz aterciopelada.

—No, no estoy nada bien, han secuestrado a mi hija, tengo que llamar a la policía, necesito entrar a mi casa, pero no tengo llaves.

Sentía que las palabras se le agolpaban en la garganta y le costaban salir todas a la vez.

—No tengo tiempo de explicar, tengo que entrar.

—Entra, entra, no te preocupes, —dijo con una sonrisa e invitando con las manos a que entrase—, vivo en frente tuya, llámame si necesitas algo, enseguida subo, voy a tirar esto, los ascensores están rotos.

Bastian entró corriendo, no tenía ni idea de quién era ese tipo, no le había visto en la vida y decía que vivía en frente suya, pero su voz, su voz le resultaba increíblemente familiar.

Subió las escaleras como una exhalación y se encontró la puerta de su casa abierta de par en par. Estaba todo destrozado.

—Hay alguien ahí —gritó. ¿Sarah? ¿Estás ahí?

Quizá la habían secuestrado también. ¿Quién sabe qué estaba pasando? Todo era confuso. Cerró la puerta, se oía el viento de la noche entrar a través de las ventanas abiertas, el piso parecía otro, un terrible olor a humedad que surgía de las paredes ennegrecidas y agujereadas, el suelo tenía barro e incluso una especie de musgo cubriendo algunas zonas, los muebles estaban rotos y tirados en el suelo. La televisión, lámparas, había cristales y trastos por doquier. Todo estaba destrozado como si llevara años perdido en el bosque después de que lo arrasara un ciclón. El dormitorio tenía sangre en las paredes, los colchones con quemaduras, mojados y enmohecidos, allí no había nadie. Se acercó a la habitación de Adelayde, la puerta estaba cerrada, no se fiaba. La abrió de una patada.

Al entrar despacio quedó perplejo, la habitación estaba limpia; impoluta, todo en su sitio. La cama bien hecha con las sábanas estiradas, la ventana cerrada, el parquet del suelo relucía, sus peluches en las estanterías, libros de clase ordenados encima del escritorio, era casi tan estremecedoramente irreal tanta pulcritud en esa habitación como el caos en el resto de la casa. La sangre se le heló, dio la vuelta cerrando de un portazo. Tenía que salir de allí y llamar.

En casa no encontraría ningún teléfono ni nada que pudiera ayudarle, así que salió del piso y se dirigió a casa de su vecino de enfrente. Antes de salir, encontró un juego de llaves en el suelo, cerca de la puerta, lo cogió y cerró.

Llamó a al timbre del vecino, funcionaba perfectamente. Éste le abrió.

—Hola Bastian, ¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito llamar por teléfono, es urgente.

—Claro, ¿qué ha pasado?

—No tengo tiempo de explicaciones, déjame por favor.

—Faltaría más, voy a buscarlo, ¿Quieres pasar? ¿Te apetece algo de beber?

—Un vaso de agua me vendría muy bien, gracias.

—Por supuesto, toma mi móvil, voy mientras a buscar agua.

Llamó al número de Sarah, pero como suponía, estaba apagado. Consiguió llamar a la policía.

—Buenas noches, aquí el teléfono de emergencias, ¿en qué podemos ayudarle?

—Verá, no sé bien por dónde empezar... Cómo explicarle, han secuestrado a mi hija y la tienen encerrada en Regent's park, en el puente de al lado de las pistas de tenis. Han destrozado mi casa y creo que tienen también a mi mujer, han intentado matarme a mí, pero me he escapado.

— ¿Cómo se llama señor?

—Bastian Castle.

— ¿No se trata de una broma verdad?

—No por Dios —contestó ansioso, ¿Cómo iba a inventarme eso?

— ¿Dónde se encuentra ahora Bastian?

—Estoy en casa, el número tres de Wellington Road.

—De acuerdo, mandamos un coche patrulla hacia allí, ¿Podemos localizarle en éste mismo número?

—Deme un segundo y se lo confirmo.

— ¡Eh!, oye, vecino, perdona. ¿Me puedo llevar tu móvil? Es una emergencia.

—Sí claro, no te preocupes, lo que te haga falta hombre. Tienes que estar donde tienes que estar. —dijo acercándole un vaso de agua.

— ¿Disculpe? —Siguió con la llamada.

— ¿Sí?

— Sí, me pueden localizar en este número.

— Muy bien, guarde la calma, en seguida pasará un coche a recogerle.

Colgó el teléfono y miró hacia dentro de la casa, su vecino había vuelto a entrar.

—Vecino. ¡Gracias por el móvil! —gritó—, te lo devuelvo dentro de un rato. Tengo que irme.

—No te preocupes, aquí estaré.

Bastian bajó a la calle, la llovizna no cesaba, sino que amenazaba con volverse más fuerte con el sonido de algún trueno. En unos instantes se presentó un coche patrulla con dos agentes en la puerta.

— ¡Hola! Les he llamado yo.

— ¿Es usted Bastian?

—Sí, soy yo.

—Suba detrás e indíquenos a donde ir.

Bastian subió al coche rápidamente, por un momento le dio un poco de vergüenza porque iba mojado y sucio al subirse al coche, sabía que lo dejaría perdido.

El policía le preguntó por lo ocurrido y él se explicó lo mejor que pudo, pero la historia, incluso a él le sonaba menos creíble conforme la iba narrando. No obstante, los agentes trataron de atender y seguir sus indicaciones.

Al llegar a la zona del parque dónde estaba el puente, hizo bajar a los dos agentes para ver la puerta de reja, seguía cerrada con candado. Se acercó y agarró los barrotes.

—Adelayde —gritó. ¿Estás ahí? ¡Sarah! ¡Ade! ¡Sarah! —insistió.

Los policías se miraron entre sí con cara de sorpresa y cuchichearon entre ellos.

— ¿Piensas que nos está tomando el pelo? —dijo en voz muy baja.

—No, no creo, pienso que está como una regadera —sonrió.

—Señor, ahí no hay nadie. ¿No ve que está cerrado con candado?

—Ellos, ellos tienen la llave.

— ¿Quiénes son ellos? —Preguntó con paciencia.

—Pues los que me han hecho esto, ¡los que tienen a mi hija y a mi mujer! —contestó alterado.

—De acuerdo señor, cálmese.

— ¿Cómo quiere que me calme? ¡Tienen a mi mujer y a mi hija!

Uno de los policías se acercó a la puerta, agarró los barrotes y miró hacia la oscuridad, se quedó un rato mirando...

— ¿Has visto algo? —preguntó el otro policía.

Siguió mirando a través de los barrotes cuando de repente, se escuchó un grito: —¡Eco, Ecooooo!

—Joder, eso no ha tenido gracia —dijo Bastian mirándolo con cara de pocos amigos.

—Lo que no tiene gracia, es que estemos en mitad de un parque de noche mientras llueve, sin hacer absolutamente nada más que mojarnos.

— ¿Qué está insinuando? ¿Qué me lo inventó? —preguntó Bastian furioso.

—No digo que se lo invente, pero desde luego, donde quiera que esté a quien usted busca, no está aquí. Si quiere puede poner mañana una denuncia y comenzaremos la búsqueda y el papeleo, pero ahora mismo nos vamos de aquí.

— ¿Está de broma? De aquí no me muevo hasta que no las encuentre, están ahí dentro, se lo juro.

—Mire, ese candado medio oxidado tiene pinta de que lleva cien años sin abrirse, en esa cloaca no hay ni eco, así que, si usted pretende buscar fantasmas, mejor venga mañana porque el parque ahora está cerrado y tenemos que irnos.

— ¿Y mi casa? ¿También me lo he inventado? Estaba destrozada, había sangre en las paredes. ¿Y lo que me han hecho a mí? ¿Me lo estoy inventando?

—Mire, vamos a llevarle a casa. Subiremos y echaremos un vistazo para ver si hay algún indicio de robo y demás. Si echa algo en falta que le hayan podido robar puede hacer una lista y entregarla mañana con calma.

— ¡Lo que me han robado es a mi familia! —gritó con rabia—, eso es lo que me han quitado.

—De acuerdo Bastian, cálmese, vamos a casa y echemos ese vistazo.

Subieron en el coche patrulla de nuevo y deshicieron el camino, al llegar al edificio, dejaron el coche en la puerta y subieron con Bastian, éste sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta.

Se quedó con la boca abierta.

— ¿En serio? —dijo el policía— ¿Nos está gastando una broma o qué trata de hacer?

—No, lo juro —dijo nervioso—, cuando me marché estaba destrozado.

Los policías entraron, el piso estaba impecable, las ventanas cerradas, las luces encendidas, el suelo tan reluciente que parecía a estrenar en ese momento. Ni rastro de sangre, las camas estaban hechas, olía a limpio.

Bastian cayó en el suelo de rodillas.

— ¡No puede ser! —se repetía. Me estoy volviendo loco o algo así. Esto es imposible, es imposible.

—Señor, nos vamos —avisó el policía—, le aconsejo que se dé una ducha y descanse esta noche. No se le ocurra llamar más para estas chorradas, si tiene algún problema, mañana vaya a la comisaría a denunciar. Buenas noches.

Los agentes se marcharon y Bastian se quedó un momento en el suelo. Les hizo caso, fue al baño y se dio una ducha, entró en su dormitorio y abrió el armario para coger ropa.

Un escalofrío le atravesó la columna y lo paralizó.

— ¡Joder! —Gritó. El armario tenía un cadáver troceado colgando de las perchas, jirones de carne completamente ensangrentados resbalaban por la pared interior. Se fijó en la cabeza que estaba sobre los cajones, era su padre, estaba allí destrozado. Salió corriendo de la habitación, fue a llamar otra vez

a la policía, pero no recordaba dónde había dejado el teléfono. Fue al baño y no estaba allí, volvió al dormitorio y el móvil estaba encima de la cama. Trató de no mirar hacia el armario, pero entonces se fijó en el reflejo de la ventana. No podía creerlo, se dio la vuelta y el armario estaba limpio, solamente había ropa, había sido una alucinación.

Se sentó en la cama desnudo, con el móvil en la mano, estaba totalmente desbordado. Se dejó caer y descansó un rato sin poder conciliar el sueño del todo.

Cuando se encontró un poco más fuerte, se levantó y sacó ropa del armario. Se miró en el espejo, tenía dos enormes cicatrices, una en el pecho y otra en el brazo que lo rodeaba entero. No tenía ni idea de cómo ni cuándo se había hecho eso, pero en ese momento le daba completamente igual.

Se vistió, cogió el móvil y salió de la habitación, el piso seguía immaculado, más limpio y ordenado incluso de cómo lo recordaba. Se adentró de nuevo al pasillo para ver la habitación de Adelayde. Abrió la puerta y de nuevo se quedó boquiabierto.

Ésta vez, la habitación estaba destrozada, la cama con el colchón hecho jirones, mojado, ennegrecido, las paredes estaban pintarrajeadas, y había enormes manchas de sangre seca. El techo goteaba con agua sucia, la bombilla de la lámpara estaba quemada. Olor a humedad, la ventana estaba abierta, el cristal roto y la cortina rajada, ondulando con el frío viento de la noche que se colaba hacia dentro.

Cerró la puerta y la volvió a abrir, pero seguía exactamente igual.

¿Llamar a la policía? ¿Para qué?

No le iban a ayudar, ni siquiera le creerían. Si quería ayudar a su hija, a su mujer, si quería venganza, tendría que hacerlo él, y sólo él. Fue a la cocina y cogió el cuchillo más grande que pudo encontrar, lo metió envuelto en un trapo en una mochila grande de deporte.

Bajó por las escaleras y vio un extintor, al lado había una caja de cristal en la que había una enorme hacha.

Le dio una patada y destrozó el cristal, en el silencio de la noche y el eco de la escalera sonó un ruido terrible. Le daba igual, sacó el hacha y la guardó también en la mochila. Entró en el garaje y buscó su coche, Sarah no se lo había llevado, eso quería decir que probablemente estaría involucrada como había sospechado. Seguramente la habían secuestrado también o quizá le

habían hecho daño o matado. ¿Quién sabe? Por muchas peleas que tuviesen, amaba a su mujer, incluso aunque a veces la odiase. Pero alguien tenía la culpa y lo iba a pagar.

No tenía llaves para abrir el coche, así que rompió el cristal con el hacha, la alarma sonó con rabia dentro del garaje; abrió la puerta y sacó de la guantera una linterna, la guardó en la mochila junto al hacha y salió a la calle poniendo de nuevo dirección al puente del parque. Volvió a cruzar Wellington Road, se quedó mirando a la estatua de San Jorge, pero esta vez parecía inmóvil, nada extraño.

Sacó el móvil del bolsillo y volvió a llamar a Sarah, pero seguía sin contestar. Se quedó mirando el teléfono, ¿Quién sería ese vecino? No lo había visto jamás viviendo en la puerta de enfrente, y él en cambio sabía su nombre. Miró la lista de contactos para ver si encontraba algo de información, pero ¡No había ninguno!

Continuó avanzando mientras comenzaba a aparecer una niebla que se iba haciendo cada vez más densa, llegó a las verjas del parque que estaban cerradas, de modo que trepó. Llegó al puente y se dejó caer por el césped hacía abajo.

Ahí estaba la puerta de rejas con el candado, sacó el hacha de la mochila y le dio un golpe al candado con todas sus fuerzas. La cadena cayó al suelo y la puerta se abrió con un chirrido. Parecía como si realmente no se hubiera abierto en mucho tiempo,

Sacó la linterna y entró en el pasillo, avanzó despacio iluminando el suelo y las paredes, estaban enmohecidas y olía a tierra mojada, la puerta de entrada se perdió a su espalda al doblar una esquina. No había ni rastro de aquellos vagabundos, encontró el cruce de caminos y siguió avanzando. Todo estaba en absoluto silencio salvo alguna gota de agua de condensación que caía al suelo y el chasquido de sus pies al pisar la tierra húmeda.

De repente sonó un ruido de cadenas arrastrándose. ¿Quizá tenían a su hija encadenada? ¿A su mujer quizás?

Aceleró el paso.

— ¿Ade? ¿Sarah?

Su grito rompió el silencio en la penumbra, pues nadie respondió, pero el ruido de las cadenas se escuchaba cada vez más cerca. Empezó a correr, por poco no se cayó por un agujero que había en el suelo, de él salía un

resplandor. Se arrodilló al borde y lo iluminó con la linterna. El ruido de las cadenas provenía de allí sin ninguna duda, pero no alcanzaba a ver que había. Solamente el suelo, eran los adoquines de la sala dónde estaba la pared que se había derrumbado.

Tenía que explorar de nuevo ese sitio, parecía que abajo había suficiente luz, se veía alguna luciérnaga, pero la luz que iluminaba la sala no provenía de ahí; así que guardó el hacha y la linterna en la mochila de nuevo y se la colgó en la espalda.

Se agarró del borde del agujero y quedó colgando, a continuación, se dejó caer, se dio un buen golpe, había casi tres metros de caída libre.

Cuando consiguió ponerse de pie observó a su alrededor, estaba otra vez en la misma estancia, pero al otro lado de la pared, lo supuso por el dibujo del adoquinado. Las ondas que describía se cortaban en ésta.

Aquella sala estaba iluminada por velas de cera incrustadas en unos huecos de la pared, era una penumbra inquietante del todo. El lugar era amplio, pero no se veían algunos rincones.

El sonido de las cadenas sonó de nuevo, en una esquina, había alguien allí. Sólo se distinguía una silueta.

— ¿Sarah? —Preguntó—, ¿Estás ahí?

Se acercó para coger una vela y se dio cuenta de que había una hendidura cruzando la pared con algún tipo de líquido de olor fuerte, debía de ser combustible. Acercó la llama de la vela a la hendidura y de repente ésta prendió iluminando la sala en la mayor parte de su perímetro.

Entonces la vio, estaba delante de él, en la esquina, desnuda, rodeada de las llamas en las paredes que crepitaban y se mezclaban con el ruido de las cadenas que arrastraban por el suelo y se engarzaban a unas grandes argollas clavadas en la piedra. Era Sophie, la chica parecía hipnotizada; tenía la mirada ausente.

Rápidamente se acercó para abrazarla, y ella le dio un empujón con una fuerza sobre humana tirándolo de espaldas.

Bastian se quedó en el suelo completamente alucinado. Empezó a levantarse lentamente.

— ¿Qué ha pasado Sophie? —preguntó Bastian nervioso. ¿Qué te han hecho? ¿Qué haces aquí?

—Estoy donde debo estar.

— ¿Cómo que estás dónde debes estar? ¿Quién te hizo esto?

—No me ha hecho esto nadie, me lo he hecho yo sola. Es lo que merezco.

— ¿Cómo que es lo que te mereces? ¿De qué estás hablando? ¿Quién te ha metido esa chorrada en la cabeza? —dijo mientras la miraba asustado. ¿Por qué estás desnuda? ¿No te habrán violado?

—Nadie me ha violado, es lo que merezco.

—No digas tonterías, voy a sacarte de aquí.

— ¡Ven aquí! Abrázame —dijo con voz sensual.

Bastian se acercó y la abrazó. Estaba fría.

<<Ahora tienes que ser fría>>

Mientras trataba de hablar con Sophie, oía en su cabeza la voz de Sarah. Sophie empezó a llorar, mientras apretaba su cuerpo al de Bastian.

<< ¿Cómo puedo ser fría cuando amas a alguien más de lo que se puede imaginar y averiguas que te ha traicionado, que te estaba engañando, que te ha mentido?>>

—Primero me abrazaste —dijo Sophie—, su pecho empezó a arder, quemando a Bastian que intentaba zafarse sin éxito.

— ¿Qué estás haciendo Sophie?

—Luego me besaste —continuó la chica acercando sus labios a los de él. A Sophie se le empezaron a hinchar y a salir calenturas.

— Después me hiciste el amor —siguió.

—Suéltame —gritó Bastian, que se quemaba cada vez más.

<< Imagínatelo, todo mentira, tanto tiempo engañada, viviendo por y para otra persona. Imagínatelo con otra mujer. Abrazándola, besándola, poseyéndola en tu propia cama...>>

Se le acercó al oído y lo empezó a lamer. — ¿Te acuerdas de mis susurros en la cama?

<<...en el mismo sitio donde tú te quedabas dormida en sus brazos mientras susurraba en tu oído que te amaba>>.

—Por favor Sophie, suéltame, deja que te ayude.

El cuerpo de la chica brillaba por reflejo del sudor con el fuego de las paredes. Quemaba, pero su piel estaba helada.

<<...Las mariposas que tenías en el estómago cuando te quería, cuando tú te sentías querida, ahora tratando de huir espantadas de odio y tristeza, de desconsuelo...>>

Sophie tenía el vientre pegado el de Bastian, y a ésta se le abrió. Mariposas negras huían a toda velocidad de sus entrañas y golpeaban a Bastian por todo el cuerpo.

— ¿Qué demonios está pasando Sophie? ¿Qué me estás haciendo? —le gritó con desesperación.

La chica lo ignoró y continuó: —Me besaste la cara —le dijo mientras la restregaba con la suya.

La cara de la chica se arrugaba e iba envejeciendo, hasta que los pedazos de carne empezaron a desprenderse.

La voz de Sarah continuaba sonando en su cabeza al mismo tiempo.

<<...¿Te lo imaginas besando su cara? ¿Te lo imaginas luego besando sus labios?...>>

Sophie le agarró de las manos y las colocó sobre su cabeza. Bastian empezó a tirarle del pelo para intentar soltarse, los mechones de su cabello se desprendían sin dificultad.

<<...¿Te lo imaginas después acariciándola del pelo? ¿Te lo imaginas abrazándole mientras su piel quema?...>>

El cuerpo de Sophie se desprendía en jirones de piel, sangre y pelo. Literalmente se estaba derramando en los brazos de Bastian, que estaba descompuesto, con la cara desencajada y los ojos bailando fuera de sus órbitas.

Bastian cayó al suelo gritando y suplicando que parase.

Sophie que seguía encadenada, se colocó encima de él a pocos centímetros. Sacó su lengua que parecía gigante y trató de lamerlo entero. De ella salían pequeños gusanos que se retorcían y le caían por encima.

<<...¿Te lo imaginas encima de ella? Desnuda, caliente, su lengua recorriendo su cuerpo...>>

—No podíamos parar, y ahora, ahora tampoco. Estoy dónde tengo que estar.

De repente una especie de sonrisa pareció esbozarse en las desaparecidas comisuras de sus labios y su cuerpo empezó a deshacerse en una ceniza negruzca que cubrió el cuerpo de Bastian, hasta que desapareció completamente y las cadenas se estrellaron en el suelo.

A Bastian se le salía el corazón por la boca de los nervios.

— ¡Qué mierda acaba de pasar! ¿Qué coño ha pasado? —gritaba mientras se levantaba y se sacudía la ceniza negra en la que se había convertido el cuerpo de Sophie. ¿De qué va esta pesadilla surrealista? Esto no puede estar pasando, es imposible, nada tiene ni pies ni cabeza. Se sentía mareado, cayó de rodillas y empezó a vomitar.

Sus ojos se iban en la dirección de los adoquines del suelo, hasta la pared, la única que no estaba iluminada por esa línea de fuego que las surcaba y daba aspecto fantasmal.

—Genial, ¿Cómo salgo ahora de aquí? —murmuró.

La estancia era cuadrada, las paredes de piedra, lisas. No había ninguna apertura en el suelo, no había puertas, agujeros. No había nada, era imposible volver por el agujero del techo, demasiado alto. Nada por donde trepar o dónde agarrarse.

Estaba completamente atrapado, no había ninguna forma de salir de allí, ahora sí que estaba condenado a esperar.

<<Quizá con el hacha>>, pensó. Si consigo abrir un agujero a la otra sala, pueda volver a escapar por donde la otra vez.

<<La llama. La vida, todo es lo que somos, todo lo que eres, vuelve a casa. Aún hay vísceras por enterrar. Aún hay sueños que tejer, vidas que cuidar>>

Esa voz misteriosa de su cabeza. Cómo desearía saber quién era.

<<Un paso hacia arriba dos pasos hacia abajo, si sales de casa, no puedes hacerlo, debes hacerlo, un hasta luego nunca es para siempre. Una eternidad es sólo el comienzo, apágalo y enciéndete>>

— ¿Qué me enciende? ¿De qué estás hablando? No pienso prenderme fuego, aún no estoy loco del todo.

Por un momento dudó. <<No estoy loco —pensó—, pero ¿acaso algo de lo

que está pasando tiene sentido?

Merece la pena probar un poco. Se acercó a una de las paredes, se quedó mirando fijamente la llama que bailaba sobre la vela.

— Esto es absurdo —dijo mientras metía la mano en el fuego.

Pegó un grito de dolor, pero no ocurrió nada, absolutamente nada, solamente se había hecho una ampolla en la mano. Solo eso.

Se dirigió a la pared que cortaba el dibujo del suelo, estaba seguro de que al otro lado estaba la sala de antes, tenía que escapar por ahí si es que había una forma de escapar. Sabía que acabaría dándole con el hacha, pero también sabía que no conseguiría nada más que romperla. Aquella pared era piedra maciza, en el mejor de los casos, conseguiría romper un poco de la superficie.

Se sentó en el centro de la sala a pensar, a esperar que algo pasase.

La luz de la sala se volvió más tenue de pronto. Por un momento un poco de esperanza le rondó por la cabeza, pero se dio cuenta de que lo único que había pasado era que el combustible que hacía arder la hendidura de la pared, se había consumido.

Comprendió que en breve las velas que ya estaban desgastadas, se apagarían y quedaría totalmente a oscuras. Sacó la linterna de la mochila, la encendió y con resignación comprobó que la luz que emitía era más escasa. La batería tampoco duraría mucho.

— ¡Joder! —se quejó—, no sé qué demonios voy a hacer.

De repente una de las velas se apagó y la sala quedó más en la penumbra; una tras otras tuvieron el mismo final, hasta que terminó completamente a oscuras.

Ahora sí que no tenía nada que hacer ya allí. Estaba atrapado, solo y a ciegas.

No pudo contenerse los gritos de rabia, hasta que acabó llorando, compadeciéndose de sí mismo, preguntándose qué sería de él, de su mujer y de su hija. Acabaría muriendo de sed, de hambre. Al menos tenía un cuchillo y un hacha, podría suicidarse, al menos tenía eso.

Cogió el cuchillo de la mochila y se hizo un pequeño corte en el brazo, quería saber si sería capaz de rajarse las venas si llegase el momento. La sangre tocó el suelo y una diminuta luz verdosa entró revoloteando a la sala,

sólo podía venir de una parte, pero era imposible saber cómo había entrado. Quizá simplemente se había colado desde arriba. Se tapó el corte con una mano y apretó.

Un resplandor llamó su atención de repente. Las luciérnagas, las luciérnagas estaban ahí, podía verlas, había luz. La pared simplemente había desaparecido, no estaba. Las dos salas ahora estaban juntas, eran una sola habitación iluminada por cientos de miles de luciérnagas posadas por todos sitios.

Se acercó a la pared derruida, mientras, de refilón observó los púlpitos. Estaban mucho más llenos de lo que quisiera que fuera eso que llevaban. No les hizo ningún caso, volvió a trepar como la vez anterior y escapar por el mismo sitio, la misma sensación de ir cuesta abajo, pero estar subiendo. Al menos podía utilizar la linterna esta vez para no caerse, el pasillo se empezó a estrechar, y allí estaba el agujero por el que cayó. Se asomó y había bastante altura, no entendía cómo había sobrevivido antes a semejante golpe sin haberse roto nada.

Si no hubiera caído, habría continuado la galería y hubiese llegado hasta otro sitio, tal y como hizo esta vez. Llegó a una pequeña escalera que daba a una puerta de madera que se encontraba en el techo, subió por ella y abrió la puerta. Se encontró dentro de una pequeña caseta, miró a su alrededor y había mangueras, un cortacésped, tijeras de podar... Se encontraba en una caseta de jardinero. Salió de allí, la puerta estaba cerrada, pero en cambio los ladrillos de una de las paredes estaban sueltos y eran fáciles de quitar.

Se encontró con unos setos, con árboles, era evidente de que se encontraba aún en Regent's park. La lluvia había parado, pero seguía la oscuridad, parecía que la noche era eterna. La niebla que cubría el parque era muy espesa y húmeda, casi se podía inhalar.

Atravesó lentamente los árboles, no sabía dónde ir ahora realmente, quizá volver al puente, volver a casa. No podía, tenía que encontrar a su familia.

Tras el seto pasó por al lado de una fuente, tenía una escultura de bronce que representaba al Dios Tritón soplando una caracola junto con dos sirenas.

La cara empezó a dolerle, la cicatriz que tenía en el rostro le ardía. Se acercó a la fuente para mojarse un poco y encontró el cadáver de una niña. Estaba flotando boca abajo, en ese momento sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Podría ser su hija, ¿La habían matado?

Se echó mano a la cara, la cicatriz le estaba sangrando, por eso le ardía. La

cicatriz que le hizo sin querer su hermana, aquel día que marcó su vida para siempre.

Se agachó hacia la fuente y agarró a la niña por los pies para darle la vuelta. Había algo familiar en esa niña.

Al verle la cara se le hizo un nudo en la garganta. Era Alice, su hermana, su hermana fallecida. Le resbalaron las lágrimas de nuevo en su rostro, se metió dentro de la fuente a mirarla, la niña yacía muerta con los ojos cerrados; su gesto inocente, su pelo mojado que no terminaba de ocultar aquella brecha en la cabeza que acabó con su vida.

—No fue culpa mía Alice, te lo juro. Yo nunca quise hacerte daño, yo no fui. Fue un accidente, yo te quería, te quería mucho —repetía mientras trataba de sacarla del agua.

De repente la niña abrió los ojos, completamente negros como los de una muñeca, vacíos, sin vida. Lo agarró de la cabeza y lo sumergió en el agua, tenía una fuerza sobre humana y le mantuvo la cara en el fondo mientras él forcejeaba y trataba de zafarse. Fue imposible, la falta de aire hizo que Bastian perdiera el conocimiento y se ahogara.

CAPITULO 25.

OSCURIDAD

El señor Thomas reunió a todos los empleados en el salón de conferencias, tenía la cara descompuesta, arrugada, se le veía abatido y nervioso, el pelo blanco como la nieve le hacía un flaco favor, aparentando ser mucho más viejo aún que el día anterior.

Era evidente de que lo que iba a explicar sería algo malo, nadie recordaba haber visto al jefe tan preocupado en mucho tiempo.

— ¡Buenos días a todos! —comenzó a decir con voz firme. Os he reunido a todos para daros malas noticias, muy malas noticias, las peores que podrían darse. No voy a andarme con rodeos y no quiero que haya ni cuchicheos; ni suposiciones; ni tonterías.

Vuestra compañera, perdón, nuestra compañera y amiga Sophie Wright, falleció anteayer en un accidente de tráfico.

A Bastian le dio un vuelco el corazón y un escalofrío le recorrió toda la espalda de arriba abajo que lo dejó totalmente paralizado.

—Esta mañana temprano me avisaron desde comisaría para comunicármelo. Ya que no tenía familia que viviese cerca, cuando la identificaron averiguaron que trabajaba aquí y llamaron por si tenía amigos cercanos en la oficina o si alguien puede o conoce a esos amigos o familiares que se hagan cargo de los preparativos para su funeral. Si hay alguien, le doy permiso para que se tome el día libre y se encargue de las gestiones que sean pertinentes. Eso es todo, en cuanto sepa algo más sobre el entierro y demás, os lo haré saber. Muchas gracias y que descanse en paz.

Dicho esto, Thomas se fue hacia su despacho acariciándose las canas con nerviosismo; se sentó mirando al techo en su sillón, no tenía ningunas ganas de hacer nada esa mañana. No entendía lo efímera y volátil que es la vida, totalmente inesperada.

Bastian entró de sopetón al despacho de Thomas y éste se sobresaltó.

— ¡Dios! Bastian, me has asustado —preguntó con la cara pasmada.

— ¿Cómo ha sido? —volvió a preguntar Bastian ignorando lo que había dicho Thomas. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Pues ya has escuchado lo que he dicho, no hay más.

— ¿Así? ¿Ya está? ¿Sin detalles? ¿Sin nada? ¿Cómo ocurrió el accidente?

—Es cierto, Sophie, Stephen y tú, estabais muy unidos. Está bien, te contaré lo que me dijo la policía, parece ser que el coche que conducía iba a toda velocidad y se le fue de las manos. Se salió de la carretera y se estrelló contra un muro de hormigón, no llevaba siquiera puesto el cinturón de seguridad. Fue un impacto brutal.

Bastian tenía la carne de gallina, aún no acababa de creer lo que estaba pasando. La última vez que la vio fue en la puerta de la oficina, justo antes de entrar a trabajar y despedirse de ella, después de lo que había pasado. Todo aquello era surrealista.

—Verás —continuó Thomas, parece ser que en la autopsia le analizaron el alcohol en sangre e iba bastante perjudicada. Esto que no salga de aquí.

— ¿Cómo? —preguntó Bastian incrédulo.

—Que tenía un índice de alcohol altísimo, se ve que había bebido bastante antes de coger el coche. Es muy extraño, parece como si estuviese huyendo de algo, no es normal.

—La verdad que no lo es, conozco a Sophie, o joder, conocía a Sophie bastante bien (demasiado bien) y sé que con el coche era un auténtico misil, pero no me la imagino bebida en absoluto, todo me parece muy extraño. ¿Se sabe de dónde venía?

—No tengo ni idea, por la dirección parece que iba hacia su casa, pero de dónde venía, no tenemos ni idea; el caso es que ha ocurrido y tenemos que superarlo. Lo único que sé, es lo de esos problemas familiares que tenía, quizá el hecho de que bebiese tenía algo que ver con eso, ¿quién sabe?

Deberíamos decírselo a Stephen, no quiero volver a hablar con él, me resultaría muy violento y no creo que sea yo el que deba decírselo, pero él es la persona más cercana a Sophie y creo que debe saberlo.

—No te preocupes, yo me encargaré de eso, debo de ir a verle, creo que es

necesario.

—Puedes tomarte lo que te queda del día libre.

—Gracias Thomas, voy a ello.

— ¡Oye Bastian!

—Dime

—Esto que te he dicho de accidente y de que iba bebida y tal, no lo comentes por ahí, la gente no debe saberlo, pues lo único que haría sería manchar la imagen de una buena chica.

—Descuida, no lo comentaré con nadie. Me voy, a ver si me dejan hablar con Stephen.

Bastian salió totalmente deshecho de la oficina; seguía sin poder creerlo. Una chica tan joven, ¿Había sido todo esto culpa suya? ¿Habría tenido algo que ver? ¿Problemas familiares? Vaya una forma de llamarlo, si él no sabía absolutamente nada de su familia; todo lo que sabía es que la mayoría de ella, vivía en Perth, en la costa escocesa.

Una vez en la calle, esperó a un taxi y se fue a la comisaría que le había indicado el señor Thomas. Había pasado la noche allí y parece ser que debido a la bronca que tuvo con los agentes de policía, pasaría allí unas cuantas más.

En la comisaría pidió permiso para hablar con Stephen, alegando que era su amigo y tenía que darle la noticia de un fallecimiento cercano.

Acompañó a un agente a través de la sala de recepción, que lo llevó por un pasillo hacia una sala en la que se encontraba una silla enfrente de una jaula de barrotes. Tras ellos esperaba Stephen sentado y vestido con una guisa extraña. Llevaba los zapatos y los pantalones de su traje, pero la camisa era de un mono naranja fosforito. Su cara rosada estaba cubierta por una ridícula pelusilla que hacía las veces de barba y unas ojeras como hacía tiempo que no le veía. Tenía las manos encima de la mesa sobre la que se apoyaba la reja y estaban esposadas.

La cara de aquel hombre al ver a Bastian fue de asombro; no sabía muy bien que sentir. Odiaba a Bastian, pero de alguna forma también se alegró de ver a alguien conocido. Una mueca extraña salió de su cara cuando se sentó delante su ex compañero de trabajo.

— ¡Hola Stephen! —dijo Bastian con un tono muy serio.

— ¿Qué se te ha perdido por aquí Bastian? ¿No has tenido bastante con delatarme que ahora vienes a regocijarte viéndome entre rejas?

— ¿De qué estás hablando? Yo no he delatado a nadie, solamente he venido porque tengo una noticia importante que decirte y no te va a gustar; es una noticia muy dura, y no sé muy bien cómo empezar.

— ¿No será sobre Adeline verdad? —Interrumpió preocupado.

—No, desde luego que no.

— ¿Sabes algo de ella? No me dejan llamar, no sé dónde la tienen y estoy muy preocupado. —dijo casi con lágrimas en los ojos.

—No tengo ni idea de dónde está tu hija, pero por lo que me comentó el señor Thomas, lo más probable es que se vaya con tu ex mujer, al fin y al cabo, me dijiste que tenía la custodia. Y sino, pues se la dejarán a tus padres, por la niña no debes preocuparte, cuidarán de ella; tienes problemas más gordos para solucionar antes de eso.

— ¡Qué me vas contar! —contestó con rabia. ¿Cómo coño me han pillado? Tuviste que ser tú quien se chivó, eras el único que lo sabía.

—Desde luego eres aún más idiota de lo que pensaba —replicó Bastian molesto. Te he dicho que yo no tuve nada que ver con eso, fuiste tú y sólo tú. Te dije que te estabas pasando y no me hiciste ningún caso, te limitabas a despilfarrar. Primero no tienes dinero y luego por arte de magia te sale de las orejas, se supone que no tenías que llamar la atención. Si se dio cuenta hasta el del bar donde vamos a desayunar.

—No era para tanto. Yo no llamé la atención. Fuiste tú, no te creo.

—En serio que eres imbécil. Yo no tuve nada que ver, lo creas o no, me da exactamente igual. Ahora el que tiene un problema eres tú, no yo; así que olvídate. No me vas a volver más en tu vida.

—Eso lo veremos —le gritó agarrando los barrotes.

— ¡Está prohibido gritar! —dijo el guardia de la puerta—. Me voy a ir a por un café, compórtense mientras.

— ¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a pegar cuando salgas de aquí?

—Esto no va a quedar así ¿me oyes? Me voy a vengar de ti, tarde o

temprano o haré.

—En serio Stephen, creo que eres tonto. La culpa ha sido toda tuya, si quieres buscar un cabeza de turco, me parece estupendo, pero no vas a aprender la lección para la próxima vez.

— ¿Qué próxima vez? Si me has arruinado la vida; ya no habrá próxima vez de nada, estoy jodido y bien jodido.

El nerviosismo de Stephen iba en aumento y a Bastian le empezaba a incomodar bastante la situación.

—A ver, dime lo que quiera que hayas venido a decirme y lárgate.

Bastian no encontraba la manera de tener un poco de tacto para darle la noticia, aunque por otro lado también tenía deseos de hacerle daño después de sus falsas acusaciones.

—Verás —comenzó, tan tranquilo como pudo—. Me temo que Sophie ha tenido un accidente.

— ¿Qué Sophie qué? —contestó nervioso. ¿Qué ha pasado? ¿Se encuentra bien?

—Lo siento, pero me temo que ha muerto. —dijo con voz seria.

Stephen quedó momentáneamente paralizado. Miraba a los ojos a Bastian y parecían salirse de sus orbitas; estaba completamente en Shock. Reaccionó.

— ¿Hablas en serio? No puede ser, tiene que ser una broma.

— ¿Crees que he venido hasta aquí para gastarte esa broma? —preguntó con un sarcasmo incipiente.

Stephen tragó saliva, se le habían descompuesto los nervios en un instante.

— ¿Qué ha pasado? —Preguntó mientras los ojos se le humedecían.

—Ha tenido un accidente de coche, iba de prisa, se salió de la carretera y se estrelló. No llevaba el cinturón, parece ser que fue instantáneo, no sufrió nada. Fue Anteayer por la tarde noche y, que no salga de aquí, parece que iba bastante bebida. ¿Tú sabes por causalidad de dónde podría venir?

Stephen se quedó perplejo. Anteayer en la tarde noche. <<Estaría huyendo de mi casa>> pensó. —No tengo ni idea de dónde podría venir. ¿Me estás

diciendo que Sophie ya no está?

—No Stephen, lo siento, pero me temo que se ha ido para siempre.

— ¡Tú tienes la culpa! —gritó.

Bastian sabía que indirectamente podría ser culpa suya después de lo que ocurrió en su casa y no le hizo ninguna gracia.

— ¡No tienes ni idea de lo que estás hablando! ¡Cállate esa boca!

— ¡No! No vas a hacer que calle. ¡Lo sé todo! ¡Eres un hijo de puta! ¿Qué piensas, que no sabía que te acostabas con ella? ¡Lo sé todo perfectamente! Esto es culpa tuya.

—Tú no tienes ni idea, así que cállate y no la cagues más, que eres muy imbécil; nada de esto es mi culpa, te han encerrado aquí por idiota.

—Por mi culpa y una mierda, tú me traicionaste. Y ahora Sophie está muerta por acostarte con ella, lo sé todo.

— ¡Tú no sabes una mierda! —gritó con más fuerza.

Bastian había perdido la calma casi en su totalidad. Ya se sentía bastante culpable como para que encima le pincharan.

—Lo sé todo —repetía a gritos sujetándose a los barrotes—. Sophie estaba mal porque os pillaron. ¡Os pillaron! —gritaba con la mirada desbocada. Tenía cara de haber salido del manicomio.

— ¿Qué demonios estás hablando imbécil?

—Os pillaron, os pillaron. Tu hija os pilló. ¡Lo vio todo! Por eso estaba mal Sophie, por eso bebió. Por eso ahora está muerta, por tu culpa, sólo por tu culpa.

A medida que gritaba trataba de expiar la gran parte de culpa que tenía él, pues en realidad, huyó de su casa cuando intentó abusar de ella. Pero Stephen estaba demasiado ido para razonar consigo mismo y quería limpiar su conciencia cargando la culpa a otro.

— ¡Has sido tú! Tu hija, ¡tu hija os pilló! Por eso ha sido. Pobre, ¿Creías que no lo sabía? Claro que lo sabía, lo sé todo. ¿No te da vergüenza? Engañando

a tu mujer con otra, en la casa con tu hija. ¡Qué asco das!

— ¿Cómo sabes eso? ¿Cómo mierda lo sabes? —gritó furioso agarrándose a la reja y echándole el aliento en la cara.

— ¡Sophie me lo contó todo! Ella iba a dejarte, ella me quería a mí realmente. ¡Le dabas asco!

— ¡Mientes!

—No miento, pero todo ha acabado para ti también, todo ha acabado. ¿Qué te crees que tu mujer no lo sabe? Tu mujer lo sabe todo. Todo. Yo se lo dije, ella lo sabe. ¡Jódete! ¿Qué harás ahora eh? Algún día saldré de aquí y voy a ir a por ti.

— ¡Te voy a matar hijo de puta! —contestó.

—No Bastian. ¡Yo te voy a matar a ti! Si es que no te he matado ya, tu vida se va a por el desagüe, igual que la mía. ¿Qué se siente? ¡Ahora eres tú el que está tras los barrotes! Ya no hay tanta diferencia ¿Verdad?

Yo amaba a Sophie y tú eres solamente un cerdo, pero te vas a quedar sólo. Te vas a quedar sólo igual que yo. Te lo mereces, y eso no es lo peor. Aún me queda mucho que vengarme de ti. Tarde o temprano te buscaré.

—No tienes ni idea de lo que acabas de hacer, tú no sabes de lo que soy capaz; estás jodido Stephen, estás muy jodido. Ya lo verás.

— ¡Mira que miedo me das! —dijo haciendo tintinear las esposas. Yo he sido siempre una buena persona, sólo he tenido mala suerte. Sólo me enamoré. Pero tú, tú no tienes vergüenza. ¡Corre! A ver que le dices ahora a tu mujer y a tu hija después de esto.

—Vete a la mierda Stephen, me largo. ¡Eso no ha acabado! —dijo marchándose de un portazo.

—No, esto no se ha acabado —contestó Stephen—, que entró en un profundo ataque de nervios.

Stephen no era mala persona, al revés. Era un pedazo de pan, simplemente era un bocazas y sería incapaz de hacer daño a nadie, pero estaba muy dolido y furioso. Se sentía mal consigo mismo; se sentía muy culpable de la muerte de Sophie; realmente la amaba y ahora la había perdido para siempre.

Comenzó a llorar sin consuelo, su vida se desmoronaba totalmente. El solamente quería alguien que de verdad lo amase, pero sólo consiguió enamorarse de las peores; su carácter y su físico infantil no le habían ayudado y ahora se encontraba solo. Solo y triste, un desgraciado.

Bastian en cambio era capaz de todo, y en ese momento realmente hubiera sido capaz de matar a golpes a Stephen sin importar que estuviera dentro de la comisaria.

Al salir por el pasillo, reconoció a un hombre; estaba sentado tras una mesa en una pequeña sala y lo mantenían esposado. Le estaban tomando declaración o eso parecía.

Era grande como un armario, tenía la cabeza afeitada, pero le colgaba una larga trenza; la cara de pocos amigos y los brazos totalmente tatuados. Era Derrick, El hooligan con el que se habían peleado en aquel bar la noche en que se acostó con Sophie por primera vez. Era del todo reconocible aquel mastodonte.

Se ve que lo estaban empapelando como probablemente era habitual, se acercó a la mesa y dio la vuelta por detrás para ponerse delante de su campo de visión; se quedó mirándole fijamente hasta que Derrick se percató de que un tipo le estaba mirando. De pronto le reconoció y la expresión le cambió. Bastian le sonrió y a Derrick se le hincharon las venas del cuello y de la sien, se le salían los ojos de odio y le bailaban las aletillas de la nariz. El policía que tomaba sus datos le preguntó si estaba bien.

—Eres tú —gritó levantándose.

—Siéntese —ordenó el policía con voz de pocos amigos.

Derrick dio un puñetazo en la mesa. — ¡Cálmese! —inquirió el policía. Ya tiene bastante con lo que tiene, no añada más proezas a la lista de hits.

— ¡Algún día rubia! Os pillaré a ti, a la putita y a tu amiga la nenaza y os voy a matar —Amenazó Derrick.

—No vas a ver a la chica nunca más imbécil, ya no está aquí; pero me vas a hacer un favor —dijo Bastian.

—A ti no te voy a hacer una mierda, rubia asquerosa.

—Por favor señor, deje de darle conversación, que no tengo toda la mañana —se quejó el policía.

—No se preocupe, ya me voy. Tú, pelón. ¿Quieres pasártelo bien? Hazte un favor a ti y a mí; saluda a nuestra amiga la nenaza que está aquí encerrado. Ya le verás por ahí. Asegúrate de que se lo pasa muy bien, y tú también pásatelo muy bien.

— ¿En serio está aquí?

—Desde luego, vengo de verlo, salúdalo, que seguro que te echa de menos.

—Yo sí que lo echo de menos, pero no me voy a olvidar de ti, rubia.

— ¡No te olvides! —se despidió mientras le sacaba el dedo corazón.

— ¡Váyase de aquí! —increpó el policía.

Bastian salió de la comisaría pensativo. ¿En serio Sarah sabía lo de su engaño con Sophie? ¿Qué pasaría ahora? ¿Cómo reaccionaría? Él conocía bien a su mujer, sabía que las cosas no iban a ir bien si era verdad, Sarah era impulsiva y peligrosa, eso por si no tuviese suficiente carga mental con la muerte de su amante. Y luego estaba el drama que había vivido con su hija que no sabía por dónde iba a salir.

Fue a casa andando, había un largo trecho, pero necesitaba andar y reflexionar. El día, pese a todo, seguía luciendo soleado y agradable; quizá eso le borrara la tristeza.

De camino entró en una tienda y compró algunas golosinas. Le debía un regalo sorpresa a su hija, y era bastante golosa con las guarrerías que llevaban mucho azúcar. <<Ojalá los problemas se solucionaran con unas cuantas chucherías>>, pensó.

CAPITULO 26.

ESPERANZA

— ¿Cómo te encuentras hoy papá?

—Estoy bastante mejor Giulia, no creo que corra en las olimpiadas, pero aún me queda aguante —sonrió.

—Me alegra verte sonreír. Hacía unos días que no lo hacías mucho.

—Sí, no me encontraba con fuerzas, aunque sabes que en mi interior siempre sonrío por tenerte aquí. He tenido un sueño, la mayor parte se me ha olvidado y es algo bastante molesto, pero recuerdo que estaba muerto, en el sueño estaba feliz, mucho, eso me ha servido para darme cuenta de que estoy preparado. Cuando me vaya no quiero que te pongas triste.

— ¿Ya estás otra vez con eso? —dijo molesta—, te tengo dicho de que es un tema del que no quiero hablar.

—Pero debes hablar, es importante, además es algo de lo que no podrás huir. Mira, si algo me pasara, en el primer cajón de mi escritorio hay un sobre cerrado. Ábrelo y léelo, ahí tienes apuntada tu cuarta condición.

— ¿Lo dices de verdad? —preguntó con sorpresa.

—Sí, totalmente. Pero siempre y cuando a mí me pase algo, cosa que espero que no ocurra, porque quiero decírtelo yo.

— ¿y por qué no me lo dices ya?

—Pronto, muy pronto. Tienes que estar preparada, igual que yo lo estoy. ¿Recuerdas lo que te dije sobre la sombra del alma?

—Sí, claro. Todo era como muy etéreo.

—Lo es, ¿cómo no lo va a ser? Al final todo fluye y conecta de alguna forma, pero para eso debes de haber iluminado esa sombra.

— ¿Te refieres a expiar mis pecados o algo así?

—Pagarás con dolor todas las cosas por las que merezcas, toda la gente a la que has dañado, serán los mismos que te impongan el castigo, así, quizá también te ayuden los que tu ayudaste.

— ¿Cómo una persona va a castigarte o ayudarte cuando mueres, si esa misma persona aún está viva y ni siquiera sabe nada del tema? ¿Acaso viene un demonio o un ángel a darle instrucciones de qué tiene que hacer?

—Los ángeles y los demonios no existen. Miento. Si existen, somos nosotros mismos, pero no necesariamente eso tiene que ser cuando mueras, también podría ser algo parecido a un sueño o más bien a una pesadilla.

—No lo entiendo, ¿incluso si esas personas a lo largo de tu vida siguen vivas? Quiero decir, eso no tiene sentido. Si sueñas aún estás vivo y si mueres no podrían castigarte las mismas personas con las que interactuaste en tu vida, porque aún no estarán muertos, en el más allá o donde quiera que sea a donde vayas y donde sea que tengan que condenarte, castigarte, ajusticiarte o como quieras llamar eso. Simplemente —dijo extendiendo las palmas de las manos— si me muero y te he hecho mucho daño a ti, y tú tienes que castigarme, pero sigues vivo. ¡No puedes hacerlo! No puedes hacerlo hasta que muera. ¿Voy a estar esperando a eso para que me castigues en el limbo? Es absurdo.

Lucca sonrió un instante.

—Cariño, piensas en una sola dimensión. Vivimos en un mundo matemático, en el que tratamos de explicar las cosas, y a todo lo que no le encontramos explicación, lo embadurnamos de fe para tratar de aceptarlo. Tú estás aquí y ahora, esta es tu realidad, pero el tiempo y el espacio, no son nada después de la muerte, esas cosas son efímeras, como la vida. El tiempo, el espacio y la vida son cosas que realmente no podemos comprender. En la física existen muchas variables y muchas dimensiones que nosotros no alcanzamos a conocer, de forma que todo a lo que intentas dar una explicación, en verdad no existe.

—Todo esto es muy raro padre.

—Lo sé Giulia, pero entonces ¿qué hay? Injusticia en todos lados, ¿absurdez? Nunca he creído en Dios cómo habla la Biblia, así que me busqué

mis propias explicaciones.

— ¿Y por qué no has creído la biblia y usado de ejemplo? No literalmente, sé que los religiosos tampoco la utilizan como si fuera un libro de instrucciones, pero, al menos tenerla de referencia.

—Mira Giulia, cuando era joven tenía una moto, una moto preciosa y me llevaba a las chicas por ahí a meterles mano. No es por presumir, pero me costaba quitármelas de encima, y ciertamente me gustaba.

—Estas de broma —dijo Giulia soltando una carcajada.

Lucca sonrió. —El punto es que yo, en realidad siempre quise enamorarme de alguien y tener una hija, que en este caso fuiste tú. La gente siempre hablaba de mí de diferentes formas, y según para qué persona, yo era de una forma o de otra. Para las chicas que habían estado conmigo era un cerdo que les había hecho daño. Para las que no estuvieron conmigo, era un príncipe. Para los padres era un gran partido. Para algunos chicos era un héroe, para los que me tenían envidia, era un imbécil. Hubo quien dijo que hasta maltrataba a las mujeres. ¿Te imaginas?

—Serías incapaz de matar una mosca —dijo Giulia.

—Al final, a lo largo de los años —continuó Lucca—, he oído historias de todo tipo, de la misma gente. Que si me metí a cura porque no me quería hacer cargo de los hijos de mil mujeres que había dejado por el camino, que si era para que no me investigaran por violación, que si me había hecho homosexual, que si era un perverso que ahora quería violar niños. Imagínate que toda esa gente, la cual tiene cada uno un punto de vista subjetivo, quisiera escribir mi vida en capítulos. Y después otra gente que recoja todos esos capítulos y haya formado un libro.

—Pues habría incoherencias y mentiras, contradicciones por todos sitios.

—Pues esa es la realidad. No se puede constatar la veracidad de una historia contada por montones de hombres a lo largo del tiempo, que ha sido transcrita y copiada cientos de veces, por cientos de personas de orígenes, culturas, países y puntos de vista diferentes y además se ha traducido en cientos de diferentes idiomas que a su vez han tenido una evolución. Ya sabes que el italiano o el inglés que se habla ahora, poco tiene que ver con el

de la edad media.

—Sí, lo sé.

—Pues no de la edad media, sino mucho antes incluso. A través de siglos, modificándose cada vez más. Ni siquiera había imprenta, así que cada transcripción y traducción tenía una subjetividad según fuese en gana del escribiente de turno. En cuanto él quisiese modificar la historia, lo haría. Los hombres son malos, y la biblia es un libro narrado por hombres, escrito, traducido, modificado, interpretado y legado por hombres y para hombres. Realmente no tiene nada de sagrado salvo la interpretación que cada uno le quiera dar. A partir de ahí, me parece del todo un error creer en un solo Dios cristiano o de cualquier otra religión, porque al fin y al cabo todas las religiones han salido de los hombres. Ningún ser divino ha bajado de los cielos para que creamos en él. Simplemente es todo un cuento. Las religiones, como todo, se crearon para dar una explicación a algo que no se tenían los suficientes conocimientos para explicarlo de forma lógica. Si te vas a la antigüedad, mira los griegos, los romanos o los egipcios. Culturas diferentes, diferentes países que a día de hoy nos parecen cercanos, pero en aquella época estaban en las cuatro esquinas del mundo.

Los romanos no podían explicar lo inmenso del mar, las olas, la vida que había en él, su fuerza. No podían explicar por qué la marea subía y bajaba. Así que lo achacaron a un Dios, Neptuno, era un ser superior responsable de hacer todo eso. Si te vas a Grecia tiempo atrás, Poseidón. Ya habían llegado a la misma auto explicación. El cielo infinito era lo más difícil de justificar. Quizá era lo más impactante, lo más inmenso, así que crearon a Zeus, Rey de dioses. Dios del cielo y el trueno, las cosas que más imponían.

Las plantas, los árboles, las cosechas, nadie sabía ni podía explicar por qué crecían y se podían alimentar de ellas, frutas, hortalizas, legumbres. ¿Cómo darle sentido? Pues un ser superior responsable de eso. En Roma era Ceres, en Grecia Deméter y en Egipto Osiris. Dioses creados para dar explicación lógica a lo que en ese momento no se tenía la capacidad de explicar. Todo falso, todo inventado.

—Nunca me lo había planteado de esa forma la verdad. —dijo Giulia sorprendida.

—Son muchos años dándole vueltas a todo —contestó Lucca haciendo una

mueca graciosa y sacándole la lengua—. Lo más difícil de explicar para todos siempre ha sido la muerte. El miedo irracional que el hombre tuvo siempre a la muerte, ha sido el causante de que se trate de explicar que la vida no es nada sino los entremeses de una vida mejor. Falso. La gente tiene miedo de morir porque asocia la muerte con el dolor, ya físico o psicológico, y desconoce lo que hay después, de ahí viene el autoengaño para querer justificar algo de lo que se tiene miedo y tampoco se entiende. Después de esto viene el bien y el mal, el cielo y el infierno. Todo se quiere mezclar con la ética, con la razón. Se trata de hacer un cóctel imposible. Lo que relacionamos con lo malo, con el pecado, con el dolor que le hacemos a los demás, es el mal y a su vez lo relacionamos con el demonio. Y todas las cosas buenas que hacemos son el bien y están relacionadas con Dios. Te pretenden convencer de que, si haces cosas malas, moralmente malas, cuando te mueras irás al infierno, porque te lo mereces, y si eres bueno te irás al cielo porque te lo mereces también.

Pero ¿Por qué lo bueno es bueno y lo malo es malo? Como te dije antes, bueno y malo no existen, es una cuestión moral, ética. A lo malo se lo relaciona con el dolor, y a lo bueno con la alegría. Y esto no creo que sea un concepto erróneo. El dolor es malo y la alegría buena, así es como lo sentimos, por ello lo consideramos lógico, pero volvemos al punto de antes. El hecho de que esto sea lógico, no significa que ese concepto sea real y una verdad absoluta que esté relacionado directamente con el futuro que te espera en el más allá.

—Los buenos no van a un sitio y los malos a otro, te refieres, ¿Verdad? — preguntó Giulia muy atenta.

—Exacto, porque no importa si bueno o malo, no hay blanco o negro. Hay miles de almas diferentes y cada una tiene un camino, por tanto, no creo que eso sea así. Todas irán al mismo sitio. No obstante, un asesino es peor que un ladrón, pero un ladrón es peor que un mentiroso. Y ¿un asesino de cien personas es igual de malo que un asesino de una persona? Todos son malos, pero ¿Deben de ir al mismo sitio? Cada uno tendría que tener su propio cielo o infierno particular. No, las cosas son más simples que eso. Por eso te comenté al respecto de la sombra de tu alma. Esa sombra que tenemos todos y hay que iluminar.

Giulia lo miraba entusiasmada, ya que no sólo le parecía bonito lo que estaba escuchando, sino que además también le encajaba un cierto sentido, y en ese momento titubeó... —Entonces, entonces si todos somos lo mismo y nos transformamos en lo mismo, no importa lo que hayamos hecho, acabaremos igual, no importa si has sido bueno o malo. Eso no lo veo justo.

—Y no lo sería —replicó Lucca—, pero no es tan simple. Aún no he terminado, creo que te dije que eso del bien no existe por la naturaleza normal de las cosas. Si alguien no estropea algo, no habrá que repararlo, pero el caso es que tiene que haber ese equilibrio que debe mantenerse; no todo el mundo puede ir a ese hipotético paraíso. No quiero pensar que la vida no es justa, no quiero pensar que no importa lo que hagas. Así que pienso que debe haber una justicia, algo que equilibre la balanza; si al final todos somos energía flotando en el universo, esa energía debería depurarse de alguna forma.

— ¿Quieres decir que somos energía?

—Creo que eso está claro ¿no? Esta sería de alguna forma mi hipótesis sobre la sombra del alma. Hay una diferencia clara y evidente entre estar vivo y no estarlo, hay algo ahí que es una chispa, un milagro que aún no podemos explicar. La diferencia, lo que arranca el motor, todo eso es en realidad un destello de energía. Yo no soy físico y no entiendo mucho del tema, pero tengo entendido que, según ésta, la energía ni se crea ni se destruye, se transforma, de esta manera, la vida puede ser una energía que simplemente se transforma al morir, porque esa energía vital que no entendemos aún, no sabemos de dónde viene ni a donde va, pero si sabemos que existe y cómo actúa; es la misma que hace que la tierra se mueva, que el viento sople, que el mar se embravezca o que las estrellas brillen. Todo lo que existe y todo lo que somos está formado de la misma materia, de la misma energía, y ésta al morir se transformará de nuevo y se volverá a unir con el universo infinito. Y a ésta energía transformada es lo que yo llamaría alma, que como sabes, tiene su sombra, y para borrarla, se tiene que iluminar. Hay que purificar esa energía.

—Pero la energía es toda la misma ¿no? —preguntó Giulia. Si todas esas almas formadas por energía tienen que unirse, no habría distinción. Irían a parar a una especie de acumulador de energía que, según tú, si te he

entendido bien, te referirás al universo.

—Efectivamente —Contestó Lucca complacido.

—Pero volvemos a lo mismo, no hay distinción entre unas y otras —replicó la chica.

—Bueno, no sé si el ejemplo es el adecuado, pero quizá lo entiendas de esta manera. De la misma forma que energías como por ejemplo la eólica y la nuclear, no pueden mezclarse porque son diferentes. Ambas siguen siendo energía, por ello necesitarán entrar en una especie de transformador, algo parecido a un purgatorio de energía que pueda normalizarlas para que se mezclen luego en el mismo sitio y convertirse en dignas de compartir su existencia en el universo. Al final Giulia, lo comprendamos o no, todo tiene sentido. Este concepto de depuración de alma en realidad es muy antiguo, podemos, por ejemplo, extrapolarlo a la iglesia interpretándolo con la “santa” inquisición. Otra de las barbaridades que han hecho los hombres, en el nombre de un dios que ellos mismos inventaron.

Eran una serie de instituciones que se encargaban de combatir la herejía. La idea era purificarte y prepararte para la entrada en el paraíso expiando tus pecados y blasfemias, eso era de galería para fuera. La realidad es que, si eras un hereje, podías tener ideas nuevas que pudiesen echar abajo sus dogmas establecidos, y por tanto acabar con la mafia que ellos se habían montado. Automáticamente te convertían en un pecador y un enemigo de su sistema.

Aunque siempre se habla de la Inquisición española, en realidad fue creada en Francia por el Papa Lucio tercero, siglos atrás, para combatir a los cátaros en Francia. La idea general grosso modo, era la misma que estoy planteando yo, todos vamos al mismo lugar, pero para ello has de ser digno y vas a pagar tu entrada con lo único que puedes llevarte al más allá, o sea, el dolor.

De ahí, para purificarte y volverte digno, te quemaban o torturaban con los métodos más retorcidos y enfermizos que te puedas imaginar, por supuesto la corrupción estaba a la orden del día según los intereses de turno; con que alguien te quisiera hacer la faena simplemente por el hecho de que le cayeras mal, o tuviese otros intereses, podías tener problemas serios. En realidad, como siempre, este mecanismo siempre acababa beneficiando a la gente de poder. En resumen, si no crees en lo que tienes que creer, te torturaremos para que nos digas lo que queremos oír, nos quedamos con tus pertenencias y luego te matamos. Además, esto es por hacerte un favor para purificar tu

alma y que vayas al cielo. En fin, el tema este de la inquisición sólo te lo he contado porque de esta forma te darás cuenta de que, aunque es grotesco, la idea general es esa.

Todos tenemos que purificar el alma hecha de energía, pero los humanos sólo podemos hacerlo según un razonamiento o un interés humano, pero si el alma es divina, no puede ejecutarse bajo pretextos, conjeturas o razonamientos humanos. Será la naturaleza divina la que limpie nuestro espíritu en el momento adecuado. Todos tenemos una misión que cumplir durante nuestra vida, es fácil, solamente se trata de disfrutar, sin hacer mal a los otros. ¿Te imaginas que todos nosotros sólo estuviéramos aquí para hacer felices a los demás? Viviríamos en el paraíso. Y hasta aquí la charla, que creo que ya es más que suficiente para que pienses.

—Ha sido enriquecedora, la verdad —dijo Giulia. Pero todo esto exactamente ¿es para que me prepare para algo?

—Más o menos —dijo Lucca que ya conseguía levantarse. Creo que ya eres una mujer suficientemente adulta, creo que eres buena persona y razonable, por suerte aún estamos a tiempo de que podamos hacerlo.

— ¿Hacer el qué? —Preguntó la chica con sorpresa.

—Cumplir con tu cuarta condición, la más importante, la que me prometiste. Sé que te va a costar mucho, quizá te enfades, pero creo que es justo y de eso depende limpiar tu espíritu y también mi conciencia.

—No entiendo a qué te refieres papá, tú no tienes nada de lo que arrepentirte y yo tampoco. Estoy segura de que ambos hemos sido buenas personas, y sea lo que sea lo que nos espere, no puede ser malo.

— ¿Estás segura de que no tienes nada de lo que puedas arrepentirte? —preguntó mientras la miraba fijamente.

—He cumplido mi parte del trato padre, he hecho todo lo que me dijiste que debía hacer, y lo he hecho lo mejor que he podido; y creo que no tienes queja de mí.

—Desde luego no tengo ninguna queja —dijo Lucca poniendo la mano en su hombro.

—Pues ya sabes papá, que haré lo que sea que me hayas pedido, sin rechistar, como te prometí, puedes estar tranquilo.

—De acuerdo —dijo Lucca—, ha llegado el momento de que te diga la cuarta condición. Verás...

CAPITULO 27.

LUZ

Era de día, el sol como siempre brillaba por su ausencia; el cielo era gris claro. Los turistas paseaban alrededor de la fuente de tritón, donde había un hombre con el pelo rubio pajizo dentro. Estaba recostado entre las sirenas mientras el agua que salía despedida de la caracola que sostenía la figura central, le mojaba la mitad del torso que tenía fuera del agua verdosa. La gente le echaba fotos y se armó un revuelo cuando llegaron un par de guardias para despertarlo y sacarlo de la fuente.

— ¿Está usted bien? —Preguntó uno de ellos—. Creo que anoche se pasó de copas, se podría haber ahogado. Debe salir del agua, como me obligue a sacarlo yo, llamaré a la policía.

— ¿Qué? —preguntó Bastian aturdido—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy aquí?

—Eso solamente lo sabe usted caballero. Hágame el favor y salga del agua, que la gente se está empezando a poner pesada, curioseando por aquí.

Bastian se levantó agarrándose de las figuras de bronce y trató de ponerse erguido. Le dolía todo el cuerpo y se encontraba confuso y desubicado. Como pudo salió de la fuente y el guardia le puso por encima una manta.

—Tenía la manta dentro de la caseta, es vieja y está sucia, pero creo que le servirá para no morir congelado, está usted azul y hace frío. No me la devuelva, pero por favor váyase.

— ¿A dónde? —preguntó Bastian sin pensar.

—Me da exactamente igual donde se vaya, pero fuera de éste parque. Ya ha llamado la atención suficientemente por hoy.

— ¿Ha visto a mi hija y a mi mujer?

— ¿Está borracho todavía?

—Lárguese por favor, esto supongo que es suyo —dijo alargándole la mano con una mochila.

—Sí, gracias, es mío —contestó mientras se colgaba al hombro la mochila.

—Muy bien, no quiero saber para qué demonios tiene un hacha de incendios en la mochila, pero tenga cuidado. Que pase un buen día señor.

Bastian no contestó, se dio la vuelta y puso dirección a casa mientras se frotaba la cara. Era un buen paseo y casi le dio tiempo a secarse con el aire que había, estaba helado de frío. Tenía gracia, pasar frío mientras vives un infierno.

Abrió la mochila y estaba todo, las llaves de su piso, el hacha y el móvil. También había una botella de vino. Él desde luego no la había puesto allí.

Abrió la puerta de abajo, un par de vecinos salían a la calle, lo miraron de arriba abajo extrañados. Entro en el recibidor y llamó al ascensor, unos niños salieron de él.

Bastian se metió y subió hasta su piso mientras recuperaba el móvil de la bolsa. Llamó a casa de su vecino para devolvérselo, pero nadie contestaba, pasó un buen rato frente a la puerta dando golpes y llamando al timbre. Otro vecino que salía de su casa por el mismo rellano se le quedó mirando. La cara de éste si le sonaba.

—Disculpe, ¿Sabe cómo se llama el vecino de esta puerta? Es que me dejó algo anoche y quiero devolvérselo, estoy llamando, pero no contesta.

—Creo que debería ir a dormir señor. Ese piso está vacío, era de una vieja que murió hace años, nadie le va a abrir. Se está confundiendo.

—Oh, vaya, gracias... Quizá era de otro piso y no me di cuenta.

— No hay de qué —contestó arrugando la cara con extrañeza.

Bastian abrió su piso, por un momento pensó que lo encontraría otra vez destrozado y lleno de mugre, pero no. Estaba bien. Todo estaba perfecto como él lo dejó. Fue desnudándose por el pasillo y se metió directamente a darse una ducha caliente, estaba helado de frío de caminar por la calle mojado, se secó en el baño y se dirigió al dormitorio. Algo no le cuadró, estaba ordenado, pero había una botella de vino vacía en la mesilla de noche,

la cama estaba desecha como si alguien hubiera dormido allí y el suelo estaba lleno de cristales.

Todo era tan confuso que no quiso ni darle importancia, simplemente se vistió y se tumbó en la cama.

De repente el móvil del vecino sonó.

<<Estas dónde debes estar, no estás, ellos están. Ayúdame, ayúdame. Él está, lo tienen, las tienen. Dolor, último dolor, la sangre. El cielo, el agua. Todo está oscuro, todo resplandece. Nada es real, nada es mentira>>

Era de nuevo esa voz de su cabeza, pero ¿Le había llamado por teléfono?

—La voz, es la voz del vecino, el vecino de anoche —dijo sorprendido—, por eso me era familiar. Esa voz, esa voz ¡es la voz de mi padre!

Volvió a coger la mochila, sacó la botella de vino y la abrió. Necesitaba un trago, fue a beberla a morro cuando directamente lo escupió todo por las paredes. ¡Era sangre! ¿Qué broma asquerosa era esa?

Fue al baño y se enjuagó en el lavabo ese sabor metálico que tenía en la boca. Se marchó por la escalera directamente. Si su padre lo había llamado, sólo había un sitio donde podía ir: El Priory Hospital.

Entró en el garaje, pero su coche no estaba, de modo que salió a la calle directamente, justo en la puerta se tropezó con una chica, casi la tira al suelo. Se quedó mirándola y sorprendido se dio cuenta de quién era, su pelo azul era inconfundible.

— ¿Molly? ¿Qué haces aquí?

—Hola Bastian. Pues había salido de trabajar e iba a darme una vuelta por el parque. ¿Me acompañas?

— ¿Has venido en coche? —preguntó con apuro, ignorando lo que le había dicho a la chica.

—No, no tengo coche, he venido en el metro.

— ¿Podrías dejarme algo de dinero? Te lo devolveré, es para el metro. Tengo que ir al hospital.

— ¿Te pasa algo? ¿Puedo ayudarte?

—No, no es para mí, sólo tengo que ver a mi padre. ¿Lo has visto hoy?

—Sí, hace un rato. Tu mujer y tu hija habían ido a verlo esta mañana.

— ¿Qué? —exclamó con la boca abierta—. No puede ser.

—Sí puede, estoy segura. Toma, ya me la devolverás.

— ¿Qué es esto?

—Pues el bono del metro, así podrás cogerlo cuando quieras.

—Fantástico. Muchas gracias Molly.

Bastian la cogió de los mofletes y le dio un beso en la mejilla, salió corriendo hacia la estación de Baker Street, se le salía el corazón por la boca; tenía que llegar volando hacia la parada de East Putney y luego coger el tren hasta la estación de Barnes o ir corriendo directamente los dos kilómetros y medio hasta el hospital.

Cuando llegó a la estación de Baker Street, repleta como siempre de gente, tomó el metro, y se sentó, estaba nervioso. No sabía qué es lo que se iba a encontrar, pero aun había un largo camino que recorrer.

Conforme se iban pasando las paradas quedaba menos gente en los vagones hasta que se quedó sólo en él. Miraba por la ventana, todo normal, gente andando por el andén, entrando y saliendo de otros vagones.

Al fin llegó a su parada, no había nadie en los andenes; solamente se oía el chirriar de las ruedas del tren. Se bajó de éste y se dirigió hacia las escaleras de salida del subsuelo. Era la primera vez que estaba en esa estación, siempre que había ido a ver a su padre lo había hecho en coche. Quizá, así hubiera sabido que en la estación de Putney el tren no es subterráneo.

Todo estaba en silencio, nada más que se oían sus pasos, las escaleras de piedra gastadas giraban en el segundo piso hasta que no pudo seguir subiendo. La salida estaba bloqueada, las escaleras acababan en un muro ciego de ladrillo. No había forma de salir, tuvo que deshacer el camino bajando las escaleras y volvió por la zona del andén contrario. No había salida ni nadie a quien preguntar; estaba claro que no podría salir de ahí, era una estación sumamente pequeña; de modo que volvió a subirse al tren, pero este arrancó en dirección opuesta. Iba sólo en el vagón. No podía ser, si no había más paradas, en el mapa de metro no existía ninguna línea en esa dirección. Era imposible. El tren cada vez iba más y más rápido, era muy complicado mantenerse de pie incluso agarrándose. Optó en ir en dirección a la máquina, atravesando los vagones por las puertas comunicantes con el peligro que eso conlleva; fue saltando de uno en otro hasta que llegó al

último. La puerta del maquinista estaba abierta y no había nadie manejando el tren.

En ese momento la vía giraba un poco y perdió el equilibrio cayendo de rodillas. Se levantó como pudo y entró en la cabina. Sólo se veían vías negras que pasaban a toda velocidad iluminadas por los faros de la locomotora. Tenía que parar, tiró de la palanca de freno de emergencia, y éste chirrió de una forma que parecía que los tímpanos le estallaban, al menos consiguió detener el tren.

Cuando bajó en mitad del túnel, sacó de su mochila la linterna y avanzó hacia delante; no había más que vías y oscuridad, algunas sombras se intuían en los rincones y cuando pasaba por ahí la ráfaga de luz de la linterna, las ratas salían corriendo, Igual que ellas, Bastian quería salir de ahí a toda costa, era un escenario que ponía los pelos de punta, por no hablar de lo peligroso también que era ir por las vías. Oscuridad, ratas, aire cargado, olor a humedad, silencio...

Por suerte encontró una escalera de mano que subía hasta la superficie, era una escalera de emergencia como indicaba la pintura descascarillada del suelo. Subió lentamente y abrió la trampilla.

Salió al exterior, llovía. Y de repente se percató de que estaba en la puerta del hospital, guardó la linterna de nuevo en su mochila y se dirigió a la puerta principal.

El hospital se veía distinto, pero no podría acertar cuál era la diferencia. La puerta dio un golpe tras él, todo estaba en silencio; Se esperaba que no hubiese nadie, así era. Solamente se oían sus pasos a lo largo del enorme pasillo blanco que se dirigía hacia las escaleras. Habían puesto retratos en el pasillo, retratos de él, de su familia, de cuando era pequeño. De su hija, de su mujer, su padre... su madre.

Las fotografías parecían mojadas, no eran nítidas. ¿Quién demonios las había puesto allí?

Volvió a abrir la mochila y sacó el hacha. La cogió con las dos manos y subió por la escalera, quería llegar a la habitación veintiocho donde debía estar su padre.

<<Ya estás aquí, siempre, siempre y nunca, estás donde debes estar. Quizá es un hasta luego, un hasta siempre. Por mí, por ti, por todos. Una vez más, sólo una vez más. Lo entenderás, te ayudaré>>

Todo el segundo piso de un edificio blanco, immaculado, mientras el

caminaba paseando con un hacha por los pasillos de un psiquiátrico. Una sonrisa apareció en su rostro. Era totalmente surrealista.

Llegó a la habitación y abrió la puerta, las paredes estaban manchadas de sangre, la estancia destrozada, el suelo lleno de fotografías rotas, pero no era su padre quien aguardaba dentro.

— ¡Stephen!

— ¿Qué coño estás haciendo aquí?

Stephen rió. —Otra vez aquí Bastian, ¿No te cansas? Tan zoquete y arrogante como siempre. ¿Qué vas a hacer con esa hacha? ¿Cuántas veces más hasta que comprendas?

— ¿Estás tú detrás de todo esto, maldito hijo de puta?

— ¿De todo esto? No, eres tú quién está detrás de todo esto. Te consume el odio y te olvidas de que tu mujer y tu hija te esperan.

— ¿Qué les has hecho? ¿Dónde están? Contesta o juro que te mataré —dijo con un nerviosismo incipiente. ¡Contesta! —gritó.

— No les he hecho nada. Están aquí, te están esperando.

— ¿Y mi padre?

— ¿Francis? Supongo que avergonzado de ti.

— ¿Qué has hecho con él? Esta es su habitación.

—Sal de aquí, mira fuera.

Bastian asomó la cabeza por fuera de la habitación. Sarah y su hija estaban allí. Dejó de lado a Stephen y se dirigió hasta ellas.

— ¡Sarah! ¡Adelayde! Soy yo, papá.

— ¡Papá! —Dijo Adelayde con alegría mientras fue a abrazarlo.

— ¿Estáis bien? ¿Os han hecho algo? ¡Puedes hablar! —Dijo sorprendido.

—No nos han hecho nada —dijo Sarah—, estamos bien. Tú tienes que acabar lo que has venido a hacer aquí.

—Yo solo he venido a buscaros a vosotras.

—Lo sé, pero esto no se acaba aquí, esto es solo el comienzo. Habla con tu

padre.

—Debéis iros, llévate a la niña de aquí. Vete a casa.

—De acuerdo, allí te esperaremos, te esperaremos siempre, ten cuidado.

—Venga princesa, hazle caso a tu madre —le dijo a su hija dándole un beso en la cabeza.

— ¿Por qué llevas eso? —preguntó la niña señalando el hacha.

—No es nada cariño, tuve que romper una puerta que se había atascado.

—Vamos, id a casa.

Acompañó a las dos a la puerta de salida y cuando las vio llegar a la carretera se dio la vuelta y volvió a entrar en el hospital, caminó con paso rápido, al final del pasillo le estaba esperando Stephen, que le miraba con odio.

—Tú y yo tenemos que resolver algo. ¿Dónde está mi padre?

—Tu padre. Podrías quizá preocuparte por tu madre.

— ¿De qué estás hablando imbécil? Dime dónde está mi padre o te mato ahora mismo.

—Tu padre está por aquí, está en todos lados.

— ¿Qué le has hecho? —Gritó.

— ¡Púdrete! ¡Vamos a por una vez más!

Bastian le dio un golpe con el palo del hacha que lo tiró al suelo, éste desde el suelo se revolvió y lo agarró de una pierna desequilibrándole y tumbándolo también. El hacha se le cayó de las manos y se deslizó por el suelo.

Se enzarzaron en un intercambio de golpes de todo tipo que no dejaba a ninguno levantarse; Stephen agarró a su rival del pelo y le estrelló la cara en el piso, llenándolo de sangre y saliva, Bastian le mordió la mano y le arrancó un trozo de carne, Stephen lo soltó y se arrastró para alejarse un poco, Bastian se levantó y fue a darle una patada, pero Stephen le dio tiempo a apartarse y se la dio al aire. Seguidamente se levantó y cogió el hacha.

Bastian no se amilanó y trató de pegarle, pero Stephen se apartó y con todas sus ganas soltó un hachazo en horizontal que le seccionó casi por completo el brazo, partiéndole el hueso y dejándolo colgado de un pequeño trozo de

carne. Bastian gritó de dolor con todas sus fuerzas y se fue al suelo dónde se desangraba.

—Me has matado hijo de puta, me has matado —decía entre gemidos.

—Sí, otra vez...

Stephen levantó el hacha y se la incrustó en el pecho. Bastian cayó fulminado en un mar de sangre que se extendía deprisa a través del suelo blanco y pulido del pasillo de aquel psiquiátrico, recorriendo su pendiente hacia abajo.

Con el hacha en una mano, aprovechó la que tenía libre para agarrar el cadáver de su ex amigo por el brazo medio seccionado. Tirando de él, lo fue arrastrando por el pasillo mientras dejaba una lengua de sangre dibujada en el suelo, ésta se escurría hacia una amplia sala diáfana donde había una trampa por donde desembocaba la sangre. Los tendones que unían el cuerpo de Bastian con su brazo, no soportaron más y se partieron, quedándose Stephen con el brazo en las manos.

Agarrándolo ahora de la ropa, lo acercó a la trampa por donde quería tirarlo, e intentó abrir ésta, pero sólo consiguió separar la tapa un pequeño resquicio. Se había atorado. De repente se escuchó un grito que provenía del interior. — ¡Sangre!

Stephen cogió el hacha y dio unos golpes desencajando la tapa, la cual retiró chirriando.

Agarró el cuerpo y lo lanzó al vacío, al impactar, sonó como si hubiese caído dentro de una piscina de agua densa. A continuación, lanzó abajo el brazo que golpeó contra la roca haciendo un ruido sordo.

Después, volvió a sonar ese quejido metálico mientras arrastraba la trampa para cerrarla.

CAPITULO 28.

FINAL

—Aunque parezca una broma, no soy muy bueno para contarte esto, así que quizá, es mejor que tú misma leas la última condición —dijo Lucca dirigiéndose hacia su habitación.

Con sus huesudas manos abrió el enorme cajón de madera caoba de su escritorio y sacó un sobre que entregó a Giulia. —Tómatelo con calma —dijo.

Giulia tomó el sobre y lo destapó despacio; sacó el trozo de papel que había dentro, no era muy largo de leer; enseguida se le desencajó la cara.

— ¿Cómo lo sabías? —gritó—. Yo nunca te dije nada de mis abuelos, te dije que era huérfana, que me escapé de un orfanato. ¡Mis abuelos me mintieron, me tuvieron engañada mucho tiempo! —lloraba enfurecida.

—Tus abuelos sólo quisieron protegerte, —contestó Lucca sereno—, y vaya si te quieren.

— ¿Me quieren? Quieres decir que....

—Si Giulia, están los dos vivos, y saben de ti.

— ¿Qué? ¿Cómo? No es posible, esto no es verdad.

—Yo les informé, lo llevo haciendo desde siempre...

— ¿Cómo te atreviste? ¡Mentiroso! Tú nunca me habías dicho nada.

— ¡Basta Giulia! —dijo con firmeza—. No te dije nada porque no estabas preparada y porque no sabía cómo reaccionarías.

—Pero ¿qué saben de mí? —Titubeó— ¿Por qué no me han contactado o intentado buscarme?

—Porque no les dejé. Por supuesto que intentaron ponerse en contacto

contigo, pero no quise traicionarte; se han enterado de lo más importante de ti; lo que debían saber, que creciste sana, que estudiaste, que te hiciste una mujer de bien, que ya no vives en ese país, que me harías un favor y mi promesa de que un día tal como hoy, intentaría que retomases el contacto con ellos. Ya da igual si estás preparada o no, pero son muy mayores y no debes de perder más el tiempo, hazlos felices de recuperarte, aunque sea sólo un poco.

—Pero ¿Cómo...? Joder, tengo tantas preguntas que no sé por dónde empezar.

—Empieza por el principio.

—Cierto, y lo principal sería ¿por qué te pusiste en contacto con ellos?

— ¿Qué clase de persona hubiese escondido a su única nieta de sus abuelos? ¿Qué tipo de conciencia rastrera habría de tener alguien así? Saber que hay dos personas llenas de dolor en la más terrible incertidumbre, teniendo la oportunidad de aliviar esas penas y no hacerlo. Eso sería una incorrección, simplemente no podía.

Demasiado me pesaba ya la conciencia de hacer lo que estaba haciendo, porque a todos los efectos, te secuestré. Pero imaginaba que si te devolvía con ellos te volverías a escapar y la próxima vez no tendrías tanta suerte de encontrar a alguien como yo.

—Eso es más que probable —dijo Giulia moviendo la cabeza en señal de aprobación—, y ¿cuándo hablaste con ellos por última vez?

—Lo hacemos todas las semanas, les mando fotos tuyas para que te vean que realmente estás feliz y sana. Les cuento lo que necesitan saber, todo excepto dónde vives. Ahora no tienen ningún dato que pueda hacerlos encontrarte. Te di mi palabra, pero recuerda, tú también me diste la tuya.

— ¡Gracias papá! —dijo con los ojos húmedos—. Giulia le abrazó. Tenía una mezcla de emociones, alegría, melancolía, arrepentimiento y culpa.

—De nada hija mía, ahora ya sabes que éstos son mis últimos años, quizá los últimos días de mi vida. Sabes que cuando te traje aquí lo hice a cambio de esas cuatro condiciones.

—Sí —respondió la chica—, las recuerdo perfectamente. Se apartó las lágrimas de los ojos. No voy a romper mi promesa.

—Ahora ya sabes de que se trata hija mía, si no lo haces, habré roto mi palabra con tus abuelos y también fracasado como padre. No me podré ir en paz.

—No te preocupes papá, cumpliré la promesa, no lo dudes. Es justo, te lo debo a ti y se lo debo a ellos.

—Entonces la próxima vez que hable con ellos, tendré buenas noticias que darles.

Lucca tomó la cara de la chica con las dos manos y sonrió. —Supongo que, a partir de ahora, ya puedo llamarte Adelayde.

Francis no estaba bien de su enfermedad aquella noche, le costaba mucho poner atención en lo que le decían, y fue uno de los enfermeros el que entró a darle la noticia de que su hijo había fallecido. En un primer momento, no le hizo ni caso, miró al enfermero con los ojos perdidos, parecía que no se había enterado de nada de lo que le habían dicho. Solamente su subconsciente captó el mensaje de alguna forma.

El enfermero salió de la habitación con la sensación de haber hecho el tonto, a fin de cuentas, era como hablarle a la pared, pero era su trabajo. Cuando pasara el tiempo, quizá un día se preguntaría por qué ya nadie iba a verlo nunca.

Francis se acostó, soñó que estaba en la costa, una zona tranquila, con árboles. Estaba sentado en una roca; era un lugar con el que había soñado innumerables veces y siempre acababa en una pesadilla. Pero esta vez no, esta vez estaba tranquilo, relajado, a gusto. De pronto dos niños vinieron nadando por detrás de las rocas lentamente. El sol brillaba como nunca antes lo había hecho, el agua era cristalina, tan transparente que casi parecía invisible, todo era verde con flores, precioso. La temperatura era agradable, había un silencio de paz, un silencio profundo en el que sólo se escuchaba la naturaleza, y nada más que la naturaleza que se fundía con las risas de los niños que avanzaban nadando alegres despacio, — ¡Hola papá! dijeron al unísono, eran Bastian y Alice, sus dos hijos pequeños. No recordaba nada de lo que había pasado, su felicidad brillaba con luz propia, se sentía tan vivo, tan liberado como una nebulosa de luz que flotaba en el cielo. Sabía que soñaba, pero era tan real que en verdad no podía creer que estaba soñando, todo daba igual, la embriaguez de alegría, el colapso de endorfinas que su cuerpo disfrutaba en ese momento hacía que nada importase, sólo sus hijos estaban con él, le abrazaban, era real, podía sentir su piel húmeda y suave apretada contra su pecho. Justo entonces una mano tocó su espalda y despacio, fue dibujando en ella un corazón con el dedo índice. A continuación, apretó su hombro y Francis se dio la vuelta, era Zdenka, su mujer. Tal y como le gustaba recordarla, con el pelo suelto, largo y rubio, y su vestido blanco de gasa. Sus pies descalzos, la mirada dulce y sus ojos derrochando amor y ternura, así es como se clavaban en él. La mujer se inclinó relajadamente a su lado de rodillas y le acarició la mejilla, sentía que las lágrimas de felicidad se desbordaban bajo sus ojos y se deslizaban por su cara, Zdenka besó sus lágrimas y juntos permanecieron los cuatro abrazados.

Ese fue su último recuerdo, puesto que cuando empezó a soñar ya no estaba dormido.

Despertó en una piscina de sangre a ciegas de nuevo. Le dolía todo el cuerpo, apenas podía moverse, pero ahora lo recordaba todo, inmerso en la oscuridad se tocó el brazo y notó una enorme cicatriz, tocó su pecho y notó otra cicatriz, ahora tenía sentido; ésta vez sabía dónde se encontraba, sabía lo que tenía que hacer.

Se levantó dolorido y entró en ese mar de sangre con dirección al pequeño pasadizo por donde Ade le condujo. Ya no había cristales, la pared no se había derrumbado cuando salió por allí, no había luciérnagas, había luz natural, provenía de unos agujeros del techo que antes no estaban.

Pero si la pared no se ha derrumbado, << ¿Cómo llegaré a la escotilla de arriba?>>, pensó.

Miró alrededor y vio los púlpitos, al lado de ellos había una escalera. Se arrimó para cogerla, los cuatro recipientes estaban llenos hasta del borde, de lo que sea que fueran esos líquidos.

Puso la escalera debajo de la escotilla y trepó, ésta vez estaba abierta. Salió de allí por el pasillo, era inmenso de largo, pero parecía estar cuesta abajo. Continuó, tenía que llegar al parque, a su casa, tenía que volver al hospital a recoger a su padre, a matar a Stephen, ¡A vengarse!

Cada vez el camino estaba más cuesta abajo, hasta que resbaló y cayó como si fuese un tobogán. Al llegar al final, aterrizó en unos matorrales, casi no se hizo daño. Se levantó y estaba rodeado de pistas de tenis. ¡Estaba en las pistas de tenis en frente del hospital! Era imposible, si estaba en el subterráneo de Regent's park hacía un rato, y había más de diez kilómetros para llegar allí.

<<Ya está, hubo un quizás, un quizás siempre es para siempre. Cuando estés ya no estarás, siempre seremos. No seremos nunca, al fin, al principio, todo es igual, todo es distinto, nada es real, nada es mentira>>

No importaba, se dirigió al hospital corriendo, volvió a entrar por la puerta principal, seguía vacío, tenía que encontrar a su padre, tenía que encontrar a Stephen. Siguió el rastro de su propia sangre, pero ahí no había nada, solamente el hacha que recogió del suelo. Se dirigió a la habitación 28, subiendo las escaleras iba haciendo ruido dando golpecitos con el hacha contra la pared, Stephen andaba cerca y quería que lo oyera, quería provocarle miedo.

Entró de nuevo a la habitación y ahí estaba. Estaba su padre, tal como lo

recordaba, sentado en el sillón de su habitación.

— ¡Papá! —gritó.

—Hola Bastian ¿Qué pasa? ¿Vas a ir a talar árboles? —sonrió.

—No, papá —contestó—, se sintió ridículo por un momento. ¿Estás bien?

—Estoy perfectamente, me encuentro genial.

—Me sorprende, realmente me sorprende.

—Pues no debería, no deberás. Estás dónde tienes que estar

— ¿Desde cuándo tenemos telepatía?

—Bueno, ya sabes que mi cabeza no va muy bien, pero te intento ayudar.

—Pues dime entonces, ¿Dónde está Stephen?

—No deberías hacerle daño.

— ¿Qué dices? ¿Después de lo que me ha hecho pasar? Me ha matado, joder, ¡me ha matado! Ni siquiera sé por qué estoy vivo aún. ¿Sabes dónde está?

—Está detrás de ti.

Sonó una voz a su espalda: — Te contaré una historia Bastian.

Bastian se dio la vuelta, Tenía a Stephen en frente, levantó el hacha.

—Una vez caminaba por el parque —dijo mientras ignoraba el hacha en alto—, iba con Halina, mi novia. Estábamos recorriendo Europa, disfrutando. Todo era magnífico, nos habíamos conocido apenas unos días atrás.

Una noche que hacíamos una parada después de atravesar la República Checa, nos detuvimos en una pequeña ciudad polaca, habíamos aprovechado para hacer un poco de turismo y se nos hizo de noche paseando por un parque. De repente, en uno de los setos, Halina vio un bulto, pensaba que sería un trapo o un chaquetón abandonado, no había demasiada luz y había una neblina molesta que se mezclaba con el vaho de nuestro aliento.

Cuando se acercó, empezó a gritar histérica. Lloraba, no podía contener las lágrimas. Yo me acerqué corriendo para ver qué pasaba, y entonces la vi; era una mujer rubia tirada sobre el seto, había un charco enorme de sangre bajo ella, tenía sus manos en el cuello, y una expresión de sorpresa en el rostro.

Hacía no mucho que le habían cortado la garganta. En ese momento deseé que al que había hecho eso le cortasen mil veces la mano con la que había degollado a aquella mujer. Eso no podría tener perdón. ¿Te suena la historia?

— ¿Cómo sabes que fui yo? Es imposible.

—No, no lo sabía.

<<Vete Bastian, hay luz, ahora quizás, el fin del principio, nunca y siempre son el mismo tiempo, son el mismo final, el mismo principio. Ayúdate>>

Bastian se dio la vuelta, pero su padre ya no estaba, había desaparecido, cuando se giró, tampoco estaba Stephen. Solamente escucho una voz, era la voz de su hija, decía que le quería.

Salió de la habitación, y bajó a la planta baja donde estaba la salida por la que se fue. En la puerta estaba su coche, tenía las llaves puestas en la puerta; simplemente lo arrancó y condujo hasta casa. Era de noche, estaba despejado, no había nubes, se veía perfectamente la luna y las estrellas; no había tráfico, no había nada, ni coches, ni personas. Todos los semáforos estaban en verde, llegó increíblemente rápido. Dejó el coche en el garaje y subió a casa; la puerta estaba abierta, la cerró con mimo.

Entró a su dormitorio, Sarah estaba acostada, dormía tranquilamente. Fue a comprobar la habitación de su hija, entró con cuidado.

La puerta no hizo ruido, la niña descansaba plácidamente en la penumbra de la noche, extrañamente despejada. La luz de la luna iluminaba la silueta de su cuerpecito bajo el edredón, Bastian se acercó de puntillas, despacio, la tocó en sus hombros y acarició muy despacio su pelo dejándolo deslizarse entre sus dedos, inclinándose le dio un beso en la frente y le susurró un —te quiero— con una voz tan tenue que quizá ni siquiera las palabras llegaron a salir de su boca, y ese te quiero sólo estuvo presente en su corazón y el retumbar de su pensamiento que se deshacía en ternura.

Se retiró despacio caminando hacia atrás sin apartar la vista de su niña, el auténtico significado que había tenido alguna vez su vida.

Al tiempo que volvió a cerrar la puerta, sintió una energía que le recorría desde las puntas de los dedos hasta el cerebro, una sensación de paz y bienestar, de atravesar el pecho como un subidón de endorfinas repartiendo felicidad por doquier. Un trance mágico que lo llevó más lejos de lo que ningún hombre podría comprender jamás, emanaba una luz inmensa que lo

hacía fundirse con la luz de la luna. Salió de la habitación y cerró con cuidado la puerta, ya en su dormitorio, se tumbó en la cama al lado de Sarah y cerró los ojos.

Aquella mañana de jueves, Sarah fue a trabajar como cada día, estaba decidida a vengarse de su marido de la manera más cruel posible. Entró dentro de su departamento, se cambió dejando su ropa en el vestuario y poniéndose el mono de seguridad con el que entró al laboratorio. Estuvo trabajando toda la jornada mientras de reojo miraba a su pulsera dorada, pensando en lo que tenía que hacer. Aquel día los minúsculos frascos con rosca estaban vacíos; sus pastillas para la alergia las había traído en el bolso.

Se dirigió a los cajones herméticos donde se guardaban las muestras etiquetadas de todos los ensayos; abrió el tercer cajón y aún estaba allí. “T6P” ponía en la etiqueta. El potente veneno que había descubierto sin querer.

Ahora sí que tendría una verdadera finalidad, la que tienen todos los venenos.

Matar.

Se sacó la pulsera de la muñeca y desenroscó todos los pequeños frascos; con mucho cuidado los iba rellenando uno a uno con la muestra de veneno y los cerraba con fuerza. Sabía que se jugaba el puesto intentando colar su peligroso descubrimiento, pero normalmente los registros que hacían, estaban más pensados para evitar el robo de material de oficina y especialmente de laboratorio que era muy caro, nadie solía robar venenos mortales fabricados por error.

Al final de la jornada, Sarah siguió el protocolo. Entró en las duchas de seguridad para desinfectarse, dejó el mono de trabajo y entró al vestuario donde se duchó y vistió.

Después fue hacia su casa.

Tan pronto como entró por la puerta, puso un cazo con agua para hervir, mientras, se encerró en el baño y cogió una jeringa para extraer todo el veneno de la pulsera. Metió en un frasco de cristal pequeño todo el líquido y escribió claramente con un rotulador: Veneno. Guardó el frasco al fondo de un armario donde almacenaban los productos de limpieza, sumergió la pulsera en el agua hirviendo y la dejó un buen rato, luego la dejó secar y la lavó con alcohol, incluso prendiéndole fuego. Ya estaba todo listo.

Al día siguiente el cielo de Londres, como habitualmente se despertó plomizo, vaticinando el aguacero que cubriría sus calles momentos más tarde, empapando todas las ilusiones y esperanzas que un día se forjaron a los pies de Regent's park, no sólo con lluvias y truenos, sino con una tormenta de rencores, gritos y tristeza. Después de la próxima noche, nada volvería a ser igual para la familia Castle.

Todo lo que una vez fue algo parecido a la armonía y la tranquilidad, se había resquebrajado como el barro al sol.

Desde que Sarah se enteró del engaño, prácticamente no había visto a su marido. Éste tampoco le había hablado de la muerte de Sophie ni de que su “amigo” Stephen estaba en la cárcel. ¿Para qué? Si él pensaba que Sarah no conocía a Stephen.

Era temprano y Bastian llenaba con esmero de ropa la mochila rosa que regalaron a su hija las pasadas navidades; ésta tenía tirabuzones anaranjados que caían de la parte superior dónde estaba la cremallera, imitando la cabellera de una muñeca dibujada en el reverso.

Sonaban tambores de batalla, todo estaba calmado por el momento, pero era como la paz armada, el conflicto existía, pero la guerra aún estaba por declararse.

Adelayde se marchaba el fin de semana para pasarlo con sus abuelos, Bastian pensó que sería lo mejor en el ambiente enrarecido de la casa, la niña no había mencionado el nombre de Sophie ninguna vez y su padre, confiaba en que así fuera para siempre.

—Ade, ¿Has terminado de lavarte los dientes? —Preguntó Bastian con una sonrisa.

—Sí, papá —contestó.

—Vamos princesa, ya verás que bien te lo vas a pasar éstos días con los abuelitos.

Adelayde hizo una extraña mueca, y contestó: — ¿Pero por qué no os quedáis mamá y tú con nosotros?

— Ya me gustaría mi vida, pero papá y mamá tienen que hacer cosas de mayores estos días —respondió Bastian con un intento inútil de ocultar la

tristeza de su cara.

Rápidamente, agarró a su hija en brazos y mordiéndole un moflete le dijo:
—No te preocupes cariño, te prometo que cuando vayamos a recogerte, te voy a traer un regalito que te encantará.

— ¿Un perro como el del abuelo? —preguntó Adelayde entusiasmada.

—No.

— ¿Un gatito? —Dijo con los ojos abiertos como platos—.

—No

—Entonces ¿Una bolsa de chuches? —adivinó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Siiiiiiiiiiiiiii. La bolsa de chuches más grande que haya tenido ninguna niña jamás.

— ¿Cómo de grande papá?

—Tan grande, tan grande, tan grande, que necesitaremos un camión para traerla a casa.

De pronto, la puerta se abrió, y Sarah asomó la cabeza soltando a Bastian una mirada inquisidora, luego la mirada se dirigió hacia Adelayde, y todo ese odio en la cara se volvió por completo dulzura.

— ¿Cómo está mi chica? —dijo—, de una forma que parecía que cantaba.

—Ya está todo mamá —respondió la niña.

— ¿Sabes que papá me ha prometido que cuando volváis, me vais a traer una bolsa de golosinas enorme, enorme, enorme? —dijo mientras iba aumentando el tono de voz y abriendo los brazos a la par.

— ¿De verdad? —dijo Sarah haciéndose la sorprendida.

— Sí, papá me lo ha prometido —contestó muy segura de sí misma.

— ¡Claro que sí! —prometió también Sarah.

—Venga, ahora vamos al coche que hay un largo camino hasta casa de los abuelos. ¿Te apetece que cantemos canciones en el viaje?

Una hora y media de camino en el coche, que a Bastian le pareció como tres

veces la eternidad; todo era tan falso que no podía soportar esa situación más. Sentía ganas de gritar y estrellar el coche, pero se controló.

Los padres de Sarah vivían en un pequeño pueblo, en una casa con jardín, Sarah se fue a Londres por la imposibilidad de encontrar allí trabajo, sino, ella se hubiera quedado a vivir allí, alejada de la gran ciudad y su contaminación.

Entre quejidos internos fueron acercándose al pueblo, después de callejear un poco, encontraron la planta baja de sus suegros.

Apenas había aparcado el coche, Adelayde abrió la puerta y salió como una exhalación corriendo en dirección a casa de sus abuelos, la puerta de la casa se abrió y allí estaba Paul, con una sonrisa de oreja a oreja de ver a su nieta corriendo alegremente hacia él.

Se fundieron en un emotivo abrazo, en el que dio tiempo a llegar a la abuela que no esperó su turno para abrazar a la niña.

Para Rey también pareció graciosa la escena y se acercó tímidamente moviendo el rabo en señal de amistad. Rey era uno de esos perros que viven en su mundo, era una mezcla de tantas razas, que ni el más avezado de los veterinarios, sabría quién podrían ser sus progenitores. Se distinguía entre los perros por su característico rabo retorcido hacia arriba y su inconfundible mezcla de colores negro, blanco y naranja.

Acto seguido Bastian y Sarah entraron a la casa andando un metro uno por delante del otro.

— ¿Va todo bien? —preguntó Paul—, con un extraño acento que delataba que podría ser de cualquier país del mundo, excepto del británico.

—Sí, papá —contestó rápidamente Sarah—, sólo estamos cansados del viaje.

—Vaya, ni que vinierais de la Patagonia —respondió arqueando una ceja—. Apuesto a que habéis tenido alguna estúpida pelea durante el camino. ¿Me equivoco?

—En absoluto —arrancó Bastian metiéndose en la conversación.

A veces pienso que eres un vidente. —sonrió Paul mientras le tendía la mano para estrechársela.

Adelén, que estaba mientras besando a su hija, dijo:

— Venga, ¡Todos a cenar! Ya son más de las siete, todo el mundo a la mesa.

Durante los saludos previos entre adultos, la niña ya se había escabullido hacia el jardín para jugar con el perro. — ¡Adelayde! —gruñó un poco alto —, esto va también por ti, pero lávate las manos después de tocar al perro antes de sentarte.

Por unos instantes, el matrimonio parecía relajado en una charla familiar durante la cena. Parte de culpa, la tenía Adelén, porque cocinaba de una forma realmente exquisita. Todo acabó, se despidieron de los abuelos y volvieron al coche.

Ya dentro, saludaban con la mano a Adelén, Paul y Adelayde, mientras arrancaba.

— ¡Acuérdate de las chuches, papá! —grito la niña.

—No te preocupes mi vida, pórtate bien y haz caso a tus abuelos. —luego se dirigió a su suegro: —Volveremos el domingo después de comer. ¿Vale Paul?

—Cuando vosotros queráis —contestó éste—. Esta es vuestra casa.

Automáticamente, al tiempo que el coche daba media vuelta, el rostro de Sarah se volvió en odio.

—Prefiero que no digas nada —musitó Bastian—. Esperemos a llegar a casa.

Sarah asintió con la cabeza. No gastó saliva.

El viaje de vuelta se hizo cuanto menos igual de embarazoso que el anterior, aunque a una velocidad bastante más rápida de la que permitían las autoridades de tráfico.

No se escuchó ni una sola palabra, ni música del mp3, solamente se escuchaban las briznas de la débil lluvia que caía estrellándose contra la carrocería del coche, algo que irónicamente en otras circunstancias, hubiese sido del todo relajante.

Tiempo atrás, Bastian y Sarah solían ir a algún lugar alejado de la ciudad para acurrucarse dentro del coche y escuchar el golpeteo del agua caer. Mientras, aparcados contemplaban alguno de los maravillosos prados verdes que brinda el Reino Unido, a veces incluso ponían música celta muy suave y se dejaban llevar, la mayoría de veces acababan haciendo el amor para luego quedar dormidos, mecidos por la música y la lluvia, incluso una vez, él se dejó puesto el contacto mientras dormían y tuvieron que llamar a la grúa,

puesto que la batería del coche murió allí, dejándolos tirados de noche. Pasaron un poco de apuro, aunque más tarde rieron a carcajadas durante semanas acordándose de la situación, y la cara que puso el hombre del servicio de asistencia en carretera cuando los vio despeinados, mal vestidos y con una gran manta con la que ambos trataban de cubrirse para nada, puesto que estaban totalmente empapados y hasta las cejas de barro.

Durante un segundo, ambos recordaron esa historia y desearon volver atrás en el tiempo, pero ya era demasiado tarde.

Una lágrima escapó de Sarah mejilla abajo.

Ya en casa, cada uno por su lado, la riña no fue ni mucho menos ensordecedora, se miraban con ganas de escupirse toneladas de basura el uno al otro, pero ninguno quería ser el primero en abrir la boca.

Sus pensamientos eran como una cloaca intentando desbordarse.

El silencio, aún sacaba más de quicio a Sarah, que en ese momento sentía un odio más fuerte hacia su marido que el peor de los huracanes del Caribe. Se dirigió a la cocina, Bastian la miraba con incertidumbre mientras se servía una copa del vino que tanto le gustaba.

Sarah abrió el cajón de los productos de limpieza y sacó el frasco con el veneno. Ésta iba a ser la última vez que lo odiase, ésta iba a ser la forma en que se iba a vengar. Nunca más peleas, nunca más riñas ni golpes ni gritos, nunca más infidelidades.

Cuándo Bastian se fue al servicio, Sarah no lo pensó dos veces, vertió casi medio frasco de aquel líquido dentro de la copa de vino con mucho cuidado. Aunque era muy consciente y sabía muy bien lo que estaba haciendo, así como lo que esto significaba, la mujer estaba hecha un auténtico flan; por una vez en su vida, Sarah se admitió así misma que no estaba realmente segura y que dudaba de lo que hacía.

Bastian salió del aseo, todavía abrochándose el pantalón.

—Te quiero, imbécil —dijo con cariño mientras agarró la copa y la aireó un poco. Luego la puso de nuevo sobre la mesa.

Sarah lo miraba callada, sólo su corazón palpitaba descontrolado.

—Me voy a la cama —anunció.

Se salió de la cocina, mientras la mujer no podía apartar la vista de la copa

de vino. <<No se la ha bebido>>, pensaba.

De repente, Bastian entró de nuevo en la cocina.

—Me olvidaba —dijo.

Agarró la copa y se la bebió de un trago.

Durante un instante, Sarah tuvo el impulso de impedir que bebiese de la copa, durante ése mísero instante, toda su vida pasó delante de sus ojos, pero ya era demasiado tarde. Ella lo sabía, ¡Se había arrepentido! Pero su orgullo luchaba fieramente contra su razón, y en estos casos, solía salir victorioso.

Sarah había pensado que ése momento lo viviría con la frente alta y orgullosa, ningún hombre ni nadie en el mundo podría atreverse a pegarle ni a mentirle nunca más. Desde entonces, viviría viuda, con su hija, sería perfecto. Lo hubiera sido, sino hubiese sido porque al final de todo, por una sola vez, su razón había ganado la batalla. No tuvo más remedio que agachar la cabeza, y mientras, paseaba apagando luces con el frasco de veneno aún en la mano, dirección a su cuarto donde la esperaba su marido tumbado boca arriba en la cama, descansando plácidamente sin saber que simplemente estaba a punto de morir, y todo sin que nada ni nadie pudiera hacer absolutamente nada.

Ella caminó despacio, se tumbó a su lado mirando al techo con los ojos como platos, giraba la cabeza buscándole la cara, estaba muy nerviosa. Miraba a Bastian con el rostro desencajado, buscando cualquier anomalía en su salud; mil dudas la asaltaban. ¿Cuánto tiempo tardaría en hacer efecto? ¿Qué pasaría? ¿Se despertaría en mitad de la noche agonizando e intentando pedir una ambulancia? Pedir ayuda ¿A un médico? ¿A ELLA?

Bastian estaba inmóvil, con los ojos cerrados, se le veía respirar, no parecía haber nada extraño.

Pero Sarah sabía lo que pasaría, tenía que pasar, era inminente, ocurriría de golpe. Era todo tan extraño que le daba la sensación de haberlo soñado, como si no hubiese ocurrido; entonces miraba a su marido, ninguna mueca, ni un movimiento extraño, sólo un sueño profundo, lo veía llenar su pecho de aire y volverlo a soltar plácidamente, una y otra vez.

Pasó un buen rato contemplando a su Bastian mientras las dudas asaltaban su cabeza.

<<Quizás no le hará efecto el veneno>>, pensaba. <<Quizás no puse suficiente>>, o...

Se oyó un gemido.

Sarah giró la cabeza, algo raro pasaba; Bastian tenía una mueca en la cara, algo parecido a una sonrisa. Su pecho no se hinchaba, no estaba respirando, estaba... Estaba muerto.

Lo había hecho, había asesinado a su marido y de pronto su mundo se vino abajo de repente golpeándola en la cara con fuerza; la histeria le invadió. << ¿Qué he hecho?>>, pensó << ¿Qué coño he hecho?>>.

¿Qué tenía que hacer ahora? ¿Llamar una ambulancia? ¿Fingir? ¿Deshacerse del frasco con veneno? Todo giraba en torno a su cabeza presa del pánico. No la podían pillar si ella no quería, era imposible, ese veneno no existía, no dejaba rastro. Era una muerte natural a todos los efectos, solamente tenía que deshacerse del frasco en el que ponía veneno.

Pero ¿cómo iba a ser capaz de mentir? A los médicos, fácil, a la policía, fácil; pero no podría quitarse la culpa jamás en su vida. Puedes mentir a todo el mundo menos a ti mismo, y no hay nadie más a quien quisieras engañar realmente que a esa persona. O quizá sí...

<< ¿Qué voy a decirle a mi hija?>>, pensó << ¿Cómo voy a ser capaz de mirar a mi hija a los ojos de nuevo y mentirle en la cara sabiendo que he matado a su padre?>>

Fue rápidamente hacia la cocina, tenía un terrible ataque de ansiedad, estaba desubicada, confundida, aterrada.

Cogió la botella de vino y empezó a bebérselo a morro, quedaba más de la mitad en la botella, iba andando por la casa histérica dándole tragos; cogió el frasco del veneno con la otra mano.

No podía dejar de mirarlo mientras bebía uno y otro trago de vino, entró en su dormitorio y lo miró. Miró la cara de su marido; se sentó a su lado y le acarició la cara, acarició su cicatriz.

—Lo siento —le susurró—, no sabes cuánto lo siento.

Entonces, tomó la botella de vino y la terminó de un golpe tragándolo a borbotones. A continuación, cogió el frasco de veneno, lo abrió y se bebió de un trago todo lo que quedaba, después lanzó el frasco contra la pared con todas sus fuerzas, y éste reventó en mil añicos de cristal que se extendieron sobre el suelo.

Se tumbó en la cama al lado de Bastian y cerró los ojos.

EPÍLOGO

—Buenos tardes, ¿Es usted el director del colegio?

—Sí, soy yo —dijo con una sonrisa—, me llamo Andrew, pero puede llamarme Andy. ¿En qué puedo ayudarle?

—Tenía una cita con usted, me llamó ayer, soy Francis, Francis Castle, el padre de Bastian.

—Oh por supuesto, siéntese por favor, le estaba esperando.

—Por lo que me comentó por teléfono, han tenido problemas con mi hijo por algunas trastadas...

—Ehm, sí, no exactamente trastadas, no quería ser tan explícito por teléfono, pero los problemas han sido graves y bastantes.

— ¿En serio? —Preguntó atónito—, si Bastian es un chico excelente.

—Me gustaría pensar que es así, pero las evidencias muestran otra cosa, salvo que tenga un comportamiento totalmente distinto en casa, pero aquí es terrible.

—Pero ¿de qué tipo de comportamientos me está hablando? ¿Le ha pegado a algún chico?

—Sí y no. Se ha peleado bastantes veces, pero eso sería algo incluso normal en el colegio dentro de un orden. Esto va más allá, verás; es retorcido, por así decirlo.

—Póngame un ejemplo de lo que ha hecho.

—Pues es un tipo de bullying selectivo, no se ceba en general con una persona en concreto y eso me hace pensar que aún es peor, nadie está a salvo. Si solamente se dedicase a molestar a una persona, por supuesto sería injustificable, pero sería tristemente habitual. El hecho de que elija víctima aleatoriamente es lo que más nos preocupa, podría tener algún trastorno.

—Mi hijo es completamente normal, no tiene ningún trastorno, creo que está usted exagerando. —dijo Francis un poco molesto.

—Mire, encerrar a una chica claustrofóbica dentro de una taquilla y luego

llenarla de cucarachas no es nada aceptable como se puede imaginar. Además, no pudimos sacar a la chica pronto, tuvo la brillante idea de cerrar con llave y partirla dentro de la cerradura. De modo que tuvimos que llamar a los bomberos para que la abriesen con una radial; la niña salió con un tremendo ataque de ansiedad, tuvimos que llevarla a urgencias, y los padres como comprenderá me han pedido explicaciones y quieren que esto no caiga en saco roto. Pero eso es sólo una de tantas.

Le gusta encerrar a gente a oscuras en los baños, sobre todo a un crío pequeño de etnia india. A ese lo lleva entre ceja y ceja, además le ha dado más de un golpe en la cabeza.

También le llenó el bocadillo de gusanos a Kate, una de las niñas de su clase.

Además de que se dedicaba a arañar coches con una llave, nadie lo ha visto pero todos lo sabemos.

Como éstas hay mil.

Le recomiendo que tenga una buena charla con su hijo, o volveremos a expulsarlo definitivamente, Eso sin contar que pueda tener hasta antecedentes penales, no sé cómo está el tema de la ley del menor, pero si no actúa rápido, va a tener serios problemas, de eso no me cabe ni la menor duda.

Debería plantearse, es más le recomiendo encarecidamente que lleve a su hijo a un psicólogo.

Francis salió del colegio desconsolado, estaba totalmente desconcertado, ¿acaso su hijo se estaba volviendo loco?

No podía dejar de pensar en cómo la muerte de su hermana y el abandono de su madre le había hecho a su hijo convertirse en ese monstruo que le había descrito Andrew. Caminó de vuelta a casa pensando en qué decirle a Bastian, los pensamientos se le amontonaban en la cabeza y sentía que se ahogaba, por el camino se detuvo en la puerta de los jardines de la reina Mary. Anduvo sin rumbo durante un rato y llegó hasta una fuente con una escultura de bronce, la gente que paseaba pedía deseos tirando monedas dentro. Se sentó mudo en el borde de piedra y se quedó mirando el chorro de agua que salía de la caracola que sostenía Tritón. Por unos momentos, su mente quedó en blanco.

Sabía que le esperaba una dura tarea que hacer con su hijo, pero fundamentalmente tenía una cosa muy clara, era lo único que tenía en la vida y pasara lo que pasara, cuidaría de él y lo ayudaría. Eso era realmente lo

único en lo que se debía de centrar.

Se levantó despacio y puso rumbo a casa, no sin antes echarle un último vistazo a la perturbadora imagen de la fuente, sacó una moneda del bolsillo, pidió un deseo y la arrojó al agua.

Aquella estancia era prácticamente diáfana a excepción de unos púlpitos colocados longitudinalmente a ambos lados de la sala, cada uno estaba formado por una columna de roca esculpida, de tal forma recordaba una garra engarzando una palangana de plata brillante. La habitación tendría aproximadamente el tamaño de una pista de tenis y se encontraba en una penumbra perturbadora, solamente entraba algo de luz natural por unas rendijas en el techo. El suelo, adoquinado color negro, describía semicírculos que se perdían en la pared frontal cortándose de cuajo. No había puertas ni ventanas, solamente las rendijas por donde se colaba tímidamente la luz. Las paredes parecían de piedra sin acabar, como una cueva que no terminó de adecuarse. Recordaba a una alcantarilla, o algo así pensó. No tenía aspecto de que hubiese entrado alguien en mucho tiempo. La temperatura era agradable, pero olía a húmedo, tras ella caía una pequeña cascada de agua que salía del techo. Probablemente sería de algún desagüe de la calle.

Sarah se levantó con dificultad y se dio cuenta de que tenía el cuerpo totalmente dolorido, miró a su alrededor, había una bolsa enorme de golosinas frente a ella...

Agradecimientos

Me gustaría agradecer a un sinfín de personas y sé que me olvidaré de algunas, no me lo tengáis en cuenta. Empiezo por Pedro Sierra por darme una patada en el culo de vez en cuando, a Ana Celia por meterme prisa, a Paula Dómine, la Mérida de Cáceres, a Carmen Olmos (por fin), a toda la gente de la mazmorra por volverme loco y tirarme m***** a sacos. Os odio, sois un coñazo. Yisus Athalgard, Óscar Apple, Andrew, los funcionarios no limpian pescado, al artista, y ya puestos a los goblins. A Alba, Cachorro, al maquinista y al Cali porque sé que me mataríais. A Susy “la Tanit ibicenca” y a Pau, por comerse tantas m***** mías.

A mí mismo por diseñar la portada y la contraportada.

A mis compañeras de piso por aguantarme, o por aguantarlas, no estoy seguro.

A Gema Carpio por sus fotos.

A la Escuela superior de diseño de Murcia y todas las personas que habitan en ella.

A Gemma por hacerme escribir sin querer, a Pampe por ponerme las pilas y romperme el corazón, quizás algún día vengas en tu avión de papel.

A toda la gente que ha creído en mí y que me ha animado en estos años raros, feos y tristes. Esto se acaba.

Agradecimientos especiales

A mis dos lectoras 0, María José Gómez González por su enorme ayuda en mil cosas que no me atrevo ni a enumerar.

A Elena Soler Cano por su ayuda intachable y por centrarme.

Y a ambas por su apoyo incondicional, y por creer en mí cuando ni siquiera yo lo hacía, sin vosotras esto no hubiera sido posible.

En Cartagena 2010-2016

Lo he hecho, lo he hecho...